GRETCHEN McNEIL

DIEZ

Diez adolescentes. Tres días. Un asesino.



Cuando Meg y Minnie reciben una misteriosa invitación a una fiesta en Henry Island, no dudan en mentir a sus padres para no perdérsela. Es una oportunidad única antes de empezar la universidad. Al llegar a la isla, conocen a los otros ocho invitados y encuentran un DVD con un siniestro mensaje: «La venganza es mía». Meg empieza a sospechar que algo no va bien. Una terrible tormenta los deja aislados sin electricidad ni wifi, y faltan cuarenta y ocho horas para que llegue el próximo ferry. El primer cadáver

puede interpretarse como un suicidio, pero aparece otro… Entonces, Meg comprende que el mensaje iba en serio. ¿Podrán Meg y Minnie salir con vida?



Gretchen McNeil

Diez

ePub r1.0

Edusav 11.05.14

Título original: *Ten*
Gretchen McNeil, 2012
Traducción: Daniel Hernández Chambers
Retoque de cubierta: Edusav

Editor digital: Edusav
ePub base r1.1

En memoria de mi querida
Doris Godinez-Phillips


Y EL DÍA DE SU PERDICIÓN SE APROXIMA

UNO

El rostro de Minnie estaba pálido como el de una muerta. Sus ojos permanecían clavados en el respaldo de tela cubierto de manchas de la butaca que tenía delante, y se mordía el labio inferior con tanta fuerza que Meg temía que acabara por hacerse una herida. Nunca había visto a Minnie tan mareada.

—Mins, ¿estás bien?

Su amiga hundió las uñas en la butaca.

—Sí.

—Te estás poniendo verde.

El *ferry* se inclinó hacia la izquierda al recibir por estribor el golpe de una ola especialmente grande, y Minnie se cubrió la boca con las dos manos. Por un instante, Meg creyó que su mejor amiga iba a vomitar allí mismo, en la cabina de pasajeros, pero Minnie se relajó a medida que el barco recuperaba lentamente la horizontalidad.

—Estoy bien —repitió, volviendo a bajar las manos.

—Sí, ya lo veo. —Meg rebuscó en su mochila y sacó una bolsa de plástico por si acaso Minnie la necesitaba. Su amiga la aceptó con gesto distraído—. ¿Crees que todavía faltará mucho? —

preguntó Minnie. Meg se echó hacia atrás y apoyó los pies en la fila de asientos que tenían delante.

—Creo que ya casi hemos llegado.

—¿Lo prometes?

—No puedo prometerte cuándo llegará el *ferry*, Mins —suspiró—. Pero según el horario, ya casi estamos, ¿de acuerdo?

—¡De acuerdo! —exclamó Minnie con brusquedad.

Meg reconoció aquel tono de voz de su amiga. Por norma general, indicaba un rápido cambio en su estado de ánimo, algo que sucedía con demasiada frecuencia en aquellos días,

especialmente cuando dejaba de tomar sus antidepresivos.

Pero, en lugar de preguntarle por sus medicamentos, lo que daría lugar a una discusión, intentó que Minnie pensase en otra cosa.

—¿Te acuerdas cuando tus padres me invitaron a Friday Harbor? —Fue el verano antes de comenzar el instituto, la primera vez que la familia de Minnie la había invitado a pasar las vacaciones con ellos.

Un atisbo de sonrisa apareció en la comisura de los labios de Minnie.

—Te mareaste un montón.

—¿Verdad que sí?

—Lo echaste todo en el baño de aquel *ferry*.

—Pensé que tu madre iba a tirarme por la borda —se rio Meg.

—Yo también —dijo Minnie seguido de una risa tonta.

Aquel no era uno de los mejores recuerdos de Meg, pero pensó que quizá serviría para que Minnie se distrajera y dejara de pensar en su estómago revuelto.

—Y tú no estabas mareada en absoluto. Así que estoy segura de que podrás aguantar hasta que lleguemos a Henry Island.

Minnie negó con la cabeza.

—Pero entonces era verano. Cuando el mar está en calma —dijo, señalando con un gesto hacia los ventanales—. No como ahora.

Meg miró hacia el exterior.

—En eso tienes razón.

Meg miró por la ventana. La lluvia había amainado momentáneamente, ya no había surcos de agua zigzagueando por los cristales; el viento, sin embargo, había aumentado. Aullaba a través de la cabina, azotando el barco desde la proa y golpeando ambos lados con una fuerza casi sobrenatural.

Minnie apoyó la cabeza sobre el hombro de Meg.

—Quizá no deberíamos haber venido.

—Es un poco tarde para eso —repuso Meg, sin poder contener la risa.

—Lo sé, pero…

—Pero ¿qué? No has hablado de otra cosa que de esta fiesta desde el martes, cuando recibimos las invitaciones. No te había visto tan excitada desde que tu padre te regaló una tarjeta de crédito por tu cumpleaños.

Minnie se irguió en su asiento.

—Jessica Lawrence nos ha invitado a su fiesta. No se puede rechazar una invitación como esa, pero… —soltó un profundo suspiro—. No sé. No es que

seamos amigas.

—Tú lo fuiste —dijo Meg, sin pararse a pensar.

—Ya, pero eso era antes… —Minnie dejó la frase inacabada, pero Meg sabía lo que había estado a punto de decir: «antes de que aparecieras tú»—. Ha pasado mucho tiempo —concluyó Minnie.

Las palabras que no había llegado a pronunciar se quedaron flotando en el aire como el humo de olor rancio de un cigarrillo. Meg había sido la causa por la que Minnie había caído en desgracia en el mayor instituto de Seattle. Ambas lo sabían, pero era un tema delicado y

muy pocas veces hablaban de ello. Minnie giró la cabeza hacia el ventanal y fijó la mirada en la oscuridad que las rodeaba, y Meg lamentó haber mencionado su antigua amistad con Jessica.

Para distraerse, sacó de su mochila una copia de la invitación que había recibido por Facebook y la releyó por enésima vez:

¡Shhh! ¡No se lo digas a nadie!

QUÉ: Una fiesta que hará historia.

CUÁNDO: Durante el puente del *President's Day*.

DÓNDE: White Rock House, en Henry Island.

POR QUÉ: Porque si te pierdes esta fiesta, te arrepentirás el resto de tu vida.

Una casa con todo lo que necesitamos para pasar tres días enteros. ¡Como si fueran las vacaciones de primavera, pero en febrero! ¡Tenemos *ferrys* especiales y todo!

Pero mantenlo en secreto. No queremos que se presente cualquiera. ¡Estoy deseando verte allí!

Jess

Meg nunca se sentía a gusto en aquella clase de fiestas; la mayor parte del tiempo se la pasaba deseando mimetizarse con el papel de las paredes y rezando porque nadie se fijara en ella. Pero Minnie estaba entusiasmada. Había llegado la gran ocasión para unirse al

grupo más popular del instituto, y había sido incapaz de negarse.

Con algo de suerte, podría encontrar algún momento para estar sola durante el fin de semana, y quizá darse un paseo por las playas de la isla o descubrir un lugar aislado en el que poder escribir en su diario o en el portátil.

Una ráfaga de viento golpeó el *ferry*, haciendo vibrar los ventanales. Meg dejó escapar un suspiro. ¿Quizá podría escribir en un lugar aislado dentro de la casa? ¿Un cuarto de limpieza o algo así? Maldita tormenta.

—Eh, no quiero que te pases todo el fin de semana delante de tu portátil —le

soltó Minnie.

Meg se sobresaltó. ¿Realmente era tan predecible? Vaya.

—Vale, vale.

Minnie apretó la bolsa de plástico entre sus manos y esta produjo una especie de crujido.

—Este fin de semana te vas a divertir, por mucho que me cueste.

—Siempre me divierto —repuso Meg, mordiéndose el labio.

—Estás de broma, ¿no?

Ahora era el turno de Meg de mostrarse enfadada:

—Mins, ¿de qué narices estás hablando?

—Eras divertida —respondió Minnie, con un suspiro dramático—. ¿Te acuerdas? Hacíamos locuras. Ahora eres…

—¿Qué soy? —preguntó Meg, y cambió de posición.

—Aburrida.

—No soy aburrida.

Minnie resopló.

—Además, podríamos habernos divertido en casa. Y no haber mentido a nuestros padres para irnos a una fiesta en una isla en medio de ninguna parte.

Minnie levantó sus manos en el aire.

—No está en medio de ninguna parte. La mitad de la población de

Seattle tiene una casa de veraneo en las islas de San Juan. Y no podíamos decírselo a nuestros padres —dijo, enfatizando sus palabras con un gesto de la cabeza—. Sobre todo después de que esta mañana encontrasen ese cuerpo en Everett. Mi padre jamás me habría dejado ir.

Meg se estremeció. Lo había visto en las noticias, se habían encontrado los restos calcinados del cuerpo de un hombre en los vestuarios de chicos de su instituto rival, el Mariner. Era un crimen atroz y, hasta el momento, el cuerpo no había podido ser identificado.

—Lo último que necesito este fin de

semana —prosiguió Minnie— es que mi padre aparezca por ahí para vigilarme. Lo echaría todo a perder.

—Sí, supongo que tienes razón. —A pesar de lo lejos que estaba la isla, Meg no podía evitar estar de acuerdo con Minnie en que el hecho de que su padre se presentase en la fiesta no era una opción. Minnie puso su mano sobre la de Meg y se la apretó.

—Escucha, nos lo vamos a pasar bien. Lo necesitamos. ¿De acuerdo?

Meg se esforzó por sonreír. Su amiga tenía razón, no podía negarlo. Durante los últimos meses había existido una cierta tirantez entre ellas.

Primero, a Meg la habían aceptado en la Universidad de California, cosa que Minnie interpretó como que Meg la estaba abandonando; luego Minnie había tenido sus más y sus menos con la nueva medicación. Y, por supuesto, estaba también la catástrofe de la fiesta de bienvenida…

Para, se dijo Meg a sí misma. Tenía que quitarse aquella noche de la cabeza. Ya formaba parte del pasado. Y, de todos modos, en cuestión de pocos meses nunca volvería a verlo.

Sin previo aviso, el rugido sordo de los motores bajó de intensidad y Meg notó que el *ferry* aminoraba la marcha.

Un segundo más tarde, un mozo de cubierta con pinta de sucio y envuelto en un chubasquero naranja se asomó a la cabina:

—Henry Island. Atracaremos enseguida.

—¡Por fin! —exclamó Minnie, poniéndose en pie de un salto. Sacó su maleta con ruedas y dos pequeñas bolsas del portaequipajes, luego se puso su abrigo y miró hacia atrás por encima de su hombro mientras salía a cubierta:

—Intenta recordar que esto es una fiesta. «Fiesta» es sinónimo de «diversión».

Meg soltó un suspiro. «Fiesta» es

sinónimo de «diversión». Genial. Sí. Fiesta.

Respiró hondo, se puso la mochila en los hombros y siguió a Minnie a cubierta.

DOS

El aire era húmedo y estaba impregnado de ese sabor frío que anunciaba la proximidad de otra tormenta. El viento azotaba el cabello de Meg y le soltó varios mechones de la coleta. Se lo recogió como pudo detrás de las orejas, mientras sus ojos se acostumbraban a la penumbra.

A lo lejos, al otro lado de la bahía, se percibía un resplandor opaco. Roche Harbor, en el extremo de San Juan Island. Parecía más cerca de lo que Meg se había imaginado, y resultaba

reconfortante saber que cruzando la bahía había una ciudad con un número de habitantes aceptable.

Meg sacudió la cabeza. ¿Por qué era tan asustadiza? Necesitaba relajarse. ¿Una fiesta secreta organizada por la chica más popular del instituto? Había quien mataría por una invitación. Así que, ¿qué importaba si sus padres no sabían dónde estaba? Eso era lo divertido, ¿no?

Minnie se puso junto al mozo de cubierta desaliñado, y contempló el lateral del *ferry* mientras la embarcación se balanceaba arriba y abajo en el agua.

—¿Tenemos que saltar? —preguntó.

—Lo siento, señorita. La mar está demasiado brava —dijo el hombre—. Tendremos que utilizar la escalera.

Minnie bajó la mirada hacia sus zapatos de medio tacón, que resultaban totalmente inapropiados.

—Pero…

—Quítatelos —le dijo Meg, intentando que en su voz no se trasluciese el tono de «ya te lo dije».

—No se preocupe, señorita —le tranquilizó el mozo. Señaló con un movimiento de la cabeza a su colega en el muelle—. Branson la agarrará si se cae.

Minnie se inclinó sobre la borda y echó un vistazo a Branson, un tipo corpulento y de mediana edad. Sus ojos se abrieron como platos y se giró hacia Meg.

—¿Cómo…?

—Todo irá bien —dijo Meg—. Te lo prometo. —Aquello era lo que Minnie necesitaba oír, aunque no fuera cierto.

Minnie dejó escapar un suspiro, se descalzó y dejó sus zapatos en la cubierta, luego pasó por encima de la borda con gesto resuelto.

—De acuerdo. Si me lo prometes.

Meg meneó la cabeza mientras Minnie desaparecía, después recogió los

zapatos de tacón y los metió en su mochila. Aquella era la razón por la que se marchaba a la universidad. Necesitaba, por una vez en su vida, pensar en sí misma antes que en nadie más.

Observó cómo el mozo tiraba su equipaje por la borda con desidia, con un movimiento a la vez despreocupado y experto que mostraba claramente una rutina bien aprendida. Branson agarró las bolsas con la misma facilidad, las dejó en el suelo y se giró justo a tiempo para recoger la siguiente. Había algo fantástico y a la vez espeluznante en aquella especie de baile mudo,

fascinante en su coreografía y, sin embargo, ligeramente perturbador en la forma automática y tediosa con la que era ejecutado.

—Su turno, señorita —dijo el mozo, sacando a Meg de su ensimismamiento.

—Oh, de acuerdo. —Pasó a la escalera, y cuando comenzaba a descender por ella, el *ferry* se levantó por el empuje de las olas y el mozo tuvo que sujetarla por el brazo—. Gracias —le dijo Meg, aferrándose al peldaño superior de la escalera con las dos manos.

—¿Seguro que estarán bien? —le preguntó el chico, sin soltar aún su

brazo.

—Sí, la escalera es corta. Puedo hacerlo.

Él ladeó la cabeza.

—No, me refiero a su estancia en la isla.

Meg miró con los ojos entrecerrados el rostro ajado y arrugado del mozo.

—Sí, ¿por qué no iba a estarlo?

El tipo tardó en responder. Giró el cuello para mirar hacia la parte septentrional de la isla.

—Por nada —dijo al fin.

Los motores del *ferry* volvieron a ponerse en marcha, mientras Meg descendía por la escalera.

—¡Regresaremos el lunes por la mañana para recogerlas! —gritó el chico en el momento en el que los pies de Meg alcanzaban el muelle—. Tengan cuidado.

¿Tengan cuidado? Se trataba de un fin de semana con mucha cerveza y fiesta desenfrenada. Aparte de por la resaca, ¿por qué tendrían que tener cuidado?

Aquello era cada vez más extraño.

En cuanto Meg se apartó de la escalera, Branson soltó la amarra y, sin pronunciar una sola palabra, trepó por el

lateral del barco. Meg observó con cierta tristeza cómo saltaba a la cubierta y desaparecía detrás del parapeto a medida que el *ferry* se alejaba del muelle. Casi deseó poder unirse a ellos.

—¿Ahora qué? —dijo Minnie. Estaba descalza y enroscaba entre sus dedos un mechón de pelo rubio platino.

Buena pregunta. Con desgana, Meg apartó su atención del barco, que se marchaba, y escrutó el muelle.

Era una construcción basta y azotada por el mal tiempo, que sobresalía unos cincuenta metros de la playa. Planchas rotas de madera en descomposición salpicaban el sendero como pequeñas

minas antipersonas; y las olas, incluso en la bahía resguardada, parecían capaces de anegar el decrépito embarcadero.

En la costa, un bosque de pinos se alzaba por encima de la playa; sus siluetas se recortaban contra los nubarrones grises que se agolpaban en el cielo nocturno. Meg creyó distinguir un destello de luces más allá del umbral de árboles, pero no estaba del todo segura. En el crepúsculo no podía verse bien, y como las nubes de tormenta ocultaban la luna y las estrellas, la noche iba a ser extremadamente oscura en Henry Island.

A medida que el sonido de los

motores del *ferry* se desvanecía a lo lejos, Meg se sintió aislada. Aparte del rumor sordo del mar y del viento, no oía nada, y en la playa no se veían señales de vida. Se estremeció. Estaban solas en medio de ninguna parte, y su único contacto con el mundo exterior se estaba adentrando en la noche.

Con un gesto brusco, Meg sacó su teléfono móvil del bolsillo de sus pantalones. Sentía el impulso desesperado de llamar a alguien, a quien fuera, y decirle dónde se encontraban.

—¿Qué haces? —le preguntó Minnie.

Meg cubrió la pantalla del teléfono

para que no lo salpicara el agua.

—Nada. Solo quería comprobar si teníamos cobertura.

—No llames a tus padres.

—¡No voy a hacerlo! —mintió. Pero no importaba. Se giró sobre sus talones, moviendo el aparato lentamente hacia delante y hacia atrás. El resultado fue el mismo—. De todas maneras, no hay cobertura.

—¡Bien! —Minnie le arrancó el móvil de la mano y lo metió en su mochila. Esbozó una amplia sonrisa y enlazó su brazo con el de Meg—. Es más divertido así. Vamos a estar desconectadas durante tres días

gloriosos.

«Gloriosos» no era el adjetivo que surgió inmediatamente en la mente de Meg.

—Claro que sí, Mins. Lo que tú…

—¡Hola!

Las dos se volvieron bruscamente. En el otro extremo del muelle aparecieron dos figuras que avanzaban con rapidez hacia ellas. Eran dos personas altas e iban envueltas en gruesos abrigos. Había una luz débil y Meg no podía verles la cara, pero una de ellas se le antojaba extrañamente familiar.

—¡Meg!

Su estómago dio un vuelco. Conocía aquella voz.

Minnie también la reconoció. Dio una palmada y soltó un grito:

—¡Oh, Dios mío!

Meg sintió que el calor abandonaba su cuerpo.

Era T.J. Fletcher.

TRES

Habían pasado varios meses desde que Meg y T.J. hablaron por última vez. Desde el día de la fiesta de bienvenida. Durante aquel semestre no fueron a ninguna clase juntos, y desde que Minnie rompió con el mejor amigo de T.J., no habían vuelto a verse. Su amistad había terminado.

No obstante, los detalles relativos a la vida de T.J. eran de sobra conocidos por todo el mundo. Meg había oído los rumores: la beca de fútbol para estudiar en la Universidad de Washington, el

montón de ligues, las fiestas salvajes. Minnie hablaba de él sin cesar, obsesivamente. Aunque eso era algo normal. Había estado enamorada de T.J. desde primero, hasta el punto que acabó saliendo con su mejor amigo, Gunner, después de que T.J. la rechazara. Durante las semanas siguientes a la fiesta de bienvenida, cuando el simple hecho de oír su nombre hacía que Meg se sobresaltase, había tenido que escuchar a Minnie parloteando sin parar sobre lo alucinante que era T.J.

Minnie no tenía ni idea de que Meg también estaba enamorada de él.

Y esa era la razón por la que Meg

necesitaba controlarse y dominar sus emociones. Una mirada al rostro sonriente de T.J., a su maravillosa piel morena y sus hoyuelos marcados, y sería como en una de esas escenas de dibujos animados en la que a uno de los personajes le late el corazón con tanta fuerza que le sale disparado ante los ojos de todo el mundo. No podía permitir que eso ocurriera. Nadie podía saber qué sentía realmente. Tampoco Minnie. Y mucho menos T.J.

—Me alegro mucho de que hayáis podido venir —gritó T.J. mientras avanzaba a grandes zancadas por el embarcadero.

Meg intentó, sin conseguirlo, no ponerse roja. Rezó para que Minnie no se diera cuenta. A él no le gustas, se dijo. Todavía está enfadado contigo.

Afortunadamente, Minnie solo tenía ojos para T.J.

—¡T.J.! —chilló. Fue hacia él, con un zapato colgando de cada mano—. No sabíamos que estarías aquí.

No, no lo sabían. Porque por nada del mundo Meg habría ido si hubiera sabido que T.J. estaba en la lista de invitados.

La segunda figura seguía a T.J. por el muelle. En un primer momento, Meg pensó que era Gunner, pero era

demasiado alto, demasiado larguirucho. Alguien nuevo.

—Temía que hubierais perdido el *ferry* —dijo T.J., casi sin aliento. Llevaba un gorro de lana que le cubría la cabeza rapada y un chaquetón de marinero abrochado hasta la barbilla.

—¿Sabías que íbamos a venir? —Minnie le rodeó el cuello con los brazos, sin soltar los zapatos, y poco le faltó para saltar a sus brazos.

T.J. la saludó chocando su pecho contra el de ella en un gesto algo masculino y dándole unas palmadas en la espalda, y a continuación la esquivó y se apresuró para acercarse a Meg.

—Claro que sabía que veníais.

A Meg el corazón le latió con tanta fuerza que estaba convencida de que todo el mundo en al menos tres kilómetros a la redonda podía oírlo. Bajó los ojos para disimular su conmoción.

—Sí —dijo—. Ehh… nosotras también sabíamos que tú venías.

—Hola —saludó el otro chico—. Tú debes ser Minnie.

Era tan alto como T.J., pero delgado y espigado en lugar de musculoso y atlético. Sus vívidos ojos azules destellaron cuando sonrió a Minnie, y formaron pequeñas arrugas en sus

sienes, lo que le dio a su rostro una expresión perruna. Y lo que era aún más impactante, tenía una mata de pelo casi tan rubio platino como el de Minnie. Un rubio para una rubia.

Minnie ladeó la cabeza.

—¿Cómo sabes quién soy?

—Oí decir que eras la rubia guapa. —El rubio parpadeó.

Meg hizo lo posible por controlar el impulso de poner los ojos en blanco ante la exagerada cursilería de aquella frase, pero a Minnie le sentó de maravilla.

—¡Oh! —murmuró con admiración, y luego miró a T.J.—. ¿Eso se lo dijiste tú?

—Ehh… —T.J. desvió la mirada hacia el *ferry*—. ¿Solo estáis vosotras dos? —preguntó, cambiando de tema.

—Sí —contestó Meg—. ¿Esperabas a alguien más?

T.J. sacudió la cabeza.

—Recibimos antes una llamada del señor Lawrence diciendo que Jessica iba a intentar llegar en el último *ferry*. Parece que ella y un grupo de amigas se han retrasado por no sé qué del instituto, así que se reunirán con nosotros mañana.

—Animadoras —añadió el rubio—. Entrenamiento de última hora.

Ahora había obtenido toda la atención de Minnie.

—¿Eres amigo de Jessica?

—Ehh… —dijo, mostrando una sonrisa aniñada—. Algo así.

¿Así que el rubio era el nuevo ligue de Jessica? Interesante.

—Lo siento —dijo T.J., dándole una palmada a su amigo en la espalda—. Debería haber hecho las presentaciones. Este es Ben.

—No te preocupes, colega. —Los ojos azules de Ben se posaron en Meg. Había algo agradable en él que a ella le gustó inmediatamente—. Tú debes de ser Meg

—Sí —contestó. Cambió el peso de su cuerpo de un pie a otro, consciente de

que un montón de desconocidos habían estado hablando de ella hacía poco si Ben sabía quiénes eran Minnie y ella.

—¿M&M? —Ben se rio—. Qué gracioso.

Minnie le dio la mano a Meg, manteniendo los ojos fijos en Ben.

—Nos conocimos en séptimo y desde entonces somos íntimas.

Ben continuó sonriendo a Minnie.

—¿Puedo llevarte el equipaje? —le preguntó.

—Vaya —respondió Minnie, dirigiéndole una mirada a T.J.—. Un caballero.

T.J. la ignoró, y mientras Ben se

ponía al hombro las bolsas de Minnie, él tiró suavemente de la manga del abrigo de Meg.

—Por aquí.

T.J. se apresuró por el embarcadero, y sus largas zancadas enseguida dejaron atrás a Minnie y a Ben. Meg tuvo que esforzarse para mantener el ritmo. Una parte de ella quería quedarse atrás con Minnie para evitar por todos los medios estar a solas con T.J., pero había algo que la empujaba a seguirlo. Al ver que T.J. le sonreía, se dio cuenta de lo mucho que lo echaba de menos.

Caminaron en silencio, pese a que la mente de Meg funcionaba a toda

velocidad. ¿Debería decir algo? ¿Sacar el tema de lo que había ocurrido en la fiesta de bienvenida? ¿Intentar explicarle por qué lo había dejado plantado y suplicarle que la perdonase? Quería hacerlo, estaba desesperada por hacerlo. Pero, sin embargo, no dijo ni una palabra. Como siempre.

Deseó que fuera ya septiembre y estuviera en la universidad, en Los Ángeles, lejos de todo aquello y de todos los que la conocían. En algún lugar en el que pudiera comenzar de cero y no sentirse todo el tiempo torpe y tímida.

T.J. siguió avanzando con paso firme

delante de ella. Al aproximarse a la línea de los árboles, Meg percibió el familiar aroma navideño a pino por encima del aire salado del mar y el tufo mohoso a algas podridas que llegaba de la playa. Tomó aire. Así era como olía su casa, a Navidad y a agua salada.

El muelle se extendía tierra adentro y desaparecía entre los árboles, pero en lugar de seguirlo, T.J. saltó con destreza a la arena de la playa. Se giró para ayudarle justo en el momento en que Meg lo imitaba. Su impulso le hizo irse contra él, y T.J. le puso las manos en la cintura para sostenerla. Permanecieron así, sobre la arena mojada, durante un

momento, sin que T.J. apartase las manos de su cintura. Era muy agradable volver a estar tan cerca de él, como si nunca hubieran tenido una discusión horrible. Lo echaba tanto de menos…

La aguda risita de Minnie llegó hasta ellos cuando Ben y ella alcanzaron el final del muelle. Meg salió de su ensimismamiento, se apartó de T.J. y echó a andar por la arena. Tienes que olvidarte de él.

Se detuvo al llegar más o menos al centro de la playa. A través de los árboles se distinguía una casa. Daba la impresión de que todas las luces del edificio de dos plantas estaban

encendidas, y el viento traía hasta ella música y risas.

—La fiesta ha empezado en cuanto se ha ido el sol —dijo T.J. a sus espaldas.

—¿Esa no es White Rock House? —le preguntó Meg.

T.J. sacudió la cabeza.

—Ahí viven los Taylor. Lawrence Point, la casa de los Lawrence, está en el extremo de la isla.

—¿Cómo lo sabes?

—He estado aquí unas cuantas veces —respondió, encogiéndose de hombros.

Oh. Claro que sí, Meg. Cuando salía con la mejor amiga de Jessica.

—Está bien —continuó T.J.—. Me refiero a saber que hay otra fiesta cerca. ¿No te parece?

—Supongo que sí. —En realidad, sí estaba bien. En cierto modo, saber que había una casa llena de gente en las proximidades calmó algo su nerviosismo.

—Vamos. —T.J. le hizo un gesto y Meg lo siguió, rodeando la casa. Más allá el bosque terminaba, y al otro lado se abría una estrecha extensión de tierra iluminada por el suave resplandor anaranjado que proyectaban las luces de la casa de los Taylor. El istmo surgía de la propia isla, tenía unos siete metros de

ancho y se alzaba poco más de un metro sobre el nivel del mar; a lo lejos se veía Lawrence Point. Los troncos pálidos y podridos de varias docenas de árboles cubrían el istmo como en un juego gigantesco de palillos.

Un pedazo de tierra aislado y sitiado por todos lados por un mar hostil. Meg sintió que había llegado al fin del mundo.

Una ola enorme chocó contra la orilla oriental y cubrió por completo el istmo.

—¿Tenemos que cruzar por ahí? —preguntó Meg, abriendo los ojos como platos al ver el efecto de la ola.

—Sí, hay un sendero por el centro —contestó T.J., y señaló hacia la oscuridad.

En un primer momento, Meg no vio nada, pero luego, al retirarse la ola, quedó a la vista lo que parecía ser una barandilla desvencijada.

—¿Eso es un puente?

—Algo así —respondió T.J.—. Más bien una plataforma elevada, para pasar por encima del agua.

Una nueva ola, más fuerte que la anterior, inundó el istmo y Meg y T.J. tuvieron que retroceder varios pasos para no mojarse. La plataforma quedó totalmente sumergida, solo un pequeño

pedazo de la barandilla sobresalió por encima de la espuma de la ola. Luego el agua se retiró hacia ambos lados del istmo con un borboteo que casi parecía burlarse de ellos, retarlos a que se aventurasen a cruzar.

—¿No hay otra manera de llegar a la casa?

—No —dijo T.J.—. Pero no está tan mal. Tenemos que pasar entre las olas.

—Eso es fácil, si puedes verlas.

T.J. dejó caer las bolsas de Minnie en la arena y se metió las manos en los bolsillos de su abrigo. Su semblante era ahora serio, la sonrisa y los hoyuelos habían desaparecido.

—¿Eres tan borde a propósito?

—Yo… —titubeó Meg—. No me había dado cuenta…

—Sí, sí que te habías dado cuenta. Te conozco, Meg Pritchard. No dices nada a no ser que quieras decirlo.

Meg hizo una mueca. Aquello era cierto, aunque también lo era el hecho de que no decía la mitad de las cosas que quería decir.

—Mira —continuó T.J. al ver que ella guardaba silencio—. No quiero que este fin de semana nos sintamos incómodos ninguno de los dos. Éramos amigos, ¿te acuerdas? Nos divertíamos.

Ahí estaba otra vez esa palabra.

Diversión. ¿De verdad había perdido su lado divertido? No, estaba segura de poder volver a ser aquella chica, la que se reía y gastaba bromas con el único chico del planeta con el que se sentía tan a gusto como para ser tal y como ella era en realidad.

—Somos amigos —dijo—. Y nos lo pasaremos genial este fin de semana. Lo prometo. —Incluso si muero en el intento, pensó.

T.J. arqueó las cejas.

—¿Seguro?

Meg dirigió la mirada hacia la plataforma. En la penumbra se distinguía la espuma blanca de una ola en retirada.

Era el momento justo.

Una sonrisa le cruzó la cara.

—Seguro. Desde ahora mismo. —Tomó impulso con los talones y echó a correr por el istmo.

CUATRO

La mochila le golpeaba en la cadera mientras corría. Ni siquiera miró hacia el océano para comprobar si alguna ola se acercaba para arrastrarla mar adentro. Sinceramente, no le importaba. Estaba tan eufórica porque T.J. seguía queriendo ser su amigo que la muerte a manos de un oleaje despiadado se le antojaba un buen precio a pagar.

T.J. no había hablado con ella desde la fiesta de bienvenida. Todo el asunto había sido una auténtico terremoto. La imagen del rostro de Minnie al

enfrentarse a ella se había quedado grabada en la memoria de Meg: los ojos enrojecidos por el llanto, chorretones de rímel cayendo por sus mejillas hinchadas, la mandíbula apretada. ¿Vas a ir al baile con T.J.?

A Minnie le entró un ataque de histeria. Agarró a Meg por los hombros con tanta fuerza que le dejó varias magulladuras. ¿Vas a ir al baile con T.J.? Escupió las palabras, desafiando a Meg para que reconociera la verdad. Sus uñas se le clavaban a través de la fina camiseta de algodón y sus ojos parecían querer perforarle la cara. Aquella no era su amiga, aquella no era la persona a la

que conocía desde hacía años. La habían cambiado por alguien demente e irracional. Fue una de las cosas más aterradoras que Meg había visto en su vida.

Había estado decidida a decirle la verdad, pero allí, en aquel instante, al ver el dolor de Minnie, simplemente no pudo hacerlo. Su amistad era más importante que un chico.

No. No, por supuesto que no. ¿Por qué iba él a querer ir conmigo?

Después le había enviado un mensaje a T.J. para decirle que no podía ir. Ni siquiera lo llamó. Actuó como una cobarde. Sabía que si lo veía cara a

cara, su voluntad se desmoronaría.

Y aquello fue el fin.

Meg se esforzó por apartar el doloroso recuerdo de su mente al alcanzar el extremo opuesto del istmo, donde el sendero de arena y guijarros daba paso a un macizo de rocas. El cabo Lawrence se alzaba ante ella, alto, enorme y ligeramente fuera de lugar. Una escalinata de piedra ascendía desde la playa. Tallado en el oscuro granito de la isla, cada uno de los peldaños era liso y suave, probablemente más como resultado de la acción de los elementos que por efecto de pisadas humanas, supuso mientras los subía rápidamente.

—¡Meg, para un poco! —la llamó T.J., corriendo tras ella.

—¿Qué te pasa, no puedes alcanzarme, Señor Don Jugador de Fútbol? —se burló. Le sorprendía lo fácil que era volver a activar el modo coqueteo con T.J. Parecía que nunca hubiera dejado de hacerlo. Subió como un rayo los últimos escalones y llegó a un claro en lo alto de la colina con T.J. pisándole los talones.

—Vaya, sí que corres rápido —jadeó el chico—. No sabía que una escritora podía correr así.

—Ja, ja —repuso Meg, arrugando la nariz. Pero no pudo evitar sonreír.

—Es una subida mortal —dijo T.J., y señaló a su espalda—, pero merece la pena, ¿no crees?

Meg se dio la vuelta y contuvo el aliento.

White Rock House se erguía ante sus ojos. Mezcla de faro y mansión criolla, relucía como un foco en mitad de la nada. Había un patio cubierto y cercado por una balaustrada de hierro forjado frente a la fachada principal que continuaba por los laterales, los hastiales de la segunda y la tercera planta sobresalían por encima de las ventanas, quizá para protegerlas de la furia de la madre naturaleza. Del centro

de la casa emergía una enorme torre de cuatro pisos que parecía no tener relación alguna con la fachada.

Por el rabillo del ojo, Meg percibió un resplandor en un lateral de la casa. Entrecerró los ojos y se dio cuenta de que todo el suelo alrededor de la casa estaba cubierto por piedras blancas y brillantes.

De ahí el nombre de White Rock House.

Más allá, la línea de los árboles se retiraba por la pendiente de la colina en todas direcciones. La casa había sido construida como un castillo medieval, en una posición estratégica para protegerse

del ataque de las hordas bárbaras. Definitivamente, aquel era el lugar más remoto y menos accesible en el que había estado jamás. Y a pesar del brillo de las piedras blancas y de las luces que proyectaban todas las ventanas, Meg no pudo evitar tener la sensación de que la casa parecía solitaria, aislada del resto del mundo.

—Hace falta ser una persona especial para construir esta casa en un lugar tan apartado, ¿verdad? —dijo T.J.

—Tienes que dejar de dar voz a mis pensamientos —respondió Meg con media sonrisa—. Es escalofriante.

—¿Ah, sí? —El rostro de T.J. se

iluminó, como si decirle que producía escalofríos fuera el mejor cumplido que Meg hubiera podido hacerle.

—Es bastante chulo, la comunión con los elementos —dijo Ben. Dejó el equipaje de Minnie sobre la hierba y luego le ayudó a subir los últimos escalones—. ¿No crees?

—Sí —contestó Minnie, mientras intentaba no jadear por el esfuerzo—. Los elementos. Desde luego que sí. —Su cara se había sonrosado después de subir la empinada escalinata, y parecía a punto de entrar en parada cardíaca.

Meg sintió que T.J. le daba con el codo y tuvo que mirar al suelo para no

echarse a reír.

Se agitó una ráfaga de viento que sacudió las ramas de los árboles de la isla, como si de repente cobraran vida.

—Deberíamos entrar —dijo T.J.—. Parece que está a punto de empezar a llover otra vez.

Encabezó la marcha hacia el patio a través del césped encharcado. Alcanzó la puerta principal, de un blanco reluciente, y la abrió de un empujón.

—¡Hemos vuelto!

Estaban en un vestíbulo, que parecía no pertenecer a la casa, como si hubiera sido añadido en el último momento. Ante ellos, se abría un corredor que

llevaba hasta una amplia escalera. El techo se inclinaba hacia uno de los muchos hastiales y las paredes eran blancas y estaban desnudas, a excepción de un perchero del que colgaba un par de chubasqueros color amarillo brillante en una de ellas y de una mesa recibidor que se apoyaba en la otra.

—¡Colega! —exclamó otra voz familiar desde el fondo del pasillo, seguida por el retumbar de fuertes pisadas—. ¿Pudieron Jessica y las chicas subir al…?

Gunner Shields apareció en el umbral. Aquel chico tenía un nombre que figuraba entre los favoritos de Meg

en su lista de Combinaciones Desafortunadas de Nombre y Apellido de Todos los Tiempos, y le hacía reírse para sus adentros siempre que pensaba en él[1].

A pesar de que era febrero, Gunner estaba muy moreno y su cabello jaspeado por el sol le cubría las orejas. Llevaba puesto su uniforme habitual: una de esas camiseta de North Shore, pantalones anchos y chanclas. Para Gunner, todos los días eran buenos para hacer surf.

Incluso bajo su falso bronceado, Meg notó cómo su cara se sonrojaba al ver a Minnie.

—Eh —balbuceó.

Minnie se apoyó en el brazo de Ben y sonrió.

—Hola, Gun. No sabía que fueses a estar aquí.

Gunner miró disimuladamente por encima de su hombro.

—Sí, ehh… bueno… —vaciló.

—Jessica no ha venido —intervino T.J., rescatando a su amigo de una situación embarazosa—. Supongo que tendremos que esperar hasta mañana.

—Colega —dijo Gunner haciendo un gesto en dirección a Ben—. Lo siento por ti.

Ben miró a Minnie y contestó:

—Sobreviviré.

Minnie soltó una risita nerviosa y agarró con más fuerza el brazo de Ben. Vaya por Dios. Flirtear con el novio de la anfitriona probablemente no fuera la mejor idea que Minnie podía haber tenido ese día.

—Cariño. —Una chica asiática se deslizó detrás de Gunner. Parecía un duendecillo punky con su camiseta negra, sus muñequeras a rayas y un enorme flequillo color magenta tapándole los ojos—. Necesito tu ayuda en la cocina.

Meg se percató de que Minnie se ponía rígida al ver que Gunner y la

Señorita Pelo Magenta desaparecían por una esquina. T.J. también pareció notarlo.

—Por aquí —dijo, y comenzó a subir por la escalera—. Dejadme que os muestre vuestra habitación, luego podéis reuniros con los demás.

Meg se sintió aliviada y siguió a T.J. por una estrecha escalera. Así que Gunner tenía una nueva novia. Bien. Siempre le había gustado aquella especie de estupidez bienintencionada de Gunner. Y había estado loco por Minnie, lo cual siempre le había provocado a Meg una punzada de culpa, pues sabía que a su amiga él en realidad

no le importaba. Ahora se alegraba de ver que había pasado página.

Sin pensar, sus ojos se posaron en T.J. ¿Por qué no podía ella también pasar página? Esa proximidad que habían experimentado al subir hacia la casa… Era el primer momento de verdadera felicidad que había sentido desde el desastre de la fiesta. Pero tenía que olvidarse de él. Tenía que hacerlo. T.J. era un jugador de fútbol, como no se cansaba de repetir Minnie, iban a ir a universidades que estaban a miles de kilómetros de distancia, y su mejor amiga estaba enamorada de él. Tres puntos en su contra. Tenía que pasar

página.

T.J. la pilló mirándolo y sonrió.

—Creo que te va a gustar tu habitación.

¿Cómo se suponía que iba a poder pasar página si él no dejaba de sonreírle de aquel modo?

—¿Ahora haces de anfitrión? —dijo Minnie. Meg creyó percibir un tono afilado en su voz.

—No —respondió Ben—. Cuando llegamos, la puerta principal no estaba cerrada y había una nota sobre la mesa en la que ponía: «Sentíos como en vuestra casa». Y eso fue lo que hicimos.

T.J. asintió.

—Hay wifi y televisión por satélite, e incluso una Xbox. Ah, y la nevera está hasta los topes. Comida, zumos, cerveza…

—¿Hay cerveza? —preguntó Minnie.

Meg sacudió la cabeza. Aquello era justo lo que necesitaba. Cuando estaba borracha, Minnie perdía totalmente el control. Tenía tendencia a volverse un poco… soez, y la cerveza inevitablemente llevaba a las risas, a las caídas, los besuqueos, las carcajadas histéricas, las peleas y las lágrimas, normalmente (aunque no siempre) en ese orden.

—Tranquila, *Mrs*. Hyde —dijo Meg —. Al menos, vamos a colocar nuestras cosas antes de que empieces con las cervezas.

Minnie ignoró el comentario y preguntó:

—¿Adónde vamos?

—T.J. reservó esta habitación para vosotras, chicas —dijo Ben, señalando la escalera que subía hacia la torre—. Pensó que os iba a gustar.

Con disimulo, Meg dirigió una mirada a T.J. mientras daban la vuelta hacia el nuevo tramo de peldaños. No estaba segura, pero ¿se había ruborizado un poco?

La escalera se estrechaba aún más y se apoyaba en las cuatro paredes según ascendía hacia lo alto de la torre. En los muros había ventanas desnudas que permitían la entrada de luz suficiente como para iluminar la torre entera, incluidas la escalera. Meg siguió a T.J. y llegó a una buhardilla. Se trataba de una habitación pequeña, sencillamente amueblada con dos camas individuales, una butaca, un tocador y un espejo de cuerpo entero. Pero lo que conquistó por completo a Meg fue la enorme hilera de ventanas en todas y cada una de las cuatro paredes. Podía ver las luces del puerto de Roche al otro lado de la bahía,

tenues y amortiguadas por la bruma, y por otra de las ventanas, el resplandor de la casa de los Taylor. Estaba impaciente porque llegase la mañana siguiente, las vistas tenían que ser increíbles.

—¿Tenemos que dormir aquí arriba? —preguntó Minnie, mientras paseaba su mirada por la habitación—. Ni siquiera hay un aseo.

—Está abajo, en la segunda planta —dijo T.J.—. Estoy seguro de que podríamos cambiaros a otra habitación si esta no os gusta. De todas maneras, probablemente tendremos que reorganizarlo todo cuando Jessica y las

demás lleguen mañana.

—No, estamos bien aquí —dijo Meg.

—Pero… —empezó a decir Minnie.

Meg no la dejó terminar:

—Estamos bien. —Aquella era la clase de habitación con la que siempre había soñado de niña, un dormitorio en la torre de un castillo. Podía imaginarse a sí misma allí arriba, lejos de la fiesta, escribiendo en su portátil o en su diario. Era un lugar perfecto, y no estaba dispuesta a que Minnie lo echase a perder.

Su amiga se dejó caer en la cama más próxima a la escalera.

—Tú ganas.

—Bajad cuando estéis listas —dijo T.J., y acto seguido desapareció con Ben escalera abajo—. Nosotros nos encargamos de la cena.

CINCO

—Ben es encantador —dijo Meg, mientras abría la cremallera de su mochila.

—Sí —respondió Minnie, encogiéndose de hombros—. No está mal.

—¿No está mal?

—Eso es lo que he dicho.

Hasta ahí había llegado el buen estado de ánimo de Minnie.

—Pues no sé, pero daba la impresión de que estabas a gusto con él. Y fue un detalle que te ayudase en la

playa y a subir a la casa.

—Sí, supongo.

Meg frunció el ceño. Minnie se estaba comportando de manera arisca intencionadamente; Meg tenía claro que ya había fijado su objetivo en Ben.

—Alto. Ojos azules. El pelo tan rubio como el tuyo. ¿Qué es lo que no te gusta de él?

—Montones de cosas. —Minnie abrió el armario y examinó el espacio disponible.

—¿Por ejemplo?

—Se tiñe el pelo, para empezar. Tiene las cejas negras.

—Vaya. —Solo Minnie podía fijarse

en algo así. Meg estaba totalmente fuera de juego—. Me parecía que hacíais una pareja estupenda.

Su amiga se giró bruscamente hacia ella.

—¿Qué pasa, estás intentando juntarme con alguien antes de dejarme tirada en septiembre?

Meg se quedó momentáneamente sin habla. No se había esperado aquella reacción para nada.

—¿Qué, no es eso lo que estás intentando hacer?

—¿De qué estás hablando?

—Estás tratando de que algún otro cargue conmigo antes de que me dejes.

—¡No voy a dejarte! Me voy a la universidad. —Aquellas discusiones empezaban a parecer las de un matrimonio al borde del divorcio.

—Podrías ir a la universidad aquí.

—No me aceptaron en el programa de Escritura Creativa de la Universidad de Washington —mintió Meg—. Ya lo sabes.

Minnie entrecerró los ojos y abrió la boca para decir algo, pero pareció pensárselo mejor. Volvió a cerrarla y le dio la espalda.

Meg la imitó y volvió a concentrarse en sacar sus cosas de la mochila. ¿Acaso sabía Minnie que la universidad

más cercana a la que Meg había enviado una solicitud de ingreso se hallaba a más de mil kilómetros de distancia? Imposible. La única persona que sabía con certeza a qué universidades había enviado solicitudes era su madre, pues era ella la que se había ocupado de todo el papeleo. Y si había una persona en el mundo entero que quería asegurarse de que Meg pusiera tierra de por medio con su pegajosa mejor amiga, esa era su madre.

—Tú y T.J. parecéis uña y carne —dijo Minnie, de modo inesperado.

Con que eso era lo que la había molestado. Meg se lo había estado

temiendo desde el mismo momento en que T.J. se había puesto a su lado en el embarcadero para acompañarla hasta la casa. Había esperado que la atención que Minnie recibía por parte de Ben la distrajera de la que no recibía de T.J.

Pero no había habido suerte.

—Minnie, no empieces.

—¿Qué? —Minnie sacó un vestido sin tirantes de su maleta y lo tendió sobre la cama—. Solo ha sido un comentario.

Meg sacó unas camisetas y unos vaqueros de su mochila los metió en un cajón y dejó su diario y el portátil en el fondo de la bolsa.

—T.J. no me interesa.

—Pues quién lo diría —le soltó Minnie, con aquella entonación cantarina tan suya, pero Meg no se dejó engañar. Minnie estaba dolida por el desaire de T.J. y ahora lanzaba ataques a diestro y siniestro—. Daba la impresión de que los dos estabais coqueteando a lo grande.

No habían vuelto a hablar sobre el tema desde el día de la fiesta de bienvenida, ambas habían optado por no mencionarlo, aunque eso significase no resolver el problema. Hasta ahora.

—Solo somos amigos, Mins —dijo Meg.

—Los amigos no se citan para el baile de bienvenida.

—Nadie me pidió ir al baile —dijo Meg. Ya había mentido tantas veces sobre aquella noche que cada vez le resultaba más fácil volver a hacerlo—. Esa noche me quedé en casa con gripe.
—Oh, sí, la epidemia de gripe. Se había quedado en casa fingiendo estar enferma y había escrito páginas y páginas de porquería sensiblera y rebosante de angustia en su diario.

—¿Lo prometes?

Meg se esforzó por sonreír. Otra promesa más que no podría cumplir.

—Minnie, lo prometo. No me

interesa T.J. Fletcher. Juramento sagrado.

Le tendió la mano con el dedo meñique estirado para que ella lo enlazara con el suyo, pero Minnie se quedó mirándolo durante un instante como si estuviera decidiendo si quería dar por terminada su agresividad o todavía no. Luego, con un impulso típico en ella, lanzó sus brazos alrededor del cuello de Meg y le plantó un beso en la mejilla.

—Lo siento —dijo y lanzó un suspiro—. Creo que he perdido un poco el control al verlo.

—Lo sé.

—Entre eso y que vas a dejarme…

Meg sacudió la cabeza.

—Mins, no voy a dejarte.

—Pero te vas.

Esa era la cuestión, clara y simplemente. Meg se marchaba. Dentro de siete meses estaría comenzando una nueva vida en Los Ángeles, y por mucho que intentase fingir delante de Minnie que eso no era lo que iba a pasar, ambas eran conscientes de que era cierto.

—No es como si me fuera a ir a Europa o algo así —se justificó Meg.

—Sí que lo es —repuso Minnie, y torció el gesto en uno de sus pucheros patentados. Aquella mueca provocaba

sudores a los chicos—. Encontrarás a otra mejor amiga y te olvidarás por completo de mí.

—A, eso no va a ocurrir; y B, *eso no va a ocurrir*.

—¿Lo prometes?

—Sí, Minnie.

—Y ¿no te interesa T.J.?

—¿No acabamos de hacer un juramento sagrado?

Minnie le dio un breve abrazo y enseguida se echó hacia atrás:

—Porque, si estuvieras interesada…

—¡Minnie!

—Si lo estuvieras —prosiguió con una sonrisilla burlona—, tendría que

advertirte: ese chico tiene una gran…

—¡Mins! —Meg se tapó los oídos con el dedo índice de cada mano. No quería oír un informe de primera mano sobre las partes íntimas de T.J., y menos si venía de Minnie. Ya era bastante malo saber que Minnie y T.J. se habían liado borrachos en una fiesta, pero era aún peor tener que escuchar la narración de la escena—. No te escucho. No te escucho. No te escucho.

Minnie se dejó caer sobre la cama con un ataque de risa.

—Solo me refería a que… —se interrumpió al quedarse sin aliento y luego continuó—: Para tu primera vez

podrías querer…

—¡NO TE ESCUCHO!

Minnie giró hacia un lado y se rio con más fuerza todavía y, contra su voluntad, Meg acabó por unirse a ella. Se tiró de espaldas sobre su cama y las dos amigas se rieron como crías hasta que la tensión y el agotamiento del día desaparecieron por completo de sus cuerpos. Eran momentos como aquel los que le hacían recordar a Meg por qué quería tanto a Minnie. Sus vidas iban en diferentes direcciones, pero en lo profundo de su ser ambas seguían siendo dos niñas bobas de doce años que se reían con las mismas bromas absurdas,

se protegían la una a la otra, y eran, por encima de todo, inseparables.

Cuando por fin se calmaron, Minnie extendió su brazo hacia Meg.

—Lo siento.

—Lo sé —respondió ella, apretándole la mano.

—¿Seguimos siendo amigas?

—Siempre.

—Genial. —Minnie se puso en pie y se alisó la falda—. Vamos abajo. Me estoy muriendo de hambre.

SEIS

Mientras descendían a la planta baja, escucharon risas por el hueco de la escalera. Siguieron el corredor hacia la parte trasera de la casa y se encontraron en una espaciosa sala de estar, profusamente amueblada con sofás y sillones. Las paredes estaban cubiertas de estanterías que iban hasta el techo y sobre la chimenea había una enorme televisión de plasma de cincuenta pulgadas en la que se veían imágenes de un videojuego donde se mezclaba un apocalipsis zombi con una invasión

alienígena.

Dos chicos estaban sentados en sofás uno frente al otro, con los mandos en las manos y los ojos fijos en la pantalla. Uno parecía el típico delgaducho desgarbado que se gastaba el dinero de sus padres esquiando la mayoría de fines de semana: camisa térmica ajustada, pantalones anchos y una melena larga y descuidada que no dejaba de quitarse de delante de los ojos con un violento movimiento de la cabeza. El otro era un samoano grandote. Enorme. Grande al estilo de los defensas de la National Football League.

Cuando las chicas entraron en la habitación, el delgaducho las vio con el rabillo del ojo. Puso cara de sorpresa y detuvo la partida.

—Señoritas —dijo—. Bienvenidas al Paraíso.

Si el Paraíso era dos tipos jugando a una consola en mitad de la nada, Meg no sentía la menor tentación de entrar en él.

Minnie se llevó una mano a la cintura.

—¿El Paraíso incluye un barril de cerveza?

—Botellas —contestó el delgaducho, y se puso en pie. Introdujo la mano por debajo de su camiseta y se

rascó la barriga mientras sus ojos examinaban primero a Minnie y luego a Meg—. ¿Os traigo una?

—Ella no bebe —dijo Minnie.

—Muy mal —replicó el chico, sin apartar la mirada de Meg. Luego en su cara apareció una sonrisa maliciosa—: ¿Y habla?

Meg entrecerró los ojos. Detestaba ser el centro de atención de cualquier extraño, además no le gustaba el modo en el que aquel chico la miraba.

—Solo cuando necesito hacerlo.

—Uuuuh —contestó el delgaducho, moviendo los dedos de una mano en un gesto de avaricia—. Una morenita

indomable. A Papi le gusta.

Puaj.

El defensa de fútbol le soltó un puntapié al sofá en el que había estado sentado su amigo.

—Termina la partida de una vez, colega.

—Vale, vale —dijo el otro, que volvió a sentarse. Le dirigió una sonrisa a Meg y añadió—: Seguiremos más tarde.

Minnie agarró a Meg de la mano.

—Vamos.

La guio a través de la estancia en forma de «L» hasta la gigantesca cocina de acero inoxidable que ocupaba el ala

norte de la casa, donde estaba reunido el resto de invitados.

Gunner y la Señorita Pelo Magenta bailaban una canción de ritmos eléctricos que retumbaba desde unos altavoces conectados a un iPod sobre la encimera. Sus cuerpos estaban pegados el uno al otro y la Señorita Pelo Magenta tenía una mano alrededor del cuello de Gunner mientras con la otra sujetaba una botella de cerveza Stella. Ben estaba apoyado contra la pared del fondo, también con una cerveza en la mano, y se reía con una chica asiática de rostro anguloso cuyas piernas resultaban demasiado largas para su cuerpo. Una

chica morena que parecía recién salida de la novela *Las mujeres perfectas*, de Ira Levin, con una melenita corta cuidadosamente peinada y una chaqueta muy recatada abotonada hasta el cuello examinaba de puntillas el contenido de los armarios.

T.J. estaba sentado en un taburete en la isla que ocupaba la parte central de la cocina. En cuanto las vio entrar, se puso en pie de un salto.

—¡Hola!

Cinco cabezas giraron hacia ellas, con la excepción de Gunner, que fijó la mirada en un punto concreto de la nevera.

—¿Ya estáis instaladas? —preguntó Ben. Fue hacia el iPod y bajó el volumen. Meg se dio cuenta de que sus ojos nunca se posaban en ella, sino que buscaban directamente a Minnie.

—Sí —respondió Minnie, devolviéndole la sonrisa—. La habitación es espectacular.

Meg disimuló una mueca y sintió que T.J. le daba un codazo.

—¿Quieres beber algo?

—No —dijo—. Estoy…

—A mí me encantaría tomar algo —intervino Minnie, y se fue directa a la nevera. La abrió con tanta fuerza que todos los botes que había en los estantes

de la puerta entrechocaron unos con otros. Dirigió una rápida mirada al interior y arrugó la nariz—. ¿Dónde está la cerveza?

Ya estamos, pensó Meg.

—Minnie, ¿por qué no esperas hasta que comamos algo?

—No, gracias, mamá —respondió su amiga con una sonrisa malvada—. Podré soportarlo.

—Te traigo una —dijo Ben, y salió a toda prisa de la cocina por una puerta que conectaba con un patio cerrado. Meg oyó el sonido de la puerta de una nevera y a continuación Ben reapareció. Estuvo a punto de tropezar consigo

mismo al tenderle la lata de cerveza a Minnie. Mientras se la abría, Minnie bajó los ojos y parpadeó con sus pestañas cubiertas de rímel en una demostración de falso recato que habría enorgullecido a una jovencita sureña el día de su puesta de largo. Luego alcanzó la lata de la mano de Ben y se la bebió de un trago tal y como haría un miembro de una fraternidad universitaria. Qué estilo.

La Señorita Melena Bien Peinada abrió la nevera y arregló el desorden que Minnie había provocado un instante antes, después se inclinó hacia delante y abrió un cajón.

—¿Alguien ha visto pepinos?

La Señorita Pelo Magenta soltó un bufido.

—¿Para qué quieres pepinos? Tenemos una casa llena de tíos.

Minnie y Ben estallaron en carcajadas, pero la Señorita Bien Peinada continuó con su búsqueda por los distintos compartimentos de la nevera.

—Son para la ensalada —repuso, dejando claro que no había pillado la broma.

—Por supuesto que sí —dijo Minnie. Extendió el brazo y le hundió un dedo en el estómago a Ben.

Pelo Magenta se inclinó hacia Gunner para susurrarle lo suficientemente alto como para que todos pudieran oírla:

—Entonces, ¿esta es tu ex?

Minnie se quedó a mitad de camino en el trago que había dado a la cerveza:

—Hola, estoy aquí.

Meg dio un respingo. Minnie ni siquiera se había tomado una cerveza entera y ya estaba dispuesta a enzarzarse en una pelea.

—Ehh… —Gunner pareció perplejo, como si la simple pregunta de si Minnie era o no su exnovia lo hubiera confundido totalmente—. Ehh, sí. Pero

ya forma parte del pasado, totalmente.

—Totalmente —confirmó Minnie. Levantó la mano y recorrió con sus dedos el largo brazo de Ben como si pretendiera enfatizar con ese gesto lo que acababa de decir—. Es todo tuyo, si es eso lo que quieres saber.

La Señorita Pelo Magenta su puso rígida.

—¿Qué coñ…?

—Yo soy Meg —dijo Meg, y se lanzó hacia delante para interceptar a la Señorita Pelo Magenta antes de que pudiera cruzar la cocina y darle una paliza a Minnie—. Minnie y yo vamos al instituto Kamiak con Gunner. Eh… —Le

dirigió una mirada a Gunner, que se estaba poniendo completamente rojo—. Aunque quizá eso ya lo sabías.

La Señorita Pelo Magenta contempló la mano de Meg durante unos segundos y luego le ofreció la suya con cierta indecisión:

—Kumiko. Yo voy al Roosevelt, en Seattle. —Señaló a la Señorita Bien Peinada y añadió—: Ella es Viv.

La aludida cerró un armario con un golpe seco.

—Vivian —dijo, con tono cortante.

—Vale —asintió Kumiko con una sonrisa burlona—. Perdona.

Vivian la ignoró.

—Estoy en el penúltimo curso en el Mariner.

—¿En el Mariner? —repitió Minnie—. Ahí es donde encontraron el cadáver de ese chico en los vestuarios.

Vivian hizo una mueca.

—Sí.

—¿Todavía no han identificado el cuerpo? —preguntó Meg. La idea de que hubiera una familia que no supiera que su hijo estaba muerto la atormentaba.

—Aún no —dijo la chica asiática—. Cuando tomamos el *ferry*, nadie había denunciado ninguna desaparición. Deberíamos ver las noticias por si hay alguna novedad.

T.J. puso su mano en la espalda de Meg y le dijo en voz baja:

—Esa es Lori.

—¡Qué miedo! —exclamó Kumiko.

Vivian colocó una pila de cuencos sobre la encimera.

—Lo sé. Espero que no suspendan las clases del martes.

¿De verdad había dicho eso? ¿Estaba preocupada por perder clases después de que hubieran asesinado a alguien en su instituto?

—Estoy seguro de que habrá clase el martes —dijo Ben, y acarició la espalda de Minnie.

Vivian se giró hacia él.

—¿Vas al Mariner?

—Sí.

—¿En serio?

—En serio —dijo Lori—. ¿Nunca lo has visto?

Los ojos de Vivian se abrieron como platos.

—Espera, ¿tú también vas al Mariner?

Ben se echó a reír.

—Claro, ¿dónde has estado metida? Lori fue la solista en el concierto de primavera del coro el año pasado. —Se volvió hacia ella con una sonrisa—. Lo hiciste genial, por cierto.

A Lori se le iluminó la cara.

—Gracias.

—¿En serio? —Vivian no parecía para nada convencida de que dos personas pudieran ir a su instituto y que ella no las conociera.

—¿Crees que están mintiendo sobre a qué instituto van? —le preguntó Kumiko, cruzando los brazos sobre el pecho.

—¿He dicho yo eso?

—Más o menos —soltó Meg, lo que provocó la carcajada de T.J.

—Bueno —intervino Lori, con suavidad—, no estamos en el equipo de debate, así que puede que no te hayas fijado en nosotros.

Vivian hizo un gesto despectivo hacia la sala de estar.

—Conozco a esos dos tíos de ahí y no forman parte del equipo de debate.

El delgaducho apareció de pronto en la cocina.

—¿Qué dos tíos? —No se detuvo para esperar la respuesta, sino que fue directo hacia la nevera que había en el patio interior. Su amigo el grandullón entró sin pronunciar palabra.

—Ese es Nathan —informó T.J., y luego señaló con la cabeza al defensa de fútbol—. Y este es Kenny.

Nathan reapareció con dos botellines de cerveza en cada mano y le

dirigió una amplia sonrisa a Meg.

—¿Cómo va, nena?

Doble puaj.

Meg percibió cómo T.J. se ponía rígido.

—Esta es Meg.

Nathan movió la mano donde llevaba los botellines de cerveza arriba y abajo, en una pantomima de saludo.

—Ya nos conocemos. —Acto seguido le dio con el codo a T.J. en el brazo—. Me está gustando la proporción hembras-tíos.

¿Hembras? ¿En serio había dicho eso? Meg se mordió la lengua. No lo llames gilipollas. No lo llames

gilipollas.

—¿Crees que mejorará aún más cuando llegue Jessica con medio equipo de animadoras? —continuó Nathan.

—Meg va conmigo al Kamiak —dijo T.J., que ignoró la pregunta. ¿Eran imaginaciones de Meg o había enfatizado la palabra «conmigo»?

Nathan retrocedió unos cuantos pasos.

—Me gusta —dijo.

Meg no tenía claro si se refería a ella o a las «hembras» en general, pero, extrañamente, Nathan no dio ninguna explicación.

—Eh, colegas —dijo, y le lanzó una

cerveza a Kenny—. ¿Qué es esto, una biblioteca? Se supone que es una jodida fiesta. ¡Animaos!

Fue hacia los altavoces y subió el volumen al mismo tiempo que se bebía la mitad de la cerveza de un solo trago. Luego agarró a Vivian por la cintura y empezó a frotarse contra ella como un perro en celo.

—¡Suéltame! —gritó la chica. Parecía fastidiada, pero lo cierto era que no ponía verdadero empeño en apartar a Nathan.

—Venga, nena —dijo él con un falsete chulesco—. ¿No te apetece quitarte todas esas joyas y hacer

locuras?

Meg no pudo evitar reírse ante la idea de que el gilipollas de Nathan y la estirada de Vivian formasen pareja. Era tan ridículo que no podría haberlo incluido en ninguno de sus relatos por miedo a que resultase demasiado poco creíble. Gunner y Kumiko se unieron al baile, mientras Kenny atravesó la cocina en silencio hacia Lori. Le susurró algo al oído y ella se ruborizó de los pies a la cabeza.

Entretanto, Minnie y Ben habían desaparecido en el patio. Vaya, vaya.

—¿Estás bien? —preguntó T.J.

Meg estiró el cuello para intentar

ver qué se proponía Minnie.

—Sí, perfectamente.

—¿Te lo pasas bien?

—Ehh… sí —mintió—. Ya sabes, me gusta observar a la gente.

T.J. le lanzó su sonrisa con hoyuelos.

—Escritora.

Vivian, al fin, se libró de Nathan.

—¡Imbécil! —exclamó—. ¿Cómo he podido terminar en una fiesta contigo? —dijo, pero Meg distinguió en sus ojos que en realidad se estaba divirtiendo.

—Igual que el resto de nosotros —le contestó Lori—. Nadie rechaza una invitación de Jessica Lawrence.

Nathan se apoyó contra la isla de la

cocina jadeando y abrió otra cerveza.

—Te ha encantado.

Vivian no le hizo caso. Abrió de golpe la puerta de la nevera y miró a Meg:

—¿Sabes cocinar?

—Pues… —Todos los miembros de la familia Pritchard tenían claro que a Meg no se le podía permitir el acceso a la cocina. Cada vez que metía sus manos en una cena familiar la cosa solía acabar en intoxicación o con un extintor—. La verdad es que no.

Vivian sacó dos paquetes de lechuga y los lanzó sobre la encimera.

—De acuerdo. Puedes encargarte de

la ensalada.

Genial, gracias, pensó Meg.

SIETE

En cuanto Vivian se puso a organizar una cadena de producción en la cocina para hacer la cena, Nathan y Kenny se escabulleron hacia la sala de estar. Kumiko y Lori no tuvieron tanta suerte, y se les asignó que se encargasen del pan de ajo. T.J. removía la salsa para la pasta, y Gunner, cuando no estaba preocupado «ayudando» a Kumiko a untar la mantequilla con ajo en una *baguette*, se acordaba de vez en cuando de comprobar si el agua estaba ya hirviendo.

Minnie y Ben continuaban Desaparecidos en Combate. Maldición. Si a Jessica le llegaban rumores de que Minnie estaba flirteando con su novio, el descarrilamiento de un tren no sería nada comparado con su ataque de rabia.

—Solo se están dando el lote —dijo T.J.—. No te preocupes por ellos.

¿Acaso se había dado cuenta de que a Meg le ponía nerviosa?

—¿No está él saliendo con Jessica?

—Creo que no es nada serio.

—Ah.

Meg no conseguía entender el concepto de relaciones que no fueran serias. Envidiaba a las chicas que

podían salir con un montón de chicos y no parecían sentir el menor compromiso hacia ninguno de ellos. Siempre parecían seguras de sí mismas y dichosamente felices, al contrario que ella, que languidecía a causa de un chico al que no podía tener. Un chico que estaba justo a su lado, removiendo con desgana la salsa de la pasta. En cierto modo, ese gesto era lo más *sexy* que Meg había visto en su vida, como si hubiera sido transportada a una película romántica en la que hombres despampanantes solo querían leer poemas de Alfred Tennyson en voz alta y celebrar comidas espectaculares en una

villa italiana…

Déjalo ya. Necesitaba recuperar el control. Abrió la nevera en busca de ingredientes para la ensalada, deseando en secreto que el aire frío del interior deshiciese la fantasía provocada por sus hormonas. Sacó unos tomates y se puso con la ensalada.

—¿Qué, te has decidido por fin por alguna universidad? —le preguntó T.J. mientras ella atacaba los tomates con un cuchillo de sierra—. Tienes a tres facultades detrás de ti, ¿no?

Meg dibujó una sonrisa con sus labios al alcanzar un pepino. ¿T.J. se acordaba de eso?

—¿Y bien? —dijo T.J. Sus hoyuelos aparecían y desaparecían en sus mejillas —. No me dejes en suspense.

—Voy a ir a la Universidad de California, Los Ángeles.

Vivian se asomó de pronto por encima del hombro de Meg, como por arte de magia.

—Ejem… —dijo, examinando la preparación de la ensalada—. No cortes los pepinos en trozos tan grandes. Peligro de asfixia.

—Oh, de acuerdo.

¿De qué iba, acaso tenían seis años?

—Y asegúrate de no añadir los picatostes hasta que la cena esté lista,

porque se quedarán empapados y blandengues. —A continuación desvió su atención hacia la salsa—: No añadas sal. El contenido de sodio en ese bote ya es excesivo.

—Sí, señora —respondió T.J., con un saludo militar.

Vivian lo miró con los ojos entrecerrados y luego se alejó para seguir con su supervisión de los demás preparativos para la cena.

Meg sintió el deseo de cerrarle la boca con un pepino.

T.J. bajó el fuego y colocó una tapa sobre el cazo de agua.

—Esa chica nos va a divertir.

—Si por «divertir» quieres decir «agotar»… —apostilló Meg, sin pensar.

T.J. le sonrió.

—Oye, ¿por qué no puedes decir cosas como esa delante de la gente?

Meg sintió que se ruborizaba. Odiaba que T.J. la reprendiera por su incapacidad de verbalizar lo que le pasaba por la cabeza.

—No es necesario decirlo todo.

Aquella era una de las frases favoritas de su madre. Oh, no, ahora se dedicaba a citar a su propia madre.

—Algunas de tus observaciones valen su peso en oro.

—Gracias.

Vertió un paquete gigante de espaguetis en el cazo de agua que Gunner había abandonado y que ya estaba hirviendo.

—Y no deberías tener miedo a decirlas en voz alta.

—¿Quién eres tú, mi terapeuta?

La sonrisa de T.J. aumentó de tamaño.

—¿Lo ves? Son oro.

—Puedes conmigo, en serio.

T.J. siguió removiendo la salsa.

—Prácticamente seremos vecinos, ¿sabes?

El cambio de tema fue tan repentino que Meg no tenía ni idea de que estaba

hablando.

—¿Qué?

—¿No me has oído?

Obviamente, no.

—Ehh… Creo que no…

T.J. arrugó la frente.

—Pensé que Mins te lo habría contado.

—Ehh… Pues no.

—Universidad del Sur de California. Beca completa. Probablemente me tendrán en el banquillo el primer año, pero me han prometido una oportunidad.

—Creía que ibas a Washington.

T.J. se encogió de hombros.

—Cambié de idea.

Vaya. Así que iban a ser vecinos. Los dos estarían en Los Ángeles. El estómago le dio un vuelco.

T.J. le puso una mano en el hombro.

—Pensé que, ya que estaremos a pocos kilómetros el uno del otro…

Sin pretenderlo, Meg se acercó más a él.

—¿Sí?

T.J. la miró directamente a los ojos.

—Ya que estaremos cerca el uno del otro, pensé que quizá podríamos…

—Si la salsa está hecha —le interrumpió Vivian desde el comedor—, ¿puedes poner la mesa?

T.J. retiró su mano del hombro de Meg.

—Me reclaman. Luego hablamos.

Mientras T.J. desaparecía de su lado, Meg vertió los ingredientes de la ensalada que había troceado en el cuenco. Había faltado poco. Su determinación de resistirse a los encantos de T.J. había flaqueado ante el primer desafío importante, lo cual no era nada bueno. Debería darle las gracias a Vivian por la interrupción.

Por otro lado, le enfureció pensar que aquella mandona sabelotodo le había arruinado un momento especial. ¿En serio? ¿Realmente acababa de

ocurrir eso?

Dejándose llevar por el despecho, echó los picatostes y la salsa en la ensalada al mismo tiempo y deseó que se quedasen completamente blandos.

Lo primero que Meg notó cuando Minnie y Ben regresaron fue que Minnie ya no llevaba nada de pintalabios. Lo segundo que observó fueron los restos de ese mismo pintalabios rosa brillante restregados alrededor de la boca de Ben, sus mejillas y su cuello.

Meg no quería saber qué otra zona de la anatomía de Ben estaba manchada

de rosa.

Los dos entraron por separado, como si supusieran que así iban a evitar cualquier sospecha de que habían estado morreándose en el patio durante media hora. Minnie prácticamente cruzó la estancia dando brincos, pasó al lado de Gunner y Kumiko, que mantenían las manos entrelazadas, y fue a sentarse al lado de Meg.

Minnie no la miró, se limitó a sonreír para sí misma mientras hundía sus dedos en su enredada melena rubia. Pero en el momento en que T.J. entró en la habitación, cargado con el cuenco gigante de ensalada, le hizo una seña

para que se acercase.

—T.J. —le dijo, casi sin aliento—. Ponla aquí. Me muero de hambre.

—Vale, de acuerdo —asintió T.J., y se encogió de hombros.

—No puedo creerme el apetito que me ha entrado —siguió Minnie, mientras se servía lechuga y el resto de ingredientes en su plato.

T.J. le dirigió a Meg una mirada que significaba «¿de verdad se supone que tengo que preguntárselo?» y, a continuación, giró sobre sus talones para desaparecer en la cocina sin decir una palabra más.

Meg se mordió el labio. Ya había

visto a Minnie hacer aquel juego antes, intentando poner celoso a T.J. enrollándose con otro delante de él. La última vez, había salido con Gunner durante cuatro meses enteros antes de darse por vencida y dejar tirado al pobre chico. Ahora parecía que Ben se había convertido en un objetivo conveniente, aunque, por la forma en que lo miraba, Meg empezó a sospechar que a Minnie le gustaba de verdad. Lo cual era bueno, de no ser porque él estaba saliendo con la anfitriona de la fiesta. Por primera vez en lo que iba de día, Meg se alegró de que Jessica se hubiera retrasado en tierra firme.

Una nube de ruido cubrió el comedor cuando empezaron a hablar. Kenny y Nathan discutían sobre la partida, Minnie y Ben se burlaban del papel pasado de moda de las paredes, Gunner y Kumiko no dejaban de hablar entre susurros entre ellos. La mayor parte del tiempo, Meg se limitó a observar a los demás, pasando de una conversación a otra, pescando fragmentos incompletos aquí y allá.

—¿Tejote y el Pistolero? —Se rio Vivian cuando T.J. entró en el comedor con un montón de botellas de cerveza—. ¿De verdad os llaman así?

—¡Es como un *reality*, colega! —

exclamó Nathan, con la boca llena. Pequeñas gotas de salsa roja salieron despedidas de su boca y cayeron sobre el mantel.

—Como un mal *reality* —le corrigió Minnie.

—Ya. ¿Acaso lo de M & M es mejor? —intervino Kumiko, refiriéndose a las iniciales de Minnie y Meg.

Minnie la miró con los ojos entrecerrados.

—Eso no lo escogí yo —dijo.

—Cierto —añadió T.J., y miró a Meg—. Pero es muy chulo.

A Minnie se le iluminó la cara.

—¿Verdad que sí?

—Entonces, ¿eres prima de Tara? —le preguntó Lori a Kumiko.

Kumiko asintió.

Lori se sirvió ensalada y siguió preguntando:

—Ella es amiga de Jessica, ¿no?

—Su mejor amiga —contestó T.J.—. ¿La conoces?

—El año pasado cantamos juntas en el coro del condado —dijo Lori, mientras le pasaba la ensalada a Kenny.

—Estupendo —dijo Nathan—. Tara es muy maja.

Kumiko interrumpió el movimiento de sus mandíbulas:

—Repugnante.

—¿Qué? —Nathan soltó una risa nerviosa, mirando a todos los presentes en busca de aprobación—. De verdad que es maja.

Kumiko hizo un gesto con la cabeza para señalar hacia T.J.

—Tejota salió con ella el año pasado.

Los ojos de Nathan parecían a punto de salirse de sus órbitas.

—¿Es verdad eso?

—Sí —admitió T.J.—, pero no duró mucho.

—Colega. —Nathan se inclinó sobre la mesa—. ¿Te importa si yo…? Ya

sabes. ¿Si lo intento?

Kumiko dejó caer su tenedor lleno de espaguetis sobre la mesa.

—¿Hablas en serio?

T.J. se echó a reír.

—Sí, colega. Sírvete tú mismo.

En el otro extremo de la mesa, Ben señaló con el dedo a Kenny:

—Oh, Dios mío, yo también voy a suspender. Tienes al señor da Gama, ¿verdad?

—A cuarta hora —dijo Kenny.

Ben extendió el brazo para chocar su puño contra el de Kenny.

—Yo lo tengo en quinta. Te acompaño en el sentimiento.

—Odio a ese tipo —dijo Nathan, metiéndose en la conversación—. El año pasado intentó suspenderme por todos los medios.

Ben ladeó la cabeza hacia él.

—¿Lo intentó?

—Sí, colega, escucha esto. —Nathan acercó su silla más a la mesa y se explayó—: El descerebrado da Gama me da que tenía que sacar matrícula de honor en el trimestre o me catearía, porque me quedaría tan descolgado que no sería capaz de aprobar a finales de semestre. Yo le puse cara de: «Vamos, colega», pero el cretino no tuvo piedad. Entonces, mi amigo Kenny y yo… nos

buscamos un poquito de ayuda.

—¿Ah, sí? —preguntó Ben.

—Desde luego que sí. ¿Sabes aquella chica rara que solía ir al Mariner? Una tía con el pelo largo y negro, los ojos saltones, que hablaba poco.

Ben frunció el ceño.

—Creo que sí. Era bastante solitaria, ¿no? ¿Una que siempre se sentaba sola en un rincón de la cafetería?

Meg vio cómo Lori y Vivian intercambiaban una rápida mirada.

—¡Esa! —exclamó Nathan, dando una palmada sobre la mesa—. Bien, la

cuestión es que esa chica rara tenía algo conmigo. Solía seguirme a todas partes, me esperaba junto a mi coche y cosas de esas. Kenny me contó que iba a su clase y que sacaba todo matrículas.

—Y ¿le pediste que te diera clases particulares? —preguntó Ben.

—Mejor que eso. —Nathan sonrió —. Hice que me pasara todas las respuestas del examen. Ella lo tuvo antes del almuerzo y yo lo tenía después, así que…

A Vivian parecía que se le iban a salir los ojos de sus órbitas.

—¿Copiaste?

Nathan se encogió de hombros.

—Fui creativo.

—Una buena estafa —dijo Ben, con un ligero cabeceo—. Pero ¿cómo la convenciste para que te ayudase?

—¡Esa es la mejor parte! —Nathan se concedió una breve pausa antes de proseguir—: Lo único que tuve que hacer fue fingir que salía con ella durante un par de semanas. Fue así de fácil.

—Colega —dijo T.J.—. Eso es una canallada.

Nathan volvió a encogerse de hombros.

—¿Y a mí qué? Estoy seguro de que lo superó.

Meg no pudo evitar ponerse en el lugar de aquella pobre chica: un chico tan popular como Nathan, del que estaba completamente enamorada, de repente empezaba a prestarle atención. Había debido sentirse muy entusiasmada y feliz, para acabar dándose cuenta después de que él solo la estaba utilizando. Involuntariamente, sus ojos volaron hacia T.J. Los chicos populares no se enamoraban de chicas tímidas y poco populares como ella. Otra razón más por la que tenía que olvidarse de él.

—Creo que es horrible —dijo Vivian.

Lori asintió para mostrar que

pensaba lo mismo.

—Sí, esa chica ya tenía suficientes problemas.

—¡Oh, venga ya! —exclamó Nathan —. Ella también sacó algo de aquello. ¿Verdad, Kenny?

A Kenny se le puso la cara completamente roja y miró mansamente a Lori.

—Ehh… Pues, supongo que sí —murmuró.

Nathan se echó a reír y luego le tiró un trozo de pan de ajo a su amigo.

—Lo que tú digas, colega.

Kenny recogió el trozo de pan y se lo tiró de vuelta a Nathan, que

contraatacó con parte de su ensalada. Antes de que Meg pudiera reaccionar, los dos chicos estaban lanzando puñados de lechuga y tomates por encima de la mesa. Kumiko y Gunner se unieron a la batalla, y Minnie y Ben se reían de manera incontrolable mientras Lori trataba de buscar refugio detrás del corpachón de Kenny.

—¡Parad! —gritó Vivian, poniéndose en pie de un salto—. Estáis pringándolo todo. ¿Y si viene Jessica y ve…?

Dejó la pregunta a medias. Se había quedado observando fijamente algo al otro lado de la mesa. Meg siguió la

dirección de su mirada: estaba mirando a Ben.

Tardó un momento en comprender lo que estaba ocurriendo. Ben estaba totalmente inmóvil en su silla, con el tenedor a medio camino entre su plato y su boca. Daba la impresión de que estaba concentrado en algo, pero de inmediato su rostro se volvió de un color rojo oscuro y sus labios comenzaron a hincharse.

—¡Oh, Dios! —exclamó Minnie—. ¿Qué te pasa?

—¿Te estás atragantando? —preguntó T.J.

Ben negó con la cabeza, tiró su silla

hacia atrás con violencia y empezó a buscar frenéticamente algo en sus bolsillos. Su cara estaba ahora púrpura y, en cuestión de segundos, se le había hinchado tanto que sus ojos apenas eran unas minúsculas rendijas. Emitió un jadeo ahogado justo antes de desplomarse de bruces sobre la mesa.

—¡Mierda! —soltó Gunner, casi sin aire.

Minnie se apartó de Ben.

—¡Que alguien lo ayude!

Vivian rodeó la mesa a la carrera.

—Tenemos que tumbarlo en el suelo para que pueda hacerle la reanimación cardiopulmonar.

Meg negó con la cabeza.

—No. —Se sentó en la silla de Minnie y apartó la mano hinchada de Ben de sus vaqueros. Había algo que había intentado sacar del bolsillo.

—¿Qué quieres decir? —La voz de Vivian era prácticamente un chirrido—. Tengo el certificado de RCP y DEA. Y colaboro como enfermera voluntaria los fines de semana.

¿No se iba a callar nunca? Sin pensárselo dos veces, Meg metió su mano en el bolsillo de Ben. Sus dedos tocaron un objeto pequeño con forma de bolígrafo. Gracias a Dios.

—¿Qué es eso? —quiso saber

Vivian—. ¿Qué estás haciendo?

—Un autoinyector de epinefrina. —Meg quitó la tapa y, con toda la fuerza que pudo, clavó la aguja del inyector a través de los vaqueros de Ben, en la parte carnosa de su muslo, y la sostuvo allí. Nadie habló. Meg casi no se atrevía a respirar. Durante unos cuantos segundos, no ocurrió nada. Luego, Ben abrió la boca e inhaló todo el aire que pudo. La hinchazón de su cara y sus extremidades comenzó a bajar.

—Gracias —jadeó, antes de caer pesadamente sobre la mesa.

—¿Cómo lo sabías? —le preguntó T.J. a Meg—. ¿Cómo sabías lo que

había que hacer?

Lentamente, Meg aflojó la presión de su mano sobre el inyector y lo dejó caer entre sus dedos; luego se metió las manos en los bolsillos. Le temblaban de manera incontrolable. Todos la estaban mirando, esperando alguna respuesta por su parte. Intentó controlar su voz, pero sus palabras brotaron trabadas las unas con las otras:

—Yo… ehh… Mi madre…

—Su madre es alérgica a las picaduras de abeja —dijo Minnie—. Siempre lleva una cosa de esas con ella.

Meg le sonrió, sorprendida de que su amiga se acordase de eso.

—¿Le ha picado una abeja? —preguntó Gunner—. ¿Dentro de la casa?

Ben se incorporó en su silla y negó con la cabeza. Prácticamente había recuperado su aspecto normal, excepto por un ligero enrojecimiento de la piel y los párpados, que aún tenía hinchados.

—Frutos secos. Soy alérgico a los frutos secos. Tiene que haber en la ensalada.

Vivian se giró bruscamente hacia Meg:

—Solo te dije que pusieras tomates, pepinos y picatostes.

¿De verdad, Master Chef? El corazón de Meg continuaba latiendo a

toda velocidad, por lo que necesitó respirar hondo varias veces antes de poder responderle con algo que no fuese un grito:

—Eso es lo único que puse —dijo, hablando pausadamente—. Lechuga, tomates, pepinos, picatostes y unos tacos de queso feta.

—Y almendras —añadió Lori, examinando el cuenco de la ensalada.

—¿Almendras? —repitió Meg.

Lori empujó el cuenco hacia ella:

—Mira.

Diez cabezas se inclinaron sobre el cuenco y Meg pudo verlos claramente: varios trozos minúsculos de almendra


esparcidos por toda la ensalada.

OCHO

—¡Qué extraño! —dijo Meg—. No puse ningún fruto seco. Lo juro.

Vivian puso los brazos en jarras.

—Tienes que haber sido tú.

De nuevo, Meg sintió nueve pares de ojos clavándose en ella. Deseó que el suelo se abriera y la tragase. De pronto tenía la boca reseca y un nudo en la garganta. Sabía que ella no había echado las almendras a la ensalada. Lo sabía positiva y absolutamente. Quería defenderse, pero ni siquiera se le ocurría algo que decir.

—¡Eh! —dijo Minnie, con aspereza —. Si Meg dice que no lo ha hecho, no lo ha hecho.

En ese momento, Meg la hubiera abrazado. Era reconfortante saber que Minnie estaba de su parte.

Vivian chasqueó la lengua:

—Bueno, alguien debe haberlo hecho.

Alrededor de la mesa brotaron murmullos de «Yo no» y «Ni yo tampoco».

Meg se sentó en la silla más cercana. Sabía que no había sido ella la que había añadido las almendras, lo que significaba que uno de los otros lo había

hecho. Pero ¿por qué alguien haría algo tan simple como añadir frutos secos a una ensalada y después no reconocerlo? Tenía que ser un error. Alguien había puesto las almendras accidentalmente, y tras el ataque alérgico de Ben se sentía demasiado cohibido para dar la cara.

Notó que una mano se posaba en su espalda.

—Nadie te está culpando a ti —le dijo T.J.

—Eh, por supuesto que no —dijo Ben, agarrando a Meg por los hombros—. Tú me has salvado la vida. No sé lo que habría pasado si no hubieras estado aquí.

Ben se hizo a un lado, Minnie se abalanzó sobre Meg y le dio un abrazo que parecía una llave de judo.

—¡Gracias, gracias, gracias! —exclamó Minnie, plantándole un beso en la mejilla entre un «gracias» y el siguiente.

Meg sonrió. Esa era la Minnie que ella conocía y a la que quería. Era un placer volver a verla.

—De nada.

El silencio se adueñó de la estancia mientras todos volvían a sentarse. Unos cuantos removieron con el tenedor la comida que quedaba en sus platos, pero nadie parecía tener ya apetito.

Ben fue el primero en romper el silencio:

—No es para tanto, tíos. En serio, me pasa montones de veces.

—Lo siento —dijo T.J.—. Ha sido un buen susto, ¿sabes?

Ben dejó sus cubiertos sobre el plato y se incorporó:

—No quiero más. ¿Vamos a ver la tele o algo? Me estáis agobiando.

Llevó su plato a la cocina, y Minnie se apresuró tras él, dejando su cena casi intacta en la mesa. Uno tras otro, todos fueron recogiendo platos y bandejas y amontonándolos en el fregadero. Nathan y Kenny desaparecieron antes de que

alguien los liase para fregar. Lori fue detrás de Kenny, y Vivian, después de repartir instrucciones sobre cómo cargar el lavavajillas, se unió al grupo que ya estaba en el salón, pero Meg prefirió quedarse en la cocina.

Mientras Gunner y Kumiko enjuagaban los platos y los iban metiendo en el lavavajillas de modo totalmente contrario a lo recomendado por Vivian, Meg registró los armarios en busca de las almendras troceadas. Al no encontrar nada, sacó el cubo de basura y utilizó un largo cucharón de madera para rebuscar entre los desperdicios cualquier resto de almendras.

—Ya he mirado yo —dijo T.J.—. No hay ninguna bolsa de almendras.

—Oh. —Meg se incorporó y tiró el cucharón al fregadero.

—Es muy raro —comentó Gunner. El Rey de las Obviedades.

Kumiko puso detergente en el lavavajillas y lo cerró.

—No te preocupes más. Ben está bien. Simplemente, deja de pensar en ello.

—Exacto —secundó T.J.—. Necesitas relajarte. Para eso es este fin de semana, ¿de acuerdo? —Desapareció por la puerta que daba al patio interior y volvió con cuatro cervezas. Le pasó dos

a Gunner y abrió las otras dos con un abridor que tenía en su llavero—. De verdad, tómate una. Ya sé que no sueles beber, pero te ayudará a relajarte.

Meg aceptó el botellín con gratitud. T.J. tenía razón. Lo único que necesitaba era relajarse y divertirse un poco. Debía dejar de preocuparse por quién había puesto las almendras en la ensalada. Se suponía que ese fin de semana era para divertirse.

Con las cervezas en la mano, T.J., Gunner, Kumiko y Meg se reunieron con el resto del grupo en la sala de estar. Meg había esperado ver una película en la gigantesca pantalla de televisión,

pero, en lugar de eso, la pantalla estaba totalmente azul y proyectaba sobre la estancia una luz añil. Nathan y Kenny estaban frente a una estantería sacando un DVD tras otro y lanzándoselos a Ben y a Minnie, que se habían sentado en el sofá.

Minnie abrió la caja de *Resacón en Las Vegas*.

—Vacía —dijo antes de tirarla al montón que ya había en el suelo.

—Vacía —dijo Ben, y añadió *Entre pillos anda el juego*.

—¿Vacía? —preguntó Meg.

—Vacía —respondieron Ben y Minnie al unísono.

Kenny ni siquiera se giró para decir:

—Todas lo están.

—No tiene sentido —masculló Vivian, que se puso a examinar las cajas apiladas en el suelo como si fuera incapaz de confiar plenamente en la opinión de otra persona—. ¿Por qué iba alguien a poner cajas de DVD vacías en el estante?

T.J. alcanzó el mando a distancia y fue pasando por los distintos dispositivos de entrada. El resultado fue siempre el mismo: la pantalla no variaba de aquel tono azul.

—La antena está estropeada —dijo Kenny.

Una ráfaga de viento se oyó en la parte trasera de la casa, como confirmación de sus palabras. Dentro no hacía nada de frío, pero Meg se estremeció.

—Debe de ser la tormenta —dijo Ben. Se levantó y se dirigió a la cocina —. Voy a por más cervezas. Creo que vamos a necesitarlas.

—Siempre podemos jugar a algún juego de mesa —murmuró Lori—. He visto que había algunos guardados en…

—¡Aquí hay uno! —gritó Minnie, sosteniendo en alto un brillante DVD, con la expresión de quien ha encontrado el último billete dorado de Willy

Wonka, el protagonista de *Charlie y la fábrica de chocolate*.

—¿Cuál es? —preguntó Vivian.

Nathan le arrebató el disco de la mano.

—Es casero. —Lo levantó para leer la etiqueta—: *No me mires*.

—No me suena esa película —dijo Gunner.

—Es un disco grabado, Gun —resopló Minnie—. No una peli de verdad.

—Ah.

Ben repartió las cervezas y dijo:

—Seguramente será la grabación de unas vacaciones o algo así.

—O porno —sugirió Nathan.

—¿Por qué iba alguien a etiquetar una película porno con el título de *No me mires*? —le soltó Vivian, arrugando la nariz.

—Y ¿por qué no? —contestó Nathan.

Vivian se sentó en uno de los sillones y cruzó las piernas.

—No me gusta esto.

—¿Sabéis qué? —dijo Minnie, y a continuación añadió una pausa dramática—: Así es como empiezan las películas de terror.

—Ya hemos tenido un episodio casi mortal —apuntó Kumiko.

Ben se echó a reír:

—Solo ha sido un accidente. Nada siniestro.

—¡Colega! —exclamó Nathan, señalando a T.J.—. Será mejor que tengas cuidado.

—¿Por qué? —preguntó T.J., enarcando las cejas.

—Bueno, si esto es una película de terror, tú serás el primero en palmarla. El negro siempre es el primero en morir.

Las palabras brotaron de la boca de Meg antes incluso de que ella misma supiera lo que estaba diciendo:

—¿De verdad tenías que soltar eso?

—¿Qué? —preguntó Nathan,

mirando uno a uno a los demás. Todos evitaron su mirada—. Es cierto.

La atención pasó ahora a centrarse en Meg, que sentía cómo su garganta comenzaba a cerrarse y cómo su habitual timidez se adueñaba de ella.

—Ehh… Yo, ehh…

—Venga —le urgió Nathan—. Dilo.

Meg notó que Nathan adoptaba una actitud de matón. Y no había nada que ella odiase más que a un matón. La sacaba de quicio que estuviera tratando de intimidarla, de repente, fue capaz de decir exactamente lo que quería:

—¿Hola, racismo? ¿Y después le preguntarás a Kumiko si puede echarte

una mano con tus deberes de matemáticas?

Kumiko se echó a reír.

—Muy buena.

Meg sonrió, sorprendida por sus propias palabras. Normalmente no se le daban bien las confrontaciones directas. Debía de ser la cerveza.

—Lo que tú digas —gruñó Nathan, y le arrancó el DVD a Kenny—. ¿Vamos a ver esto o no?

—¿Por qué no? —Ben le dio una cerveza a Minnie y se sentó junto a ella. Meg vio cómo la rodeaba con el brazo —. Mejor eso que un juego de mesa.

—Eh, colega —dijo Gunner, con los

ojos totalmente abiertos—. No lo hagas.

Minnie soltó una carcajada de despreocupación a la vez que se recostaba contra Ben.

—Oh, vamos, no es más que un vídeo. —Con un gesto dirigido a Nathan, añadió—: ¡Date prisa!

Nathan introdujo el disco en el aparato y pulsó el *play*.

El número 10 apareció en la pantalla. Parecía escrito a mano; luego, una barra diagonal roja lo cruzó por encima. A continuación surgieron el 9 y el 8, y fueron igualmente tachados de la misma forma. Después aparecieron, en una rápida sucesión, tres imágenes de

una playa nocturna, parecían tomadas en diferentes lugares, pero en todas había un cielo estrellado y olas que rompían contra la arena.

Los números comenzaron de nuevo: 7, 6, 5, y después los tachaba la barra diagonal roja como si se tratase de una cuenta atrás. A continuación, nuevas imágenes. Ahora se trataba de un *collage* de estudiantes en clase: haciendo un examen, discutiendo en una especie de juicio ficticio, realizando experimentos de laboratorio, corriendo por un circuito, cantando en un coro.

4, 3, 2, 1.

La pantalla se puso en negro y

comenzó a escucharse una melodía lenta. Al principio, solo se oyeron unos cuantos acordes de piano y luego una voz de soprano empezó a cantar:

«Seguro, en esta noche brillante...»

Unas palabras entraron en fundido en la pantalla:

Cuando dañas a alguien...

... a propósito... con crueldad...

La pantalla volvió a negro durante un instante, mientras siguió la canción; después aparecieron otras dos frases:

Para robarle el alma a alguien.

Para romperle el corazón a alguien.

La pantalla parpadeó, y acto seguido dio paso a un montaje de imágenes totalmente arbitrarias: una bombilla que se encendía, el mazo de un juez que golpeaba la mesa, una hoguera.

Para mentir, engañar o

robar.

Para destrozar una reputación.

Más imágenes. Ecuaciones matemáticas cruzaron la pantalla de un lado a otro. Gente bailando. Una chica y un chico dándose el lote.

Vuestras acciones son un crimen.

Ahora las imágenes eran de ejecuciones. Una silla eléctrica. Un pelotón de fusilamiento. Una horca.

Aunque la ley no lo reconozca como tal.

Luego la pantalla se llenó de llamas.

Vuestra traición, vuestra puñalada por la espalda, vuestra destrucción de una persona.

La música cesó.

Se deben tomar medidas para proteger a los inocentes.

Esas medidas comienzan

aquí mismo, ahora mismo.

De repente, la pantalla se cubrió de una explosión de luz y sonido. Las imágenes se sucedían a un ritmo frenético, iban hacia atrás como si la película se estuviera rebobinando. La música ya no era una canción lánguida, sino una mezcla disonante de acordes estridentes. El ruido fue *in crescendo* a medida que el vídeo llegaba otra vez a la cuenta atrás, volando a toda velocidad del uno al diez. Hubo una enorme explosión, acompañada de efectos de sonido, y después apareció una sola línea de texto:

La venganza es mía.

La pantalla volvió a negro.

NUEVE

Mientras todos permanecían inmóviles en sus asientos, incapaces de reaccionar, la pantalla se llenó de estática.

Kumiko fue la primera en romper el hechizo. Se levantó de un salto y apagó la televisión con mano temblorosa.

—¿Qué diablos era eso?

Gunner empezó a rascarse la rodilla.

—¿Será cosa de Jessica, que quiere gastarnos una broma?

—¿Puñalada por la espalda? ¿Destrucción de una persona? —La voz de Vivian parecía haber subido una

octava—. ¿Alguien sabe siquiera qué significa eso?

—Puedo decir con toda seguridad que esto es lo más extraño que he visto en mi vida —dijo Ben.

—¿Problemas matemáticos? —soltó Nathan, con una risa que sonó tensa—. ¿Y un nudo corredizo? O sea, es solo una broma, ¿no?

—Una broma de mal gusto —dijo T.J. Seguía mirando la pantalla en negro, con los músculos de su mandíbula fuertemente apretados.

—No es posible que eso tenga algún significado —murmuró Vivian.

Desde un rincón de la estancia,

alguien sollozó. Todos se volvieron hacia allí. Lori estaba sentada en el banco que había junto a la ventana, frotándose desesperadamente un lado de la cara. Tenía los ojos rojos e hinchados, y unos lagrimones le caían por las mejillas.

—Lori, ¿estás bien? —le preguntó Kenny. Se levantó del sofá con una demostración de agilidad que a Meg le pareció increíble y corrió a su lado.

Le puso la mano en el hombro y Lori se sobresaltó como si acabasen de despertarla de un sueño profundo. Había una mirada en su cara que Meg solo podría describir como de pánico. Sin

previo aviso, cerró los puños y aporreó el banco de madera.

—¿QUIÉN HA HECHO ESTO?

Todos se quedaron pasmados. Aturdidos.

Nathan dirigió su mirada hacia la pantalla.

—¿Cómo?

—Ha sido uno de vosotros. Para asustarnos. —Lori miró a su alrededor, sin fijar la vista en nada—. Necesito… necesito… —Vio la cerveza que Ben había puesto a su lado y se la ventiló de un trago.

—Estoy segura de que no es nada —dijo Vivian, aunque su voz no sonó muy

convencida—. Cálmate, ¿de acuerdo?

—¿Que me calme? —exclamó Lori, y agarró a Vivian por los hombros—. Alguien quiere asustarnos. Alguien va a por nosotras.

Meg arqueó las cejas. ¿Se refería Lori a todos ellos, o solamente a Vivian y a sí misma?

Vivian se liberó de las manos de Lori.

—Eso es ridículo.

—¿Ah, sí? —Lori se tambaleó un poco y buscó el apoyo de la pared para sostenerse—. ¿Crees que esto es una coincidencia? Sé lo que significa. Sé lo que hiciste.

—¿Perdona?

—Lo que le hiciste a esa chica el año pasado. Todo el mundo se enteró.

Vivian se estremeció:

—No sé de qué estás hablando.

—¿De verdad? Por favor. Apuñalarías a tu propia madre por la espalda para ganar esa competición.

Gunner se inclinó hacia Kumiko.

—¿A qué viene ese ataque de nervios? —preguntó.

T.J. salió de su ensimismamiento y se incorporó lentamente.

—Me parece que necesitamos tranquilizarnos —dijo—. Ha sido un día muy largo y probablemente estamos

todos muy cansados. Quizá deberíamos irnos ya a dormir.

—Me largo de aquí. ¡En cuanto amanezca, a primera hora! —vociferó Lori, mientras avanzaba a trompicones hacia el vestíbulo—. No pienso quedarme aquí con unos mentirosos.

Meg oyó los pasos vacilantes de Lori escalera arriba. Solo la había visto beber una cerveza, así que no podía estar borracha. ¿Tan enfadada estaba?

En cuanto Lori salió de la habitación, Vivian corrió disparada tras ella sin decir una palabra. Meg juraría que estaba llorando.

—Mierda —dijo Minnie—. ¿Qué le

pasa a todo el mundo?

—Yo comparto habitación con Lori —comentó Kumiko, muy preocupada—. Me aseguraré de que está bien.

—De acuerdo —dijo T.J.—. Bien.

Nadie habló mientras abandonaban la sala de estar. Nadie miró a nadie a los ojos. No había el menor interés en hablar sobre lo que acababan de ver.

Subieron la escalera en fila de a uno, como escolares que se dirigieran a cumplir un castigo. En la segunda planta, cada uno desapareció en su habitación. La puerta de Vivian ya estaba cerrada. En el otro extremo del pasillo, Kumiko se acercó a la suya, llamó con suavidad

y luego entró.

Mientras ascendían hacia la buhardilla, un silencio opresivo envolvió a Meg y a Minnie. Ninguna de las dos habló mientras se ponían el pijama, tampoco cuando se metieron en la cama, ni cuando Meg apagó la luz.

Meg se quedó con la vista clavada en el techo, escuchando el golpeteo de la lluvia contra las ventanas, sacudidas por un viento feroz. Al principio, le encantó que les hubiera tocado aquella habitación, pero ahora le daba mala espina. No podía explicarlo.

Sacudió la cabeza. Jessica llegaría al día siguiente, por la mañana, con

nuevos invitados. Probablemente la tormenta amainaría durante la noche y al despertar todo parecería distinto. Estaba siendo una tonta; lo único que necesitaba era dormir.

—Mañana deberíamos buscar la forma de marcharnos de aquí —dijo Minnie. Aunque la habitación ocupada más cercana estaba en la planta inferior, había hablado en un susurro.

—¿Lo dices en serio? Creía que te lo estabas pasando bien.

—Sí… —La voz de Minnie fue apagándose hasta quedar en silencio. Meg la oyó girarse en la cama—. ¿Meg?

—Dime.

—¿Estaré bien? ¿Cuando te marches a Los Ángeles?

—Mins, estarás bien.

Se oyó un ruido de sábanas y el crujido del colchón.

—A veces no creo que pueda, ¿sabes? Estar bien sin ti. No estoy segura de que pueda hacerlo.

—Hablaremos de ello más adelante, ¿de acuerdo? —dijo Meg—. Cuando estemos en casa.

Ponerse a hablar de eso era lo último que quería, y menos aún en la oscuridad total de la buhardilla de White Rock House, con T.J. durmiendo en otra habitación un piso más abajo. Le

hacía sentirse como si estuviera traicionando su amistad con Minnie: primero se iba a la universidad, después estaba replanteándose sus sentimientos hacia T.J.

—¿Lo prometes? —preguntó Minnie.

Otra promesa que nadie pensaba cumplir.

—Lo prometo.

El viento rugía contra las ventanas de la buhardilla y la lluvia golpeaba los cristales con tanta violencia que parecía que alguien se hubiera puesto a apedrear

la casa. La luz que se filtraba entre las cortinas blancas de gasa era tenue y frágil, y el primer pensamiento de Meg al entreabrir los ojos fue que la tormenta debía de haber durado toda la noche sin tregua. A juzgar por el viento y la lluvia, les esperaba otro día oscuro y húmedo en Henry Island.

Se estremeció y tiró de la colcha para cubrirse hasta las orejas. Mierda, la casa estaba helada. ¿Habrían apagado la calefacción? Se giró hacia un lado para comprobar la hora en el despertador, pero la pantalla digital estaba completamente apagada. No era de extrañar que hiciera tanto frío: la luz

debía de haberse ido a causa de la tormenta. Sin electricidad no tenían calefacción ni televisión. Minnie tenía razón: tenían que irse de allí en el primer barco.

Aguzó el oído en busca de otros ruidos en la casa, pero solo se oía la respiración rítmica de Minnie. Se quedó tumbada un instante, con los ojos apretados contra la invasora luz del día, y se preguntó si debería levantarse y decirle a los demás que se había ido la luz. Pero ¿qué podían hacer? No tenía sentido salir de la cama mientras estuviera caliente. Se acurrucó bajó las mantas, deseando volver a quedarse

dormida. Pero tenía que ir al baño. Vejiga pequeña y demasiada cerveza. Sacó las piernas de la cama, comprobó la temperatura del suelo con las puntas de los dedos de los pies y maldijo para sus adentros su decisión de no haber metido en la mochila unas zapatillas de andar por casa. Envuelta en la gigantesca colcha, salió de puntillas de la buhardilla y bajó la escalera.

Una ligera brisa que se colaba por el hueco abierto de la torre le puso la piel de gallina. Se cubrió con la colcha la cabeza, lo que le llevó a pensar que era un esquimal, una momia o una mujer con burka, y aceleró el paso.

Pat, pat, pat. El sonido de sus pies descalzos le llegaba lejano y amortiguado a través de las capas de tela que cubrían su cabeza. Tenía los dedos tan fríos que apenas podía sentir la suave madera de los escalones, y la colcha actuaba como anteojeras: solo podía ver un pequeño óvalo justo delante de ella. Se movía tan rápido como podía, rezando por no tropezar y caer rodando escalera abajo, o peor aún, por la barandilla. Esa caída terminaría a buen seguro con un cuello roto.

¿Por qué siempre se imaginaba las situaciones más morbosas? Tranquila. Lo único que tienes que hacer es ir al

aseo y luego regresar a tu cama acogedora y caliente.

Pat, pat, pat.

Crrriijjj.

Meg se detuvo. ¿Eso había sido el crujido de un escalón? Había sonado como si viniera de algún punto por encima de ella. ¿Estaría la casa a punto de venirse abajo por culpa de la tormenta? Giró en un rellano y oyó de nuevo aquel ruido.

Crrriiiiiiiijjjjjjj. Sus ojos distinguieron una sombra en la pared blanca de la torre. Había algo extraño en ella, algo que le resultaba familiar, a pesar de que allí arriba no debería haber

ninguna sombra. Las ventanas de la torre no tenían cortinas, ni nada que proyectase una sombra. Meg se quedó mirándola durante un instante y se dio cuenta de que la sombra se estaba moviendo y se mecía lentamente de izquierda a derecha.

Criiiijjjjj.

Meg se quedó petrificada, con los ojos clavados en aquella sombra. Era grande, alargada y amorfa, excepto por unas partes que se balanceaban…

Piernas. Mierda, eran piernas.

Meg giró la cabeza y quedó frente a frente con un rostro que colgaba en la escalera. Un nudo corredizo alrededor

del cuello. La piel de un matiz azul púrpura.

Meg abrió la boca y soltó un grito.

DIEZ

El cuerpo de Lori se balanceaba lentamente hacia delante y hacia atrás.

Meg quiso apartar la mirada, pero sus ojos permanecieron fijos en los de aquella chica muerta que estaba delante de ella. Dejó que la colcha con la que se cubría cayera al suelo y, aunque el aire estaba helado, su cuerpo ardía. Comenzó a tambalearse, imitando el balanceo del cadáver de Lori hasta el punto de que tuvo buscar el apoyo del pasamanos para mantenerse en pie y no caer por la barandilla.

Ni siquiera podía parpadear: los ojos marrones y ciegos de Lori se clavaban en los suyos. Había algo en ellos: ¿Miedo? ¿Confusión? ¿Había sentido Lori ambas cosas en sus últimos instantes de vida? ¿Se había arrepentido de su elección de quitarse la vida justo después de saltar por la barandilla? Sintió un escalofrío. La idea del suicidio, de estar tan llena de desesperación que no quieres seguir viviendo, la horrorizaba.

—¡Joder!

—¡Oh, Dios mío!

Un llanto. Un gemido.

Probablemente a los demás no les

llevó más de veinte segundos salir de sus dormitorios, pero a Meg le pareció que habían pasado veinte minutos. Solo era vagamente consciente de los gritos y exclamaciones que se oían a su alrededor. Percibía la presencia cada vez más numerosa de gente, aunque apenas podía distinguir a nadie. No podía ver nada aparte de aquellos ojos carentes de vida que la miraban fijamente.

Hasta que sintió una mano en su hombro no pudo moverse y parpadear otra vez.

—¿Estás bien? —le preguntó T.J. Le pasó el brazo por la cintura y ella se

dejó caer sobre él.

Buscó sus ojos, unos ojos que podían ver y sentir, y empezó a temblar.

—Sí.

—Mentirosa. —T.J. recogió la colcha y se la puso sobre los hombros.

—¿Qué ha pasado? —La voz de Kumiko se oyó altisonante y quebradiza —. ¿Qué coño ha pasado?

Vivian estaba de espaldas al cadáver, se negaba a mirarlo.

—Tú eras la que compartía habitación con ella. ¿Dijo algo? —le preguntó a Kumiko.

No quedaba ni rastro de su arrebato emocional de la noche anterior, la vieja

y áspera Vivian había vuelto.

Kumiko sacudió la cabeza.

—Ya estaba en la cama cuando yo subí. Pensé que estaba dormida.

—¿No la oíste levantarse?

—Yo… —Kumiko dirigió una mirada a Gunner—. No he dormido en la habitación.

Vivian chasqueó la lengua.

—Bueno, pues perfecto.

—¡Eh! —bramó Kumiko, enfrentándose a Vivian—. No soy su madre. ¿Cómo iba yo a saber que estaba tan al límite?

—Tenemos que llamar a la Policía —dijo T.J.

—Hay un teléfono en mi habitación —dijo Vivian. Se dio la vuelta y desapareció en su dormitorio.

—¿De dónde sacó la cuerda? —preguntó Ben. Asomó la cabeza por el hueco de la escalera y levantó la vista hacia las vigas del techo de la torre—. ¿Y cómo pudo atarla ahí arriba?

—¿Por qué diablos estáis todos gritando? Estaba intentando dorm…

Meg distinguió la voz de Minnie y miró hacia arriba a tiempo de ver a su amiga bajando la escalera desde la buhardilla. Minnie se quedó inmóvil en el penúltimo escalón, con una mano se apartó el pelo rubio de la cara mientras

que con la otra aferraba la sudadera con capucha de Meg contra su pecho. Meg vio cómo la escena calaba en el cerebro de su amiga a medida que sus ojos viajaban desde el cadáver hasta la cuerda y luego hasta las vigas de madera de la torre, y después hacían el mismo recorrido a la inversa.

Ben se abrió paso entre Meg y T.J. y corrió escalera arriba hacia Minnie. Ella abrió la boca para gritar, pero no llegó a escucharse ningún sonido, porque perdió el conocimiento y su cuerpo se desmoronó. Ben la alcanzó antes de que cayera al suelo.

—Está bien —dijo, y tumbó a

Minnie sobre la escalera—. Solo se ha desmayado.

Meg quería ir junto a ella, pero no podía moverse por mucho que lo intentara. No mientras T.J. la estuviera rodeando con su brazo.

—Gunner —dijo T.J., y le hizo un gesto—. Mira a ver si hay una nota o algo.

A Gunner le llevó unos segundos asimilar lo que acababa de oír, tras lo cual se dirigió al dormitorio de Lori sin pronunciar palabra. Al pasar junto a Kumiko, le rozó el brazo. Ella tardó medio segundo en seguirlo hasta la habitación.

—Todavía estás temblando —susurró T.J., con su boca a escasos centímetros de la de Meg—. ¿Puedo hacer algo?

Meg contuvo la respiración. T.J. estaba muy cerca de ella, como si quisiera protegerla. Aquella era una sensación nueva para Meg, que se pasaba la mayor parte de su tiempo intentando proteger a su mejor amiga de cualquier cosa en el mundo que pudiera provocarle uno de sus ataques de ansiedad y sacar a la luz su desorden bipolar. Y, de pronto, allí estaba T.J. protegiéndola a ella por una vez.

—Bien —dijo, sin estar segura de si

pretendía convencerlo a él o a sí misma —. Estoy bien.

—El teléfono no funciona —dijo Vivian. Parecía que le faltase el aire.

—Eso no es bueno. —Nathan cruzó los brazos y se apoyó contra la pared.

—¿Qué…, qué ha ocurrido? —preguntó Minnie, con voz débil.

Ben le ayudó a levantarse.

—Te has desmayado.

—¿De verdad? —Minnie se sentó y miró más allá del cadáver, localizando a Meg en el rellano inferior—. ¿Por qué?

Meg abrió la boca para responder, pero no encontró palabras para hacerlo. Afortunadamente, Minnie tendría de

sobra, y Meg se encogió al ver cómo su amiga descubría el cuerpo colgado y el horror volvía a cubrir su semblante.

—¡Oh, Dios mío, oh, Dios mío, oh, Dios mío! —Su tono fue aumentando con cada nueva repetición, y señaló con mano temblorosa a Lori—: Está muerta. Es un cadáver. Oh, Dios mío. ¿Qué hacemos? ¿Cómo…? Quiero decir…

Meg percibió el pánico en la voz de Minnie y rezó porque se hubiera acordado de meter su medicación en el equipaje. Si no lo había hecho, aquello no iba a acabar bien.

—No mires —dijo Ben, mientras intentaba apartar a Minnie de la

barandilla. Pero ya era demasiado tarde.

—¡Quitadlo de ahí! ¡Quitádmelo de delante! —gritó Minnie, mirando directamente a Meg, como si ella pudiera hacer que todo desapareciera.

—¡Lori no es una cosa! —rugió Kenny. Meg se giró y lo vio en el umbral de su habitación, con sus brazos del tamaño del tronco de un árbol cruzados sobre el pecho y el ceño fruncido. Había estado callado hasta entonces, pero al final había explotado. Su rostro estaba teñido de un rojo oscuro y temblaba de la cabeza a los pies.

—Por supuesto que no —dijo T.J., apaciguador—. No era eso lo que ella

quería decir. Está superada por los acontecimientos.

Aquello era quedarse corto. Meg era capaz de reconocer un ataque de pánico cuando lo veía. Activó urgentemente el modo cuidadora, en un intento de mantener bajo control el arrebato:

—Minnie, todo va a estar bien. Tú estarás bien.

—No, de eso nada —sollozó Minnie —. De eso nada, de eso nada.

—¿Qué le pasa? —murmuró T.J. en el oído de Meg.

—Un ataque de pánico —respondió Meg entre dientes—. Necesita sus pastillas. —Comenzó a subir por la

escalera—. Vamos. Te traeré tu Klonopin.

—De acuerdo, yo la llevo —dijo Ben, y le dio la mano a Minnie. La miró y le sonrió—. ¿Sabes dónde está?

Minnie asintió levemente y ambos desaparecieron en dirección a la buhardilla.

Meg se volvió hacia T.J. y descubrió una expresión de incertidumbre en su rostro.

—¿Esto le ocurre a menudo? —preguntó, en voz baja.

Meg se mordió el labio. Había guardado el secreto de Minnie durante tanto tiempo que ahora no sabía muy

bien qué decir.

—Eh…

La salvó Kumiko, que salió lentamente de la habitación seguida por Gunner. Sostenía una hoja de papel en sus manos y, al hablar, resultaba obvio que estaba intentando en vano controlar que le temblara la voz:

—La hemos encontrado. Hemos encontrado su nota de suicidio.

—¿De verdad? —preguntó Nathan.

Kumiko levantó la nota y se la puso delante de la cara. Estaba escrita en una hoja extraña, con unas barras que lo cruzaban de un lado a otro. Meg tardó un momento en reconocer qué era: una

partitura musical.

—No… no puedo soportarlo —leyó Kumiko en voz alta. Su mano temblaba —. Debería acabar con todo ahora. Esta voz nunca volverá a cantar.

Silencio. Meg fijó los ojos en la alfombra azul y dorada que cubría el pasillo de la segunda planta. No era algo particularmente interesante, pero no conseguía reunir ánimos suficientes para mirar a nadie. Quizá, si se esforzaba en intentar olvidar lo que había sucedido, simplemente todo desaparecería. ¿Se despertaría y descubriría que aquello no era más que una horrible pesadilla provocada por la cerveza?

Criiiiiiij.

Involuntariamente, su mirada voló hacia el cadáver. No pudo evitarlo.

—No me lo creo. —La voz de Kenny retumbó fuerte y desafiante, y claramente más calmada que un momento antes. Pero tenía la cara descompuesta y la mandíbula firme, en una expresión de desafío.

—Kenny —empezó a decir T.J.—. Siento much…

—No me lo creo —repitió Kenny. Miraba directamente el cuerpo inerte de Lori, impávido, sin parpadear—. No se ha suicidado.

—Kenny —dijo Nathan, y puso una

mano en el brazo de su amigo—. Me parece que está bastante claro…

—NO SE HA SUICIDADO —repitió Kenny. Luego giró sobre sus talones, pasó junto a Nathan y entró en su habitación, cerrando de un portazo.

—¡Kenny! —Nathan fue tras él—. Escucha, yo no pretendía…

Su voz dejó de oírse cuando cerró la puerta a sus espaldas. Pobre Kenny. Meg recordó haberlo visto antes de la cena susurrándole algo a Lori al oído y el rubor que se extendió por el rostro de la chica. Lo que había visto era a dos personas que se gustaban, y ahora Lori estaba muerta y Kenny en estado de

schock. Parecía todo tan… carente de sentido.

Criiiiiij.

Aquel sonido empezaba a darle náuseas.

—Bien —dijo T.J. Apretó con suavidad el hombro de Meg y avanzó hasta el centro de la balconada, de espaldas al cadáver—. Necesitamos encontrar un teléfono que funcione y llamar a la Policía.

—Estoy en ello. —Gunner agarró a Kumiko de la mano y la arrastró escalera abajo.

—Hay uno en el estudio —dijo Vivian, mientras echaba a correr detrás

de ellos.

T.J. y Meg se quedaron solos en el rellano de la segunda planta. Todos los demás parecían tener algo que hacer: Ben se ocupaba de Minnie, Nathan intentaba tranquilizar a Kenny, mientras Kumiko, Gunner y Vivian buscaban el modo de llamar a la Policía. Meg sentía que debía hacer algo. Ayudar. No simplemente quedarse allí como una idiota, anhelando de nuevo el abrazo de T.J. Fletcher.

La nota de suicidio de Lori voló de la mesa donde Kumiko la había dejado y cayó al suelo, como si fuera algo ligero y etéreo en lugar de un objeto producto

de la tristeza y el dolor. Meg sintió el repentino impulso de verla y bajó a recogerla. Las palabras de la nota de Lori estaban escritas en el dorso de una partitura musical, en mayúsculas, pero la letra no parecía temblorosa o errática, como si Lori hubiera hallado la calma al decidir quitarse la vida. Le dio la vuelta y observó las notas musicales. Era una canción con acompañamiento de piano.

—Qué extraño —dijo.

—¿Qué? —T.J. se asomó por encima de su hombro para mirar la partitura.

Meg leyó en voz alta la letra de la canción:

—En esta noche brillante, lloro

maravillada.

—Es bonito.

—Seguro, en esta noche brillante —repitió Meg. Ese verso le sonaba—. ¿No era esa la canción que se oía en el vídeo de anoche?

T.J. giró la cabeza para mirarla:

—Tienes razón. ¿Cómo te has dado cuenta?

—N… no lo sé.

¿Porque me paso el tiempo observando a la gente? ¿Porque me siento más cómoda observando que actuando? Sí, da escalofríos, pero es así.

—Escritora —sonrió T.J., mostrando

sus profundos hoyuelos.

—No me extraña que se volviera loca —dijo Meg, recordando la cara de Lori cuando el vídeo terminó. Parecía asustada, casi presa del pánico. Y el modo en el que acusó a alguien de haber hecho aquel vídeo a propósito. Debía de ser una canción que ella estaba ensayando. Su reacción cobraba ahora sentido.

Volvió a concentrarse en la partitura. Había algo extraño en ello, en la música que Lori había escogido para su nota de despedida. No parecía una canción triste, ni una canción fruto de la depresión o el deseo, ni nada de eso.

Parecía totalmente lo contrario. «Lloro maravillada» era más un llanto de felicidad y gozo. ¿Por qué la habría elegido? Meg sacudió la cabeza. Podría ser solo una coincidencia, el único trozo de papel que tuviera a mano. No obstante, según la interminable lista de películas y series de investigación que ocupaban toda la memoria de su disco duro, por lo general las notas de suicidio eran deliberadas. Así que ¿por qué habría elegido Lori aquella canción? ¿Cómo podía eso llevar al hecho de que su cuerpo estuviera colgando en el hueco de la escalera…?

Meg cerró los ojos con fuerza.

Deseaba borrar de su memoria la imagen del rostro de Lori, pero no tuvo suerte.

—Tenemos que bajarla de ahí —dijo.

—Estaba pensando lo mismo. —T.J. subió hasta la mitad de la escalera y observó las vigas que sostenían el techo—. Llamaré a los chicos. Creo que entre todos podemos descolgarla.

—Bien.

T.J. esbozó una sonrisa forzada.

—Siento que la hayas encontrado tú, Meg.

Meg soltó una risa breve y lacónica:

—Mejor yo que Minnie.

—¿Siempre eres tan protectora con ella?

Meg se mordió el labio. Normalmente escondía su relación de dependencia con Minnie mejor de lo que lo había hecho en las últimas veinticuatro horas, y se avergonzaba de que T.J. fuera testigo de ello.

—Tengo que hacerlo.

T.J. bajó la escalera y se acercó a ella:

—¿Por qué? ¿Por qué tienes esa responsabilidad? ¿De verdad crees que ella haría lo mismo por ti?

Meg no pudo mirarle a los ojos. T.J. había dado en el clavo.

—Yo…

—Oh, Dios mío. ¡OH, DIOS MÍO! —exclamó Vivian desde la planta baja.

Sin pronunciar una sola palabra, T.J. y Meg corrieron escalera abajo y descubrieron a Vivian en la entrada, con los ojos clavados en la pared. Cualquier rastro de color había desaparecido de su cara. Señaló con un gesto la pared que tenía delante:

—Mirad.

Lentamente, Meg giró la cabeza en la dirección que señalaba Vivian. En la pared blanca, al lado del perchero, alguien había pintado una enorme barra roja que goteaba hacia el suelo.

ONCE

—¿Qué demonios es eso?

—Es una broma, ¿o qué?

—¿Creéis que lo hizo Lori?

—Es una broma asquerosa.

Todos hablaban a la vez, y, sin embargo, Meg escuchaba cada uno de los comentarios con claridad. A su alrededor, el mundo se movía a cámara lenta. Y aunque ese mundo parecía haberse sumido en el caos, ella se sentía extrañamente calmada.

Dio un paso para acercarse más a la pintada. Resultaba obvio que la habían

hecho con una brocha; podía distinguir pelos entre los chorretones que caían por la pared desde la espesa capa de pintura roja. La forma de la pintada le recordó la cuenta atrás que aparecía en el vídeo de la noche anterior, los números que iban tachándose con una barra roja. Excepto que ahora, realmente parecía…

—¿Sangre? —preguntó Nathan—. ¿Creéis que es sangre? —Estaba justo detrás de Meg, mirando la pintada por encima de su hombro como si la utilizase a ella de escudo. Una actitud realmente viril.

—Lo dudo —repuso ella,

conteniendo el impulso de preguntarle si había sido criado por monos.

—¿Qué hace eso ahí? —Kenny estaba a mitad del último tramo de escaleras, reticente a acercarse más a la pared.

Meg no podía culparlo por ello.

T.J. se adelantó hasta ponerse delante de la pintada.

—Parece pintura anticorrosiva para metal. La que se emplea en los barcos.

Nathan no pareció muy convencido:

—A mí me sigue pareciendo sangre.

—Bueno, pues no lo es —le soltó Vivian. Luego se giró hacia Gunner, que estaba en la puerta del estudio—. ¿Has

llamado a la Policía? ¿Qué han dicho? ¿Van a enviar un helicóptero? ¿Cuánto van a tardar? ¿Qué se supone que tenemos que hacer hasta que lleguen?

La chica estaba histérica, y Meg se preguntó si Minnie se vería obligada a compartir su Klonopin.

Gunner sacudió la cabeza lentamente.

—Los teléfonos no funcionan.

—¿Qué? —dijo Vivian. Su voz se quebró. Estaba a punto de sufrir un ataque de nervios.

—El teléfono —dijo Kumiko hablando despacio, como si se dirigiera a una niña retrasada— no funciona.

—Idiotas —gruñó Vivian, y apartó a Gunner de un empujón para entrar en el estudio.

Meg puso los ojos en blanco. Cuenta atrás para un ataque de ansiedad: tres… dos…

—Debe de haber sido la tormenta —dijo T.J., que estaba totalmente calmado.

Kumiko se pasó una mano por su melena color magenta.

—¿Alguien ha comprobado si los móviles tienen cobertura?

—Lo intenté anoche —dijo Meg—. Sin cobertura.

—La torre más cercana está en Roche Harbor —dijo T.J.—. Demasiado

lejos.

Vivian salió del estudio, con el ánimo por los suelos.

—No funciona el teléfono.

Kumiko se giró hacia ella, desfiante.

—¿En serio? O sea, que el hecho de que nosotros hayamos comprobado el aparato, el cable, las baterías, otra vez el aparato, ¿nada de eso es suficiente para ti?

—Me gusta confirmar las cosas por mí misma —respondió Vivian, y se encogió de hombros.

—Alucinante. —Kumiko se plantó justo delante de ella—. Entonces, ¿por qué no confirmas la patada que te voy a

soltar en el trasero?

—Eh, eh —intervino Gunner, tirando de Kumiko.

Vivian salió disparada escaleras arriba:

—Mantenla lejos de mí o la denunciaré.

—¿Ah, sí? —gritó Kumiko, mientras intentaba zafarse de Gunner—. Te va a resultar un poco difícil, porque no hay modo de que llames a la Policía.

La idea acabó por calar en el cerebro de todos. ¿Qué iban a hacer? Sin línea de teléfono, sin cobertura, sin Internet… A Meg le vino a la mente algo que había visto en la sala de estar. Un

cable amarillo enrollado que se introducía por debajo de una estantería.

—¡Internet! —exclamó.

—¿Cómo? —inquirió T.J.—. Yo no he visto ningún ordenador.

Meg no se detuvo a dar explicaciones. Echó a correr escaleras arriba hacia la buhardilla, a buscar el portátil que tenía en la mochila. Al girar en el rellano del segundo piso, mantuvo la cabeza gacha y los ojos clavados en los peldaños de madera gastada y continuó su ascenso por la torre.

—Minnie —llamó al entrar en la habitación—. Necesito mi…

Se quedó paralizada. Parecía que

una bomba hubiera estallado en el cuarto. Habían vaciado todos los cajones del aparador, su contenido —básicamente, el vestuario de Minnie para pasar el fin de semana— estaba tirado por todas partes. De la lámpara colgaba una prenda de ropa interior. Unos pantalones cortos estaban enganchados en el espejo. Pantalones vaqueros, camisetas sin mangas, vestidos y faldas, formaban una alfombra que cubría el suelo.

Las dos camas habían sido literalmente destrozadas. Las sábanas estaban hechas jirones, habían movido los colchones y arrancado la funda a las

almohadas, que estaban tiradas por ahí.

Las maletas de Minnie estaban boca abajo, su ropa y sus pinturas, por el suelo. Ni siquiera la mochila de Meg se había librado del destrozo. Habían tirado su neceser y su diario sobre el sillón, y su preciado portátil estaba en suelo, contra el aparador.

Meg necesitó un momento para digerir la escena, y algo más de tiempo para localizar a Minnie. Estaba acurrucada en un rincón, con Ben en cuclillas a su lado. Tenía la cara roja y llena de lágrimas.

—¿Qué pasa? —preguntó. Había visto a Minnie en varios estados de

confusión, depresión y autocompasión, pero ¿aquello? Era la primera vez que la veía así.

—Alguien ha robado mis pastillas —dijo Minnie. Pese a las señales de llanto, su voz poseía un matiz de pragmatismo y ausencia de emoción que sacó a Meg de sus casillas.

—¿Robado tus pastillas? —Meg alcanzó una de sus sudaderas con capucha del respaldo del sillón y se la puso encima del pijama—. Venga, nadie robaría tus pastillas.

Los ojos color avellana de Minnie emitieron un destello:

—Entonces, ¿cómo explicas el

hecho de que no aparezcan, eh? ¿Un truco de magia?

Meg miró a Ben, permanecía callado, acariciándole la espalda a Minnie. Genial, pensó, no voy a recibir ayuda por su parte.

—Puede que te las hayas olvidado —dijo.

—No. Lo comprobé dos veces.

—¿Tal vez las has guardado en otro sitio? —Meg se dio cuenta de que la pregunta era estúpida en cuanto la oyó brotar de su boca.

—¿Estás de broma? —bufó Minnie, y levantó las manos en un gesto que pretendía abarcar toda la habitación—.

¿Crees que no hemos buscado por todas partes?

—¿Meg? —La voz de T.J. llegó desde la escalera—. ¿Qué haces?

Mierda.

—Vente, baja. Puede que alguien más tenga.

Minnie negó con la cabeza.

—Ni pensarlo.

—No va a bajar hasta que… —Ben hizo una pausa antes de terminar la frase—: Hasta que Lori no esté ahí.

—Oh, de acuerdo. —El cadáver. Meg se estremeció ante la idea de quitar el cuerpo de Lori de la escalera—. Los chicos van a bajarla de ahí en… en un

momento. —No estaba segura de qué era peor: dejar a Lori donde estaba o descolgarla.

—¿Está la Policía de camino? —preguntó Minnie.

Doble mierda. ¿Debería decirle que los teléfonos estaban inoperativos a causa de la tormenta? Los ojos de Minnie iban de Meg a Ben y otra vez a Meg, en busca de consuelo. Sí, probablemente aquel no era el mejor momento para explicarle lo que ocurría con los teléfonos. Eso podría ser la gota que colmase el vaso.

En lugar de contestar, Meg le apretó la mano y le dedicó lo que esperaba que

fuese una sonrisa confiada y reconfortante. Después recogió su ordenador y su diario, que se guardó en el bolsillo de la sudadera. No quería que estuviera por ahí tirado.

—¿Por qué te llevas el portátil? —preguntó Minnie, con la voz quebradiza—. ¿Qué está pasando?

—Ehh… Tengo que volver abajo —respondió Meg.

—¿Por qué? —insistió Minnie.

La mirada de Ben viajó desde el portátil hasta el rostro de Meg, que percibió su confusión inicial, pero enseguida Ben pareció comprender la situación y le hizo un gesto con la

cabeza.

—¿Te quedarás tú con ella? —le preguntó Meg.

—Por supuesto.

—Bien. Gracias. Yo vuelvo en un momento. —Y antes de que Minnie pudiera hacer más preguntas, Meg desapareció escaleras abajo.

—No funcionará.

Kumiko soltó un suspiro.

—¿Por qué no?

—No hay corriente —continuó Vivian, la voz de la esperanza—. ¿Creéis que eso no incluye el router?

—A menos que haya Internet por satélite —dijo Meg, mientras enchufaba el cable en la parte trasera de su MacBook—. Si es así, puede que haya un sistema de almacenaje de energía solar.

—Y si el cable viene directamente de ahí, puede que todavía funcione —añadió T.J., y apretó con suavidad el hombro de Meg—. Brillante.

—Vaya —dijo Kumiko, y miró a Vivian—. Me alegro un montón de que Meg esté aquí.

—Lo que tú digas —bufó Vivian.

Meg se dio cuenta de que todos los demás se apretujaban detrás de ella para

intentar ver la pantalla. Su portátil descansaba sobre la estrecha balda de una librería, apoyado contra su rodilla. El cable de red ya estaba conectado, así que contuvo la respiración al apretar el botón de encendido, rezando porque hubiera suficiente batería.

Vamos, maldita sea. Solo faltaba que la batería estuviese completamente vacía. Cuando estaba a punto de darse por vencida, la luz verde se encendió, indicando que le quedaba algo de vida. Gracias a Dios.

Notó un suspiro colectivo de alivio, incluyendo el aliento de alguien contra su mejilla. No alguien cualquiera. T.J.

Tan cerca de ella que si giraba el cuello sus labios se tocarían…

Para. De todos los momentos inoportunos en los que podía pensar en besar a T.J., ese era sin duda el peor.

Se obligó a dirigir su atención de nuevo a la pantalla del ordenador. Se produjo un agónico instante durante el cual el maldito torbellino color arcoíris daba muestras de no querer desaparecer, y luego por fin se cargó la imagen del escritorio.

—¡Alucinante! —exclamó T.J.

—¡Date prisa! —la apremió Vivian. Estaba de los nervios—. Abre el navegador.

Meg se mordió el labio y pulsó el icono del navegador. Si aquello no funcionaba, ¿qué demonios iban a hacer?

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Kumiko—. ¡Mirad!

La ventana del navegador se abrió y mostró la página de inicio de Meg. ¡Funcionaba! ¡Su idea funcionaba!

—Déjame hacerlo a mí —dijo Vivian, abriéndose paso—. Entraré en mi bandeja de correo y…

Kumiko la empujó hacia atrás.

—Es el ordenador de Meg.

Exacto. Su ordenador. Rápidamente, Meg tecleó la página de su servidor de correo. Allí estaba, funcionaba. Los

mensajes más recientes eran de aquella misma mañana, temprano: su madre con el asunto «¡Espero que te lo estés pasando bien!». Contuvo la respiración al hacer clic en «Redactar». Por alguna razón, ver el mensaje de su madre le dio ganas de llorar.

—¿A quién deberíamos escribir? —preguntó Gunner—. ¿A la Policía?

—Ehh… —dudó Meg, mientras miraba a su alrededor—. No tengo una dirección de correo para la Policía.

—Primero escribe a tus padres —sugirió T.J.—. Después podemos intentar encontrar una dirección de contacto para emergencias.

Meg asintió y escribió las direcciones de su padre y de su madre, y pasó al cuadro donde se escribía el cuerpo del mensaje.

«En casa de Jessica Lawrence, en Henry Island. Es una larga historia. Ha habido un accidente. Los teléfonos no funcionan. Necesitamos ayuda».

Sus padres iban a enfadarse de verdad cuando descubrieran que les había mentido, pero, por el momento, era más importante conseguir que la Policía se dirigiera a la isla. Ya se enfrentaría con su inevitable castigo.

Con mano temblorosa, pulsó «Enviar».

—Vamos —dijo T.J. entre dientes. Meg notó que todos se inclinaban hacia el portátil como si intentasen empujar el mensaje hacia el ciberespacio, desesperados por ver el mensaje de confirmación en la pantalla.

—Mierda.

La expresión brotó de siete bocas al unísono. La pantalla, que menos de un segundo antes había estado conectada a Internet, se quedó en blanco. NO HAY NINGUNA CONEXIÓN DISPONIBLE. Se acabó su suerte.

DOCE

—¿Qué ha pasado? —dijo Vivian—. Si funcionaba…

—Prueba a actualizar —sugirió Kumiko.

Meg ya se había adelantado a su sugerencia, pero cada vez que pulsaba el icono de actualizar obtenía el mismo resultado: NO HAY NINGUNA CONEXIÓN DISPONIBLE.

—Se ha perdido la señal —dijo Meg—. Lo siento mucho.

—No es culpa tuya —la tranquilizó T.J.—. Ni siquiera se nos habría

ocurrido de no ser por ti.

—Eh, déjame intentarlo —dijo Nathan. Meg se hizo a un lado y Nathan empezó a abrir ventanas de redes disponibles y herramientas de diagnóstico de conexión que ella ni sabía que existían—. A veces resulta complicado mantener una conexión. Si esta funciona, lo descubriré.

Meg no tenía muchas esperanzas, pero apreciaba el entusiasmo de Nathan.

—Os dije que no funcionaría —masculló Vivian. Se sentó en el banco de la ventana y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Eres una sabelotodo —le soltó

Kumiko.

Vivian la miró levantando la barbilla en un gesto de desaire y dijo:

—Bueno, alguien tiene que ser la voz de la razón, ¿no?

—¿Te crees que eres la única aquí que tiene cerebro? —Kumiko estaba furiosa—. Al menos Meg ha tenido una buena idea y estaba intentando ser útil. Tú lo único que has hecho es ir de jefa y creerte que eso te hace ser superior a los demás. Deja de dártelas de guay.

Vivian se incorporó lentamente, manteniendo la cabeza erguida.

—Por lo menos yo no me paso el fin de semana actuando como una guarra.

—¿Qué quieres decir?

—¿Acaba de llamarte «puta»? —dijo Gunner.

—Lo que quiero decir es —dijo Vivian, cruzando de nuevo los brazos— que si vosotros dos no os hubierais escabullido por ahí…

—Nadie se ha escabullido —repuso Gunner, pronunciando las palabras lentamente—. T.J. se ofreció a dormir en el sofá.

Meg ladeó la cabeza. ¿T.J. había dormido en la sala de estar? Juraría que él había sido el primero en llegar a las escaleras después de que ella descubriera el cuerpo de Lori.

—Solo estoy diciendo —prosiguió Vivian— que si anoche hubieras dormido en tu habitación quizá Lori no estaría muerta.

—¡Esto es el colmo! —Kumiko se lanzó a por Vivian, pero T.J. se interpuso entre ellas.

—Vale, ya está bien —dijo—. Pelearnos no nos servirá de nada. Tenemos que decidir qué vamos a hacer. —Luego se giró hacia Nathan—. ¿Has conseguido algo?

—No. —Nathan cerró la tapa del portátil de Meg, se levantó y tiró del cable de red, que salía de detrás de la estantería que había en el rincón, junto a

la ventana—. Parece que atraviesa la pared. —Sin decir nada más, echó a correr hacia la cocina.

—¿Qué pasa ahora? —dijo Vivian.

Oyeron abrirse la puerta del patio y, a través de la ventana, Meg vio a Nathan asomando la cabeza hacia la parte trasera de la casa. Se detuvo un instante y luego salió disparado bajo la lluvia.

Seis cuerpos se agolparon sobre el banco de la ventana y miraron hacia el exterior. La lluvia golpeaba el cristal y convertía el paisaje en una mancha impresionista y confusa. Al ver la silueta borrosa de Nathan recogiendo algo del suelo embarrado, Meg pensó en

las imágenes producidas por un caleidoscopio.

—¿Qué es eso? —gritó Vivian, apretando su cara contra el cristal—. ¿Qué es lo que ha recogido del suelo?

Meg distinguió algo amarillo en la mano de Nathan y contuvo el aliento. El cable de red.

Nathan se quedó quieto un instante. Meg lo observó mientras alzaba la mirada hacia el tejado y luego se giraba y regresaba corriendo a la casa.

Sin pronunciar palabra, todos se apresuraron hacia la cocina.

—¿Y bien? —preguntó Vivian—. ¿Qué ha ocurrido?

T.J. le pasó una toalla a Nathan y este empezó a secarse la cara y las manos.

—Nada. No hay solución.

—¿En serio? —preguntó Kenny.

—Lo siento, colega. Parece que algo ha partido el cable por la mitad. Habrá sido una rama o algo que ha empujado hasta aquí el viento. Está totalmente inservible.

—¿No podemos conectar el ordenador directamente a una antena? —preguntó Vivian.

Nathan sacudió la cabeza y varias gotas de agua salieron despedidas de su cabello.

—¿Vas a subirte tú al tejado para hacerlo? —Vivian apretó los labios.

—¿Crees que me subiría ahí arriba?

—No, desde luego que no. Diría que estamos bien jodidos.

Sí que lo estaban. Sin teléfono y sin Internet. Y la ciudad más próxima estaba al otro lado del canal. Meg pensó en las luces de las casas de Roche Harbor que había visto desde la ventana de la buhardilla.

Luces a lo lejos. ¿Cómo podía haberse olvidado?

—¡La casa de los Taylor! —gritó.

Vivian la miró enfurecida.

—¿Quién?

—La casa que hay al otro lado de la isla —explicó Meg—. Puede que ellos tengan teléfono.

—¡Claro! —exclamó Kumiko—. Anoche estaban celebrando una fiesta.

—Hace un tiempo horrible —dijo Nathan, mientras se escurría la camiseta —. ¿Creéis que podremos llegar hasta ahí?

—Gunner y yo podemos intentarlo —dijo T.J.

—Vamos. —Gunner salió disparado hacia el vestíbulo, con T.J. pisándole los talones.

Todos los siguieron. Los dos chicos se pusieron unos chubasqueros y Meg

abrió la puerta principal. En el patio, la lluvia caía como una cortina de agua, era tan espesa que ocultaba la casa de los Taylor. Aparecía y desaparecía entre las ráfagas de viento, como si estuviera en el umbral de otra dimensión.

—¿Estáis seguros de que no hay peligro? —preguntó. En su cabeza surgió la imagen de una ola gigantesca arrastrando a T.J. y a Gunner hacia mar abierto y su estómago se encogió.

T.J. tiró de la capucha para cubrirse por la cabeza.

—Tenemos la pasarela. Nos agarraremos bien y no nos soltaremos. No pasará nada.

Nathan se colocó detrás de Meg y abrió la puerta del todo.

—Colega —dijo, y señaló hacia el istmo—. Me parece a mí que no.

Meg vio el mar agitado. Una ola feroz estalló contra la estrecha franja de tierra, que desapareció momentáneamente. Luego el agua se retiró y el istmo emergió de nuevo a la superficie. Meg aguantó la respiración.

—La plataforma ya no está.

—Mierda —soltó T.J. Se abrió paso hasta el porche para poder ver mejor.

—Eso no es nada bueno —murmuró Kumiko.

T.J. se dio la vuelta, volvió a entrar

en la casa y se quitó el chubasquero amarillo.

—Ha desaparecido por completo —dijo—. La tormenta debe de haberla destrozado.

Vivian asomó la cabeza al exterior:

—Podéis cruzar sin ella, ¿verdad? Las olas no son tan grandes.

—¿Estás loca? —le soltó Kumiko, y tiró de Vivian hacia dentro—. Sin la plataforma, incluso una ola pequeña te arrastraría.

—Pero no podemos quedarnos aquí sentados.

—Entonces, inténtalo tú —dijo Kumiko, cruzando los brazos sobre el

pecho en un gesto de desafío—. Anda, atrévete. Yo me quedo mirando desde aquí arriba.

—Kumiko tiene razón —dijo Kenny, con la voz calmada—. No hay posibilidad de pasar al otro lado.

Los ojos de Vivian parecían a punto de salirse de sus órbitas.

—¿Queréis decir que estamos atrapados?

—Por lo menos hasta que amaine la tormenta —asintió T.J.

Meg contempló la lluvia. Una pequeña tregua dejó a la vista la casa de los Taylor, más allá del istmo. Parecía tan próxima, tan reconfortante, y, sin

embargo, no podían llegar hasta ella. Cerró la puerta y apoyó la frente contra ella. Ninguna de sus ideas había dado resultado. Estaban atrapados.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Kumiko, y le dio la mano a Gunner.

—Deberíamos descolgarla —dijo Kenny. No era una pregunta, y aunque su voz era suave, apenas un susurro, Meg tuvo la clara impresión de que estaba intentando controlar su dolor. No quería ver cómo el chico se derrumbaba.

Sin embargo, a Vivian no le importaba lo más mínimo llevarle la contraria a Kenny.

—¿Descolgarla? ¿Has perdido el

juicio? Eso es el escenario de un crimen. La Policía tendría que realizar una investigación.

—Por lo que sé, el suicidio no se considera un crimen —dijo Kumiko.

Kenny se mostró firme:

—No podemos dejarla ahí.

—¿Por qué no? —preguntó Vivian.

—Es irrespetuoso.

—Sería irrespetuoso moverla. Y ¿si destruimos alguna pista?

—Tranquilízate, agente de CSI —le soltó Kumiko.

Meg pensó en Minnie, hecha un ovillo en el suelo de la buhardilla. A pesar de que coincidía con Vivian, en

aquella situación, sin forma de ponerse en contacto con la Policía y sin tener la menor idea de cuándo llegaría Jessica, le resultaba demasiado horrible dejar el cadáver de Lori allí colgado. ¿Y si se quedaban encerrados en la isla hasta el lunes?

—Estoy de acuerdo con Kenny —dijo—. Creo que deberíamos bajarla.

T.J. asintió.

—Yo también. ¿Alguien más se opone?

Nathan, Gunner y Kumiko negaron con la cabeza.

—Bien —dijo Vivian. Su rostro había enrojecido de rabia—. Pero no

asumo ninguna responsabilidad. Si la Policía me pregunta, les diré que fue idea vuestra y que intenté deteneros. Todos vosotros os vais a meter en un lío. Yo no —dijo y desapareció por el pasillo.

—Si cada vez que no se le hace caso se larga —comentó Kumiko, con una sonrisa—, ¿tengo vuestro permiso para llevarle la contraria en todo lo que diga?

—No creo que nadie vaya a oponerse —contestó Meg.

—Y ahora ¿qué? —preguntó Gunner.

T.J. miró a Meg.

—¿De verdad crees que debemos bajarla?

Aunque se había hecho con el liderazgo del grupo, parecía interesado por su opinión. Meg no estaba segura del motivo, pero le gustaba esa situación. Y al mismo tiempo que experimentaba una breve sensación de pánico al darse cuenta de que todo el mundo aguardaba su respuesta, se sentía excitada ante la idea de que a T.J. le importase saber lo que ella pensaba.

Tragó saliva.

—De acuerdo. —No podían dejar a Lori allí colgada. No estaba bien—. Hagámoslo.

TRECE

Fue necesaria la participación de todos para trasladar el cuerpo de Lori a la planta baja de White Rock House. La cuerda estaba enrollada en las vigas más altas de la torre, y tenía un extremo atado firmemente al pasamanos de las escaleras que llevaban a la buhardilla. Era un nudo marinero, y a Meg le sorprendió que Lori hubiera sido capaz de asegurar el nudo y de enrollar la cuerda en las vigas mientras estaba sumida en lo que sin duda debía haber sido un estado de ánimo de auténtica

angustia.

Los chicos descolgaron poco a poco el cadáver, mientras Meg y Kumiko esperaban a los pies de la escalera. Meg había encontrado en un armario unas sábanas con las que podrían envolver el cuerpo y, con la ayuda de Kumiko, extendió una en el suelo mientras el cadáver descendía hacia ellas.

El horror del suicidio de Lori no era nada comparado con la visión de su cuerpo siendo descolgado desde lo alto. Se movía y se balanceaba como una marioneta rígida y grotesca, mientras los chicos se esforzaban por controlar su peso. La oscura figura se fue haciendo

más y más grande a medida que se acercaba, con su melena revuelta colgando a ambos lados de su cara. Las vigas crujían y protestaban con cada giro del cadáver, primero hacia la izquierda, para luego volver a la posición inicial con rapidez antes de girar de nuevo.

Meg sintió que se le formaba un nudo en el estómago cuando sintió los pies de Lori justo encima de su cabeza. Se fue hacia atrás y bajó la mirada para no ver otra vez el rostro violáceo y los ojos sin vida. Apartó la vista hasta que oyó el sonido que producía el cuerpo al tocar el suelo.

En lo alto de la torre, los chicos percibieron el cambio en el peso y soltaron la cuerda, dejándola caer entre sus manos. De golpe, el cadáver se derrumbó, inerte y rígido. Meg y Kumiko se apartaron al ver que la cuerda iba a caerles encima.

—¡Perdón! —gritó Ben desde arriba —. ¿Estáis bien?

—Sí —respondió Kumiko—. Estamos bien.

Todos estamos bien, excepto la muerta, pensó Meg mientras extendía una segunda sábana para cubrir a Lori.

Se había quedado boca abajo, con el brazo izquierdo tapado por el resto del

cuerpo y el derecho torcido de forma antinatural a la altura del hombro. Parecía una muñeca que alguien hubiera roto en varios trozos para luego volver a colocarlos al revés. El nudo corredizo seguía en su cuello y la cuerda había caído sobre el cadáver formando círculos.

Meg colocó la sábana sobre Lori. A continuación, Kumiko y ella doblaron la sábana por los extremos, hasta que quedó como una especie de bulto momificado.

Ben, Gunner y T.J. se reunieron con ellas, seguidos por Nathan.

—¿Deberíamos decir alguna

oración? —preguntó—. Creo que sería lo mejor.

—¿Sabes alguna? —le preguntó Kumiko.

—Eh… —Nathan se rio—. No.

—Estamos aquí para decir adiós a Lori Nguyen —dijo Kenny, desde lo alto del primer tramo de escaleras. Se había hecho cargo del duelo—. Nunca más la veremos sonreír. Nunca más escucharemos su voz. Desearía… —se interrumpió, ahogando el llanto. Hizo una pausa y se pasó el dorso de la mano por los ojos—. Desearía que hubiéramos llegado a conocernos mejor. Podríamos haber sido…

Su voz se apagó. Meg vio que Nathan se movía incómodo, cambiaba el peso de su cuerpo de un pie a otro mientras miraba a su amigo sin decir nada.

—Bueno, quienquiera que haya hecho esto, quienquiera que lo haya causado… —siguió Kenny después de un momento—. Lo va a pagar.

Meg hizo una mueca. Era la segunda vez en menos de un día que alguien mencionaba el deseo de venganza. Como si en aquella casa hubiera una extraña vibración. Meg comprendía que Kenny estaba destrozado, pero ¿no podía aceptar el hecho de que Lori se había

suicidado en lugar de buscar un culpable?

Vivian asomó la cabeza por la puerta del estudio.

—Deberíamos ponerla aquí. Así no tendremos que verla al pasar por ahí.

—¿De verdad esta chica es tan boba? —dijo Meg en un susurro.

—Eso parece —contestó T.J.

Kenny agarró el cuerpo de Lori por la cabeza, Gunner y T.J. se encargaron de las piernas y Nathan sostuvo el tronco mientras Vivian los guiaba y les echaba una retahíla de indicaciones:

—No tiréis la lámpara. Cuidado con la cabeza. Estáis demasiado cerca de la

mesa. No, al otro lado.

A Meg le llamaba la atención su energía. Era negativa e inútil, como si su único objetivo fuera estar al mando, pero aún así parecía inagotable.

—¿Ya no está?

Todos se dieron la vuelta. Minnie estaba en el penúltimo peldaño de la escalera. Mientras que los demás seguían con el pijama, con abrigos y sudaderas encima para combatir el frío, Minnie estaba totalmente vestida, con vaqueros y zapatos de plataforma y un jersey de cachemira de manga larga. Parecía haberse recuperado después de la búsqueda frenética en la habitación,

pero Meg no pudo evitar estremecerse ante la falta total de empatía de su amiga en una situación como aquella. Kumiko y Gunner intercambiaron una mirada de disgusto, y Meg prácticamente pudo sentir los ojos rabiosos de Kenny taladrando la cabeza de Minnie.

—Su nombre —dijo Kenny, con aquel tono suave que le provocó a Meg un escalofrío en la espalda— era Lori.

—Oh —murmuró Minnie. Pareció mínimamente consciente de su metedura de pata. Al menos eso ya era algo—. Lo siento.

—Bien —intervino T.J., cambiando de tema—. Vamos a sentarnos.

Necesitamos decidir qué vamos a hacer ahora.

Meg picoteaba de un pedazo de pan con un poco de mantequilla, que se obligaba a comer. La mayoría de los que estaban reunidos en torno a la mesa del comedor no lo llevaban mucho mejor que ella, pero los trágicos sucesos del día no habían afectado el apetito de Minnie.

—Lo que no entiendo —empezó Ben — es ¿por qué ahora?

T.J. dirigió una mirada a Meg.

—Algo debe haberlo provocado.

—Tal vez —dijo Vivian, con un

cabeceo—. Pero ¿por qué ir a una fiesta si estás deprimida y planeas suicidarte?

—Lástima que no fueras tú —murmuró Kumiko en el oído izquierdo de Meg.

—¿Cómo? —preguntó Vivian.

—Nada.

Nathan se encogió de hombros.

—Me parece un lugar tan bueno como cualquier otro. Quiero decir, si es eso lo que te va.

Si es eso lo que te va. Como si el suicidio fuera una peculiaridad. Un defecto de la personalidad.

—Necesitamos decidir qué vamos a hacer ahora —dijo Ben, y acto seguido

dio un bocado a un donut. Igual que en el caso de Minnie, la muerte de Lori no había tenido ningún efecto en su apetito. Vaya, formaban la pareja perfecta.

—Puede que haya un generador en la casa —sugirió Nathan.

—Gunner y yo ya lo hemos tratado de encontrar —dijo T.J.—. Cuando buscábamos una cuerda para descolgar el cadáver. Nada.

Nathan se hundió en la silla y masculló:

—Mierda.

—Deberíamos esperar a que llegue Jessica —declaró Vivian—. Entonces podremos pedirle a los del *ferry* que

avisen a la Policía.

Una brutal ráfaga de viento sacudió la casa, que tembló desde los cimientos.

—Creo —dijo T.J. después de una pausa— que tenemos que afrontar la posibilidad de que Jessica no venga.

—¿Qué? —preguntó Minnie, con la boca llena de *bagel*—. ¿A qué te refieres con eso de que no venga? —Dejó caer el trozo de bollo masticado en su plato—. Tiene que venir. Tiene que hacerlo. Meg, tiene que hacerlo. Lo prometiste.

A Meg ya le estaba costando mantener su propio miedo bajo control, así que la idea de calmar a Minnie era

como intentar escalar el Everest descalza.

Afortunadamente, Ben se le adelantó:

—Todo irá bien —dijo, y posó su mano sobre la de Minnie.

—Está la caseta del embarcadero —añadió Gunner. Eso fue todo, no dijo nada más.

—Buah, gracias por tu observación —dijo Vivian.

Kumiko salió en defensa de Gunner:

—¿Ah, sí, Señorita Ideas Brillantes? Si hay una caseta en el embarcadero, es probable que dentro haya una embarcación. Y si la hay, puede que

tenga radio.

—¿Radio? —Meg se puso en pie de un salto.

—Sí —dijo T.J.—. Todos los barcos tienen radio VHF.

—¿Sabes cómo funciona?

T.J. asintió.

—Mi tío tiene un barco de pesca. He pasado varios veranos trabajando para él.

Meg miró a Minnie. Su estado de ánimo parecía haber mejorado desde que habían metido el cadáver de Lori en el estudio, pero ¿cuánto duraría? Sin sus pastillas para la depresión y la ansiedad, solo era cuestión de tiempo

que sufriera un ataque serio. Como Chernóbil de serio. Tenía que evitarlo. A cualquier precio.

T.J. parecía ansioso por comprobar si había una radio.

—Vamos a ver.

—¿Todos? —preguntó Minnie, dirigiendo la mirada hacia la tormenta que había en el exterior.

—No. —T.J. le guiñó un ojo a Meg—. Solo me llevaré conmigo a Meg.

—Oh —musitó Minnie, clavando sus ojos en el vacío, sin mirar ni a T.J. ni a Meg.

Vaya. Incluso con Ben allí delante, Minnie seguía mostrándose posesiva con

T.J. Una prueba más de que Meg tenía que superar sus sentimientos hacia él.

Sin embargo, quedó claro que en esta ocasión T.J. no podía leerle el pensamiento.

—Venga, Meg —dijo—. Ponte el impermeable y vamos.

CATORCE

Meg corrió escaleras arriba hacia la buhardilla y buscó entre el desorden sus botas y su chubasquero. El corazón le retumbaba en el pecho, pero no era por la carrera. Estaba en suficiente buena forma como para que eso no le afectara. Estaba excitada, simple y llanamente.

T.J. quería su ayuda.

Déjalo ya.

Se sentó en el borde de su cama y se puso las botas de agua. Ante sus ojos apareció el gesto torcido en el rostro de Minnie. Tenía que dominar sus

sentimientos hacia T.J. Tenía que hacerlo. Minnie nunca la perdonaría si lo descubriese, y además iba a irse a Los Ángeles y a empezar de cero.

Pero T.J. estaría también en Los Ángeles.

¿Qué demonios te pasa? Parecía que su cerebro estuviese intentando sabotearla. En la fiesta de bienvenida había tomado una decisión. T.J. y ella nunca serían pareja. Necesitaba hacerse a la idea. Además, en cuanto llegase a la Universidad, T.J. tendría aún más éxito que el que tenía en casa. Habría un montón de chicas de Los Ángeles a sus pies. Incluso famosas. ¿No solían salir

los jugadores de fútbol de la Universidad del Sur de California con famosas? Debía ser parte del contrato: una beca completa y una de las hermanas Kardashian de novia. Ni siquiera se acordaría de Meg. Ella sería un freno en su camino a la fama.

Solo tenía que superar aquel fin de semana. Encontrar una radio, salir de la isla. Pasar página.

Se puso en pie y buscó su abrigo. Lo localizó encima del tocador, donde Minnie lo había tirado durante su enloquecido registro de la habitación. Lo recogió y empezó a ponérselo, pero algo atrajo su atención.

Sobre el tocador había una foto enmarcada de una chica.

Al principio no la reconoció. Parecía totalmente incongruente, por completo fuera de lugar en aquella habitación. La piel pálida, la mirada de tristeza en su rostro, el pelo mal cuidado que le caía sobre la cara. Pelo negro. Negro como un mal presagio.

Poco a poco fue abriéndose paso en la mente de Meg, como si una cortina de niebla se disipase. Conocía a aquella chica.

Era Claire Hicks.

Mierda. ¿Claire Hicks? ¿Qué hacía una fotografía de Claire Hicks en su

habitación?

Un montón de interrogantes inundó su cabeza.

¿Ya estaba allí la foto cuando llegaron? Se esforzó por hacer memoria. La primera vez había subido las escaleras y se había quedado tan deslumbrada con la habitación que quizá no se había fijado. No, eso era una tontería. ¿Un marco negro y grande con una foto de Claire Hicks? Sí, algo así habría llamado su atención.

De acuerdo, pero si no estaba la noche anterior, ¿cómo había llegado hasta allí? Obviamente, no había aparecido de la nada. Alguien había

tenido que ponerla sobre el tocador. ¿Quién? Ben y Minnie habían estado allí durante una hora más o menos, pero en el caos de la mañana, cualquiera podría haber subido a la buhardilla. Habría sido muy fácil.

Lo cual llevaba a otra pregunta: ¿Por qué?

Existía una respuesta inocente, por supuesto. Se había caído detrás del tocador y alguien, quizá Minnie o Ben, la había encontrado y la había vuelto a colocar en su sitio. Lógicamente, esta era la que más sentido tenía. Pero incluso si esa respuesta era la correcta, no eliminaba de la mente de Meg su

duda inicial: ¿por qué había una fotografía de Claire Hicks en su habitación?

Miró fijamente la imagen. Claire. Conocía aquella foto muy bien. Todos los que iban a su instituto conocían aquella foto. Se parecía tanto a la espeluznante chica muerta de la película *La señal* que Meg empezó a temer que Claire pudiera salirse de la fotografía y presentarse en carne y hueso en la habitación.

Resultaba aún más turbador que su familia hubiera utilizado precisamente esa foto para su necrológica.

¿Por qué, por qué, por qué estaba

aquella foto en su habitación? Claire no tenía ningún lazo con los Lawrence. De hecho, Jessica Lawrence y su círculo habían evitado a Claire como si tuviera la peste. Eran abiertamente hostiles hacia ella, y, de todos modos, lo cierto era que Claire no había necesitado ninguna ayuda para aislarse en el instituto. Se había cambiado al Kamiak a principios del semestre de otoño, y a las pocas semanas de su llegada, los rumores sobre ella ya volaban por todas partes. Se decía que la gente que se portaba mal con ella solía sufrir accidentes.

Bobby Taylor tuvo un accidente de

coche dos días después de ponerle la zancadilla en el vestíbulo. Más tarde insistía en decir que los frenos le habían fallado.

Tiffany Halliday se cortó con un trozo de metal que colgaba de su taquilla, justo una semana después de que alguien hiciera circular una imagen de Photoshop de Claire por Facebook. Sufrió una extraña infección a raíz del corte y se pasó dos semanas en el hospital, donde tuvieron que hacerle transfusiones de sangre. Meg recordaba perfectamente la campaña que se llevó a cabo para donar sangre y aquellos días impregnados de miedo en los que nadie

sabía con seguridad si Tiffany sobreviviría. Afortunadamente, lo hizo, y la Policía cerró la investigación diciendo que había sido un accidente.

Después de aquello, todo el mundo dejó de incordiar a Claire. Incluso los profesores. Y a ella pareció gustarle esa nueva situación, por lo que resultó una auténtica sorpresa, por mucho que fuese un verdadero bicho raro, que la descubrieran colgando del ventilador del techo de su dormitorio, el día después de la fiesta de bienvenida.

Ahora había habido otro suicidio por ahorcamiento. Y allí estaba la foto de Claire observándolo todo en aquella

casa siniestra en mitad de ninguna parte. ¿Tendría algún significado? ¿Había sido Lori quien había puesto la foto allí mientras dormían? ¿Estaba relacionada de algún modo con Claire?

Meg hizo un esfuerzo por salir de su ensimismamiento. Estaba permitiendo que su imaginación fuese demasiado lejos. Era estúpido. Necesitaba calmarse, ir con T.J. a registrar la caseta del embarcadero y, con algo de suerte, encontrar la forma de salir de Henry Island. Todo iba a salir bien.

Con un gesto más violento de lo pretendido, tumbó la fotografía boca abajo. Se disponía a salir cuando se

percató de que había algo escrito por detrás del marco. Lo giró con un dedo, para leer el texto.

Estaba escrito en tinta roja: «Me vengaré».

¿Qué demonios significaba aquello? Se trataba de una broma, sin duda, pero las cosas se estaban volviendo oficialmente muy raras. Salió de la habitación de espaldas hasta que notó que había llegado al comienzo de la escalera, entonces se dio la vuelta y bajó tan rápido como se lo permitieron sus botas.

T.J. la esperaba abajo.

—¿Por qué has tardado tanto?

—Lo… lo siento —balbuceó Meg. Los pensamientos se agolpaban en su mente. La muerte de Lori. La foto de Claire. La misteriosa pintada roja en la pared y el extraño DVD. ¿Eran simples coincidencias o estaban relacionados entre sí de alguna manera? Y si era así, ¿cómo?

T.J. se aproximó a ella.

—¿Estás bien? Pareces…

—¿Qué?

—No sé. Como asustada.

—¿Tú crees? —Meg enarcó las cejas.

—O sea —dijo T.J. con un suspiro—, ya sabes, como si te hubiera pasado otra cosa aparte de lo de Lori.

Meg abrió la boca. Quería contarle lo de la fotografía de Claire, pero se contuvo. T.J. se había quitado el pijama y se había puesto unos vaqueros y un jersey grueso debajo del impermeable. Olía ligeramente a loción para después del afeitado. Y ella se había limitado a meterse las perneras del pijama de franela por dentro de las botas de agua y a ponerse un abrigo encima de la sudadera. Ni siquiera se había pasado el

cepillo por el pelo ni se lo había recogido en su coleta habitual. Debía parecer una zumbada nada más levantarse después de dormir la mona… Una zumbada que estaba a punto de ir a la caseta del embarcadero con un chico que estaba buenísimo. Sola.

Era una verdadera idiota.

No, no iba a contarle nada. Lo más probable era que su imaginación le estuviese jugando malas pasadas. Lo último que necesitaba era dar la impresión de ser como una niña que veía monstruos en el armario. Desde luego, ese tipo de cosas echaría a T.J. para atrás.

—Estás otra vez en tu nube —dijo él —. ¿Qué te pasa?

—Nada —mintió.

—Bien. Vamos.

Se dirigieron hacia el vestíbulo, pero, de repente, T.J. se detuvo. Era como si no quisiera pasar junto a la pintada roja de la pared. Meg no podía culparle por ello, y en silencio se alegró de que en lugar de salir por la puerta principal, T.J. se internase por el pasillo y atravesase la sala de estar. Pasaron al lado de Kumiko y Gunner, que estaban acaramelados en el sofá, y de Nathan, que hojeaba una revista sentado en el banco de la ventana, pero nadie dijo una

sola palabra. En la cocina, Vivian estaba inclinada sobre la encimera, bebiendo una coca-cola *light*.

—Vais a la caseta —se limitó a decir.

—Sí. —T.J. abrió la puerta que comunicaba con el patio trasero—. Si tenemos suerte, encontraremos una radio.

—Ya —murmuró Vivian, con una ceja levantada—. La radio. Estoy segura de que esa es la única razón por la que vais a la caseta del embarcadero.

—Lo es —repuso T.J., con el mismo tono de voz—. Vamos, Meg.

Vivian los siguió hasta la puerta.

—¿De verdad sabes cómo utilizar una radio si la encontráis?

¿Acaso era incapaz de dejar de intentar controlarlo todo?

T.J. le cedió el paso a Meg.

—Sí.

Vivian se acercó a ellos.

—Quizá debería acompañaros por si…

—No —le cortó T.J. con una sonrisa, y le cerró la puerta en las narices—. Joder, esa chica es como un grano en el culo —dijo entre dientes.

—Acabas de soltar el mayor eufemismo del siglo.

T.J. abrió la puerta que daba al patio

trasero, y les llegó toda la fuerza de la tormenta. Más allá del patio, los árboles quedaban semiocultos por cortinas de lluvia, y la temperatura era casi diez grados más baja que en el interior de la casa, a pesar de que no había calefacción.

—Pégate a mí, ¿de acuerdo? —ordenó T.J.—. El sendero es bastante traicionero.

¿Traicionero? Genial.

—Lo intentaré.

—¿Lista? —T.J. se abotonó el abrigo hasta arriba, sacó un gorro del bolsillo y se cubrió con él hasta las orejas.

Meg se puso la capucha.

—Lista.

T.J. se apresuró por la escalinata, bajo la lluvia. Meg tomó aire y fue tras él.

QUINCE

El terreno que rodeaba White Rock House se había convertido en un lodazal que parecía succionar las botas de Meg mientras atravesaba el jardín. Era como si tuviera que avanzar a través de un banco de arena que la cubría hasta los tobillos, por lo que necesitaba el doble de esfuerzo para dar cada nuevo paso. El viento era aún más feroz que la noche anterior, soplaba por toda la isla, intentando arrancar de raíz los árboles y tumbar todo lo que encontraba en su camino. Los pinos parecían encogerse

ante la tormenta, y aunque Meg debería haber podido oír el crujido de las ramas y el fragor de las olas contra las rocas, el único sonido que llegaba a sus oídos era el aullido sin descanso del viento.

Le costaba mantener el ritmo de T.J. El chico era al menos quince centímetros más alto que ella, y sus piernas musculosas de jugador de fútbol no tenían problema para avanzar entre el barro. Llegó a la línea de árboles unos treinta segundos antes de Meg y apenas pareció fijarse en lo que le costaba avanzar.

Miró hacia la derecha y Meg lo imitó. Al otro lado del bosque había una

serie de plataformas de madera que formaban una pasarela para bajar desde la colina. Eran del mismo tipo que el puente que había desaparecido del istmo. Los travesaños estaban desgastados y dañados por el agua y el tiempo, y el color marrón había cedido ante el gris. T.J. puso un pie sobre la primera plataforma y comprobó su solidez. La pasarela se movió levemente, pero pareció recia y firme.

—Aguantará —gritó contra el viento. Le tendió la mano y tiró de ella.

Los tablones estaban inclinados y eran de tamaños dispares —para atravesar algunos de ellos se requerían

diez pasos, mientras que para otros sobraba con tres—, y a Meg le costaba avanzar, incluso con las botas con suela de goma, por la excesiva acumulación de agua. Intentó no mirar hacia la ladera de la colina, donde la pendiente terminaba con una abrupta caída sobre un grupo de rocas dentadas.

Quizá aquella excursión a la caseta no fuese una buena idea. ¿Una pasarela de madera podrida? Jaque. ¿La mayor tormenta del siglo? Jaque. ¿La muerte a manos de las rocas de la playa? Jaque mate. Justo como aquella broma racista de Nathan de la noche anterior: así era el comienzo de las películas de terror.

Delante de ellos, las pasarelas giraban bruscamente. El sendero se inclinaba en un peligroso ángulo y Meg vio cómo T.J. resbalaba casi un metro antes de recuperar el equilibrio.

—¡Cuidado! —gritó T.J.—. Es un poco…

Demasiado tarde. En cuanto sus botas de agua pisaron el primero de aquellos travesaños, vio que no tenía donde agarrarse. Meg se deslizó, totalmente fuera de control, y salió despedida hacia la barandilla. Vio cómo su cuerpo se acercaba peligrosamente al precipicio y se imaginó a sí misma cayendo al abismo. Extendió los brazos

para intentar sujetarse a la barandilla, y rezó porque la madera sirviese para detenerla. Pero no hubo suerte. La barandilla de madera cedió y Meg cerró los ojos. Era el fin.

Pero, en lugar de caer, Meg sintió que un brazo la sujetaba por la cintura. Con un gruñido de esfuerzo, T.J. tiró de ella, la apartó del borde y giró sobre sí mismo para ponerse los dos a salvo. Cayeron contra el enorme árbol que sostenía la pasarela en la ladera de la colina y Meg se hundió entre los brazos de T.J. mientras ambos trataban de recuperar el aliento.

—¿Estás bien? —preguntó T.J., que

seguía rodeándola con sus brazos.

—Sí —respondió. El corazón le latía desbocado, aunque era incapaz de decir si se debía a que había estado a punto de morir o a la sensación de tener el cuerpo de T.J. pegado al suyo.

—Ha faltado poco —dijo él. Dirigió la mirada hacia la inclinación de la pasarela y resopló—. Alguien debería arreglarla.

Meg no quiso ni pensar en lo que habría sucedido si T.J. no hubiese estado allí.

Protegiéndola todavía con el brazo, T.J. le ayudó a llegar hasta el siguiente tramo, que giraba pegado a la ladera.

Despacio y con cuidado, continuaron su camino hacia la caseta, hasta que, de pronto, T.J. se paró en seco.

—Mierda —masculló.

Meg lo miró, sin comprender.

—¿Qué?

—Había unas linternas al lado de la puerta del patio —dijo—. Me las he olvidado. —Miró hacia la caseta y luego hacia atrás, a la casa, más allá de la peligrosa curva de la pasarela, como si sopesase las dos opciones—. Mierda —repitió—. Las vamos a necesitar. ¿Me esperas aquí?

¿Quedarse allí sola en mitad de ninguna parte? ¿Después de haber estado

a punto de despeñarse y morir? Oh, no. Empezó a protestar, pero T.J. no le dio alternativa. Antes de que ella pudiera reaccionar, se inclinó y le plantó un rápido beso en la mejilla, dio media vuelta y volvió sobre sus pasos.

Meg se sintió mareada. ¿Acababa de darle un beso? ¿Acababa T.J. Fletcher de darle un beso a ella?

Toda una serie de pensamientos de todo tipo le inundaron la cabeza.

Número uno: había muchas posibilidades de que se desmayase de pura alegría.

Número dos: ¿realmente había sido su intención besarla? ¿Había sido un

error? No, eso era una tontería. ¿Cómo podía tratarse de un accidente, a no ser que lo que hubiera querido hacer fuera lamer algo que ella tenía en la cara?

Número tres: ¿había alguna posibilidad de que Minnie los hubiera visto?

Esto último era lo más inquietante. Meg parpadeó contra la embestida de las gotas de lluvia y estiró el cuello para intentar ver la casa. Solo podía distinguir la hilera de ventanas del jardín vallado, pero no era más que un destello blanco a través de los árboles. No, estaba a salvo. A menos que Minnie los hubiera seguido. Meg pasó a la

plataforma anterior de la pasarela e intentó ver el camino hasta la casa, pero la inclinación de la ladera y el espesor del bosque hacían imposible ver nada más allá de treinta metros.

Bien. Si ella no podía ver la casa, Minnie no podía verla a ella.

Se apoyó contra el tronco de un árbol. La lluvia caía como un torrente inagotable, con una rapidez y una intensidad que no parecía que cayeran gotas de agua sino otra cosa. Cada pocos segundos, una ráfaga de viento impactaba de lleno en su cara. La tormenta se mostraba tan feroz, tan implacable, que Meg apenas podía

mantener los ojos abiertos ante su violencia.

Echó un vistazo a las rocas que había abajo. El oleaje chocaba contra ellas con tal ímpetu que Meg podía sentir el golpe, aunque, extrañamente, casi no lo oía. En realidad, no podía distinguir unos sonidos de otros. El viento y la lluvia creaban una especie de ruido que ahogaba todo lo demás. Abrió la boca y gritó con todas sus fuerzas, pero apenas pudo oír su propia voz.

De pronto se le ocurrió que era divertido, pero enseguida comprendió que no tenía nada de gracioso. Nadie podría oírla gritar. Esa era la verdad.

Cuando se incorporó, bajo el azote de la lluvia, luchando por soportar el empuje del viento, la isla adquirió un toque aún más siniestro.

Sintió un escalofrío. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que T.J. se había ido? Seguramente lo bastante para llegar a la casa y regresar junto a ella. No obstante, Meg no quería que T.J. corriera demasiado. Un paso en falso en aquellos travesaños de madera resbaladiza y caería de cabeza a las rocas. ¿Por qué habrían construido una pasarela tan peligrosa? Era casi como si…

Una mano la agarró del hombro.

Gritó y sintió que el corazón le subía por la garganta, se giró y vio a T.J.

—¿Todo bien? —le gritó él a través de la cortina de lluvia. De cada uno de los bolsillos de su impermeable sobresalía una linterna de mango naranja. No sonreía.

Meg asintió.

—Te castañetean los dientes.

—¿Ah, sí? —Meg repasó mentalmente su estado. Estaba empapada de la cabeza a los pies y sí, realmente sus dientes castañeteaban. Estaba tan ensimismada por el beso de T.J. y la extraña atmósfera que envolvía la isla que ni siquiera se había

percatado.

—Vamos —dijo T.J.

A ciegas, Meg fue dando traspiés detrás de él. Justo encima de la playa rocosa, la pasarela terminaba en una empinada escalinata de peldaños de madera. La barandilla estaba suelta, así que T.J. bajó los escalones uno a uno, despacio y con cuidado. Después, los dos juntos empujaron la desvencijada puerta de la caseta del embarcadero de los Lawrence.

DIECISÉIS

Con la ropa chorreando y helados hasta los huesos, T.J. y Meg entraron en la caseta. Las grietas del tejado abrían el paso a una luz opaca y turbia, que iluminaba un millón de partículas de polvo que habían levantado con sus pisadas sobre el suelo de madera. La lluvia entraba en la caseta a través de docenas de agujeros, pero al menos las paredes bloqueaban el viento. Meg estornudó al mismo tiempo que T.J. cerraba la sólida puerta detrás de él y se quitaba el gorro.

—¿Estás bien? —le preguntó, escurriendo su gorro empapado.

Meg intentó controlar el temblor de su cuerpo. Los pantalones del pijama de franela estaban tan mojados que se adherían a sus muslos de un modo que no tenía nada de favorecedor. Debajo de la capa impermeable de su chubasquero verde, tenía la piel de gallina por el frío y, para sus adentros, maldijo su mala cabeza por haber olvidado ponerse un sujetador.

—Sí —respondió, mientras se quitaba la capucha y se sacudía el pelo —. Perfectamente.

—Bien. —T.J. se guardó el gorro en

el bolsillo y le pasó una linterna. Meg la encendió y recorrió con el haz de luz el interior de la caseta.

Se encontraban sobre una plataforma de madera que se extendía de un extremo a otro de aquel edificio flotante. Una gran lona azul cubría algo en el fondo de la estancia. Meg siguió con su linterna la silueta del bulto y localizó un punto en el que la lona estaba doblada, dejando a la vista una pila de latas de gasolina.

—Por lo menos tenemos gasolina de sobra —dijo.

El foco que sostenía T.J. se unió al de ella.

—¿Para encender un fuego?

—No —resopló Meg—. Si tenemos que utilizar esa lancha para salir de aquí, al menos tendremos combustible.

T.J. se colocó frente a ella con una sonrisa:

—¿Ah, sí? ¿Y vas a ser tú quien maneje la embarcación?

Sus hoyuelos —el izquierdo ligeramente más profundo que el derecho— parecieron mofarse de ella. Había soñado en multitud de ocasiones con acariciarlos y sentirlos bajo las yemas de sus dedos, y después pasar a la marcada línea de su barbilla. Para su vergüenza, había llegado incluso a anotarlo en su diario. No había nada

como releer el diario personal de uno mismo para darse cuenta de lo patético que parecía.

T.J. dio un paso hacia ella y Meg contuvo el aliento. ¿Iba a besarla otra vez? ¿Ahora quizá en los labios? Oh, Dios mío. No había vuelto a besar a ningún chico desde que se había cortado la lengua con el aparato dental de Tim Eberstein, cuando este la había besado después de las prácticas de música en el último curso antes del instituto. Había sangrado muchísimo, y se había manchado la camiseta blanca con una mezcla de sangre y saliva. Tim soltó un chillido más propio de una chica y salió

corriendo, y Meg tuvo que ir a la enfermería e inventarse una ridícula historia sobre un corte con papel por haber estado lamiendo sobres para enviar las invitaciones al concierto de primavera.

Fue una experiencia que no había tenido nada de romántico.

Meg intentó apartar el recuerdo de su mente. T.J. no lleva aparato dental, así que ¿en qué estás pensando?

Fue entonces cuando se dio cuenta de que, a pesar de que T.J. estaba solo a escasos centímetros de ella, tenía los ojos clavados en algo por encima de su hombro derecho. Se giró y descubrió

que estaba mirando una lancha.

Bueno, no era una lancha. Más bien parecía un yate, de unos doce metros de eslora, con una proa larga y en punta y una cabina de mando que se alzaba sobre ellos. Estaba pintado de blanco, como la casa, y tenía escrito el nombre en letras rojas cerca de la proa: NÉMESIS.

—Es precioso —dijo T.J., con un suspiro.

¿En serio? ¿Un barco de pesca? ¿Un objeto inanimado resultaba más seductor que ella? Esa era la historia de su vida.

—Dios santo —murmuró T.J., esquivando a Meg para ver mejor el

barco—. Mi tío tenía uno de estos cuando yo era pequeño. Llevaba años sin ver uno igual.

—Qué nombre más siniestro para un barco.

—No es solo un barco —explicó T.J.—. Es un pesquero de arrastre. Son perfectos para pequeñas travesías entre islas y para salir a pescar. Es un auténtico mulo de carga. —Abrió la puerta lateral y subió a bordo.

—Ah. —Meg no tenía la más remota idea de qué estaba hablando.

—Este puede que sea de principios de los años setenta. —Dio unos golpes con los nudillos sobre el casco—.

Casco de madera. Puente portugués. Un verdadero artículo de coleccionista. No puedo creer que esté aquí en mitad de ninguna parte.

Meg soltó un bufido.

—Alucinante. —No sabía prácticamente nada sobre barcos. Sus padres provenían de uno de los mejores barrios de Nueva York y no es que se sintieran especialmente atraídos por la vida marinera de Seattle. Los únicos barcos a los que Meg se había subido eran los *ferries*.

—Desde luego. —T.J. se volvió hacia ella y le sonrió otra vez. A Meg sus hoyuelos le pusieron nerviosa.

Luego le tendió la mano—. Vamos. Deja que te enseñe el puente de mando.

Meg subió a bordo y siguió a T.J. por una pequeña y estrecha escalera que llevaba al puente. El barco mostraba indicios de haber sido bien cuidado tiempo atrás, pero daba la impresión de que en los últimos años ese mimo había dado paso al abandono. Habían reformado la cabina, de caoba, con tecnologías que no existían cuando lo construyeron. Las modernas pantallas de navegación resultaban anacrónicas frente al viejo timón y a los pasamanos de madera que flanqueaban las escaleras que llevaban al interior. Y aunque no

había señales claras de deterioro, todas las superficies visibles estaban cubiertas de una capa de polvo.

—Mierda —dijo T.J., cuando pasó el dedo por el polvo que cubría el asiento del capitán y se limpió en los pantalones—. Qué pena que este tesoro esté aquí tirado. Alguien le dedicó mucho mimo, pero aparte de todas las reformas, esta preciosidad es un clásico. Ya no los hacen así.

Vaya. Así que T.J. era un friki de los barcos. Quién lo hubiera dicho. En cierto modo, saber eso de él le hacía menos intimidante.

—No tenía ni idea de que supieras

tanto de barcos —le dijo Meg, con una tímida sonrisa.

—Ya —repuso él, arrastrando los pies—. No suelo hablar de ello.

—Me lo imagino. Suena a cosa típica de raritos.

T.J. hizo un esfuerzo por apartar la mirada de los artilugios del puente de mando y se volvió hacia ella. La sonrisa desapareció de su cara y su frente se pobló de arrugas como si estuviera intentando decidir si Meg se estaba burlando de él o no.

—Quiero decir… ehh, solo estaba bromeando —dijo ella, notando que se ruborizaba. ¿Por qué era tan boba?—. O

sea, yo soy muchísimo más rara que tú. Soy escritora, por Dios. Los escritores somos algo así como los primeros en la clasificación de personas raras. Y no te imaginas la colección de cromos de béisbol que tengo…

Su voz se fue apagando. Genial. Rienda suelta a su verborrea. Eso es todo lo contrario a ser *sexy*, Meg.

—A mí no me parece que seas rara —dijo T.J. Su voz era suave, pero firme, como si estuviera aclarando algo muy serio—. Ni siquiera un poco.

—Oh.

Así que él no la consideraba una rara. ¿Eso era bueno? ¿O malo? Mierda,

¿por qué tenía que ser tan insegura?

T.J. avanzó hacia ella, con los ojos fijos en su rostro.

—Meg… —empezó a decir, pero enseguida se detuvo.

—¿Qué? —La voz de Meg brotó ahogada, probablemente por el hecho de que su corazón latía tan rápido que creía que estaba a punto de desmayarse.

—¿Estás bien?

¿Por qué no paraba de hacerle una y otra vez la misma pregunta?

—Sí.

T.J. le puso una mano sobre el brazo.

—Estás temblando.

Meg ni siquiera se había dado

cuenta, pero en cuanto T.J. se lo mencionó, sus dientes empezaron a castañetear. O estaba hipotérmica o el subidón de adrenalina por estar a solas con T.J. había superado todos sus límites. O puede que ambas cosas.

—Es el frío —respondió.

—Lo siento —dijo él. Mantuvo su mano sobre el brazo de ella, y Meg pudo sentir cómo le apretaba levemente a través de la tela—. No quería arrastrarte conmigo aquí, al frío, pero… quería hablar contigo.

El estómago de Meg se había instalado definitivamente en su garganta. Había soñado cientos de veces con que

T.J. le declaraba amor eterno, pero incluso estando los dos a solas en la caseta, no podía convencerse de que fuera cierto. Tenía toda una lista de chicas entre las que escoger. Todas querían salir con T.J. Fletcher. ¿Por qué iba a elegirla a ella?

—Ya sé que no hemos hablado mucho después… Bueno, después de la fiesta —comenzó. Meg sintió el roce de sus dedos en el dorso de mano—. Yo estaba bastante enfadado y supongo que te evité después de aquello.

La fiesta. Le había entusiasmado que él le pidiera que fueran juntos, pero luego todo se vino abajo por culpa de

Minnie.

—Pero te he echado de menos —continuó T.J., y acercó su cara a la de Meg—. Desde que Gunner y Minnie rompieron, ya no te veo nunca.

Ante la mención del nombre de Minnie, todo el cuerpo de Meg se puso rígido. Minnie. Oh, mierda, ¿qué diría si los viera a los dos juntos en el barco? Minnie nunca la perdonaría si se enterase de aquella conversación. La destrozaría. Eso acabaría con su amistad.

T.J. se inclinó sobre el cuerpo de Meg.

—Y supongo que lo que te estoy

intentando decir es que…

—Tenemos que buscar la radio —soltó ella. No podía seguir escuchando. ¿En qué había estado pensando? No podía salir con alguien de quien su mejor amiga estaba enamorada. Era la mayor de las traiciones.

T.J. echó la cabeza hacia atrás como si acabase de recibir una bofetada.

—¿Qué?

—La radio. —Se apartó de él y empezó a rebuscar entre los distintos aparatos del panel de control—. Y luego tenemos que volver a la casa.

—Oh. —T.J. permaneció inmóvil durante un instante, y después regresó

hacia el asiento del capitán—. De acuerdo.

Meg le dio la espalda. Quería echarse a llorar. ¿Por qué no podía al menos esperar a oír lo que él iba a decir? ¿Por qué tenía que echarlo todo a perder?

—Es extraño —dijo T.J.

Meg se limpió una lágrima solitaria de la mejilla y se giró hacia él.

—¿Qué?

—La radio no está.

—¿Qué? —La tensión existente entre ellos desapareció en un segundo. Meg dirigió la mirada hacia el lugar al que T.J. señalaba, por encima del ventanal.

—No está. La han quitado.

DIECISIETE

—¿Han quitado la radio del barco? —preguntó Meg, con la mirada fija en un hueco vacío en el tablero de mandos —. ¿Por qué lo harían?

T.J. negó con la cabeza.

—Ni idea. Pero, a juzgar por las marcas que hay en el polvo —dijo, señalando una especie de borrones que había a cada lado del lugar donde debía ir la radio—, parece que la han quitado hace poco tiempo.

—¿Es algo normal? —quiso saber Meg. Estaba buscando razones para

sentir un poco de esperanza, en un intento de sofocar la inquietud que la embargaba y que amenazaba con convertirse en verdadero pánico—. O sea ¿para mantenimiento o algo así?

—No.

—Vaya.

Permanecieron en silencio. La idea de que habían eliminado intencionadamente una opción de comunicarse con el exterior aún tenía que calar en su cerebro, y mientras iba comprendiendo la realidad de su situación, la mente de Meg se afanaba en dar con posibles soluciones:

—¿Y el barco? ¿Podemos utilizarlo

para llegar a Roche Harbor?

—No hay llaves.

—Oh. —Mierda. Había esperado recibir una respuesta algo más enérgica —. ¿Puedes hacer un puente?

T.J. ladeó la cabeza y la miró.

—¿Te doy la impresión de saber hacer el puente a un barco?

—Tampoco das la impresión de saber cómo se maneja, pero al parecer sí sabes.

—Ahí tienes razón.

Ahora fue el turno de Meg de ladear su cabeza.

—Entonces, ¿qué, sabes o no?

—Si sé ¿qué?

¿Qué era aquello, un programa concurso de preguntas? Meg movió los brazos en un gesto de impaciencia.

—¡¿Sabes hacerle el puente a un barco?!

T.J. frunció los labios. Sus hoyuelos se deformaron ligeramente.

—Pues no.

Meg registró la cabina con la mirada.

—¿Podrían estar por aquí? Las llaves, me refiero. —Aquello era algo lógico, hasta cierto punto. ¿Por qué no guardar las llaves del motor del barco en el propio barco? Nadie iba a ir allí, a robarlo, en mitad de ninguna parte.

—Sinceramente, Meg, lo dudo.

—Aún así, deberíamos asegurarnos.

T.J. suspiró.

—Como quieras. —Bajó la pequeña escalera que conducía al interior—. Yo miraré en los camarotes, tú busca por aquí, ¿de acuerdo? —Su tono no parecía muy optimista.

—De acuerdo. —Meg no estaba dispuesta a dejar que el pesimismo de T.J. la desmoralizase. Maldita sea, iba a encontrar las llaves.

La cabina del piloto parecía el lugar más lógico para guardar las llaves del motor. Recorrió todo el panel de control con el haz de su linterna, con la

esperanza de que el destello metálico de las llaves destacase entre los distintos mandos y pantallas. Nada. Luego rebuscó en varios cajones y compartimentos que había a ambos lados del timón. Encontró mapas de navegación, una caja de herramientas, una lata de aceite, una brújula polvorienta, una gorra de béisbol de los Seattle Mariners con los bordes muy gastados, un ventilador a pilas, unas tazas de café sucias y un surtido de adaptadores, enchufes y cables que no parecían estar conectados a ningún aparato específico.

Vaya.

Vio una puerta en la pared, junto a las escaleras. La última oportunidad. Meg cruzó los dedos, contuvo la respiración y la abrió.

No solo no estaban allí las llaves, sino que el armario estaba extrañamente vacío. Ni fregona, ni escoba, ni abrigos, ni nada. Qué raro. Todos los demás compartimentos de la cabina estaban llenos de cosas, pero aquel lo habían vaciado por completo.

Lo registró con el haz de la linterna de arriba abajo, y se detuvo cuando la luz mostró algo en el fondo. Era una mancha, una mancha con forma de anillo, de pintura roja.

—¡T.J.! —llamó—. ¡Ven!

El barco entero se movió bajo las fuertes pisadas de T.J. por las escaleras.

—¿Qué? —preguntó, con la cabeza asomada por el hueco—. ¿Las has encontrado?

Meg negó con la cabeza.

—Mira esto.

El foco de T.J. se unió al suyo y alumbró la mancha roja en el suelo del armario. Se agachó y la frotó con el dedo. La yema de su dedo corazón apareció cubierta de pintura roja.

—¿Todavía está fresca? —dijo Meg, con un jadeo.

T.J. no contestó. Se llevó el dedo a

la nariz y lo olisqueó unas cuantas veces antes de incorporarse con brusquedad.

—Creo… —comenzó a decir—. Estoy convencido de que es la misma pintura que hay en la pared de la casa.

El corazón de Meg latía desbocado. Radio desaparecida, pintura desaparecida…

—Alguien se ha llevado las dos cosas —dijo—. Y lo ha hecho hace poco.

No era una pregunta, y T.J. no respondió. El ¿por qué? que Meg no había llegado a decir quedó flotando en el aire. Tenía miedo a preguntarlo. Y tenía miedo a la respuesta.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó a cambio.

La mirada de T.J. fue del armario al hueco vacío de la radio, y luego a Meg.

—Volvemos a la casa.

No llovía con tanta intensidad como treinta minutos antes, y el viento ya no parecía querer arrastrar consigo a todos los habitantes de la isla, flora y fauna incluidas. Pero, en su lento ascenso por la pasarela hacia White Rock House, Meg tuvo que volver a luchar contra los elementos.

Igual que antes, T.J. lideraba la

marcha, pero en esta ocasión no la llevó de la mano. Al contrario, para cuando llegaron a la mitad de la ladera iba a unos tres o cuatro metros por delante de ella. Ni una sola vez se volvió para comprobar si estaba bien.

No solo habían perdido la posibilidad de contactar con la civilización, sino que, además, Meg se las había ingeniado para que el amor de su vida se enfadase con ella. Otra vez. Alucinante, Meg. Bien hecho. ¿Por qué no te tiras al vacío ahora mismo y…?

Al mismo tiempo que esas palabras llegaban a su cabeza, sus ojos vagaban hacia el abismo y se posaban en las

rocas de abajo. Pero, en lugar de las piedras afiladas y los maderos arrastrados por el oleaje que había esperado ver, vio algo más. Una mancha color amarillo brillante. ¿Una balsa hinchable? ¿Pero qué estaría haciendo allí? Meg entrecerró los ojos para ver mejor a través de la lluvia. La forma y el tamaño llamaron su atención. Era demasiado pequeña para ser una balsa. Parecía casi como…

Oh, Dios.

—¡T.J.! —gritó. No estaba segura de que pudiera oírla. Lo llamó de nuevo, sin apartar los ojos de las rocas—. T.J., ven aq…

—¿Qué ocurre? —T.J. estaba ya a su lado, y antes de que Meg tuviera tiempo de decirle lo que estaba viendo, siguió la dirección de su mirada y lo vio con sus propios ojos.

—¡Joder! —exclamó. Saltó por encima de la barandilla y comenzó a descender por la ladera.

Meg no dudó ni un instante. Pasó por debajo de la barandilla y lo siguió. Las botas de agua entorpecían su descenso, y T.J. rápidamente le sacó ventaja, a medias escalando y a medias deslizándose por el barro. Llegó abajo un minuto antes que Meg. Cuando se reunió con él, tambaleándose, T.J. se

giró y la sujetó.

—No mires —dijo, interponiéndose entre ella y lo que había en las rocas.

—¿Qué? ¿Qué es?

T.J. tenía el rostro descompuesto. En vez de responder, la atrajo hacia sí y la abrazó con tanta fuerza que Meg apenas podía respirar. Podía sentir cómo le temblaban las manos mientras se apartaba lentamente de ella.

—Ha habido un accidente.

—¿Es Minnie? —Meg no logró evitar que el pánico se trasluciese en su voz.

T.J. sacudió la cabeza.

Meg dejó escapar el aire de sus

pulmones. Si Minnie hubiera resultado herida por intentar seguirlos a la caseta del embarcadero, nunca habría podido perdonárselo.

—Quizá deberías ir a la casa —le dijo T.J.

—Déjame verlo. Quiero ver lo que ha pasado. —Sonaba más valiente de lo que en realidad se sentía, pero, de algún modo, después de todos los extraños acontecimientos de las últimas veinticuatro horas, necesitaba verlo.

T.J. no se opuso. Se limitó a hacerse a un lado.

Detrás de él, tumbada boca arriba, estaba Vivian. Tenía los ojos

completamente abiertos, congelados en una visión de miedo y dolor. Llevaba puesto un chubasquero amarillo abotonado sobre su pijama de seda. Un reguero de sangre recorría su brazo y goteaba desde la punta de sus dedos hasta el agua que se acumulaba debajo de ella. Un trozo de madera que las olas habían empujado hasta la orilla sobresalía de su pecho; la había atravesado por la espalda.

—¿Está…? —Las palabras no lograron salir de la garganta de Meg.

—Sí.

—Dios mío.

—Sí.

Meg no sabía qué pensar. Vivian debía haberlos seguido a la caseta. Se había puesto unas zapatillas y un chubasquero. ¿Pero cómo había sucedido aquello?

—Debe de haber resbalado en la pasarela —dijo T.J., respondiendo a la pregunta que Meg no había llegado a formular—. Si venía detrás de nosotros, con la lluvia… Era muy peligroso.

Los ojos de Vivian miraban ciegos hacia la ladera rocosa que Meg y T.J. acababan de descender. Su cabeza había quedado colgando del borde del madero, y sus brazos estaban extendidos a ambos lados de su cuerpo. Meg la

imaginó corriendo detrás de ellos, convencida de que serían incapaces de encontrar o de utilizar una radio sin su ayuda. Iba corriendo y resbaló en el suelo mojado. Cayó de cabeza por la ladera y fue a aterrizar justo sobre aquel trozo de madera, que se le había clavado por la espalda. Su afán de controlarlo todo había sido su propia perdición.

¿Qué probabilidades había? ¿Dos muertes en tan pocas horas? Meg hizo un esfuerzo por desprenderse de sus temores. La muerte de Lori era, obviamente, un suicidio, y la de Vivian un horrible accidente. ¿Verdad?

Mientras estaban junto al cuerpo de

Vivian, la lluvia empezó a caer con más fuerza. Enormes gotas de agua impactaron contra sus ojos abiertos e hicieron que los párpados se movieran casi imperceptiblemente, como si Vivian estuviera intentando hacerles un guiño. Meg apartó la mirada antes de sentir un mareo.

—¿Qué debemos hacer? —preguntó.

—Tenemos la lona de la caseta —dijo T.J.—. Iré a buscarla. Deberíamos cubrir el cuerpo, pero quizá sea mejor no moverlo hasta que… —Su voz se apagó.

—¿Hasta que venga Jessica? —terminó Meg. No pudo disimular el

sarcasmo—. ¿O hasta que vuelva el *ferry* mañana? En este momento, esa parece la opción con más posibilidades.

T.J. la miró. Tenía los labios tan apretados que habían adquirido un tono rosáceo.

—Voy a por la lona —dijo, ignorando su sarcasmo—. Tú regresa a la casa y cuéntales a los demás lo que ha ocurrido.

Los dos escalaron la ladera de la colina. A Meg el ascenso le resultó complicado, con el pijama de franela empapado, las botas de goma y la lluvia, pero, por pura fuerza de voluntad, consiguieron subir a la explanada más

próxima. Permanecieron allí sentados un momento, jadeando, calados, cubiertos de barro, agotados mental y físicamente. Meg no podía dejar de mirar hacia el cadáver de Vivian. Igual que los de Lori, sus ojos seguían abiertos, vacíos y sin alma. No era capaz de quitarse de la cabeza ninguna de aquellas dos máscaras de muerte.

Sin pronunciar palabra, T.J. se levantó y ayudó a Meg a hacer lo mismo. Le dedicó un gesto con la cabeza y, con cuidado, emprendió el camino de vuelta a la caseta del embarcadero. Meg se quedó mirándolo durante unos segundos antes de girarse con desgana hacia

White Rock House, que apenas se veía entre los árboles. Iba a tener que decirle a todo un grupo de personas en estado de *shock* que se había producido otro accidente. Minnie… Oh, Dios, Minnie iba a derrumbarse. Y no tenía sus pastillas.

Estaba llegando al punto donde la pasarela giraba bruscamente cuando se quedó totalmente paralizada. Casi en el sitio exacto donde ella había resbalado y había estado a punto de caer al vacío, la barandilla había desaparecido, arrancada de cuajo.

Se le formó un nudo en la garganta. Debía ser allí mismo donde Vivian

había perdido el equilibrio, igual que ella una hora antes. Y si T.J. no hubiera estado en ese momento para sujetarla, fácilmente podría haber sido su propio cuerpo el que estuviese ahora ahí, en la playa, empalado por el trozo de madera. Mierda.

No quiso pensar en ello. Se giró y se apresuró hacia la casa, desesperada por estar de nuevo entre sus cuatro paredes. Cuando salía del bosque, la tormenta volvió a arreciar. Nunca el viento y la lluvia le habían parecido tan siniestros, como si quisieran emular la fría tristeza que sentía en su interior. Vivian y Lori estaban muertas. No había radio en el

barco. Se estaban quedando sin opciones.

Para empeorar las cosas, la puerta que daba al patio de la cocina estaba cerrada por dentro. Mierda. Vivian debía de haberla cerrado al salir. Dios, el día no hacía más que mejorar. Con su estado de ánimo hundiéndose más rápido que el *Titanic*, se dirigió hacia la puerta principal de la casa.

Respiró hondo. Podía hacerlo. Había ocho personas en White Rock House. Suficientes para protegerse entre sí. Se refugiarían todos juntos para sobrellevar la noche. El lunes por la mañana volvería el *ferry* y aquel fin de

semana de pesadilla acabaría siendo solo un terrible recuerdo.

Está bien, se dijo. Tenía que ser fuerte. Giró el pomo de la puerta y entró en la casa.

Pero toda su determinación, toda su falsa valentía y confianza desaparecieron en cuanto puso un pie en el vestíbulo.

En la pared, al lado de la primera, había una pintada fresca hecha con pintura roja.

DIECIOCHO

Meg no sabía con seguridad cuánto tiempo llevaba allí, en el vestíbulo, mientras a sus pies se acumulaban pequeños charcos embarrados. Apenas podía recordar por qué estaba allí. Toda su atención se centraba en las dos rayas paralelas que había en la pared. Dos rayas. Dos cadáveres. No había posibilidad alguna de que se tratase de una coincidencia.

Pero ¿qué significaban? Alguien estaba jugando con ellos, era obvio. Estaba intentando asustarlos. Con un

sentido del humor enfermizo. Probablemente solo fuera una broma que coincidía por casualidad con el accidente de Vivian. O…

El estómago le dio un vuelco. O alguien más sabía que Vivian estaba muerta.

—¿Estás bien?

Meg volvió bruscamente a la realidad y descubrió a Nathan en el umbral del pasillo con un sándwich de pavo a medio comer en la mano.

—¿Habéis encontrado una radio? ¿Dónde está T.J.? ¿Quieres un poco de sándwich? Está bastante bu… —Se interrumpió a mitad de palabra cuando

sus ojos vieron lo mismo que Meg—. ¿Qué es eso? —rugió. Dejó caer el sándwich al suelo y cruzó la estancia para acercarse a las barras pintadas en la pared—. ¿Qué coño has hecho?

—¿Yo? —musitó Meg. ¿De qué diablos estaba hablando?

Nathan se giró hacia ella y la miró a la cara.

—Antes solo había una barra, ahora hay dos. ¿Te crees que es gracioso eso de hacer que se parezcan a las que salían en ese estúpido vídeo?

Meg se apartó de él.

—Yo no lo he hecho.

—¡Gente! —Nathan se asomó al

pasillo y volvió a gritar—: Bajad todos, ¡ahora!

Kumiko y Gunner fueron los primeros en llegar, seguidos por Kenny, los tres salían de la sala de estar. Ben y Minnie bajaron tranquilamente por la escalera.

—¿Por qué está todo el mundo gritando? —preguntó Minnie, soltando un bostezo.

—Es ella —dijo Nathan, y señaló a Meg con el dedo—. Lo ha hecho ella.

—¿Ha hecho qué? —preguntó Kumiko.

Nathan hizo un gesto con la cabeza hacia la pared y todos fueron entrando al

vestíbulo.

—Yo no he hecho nada —dijo Meg. Sintió que seis pares de ojos se clavaban en ella y deseó con todas sus fuerzas que T.J. estuviera allí—. Acabo de entrar y lo he visto justo antes de que viniera Nathan.

—Esa barra no ha aparecido ahí por sí sola —dijo Kenny, poniéndose de parte de su amigo.

Kumiko no resultó tan fácil de convencer.

—Entonces, ¿dónde está la pintura? Si hubiera acabado de hacerlo ella, todavía tendrá una brocha, o una lata de pintura, o algo.

—Ha podido esconderlos después de usarlos —dijo Nathan, sin rendirse.

—Y ¿por qué iba a volver a la escena del crimen, idiota? —quiso saber Ben—. ¿Solo para confundirte?

—Bueno… ehh… —Pobre Nathan. Estaba claro que no lo había pensado.

—Además —continuó Ben, poniéndose detrás de Meg y señalando con un gesto ostensible el rastro de suciedad y agua que había dejado al entrar en la casa—. Está chorreando y cubierta de barro. Se ve claramente que sus pisadas acaban justo donde está ahora. No ha llegado a acercarse a la pared.

Meg sintió ganas de darle un abrazo.

—Supongo —gruñó Nathan, aunque su voz mostraba que no estaba en absoluto convencido.

—Espera —dijo Kenny, mirando a los demás—. ¿Dónde está Vivian?

—¿Y T.J.? —añadió Minnie.

Mierda. El miedo que Meg había sentido antes por tener que contarles a todos lo de Vivian había aumentado por culpa de aquella segunda pintada.

—Ha… —empezó. Miró una a una todas las caras que tenía delante. ¿Cómo reaccionarían? ¿La culparían a ella?—. Ha habido un accidente.

Para cuando Meg guio al resto del grupo ladera abajo, T.J. había conseguido cubrir bastante bien el cuerpo de Vivian. Había asegurado la lona con algunas piedras y había doblado los laterales para engancharlos debajo del madero sobre el que había caído Vivian. Nathan y Kenny insistieron en ver el cadáver, Meg no tuvo claro si era porque no se creían que estuviera muerta o no se creían que hubiera muerto como resultado de un accidente. Fuera cual fuera la verdadera razón, los dos descendieron por la ladera embarrada y T.J. apartó la lona para que lo vieran. Desde donde estaba, en la pasarela, Meg

no podía ver el cuerpo, pero los rostros descompuestos y horrorizados de los chicos le dejaron bien claro lo que estaban viendo.

Fue la última en subir de vuelta a la casa. Se quedó voluntariamente algo relegada, sin querer participar en la inevitable conversación que discurría delante de ella. Las muertes, las barras rojas en la pared, el hecho de estar aislados del mundo. No necesitaba oír todo eso otra vez. Hasta la lluvia era preferible.

De nuevo se detuvo en el lugar donde Vivian debía haber perdido el equilibrio y caído al vacío. Era una

muerte carente de sentido, que fácilmente podría haberse evitado. Dirigió la mirada a la barandilla. De no haber sido por la lluvia, o porque la madera era muy vieja, nada habría ocurrido. La barandilla debía de haber estado podrida para ceder así. Sin pensar lo que hacía, se inclinó para examinarla.

Mientras que el lado por el que Vivian había caído estaba astillado por el impacto de su cuerpo, el otro, el punto exacto en el que la pasarela giraba, presentaba una rotura limpia de arriba abajo, como si la madera se hubiera partido en dos. Había una ranura

vertical que atravesaba casi por completo la viga. Un corte limpio hecho a propósito.

Como si alguien lo hubiera realizado con una sierra.

Alguien había cortado la barandilla intencionadamente.

Meg retrocedió. Parte de su ser quería contarle a los demás su descubrimiento, pero ¿la creerían? Nathan todavía estaba convencido de que había sido ella quien había pintado la segunda barra en la pared, y si aquel descubrimiento significaba lo que ella pensaba que significaba…

—¿Estás bien?

T.J. estaba en la pasarela que quedaba por encima de ella. Meg le hizo gestos para que se acercase.

—Mira esto.

T.J. se unió a ella con cuidado de no resbalar.

—¿No es este el mismo punto donde estuviste tú a punto de caer?

—Sí —confirmó Meg, y luego señaló la barandilla rota—. Y mira esto.

T.J. se agachó y miró con atención la madera astillada.

—Vivian debió resbalar también, solo que no había nadie con ella para agarrarla. Qué horror.

—Pero mira —dijo Meg, pasando el

dedo sobre el corte que había descubierto—. No ha sido un accidente.

Los dedos de T.J. rozaron los de Meg cuando él también tocó el corte vertical.

—¿Crees que alguien ha hecho esto a propósito? —preguntó, después de una breve pausa.

—¿Que si lo creo? —Meg se puso nerviosa, con miedo a decir claramente lo que pensaba.

—Aún así podría seguir tratándose de un accidente —dijo T.J., con los ojos fijos en la barandilla—. Puede que alguien haya estado reparando la pasarela y se olvidase de acabar esta

parte.

—¿Crees que deberíamos contarlo?

T.J. se irguió con brusquedad. Miró hacia la lona que cubría el cadáver de Vivian y luego hacia la casa. Finalmente, volvió a mirar a Meg.

—Todavía no —dijo—. Vamos a esperar a ver qué ocurre, ¿de acuerdo? Creo que todo el mundo está muy nervioso, y esto podría empeorar las cosas.

—De acuerdo. —Tenía razón, por supuesto. Después de ver la reacción de Nathan con la segunda pintada, estaba segura de que la acusaría también a ella de haber cortado la barandilla. Aún así,

le parecía raro no decir nada. Tal vez, si descubrieran el modo de contactar con la Policía, podría contarlo.

Sintió un escalofrío. Si descubrían un modo de contactar con la Policía…

—Vamos, volvamos a la casa. —T.J. le ayudó a subir—. Necesitas ponerte ropa seca.

Cuando llegó a la buhardilla, Meg tenía la piel fría como el hielo. Se quitó el abrigo y la sudadera, y luego las botas y los pantalones empapados del pijama. Sacó su diario del bolsillo —seco, por suerte— y lo tiró sobre la cama mientras

rebuscaba entre su ropa y elegía las prendas más calientes. Vaqueros, una camisa de manga larga con un jersey encima, calcetines gruesos, chaqueta y los mitones. No pudo localizar su cepillo, así que tomó prestado el de Minnie para peinarse, recogiéndose el pelo en una coleta.

Decidió quedarse en la habitación un rato. No quería ir abajo. Cuando T.J. y ella llegaron a la casa, todos se reunieron en el salón para discutir qué hacer a continuación. Pero, después de lo que había descubierto en la pasarela, lo único que quería era recluirse en la buhardilla hasta que el *ferry* regresase

por la mañana. A pesar de que T.J. estaba convencido de que todo había sido un trágico accidente, los detalles que rodeaban la muerte de Vivian no dejaban de atormentarla. ¿Había sido realmente un accidente? ¿O había sido algo intencionado?

Estaba exagerando. Podía haber otras razones que explicasen el corte artificial de la barandilla. Como había dicho T.J., tal vez los Lawrence hubieran hecho reparaciones en la pasarela la última vez que habían estado allí, y aquella parte había quedado inacabada. Eso tenía sentido. Podrían incluso no saber que la barandilla había

quedado suelta.

Pero ¿y lo de la pintura? Para eso no tenía explicación. Había rastros de pintura roja en el armario del *Némesis*. Alguien la había quitado de allí recientemente, en las últimas doce horas, más o menos, y había barras de pintura roja en la pared del vestíbulo. Dos. Cada una correspondiente a una muerte. Alguien había sabido que tanto Lori como Vivian estaban muertas incluso antes de que se encontraran sus cadáveres.

Alguien sabía que iban a morir.

Meg se apoyó contra el alféizar de una ventana y contempló los nubarrones.

Sentía una especie de nudo en su interior, una mezcla de miedo, incredulidad y aprensión. Su mente iba a toda velocidad. ¿De verdad estaba sugiriendo que Lori y Vivian habían sido asesinadas? ¿O, al menos, que alguien se había enterado de su muerte y no se lo había dicho a nadie? Era absurdo, ¿no?

Lo que resultaba irrebatible era que se habían producido dos muertes. Una podría haber sido una tragedia, pero ¿las dos? No podía creer que la de Vivian fuera un simple accidente. No tras descubrir el sabotaje de la barandilla. Y las pintadas. Incluso aceptando que Lori hubiese pintado la primera en una

especie de morboso «que te jodan» dirigido al mundo entero, ¿quién había hecho la segunda?

Desde que habían llegado a la isla había percibido algo extraño. Había tratado de ignorarlo: lo extraño de la lista de invitados, la ausencia de Jessica, y después aquel DVD siniestro y sin sentido. El DVD… Meg recordó la conversación entre Lori y Vivian cuando terminó el vídeo. «Alguien viene a por nosotras. Sé lo que hiciste». Lori y Vivian habían estado hablando sobre algo o sobre alguien, sobre un incidente en el instituto, algo que nadie más sabía. ¿Y si todo estaba relacionado?

Se apartó de la ventana y se sentó en el borde del colchón desnudo. Deseaba desesperadamente poder hablarlo con alguien, pero decirlo delante de todos los demás le resultaba tan atractivo como caminar descalza sobre un campo cubierto de cristales rotos, y T.J. le había dicho que lo mejor era mantener el secreto por el momento. Aún así, su mente no paraba quieta. Necesitaba poner orden en sus pensamientos.

Sin pensar en lo que hacía, extendió el brazo para alcanzar su diario.

En cuanto lo tuvo en su mano, se dio cuenta de que algo no cuadraba. Siempre guardaba un bolígrafo plateado y fino

dentro, pero no estaba. No había ningún bulto entre las páginas. Bajó la mirada hacia la cubierta de falso cuero negro y, aunque parecía su diario, la tapa estaba más gastada, más vieja, Meg no sabía muy bien cómo definirlo. Prematuramente viejo. Pesaba, y parecía como arrugado, como un libro que se hubiera caído en la bañera y se hubiera puesto a secar al sol durante un mes. La cinta que servía de marcapáginas colgaba hecha jirones entre las páginas, sobresaliendo por un extremo como la cola abierta de un pavo real, y el cuaderno entero olía a humedad.

Una cosa era segura, no era el diario

de Meg.

En su cabeza surgieron dos interrogantes a la vez. ¿Dónde diablos estaba su diario, y cómo había ido aquel cuaderno a parar a su cuarto? Paseó la mirada por el desastre en el que estaba sumida la habitación; su diario debía estar en alguna parte entre todo aquel desorden. Y el que ahora tenía en la mano probablemente había estado en la habitación, olvidado por algún inquilino anterior, y Minnie lo había encontrado en su frenética búsqueda de medicinas.

Meg quería guardarlo en un cajón. Puesto que ella misma escribía un diario, sentía una punzada de culpa por

leer los pensamientos privados de otra persona, sus miedos y secretos ocultos. Se imaginó el horror que experimentaría si alguien encontrase su diario y lo leyera. La sola idea le produjo escalofríos. Así pues, quería meter el viejo diario en el cajón en el que había estado durante quién sabe cuánto tiempo, cogiendo polvo y preservando sus secretos. Quería dejarlo. Quería marcharse.

No lo hizo.

Leeré solo la primera página, se dijo. Para saber de quién es. Por hacer eso no pasa nada.

Dirigió una mirada furtiva por la

habitación para asegurarse de que estaba sola, y luego fue a sentarse en el suelo bajo una de las ventanas, donde había luz suficiente para leer. Aquello era como tener en las manos un libro prohibido. Quería abrirlo desesperadamente.

Tiene que ser más viejo de lo que parece. Tan viejo que probablemente su dueño se haya olvidado de su existencia. Después de todo, lo había dejado allí. Por tanto, no podía ser algo tan importante. Tal vez el autor ya estuviera muerto. Eso significaba que podía leerlo, ¿verdad? Algo así como realizar una publicación póstuma de las cartas de

alguien. No hacía ningún daño por echar una ojeada a la primera página y ver a quién pertenecía el diario. Ningún daño en absoluto.

Meg tomó aire y abrió el diario.

¿Este cuaderno es tuyo? ¿No? ENTONCES DEJA DE LEERLO. AHORA.

Las palabras aparecían en el centro de la primera página, escritas con tinta roja. Debería haberlo tomado como una señal de mal agüero. Una señal que le hiciera no pasar la página.

Pero no fue así.

En serio. No es broma. Te

encontraré y te haré daño.

Meg soltó una carcajada. No es que las palabras tuvieran alguna gracia, ni que esa fuera la intención de quien las había escrito, pero le hicieron recordar un antiguo libro que le encantaba cuando era niña, en el que Coco, el personaje de *Barrio Sésamo*, intentaba evitar que el lector siguiera leyendo porque se suponía que había un monstruo en la última página. Por supuesto, como niña que era, sentía un placer travieso en pasar una a una todas las páginas, pese a las advertencias de Coco en forma de cuerdas, contrapesos y muros de

ladrillos. Al parecer, las cosas no habían variado mucho en diez años.

En la tercera página había una única línea escrita.

Y su perdición se aproxima.

Aquellas palabras se le antojaron familiares, pero no logró saber exactamente de qué le sonaban. ¿El verso de un poema, quizá? ¿Shakespeare? Mierda, debería saberlo. Fuera lo que fuera, al autor del diario parecía gustarle especialmente aquella frase. La palabra «perdición» aparecía subrayada tres veces, y parecía que el

autor se había ido excitando con cada nuevo subrayado; en la última raya, la punta del bolígrafo se había hundido tanto en el papel que había manchado las dos siguientes páginas.

De acuerdo. Una locura, ¿no?

—¿Qué estás haciendo?

Meg se sobresaltó al oír la voz, levantó la cabeza rápidamente y se dio contra la pared. Durante un breve instante se le nubló la vista, y después, cuando se le volvió a aclarar, vio la cabeza y los hombros de Minnie que parecían brotar del suelo, con el resto de su cuerpo oculto por las escaleras.

—Nada —dijo Meg. Cerró de golpe

el diario, sintiéndose como una niña pillada en falta.

—Ah. —Le dio la impresión de que Minnie no se lo tragaba—. Tienes que venir abajo. Estamos intentando decidir qué hacer.

—Vale. —Meg se levantó y deslizó subrepticiamente el cuaderno en el bolsillo de su abrigo mientras se lo ponía. No había nada que le apeteciera menos en aquel momento que bajar y hacer frente a la conversación que estaba teniendo lugar, pero Minnie tenía razón. Debía estar allí. Tenía que estar presente.

El misterioso diario podía esperar.

Con un profundo suspiro, siguió a su amiga escalera abajo.

DIECINUEVE

Un pequeño fuego crepitaba en la chimenea, convirtiendo el salón en la estancia más cálida de la casa. El sofá más grande y algunas sillas estaban delante del fuego, y todos se encontraban allí sentados, hablando. Meg entró en silencio y se quedó cerca de la ventana, con el deseo de que nadie reparase en ella.

—¿Y nadie ha visto nada? —preguntó T.J. Estaba apoyado contra una estantería, con los brazos cruzados sobre el pecho.

Minnie se recostó en el sofá al lado de Ben.

—Nosotros —dijo, enfatizando el plural— estábamos juntos en la torre. No hemos visto nada.

—Vosotros estábais ahí fuera —dijo Nathan. A Meg no le gustó nada su tono acusador.

—Estábamos en el embarcadero —repuso T.J.—. Desde allí no puede verse el sendero.

—¿Qué había que ver? —intervino Kumiko—. Vivian resbaló y se cayó. Fue un accidente.

—Me da igual —dijo Nathan—. Estoy harto de estar aquí sentado

hablando de ello.

—Y ¿qué sugieres que hagamos? —le preguntó T.J.

Nathan comenzó a mover la pierna furiosamente arriba y abajo.

—Creo que deberíamos intentar cruzar a la isla en lugar de quedarnos esperando a que ocurra otro «accidente».

La forma en la que pronunció la palabra «accidente» hizo que Meg se estremeciese. ¿También él sospechaba que sucedía algo más?

—¿Qué es lo que quieres hacer? —preguntó Kumiko—. ¿Cruzar a nado?

—La tormenta ha amainado un poco

—intervino Kenny—. Podríamos conseguirlo.

Ben negó con la cabeza.

—¿No visteis las olas que rompían contra la playa? Arrancaron el puente. No hay forma de que podamos cruzar.

—No tenemos por qué ir todos —insistió Kenny—. De hecho, no deberíamos ir todos.

—¿Qué significa eso? —T.J. se incorporó.

—T.J. —le soltó Nathan—, ¿es que eres corto?

—No, soy el chico negro. Lo que significa que debería sentirme agradecido por seguir aún con vida,

¿recuerdas?

—Solo fue una broma, tío —dijo Nathan, sin dejar de mover la pierna.

Gunner echó su silla hacia atrás.

—Una broma sin gracia.

Nathan imitó su gesto.

—No es culpa mía que tú y tu novio no tengáis sentido del humor.

—¿Ahora has pasado a las bromas sobre gays? —repuso T.J., apretando los puños—. ¿Racista y homófobo? —Le hizo un gesto a Kenny y le dijo—: ¿Cómo puedes ser amigo de este tío?

Kenny se levantó del sofá.

—Da la casualidad de que lo soy.

Kumiko se abalanzó para ponerse

entre los dos.

—Dios mío, ¿qué narices os pasa, tíos?

Nathan no parecía dispuesto a rectificar.

—Y ¿esas pintadas en la pared? No han aparecido ahí por arte de magia.

La habitación quedó sumida en el silencio. Todos lo habían pensado, pero Nathan fue el primero en decirlo en voz alta. No había nadie más en la casa. Uno de ellos había pintado aquellas rayas en la pared.

—¡Escuchad! —exclamó Kenny, lanzando una patada contra el sofá con tanta violencia que Meg se sobresaltó—.

Uno de nosotros es un capullo. Y yo no pienso quedarme sentado y esperar a ver qué es lo próximo que ocurre.

El comportamiento de Kenny había cambiado por completo desde el suicidio de Lori. La primera noche parecía un gigante dulce y amable que apenas hablaba y sonreía mucho. En un día se había transformado en una bomba de relojería.

—Exacto —asintió Nathan, y volvió a sentarse—. Así que disculpadnos si no queremos que todo el mundo se venga con nosotros —al decirlo, miró intencionadamente a Meg.

Meg abrió la boca para protestar,

pero T.J. se le adelantó:

—Ella es la que descubrió que la pintura había desaparecido del barco. ¿Por qué iba a hacerlo si es la responsable?

—Puede que esté intentando despistarnos.

—Las pintadas no son cosa suya —dijo T.J., con los dientes apretados.

—¿Ah, no? —bufó Nathan. El movimiento de su pierna era tan frenético que Meg podía incluso sentir la vibración del suelo—. ¿Y qué se supone que tenemos que hacer, aceptar su palabra?

T.J. se irguió, cuadró los hombros y

sacó pecho.

—La suya y la mía.

Meg miró a Minnie, deseando que su mejor amiga interviniese y apoyase su inocencia. Pero, en vez de eso, Minnie tenía la mirada fija en la mesa de centro.

—Discúlpadme si considero que eso no es suficiente —dijo Nathan, y se levantó de nuevo—. Kenny y yo nos vamos a la otra casa. Solos.

—Haced lo que os dé la gana —respondió T.J.—. Buena suerte.

Nathan y Kenny abandonaron la sala sin decir una sola palabra más.

—Eso ha sido de un dramatismo ridículo —sentenció Kumiko.

—¿No deberíamos intentar detenerlos? —preguntó Meg—. Nunca lo lograrán.

Ben se puso en pie y estiró los brazos por encima de su cabeza, desperezándose.

—Estoy seguro de que podrán hacerlo. Cuanto antes podamos contactar con la Policía, mejor. —Luego se dirigió a Minnie, le puso una mano en el hombro y le dijo—: ¿Por qué no descansas un poco? Ha sido un día muy largo.

Minnie dio un respingo, como si Ben la acabase de despertar. Se levantó sin ni siquiera hacer un mero gesto de

asentimiento o una sonrisa y salió con él del salón.

Meg estaba preocupada. No era propio de Minnie mostrarse tan tranquila, tan estoica. Su comportamiento habitual era el que había presenciado aquella mañana: un ataque de nervios seguido por un episodio de narcisismo ligeramente dramático. Así que aquella reacción resultaba llamativa.

—Minnie, espera —le dijo, corriendo tras ellos. Alcanzó a su amiga a los pies de la escalera—. Oye, ¿estás bien?

Minnie le dedicó una mirada fugaz.

—¿Por qué no iba a estarlo?

—Ehh… —¿Acaso Meg era la única que recordaba su épico ataque de dos horas atrás, cuando Minnie había destrozado literalmente su habitación mientras buscaba sus medicinas? Ben estaba unos escalones más arriba, y era el único que podía oírlas—. Bueno, ya sabes. ¿Sin tus pastillas para la ansiedad? Me preocupa que todo lo que ha sucedido hoy haya sido…

—Estoy bien.

—Oh.

Era la primera vez que decía eso. En seis años de amistad, Meg había sido siempre la única persona a la que

Minnie se había confiado. Y por mucho que hubiesen empeorado sus cambios de humor durante los últimos dos años, Meg estaba acostumbrada a ese papel, a ser el hombro en el que su amiga podía llorar. La persona que podía solucionarlo todo. Hacerlo cada vez mejor. Ese era el guión que siempre seguía. Quizá no fuera la más saludable de las relaciones, pero era la norma por la que ambas se guiaban, y había algo en todo ello que hacía que Meg se sintiera cómoda. Y ¿ahora esto? Tenía que deberse a la falta de pastillas. Tenía que ser por eso.

Alcanzaron el rellano del segundo

piso y Ben entró en su cuarto. Minnie continuó subiendo hacia la torre, pero de pronto giró con brusquedad.

—Voy a echarme una siesta —dijo, con total naturalidad—. Necesito estar un rato sola. —Giró otra vez sobre sus talones y subió la escalera de dos en dos, desapareciendo en la habitación de la buhardilla antes de que a Meg le diera tiempo a hacerle alguna otra pregunta.

—Oh, vale —dijo, sin dirigirse a nadie en particular.

Se quedó allí, en mitad de la escalera, durante unos instantes. Estar sola era la peor pesadilla de Minnie. Su kriptonita. Su talón de Aquiles. Si

presentía un episodio de depresión, Minnie llamaba a Meg a cualquier hora del día o de la noche, pidiéndole que se quedase al teléfono durante horas porque tenía miedo de sentirse sola. Y ahora, en medio de aquella pesadilla, ¿quería estar sola? De todas las cosas extrañas que habían ocurrido en las últimas veinticuatro horas, esa ocupaba la primera posición de la lista.

Lentamente, se dio la vuelta y regresó abajo. ¿Era ella? ¿Era ella la leprosa social de la casa? Nathan y Kenny pensaban que estaba detrás de las pintadas de la pared. T.J. había desaparecido. Minnie no quería estar

con ella en la misma habitación… Pues muy bien, a la mierda.

Se detuvo a los pies de la escalera. ¿Adónde iba? En el estudio había un cadáver. En el vestíbulo estaban las siniestras rayas rojas y no quería que nadie la viera cerca. Una parte de ella quería subir a la segunda planta y encontrar a T.J., o a Kumiko y a Gunner, por el simple hecho de tener compañía.

Necesitaba hacer algo, ocupar su tiempo de algún modo. Su mano se deslizó al interior del bolsillo de su chaqueta y tocó la cubierta gastada del diario. O podía también encontrar algún lugar tranquilo y descubrir qué había

exactamente en aquel cuaderno.

La tentación era demasiado grande. Se dirigió a la sala de estar.

La estancia estaba fría y a oscuras. El fuego casi se había apagado, cuando intentó reavivarlo solo brotaron unas pocas chispas anaranjadas entre las cenizas. No quedaban leños en la cesta, así que tuvo que conformarse con el resplandor tenue de las brasas, que apenas iluminaba la penumbra de la habitación. No era luz suficiente para leer. Con lo cual, pese al frío, se sentó en el banco de la ventana, donde al menos había algo de luz natural.

Con un pequeño escalofrío,

provocado por la baja temperatura o por los nervios ante lo que se disponía a hacer, no estaba segura, abrió el diario.

Sabrán cuando me haya ido el desastre que provocaron. ¿Lo lamentarán? No lo sé. Pero por lo menos sabrán que fueron ellos quienes provocaron esto. Fue culpa suya y algún día lo pagarán.

Todos ellos.

Joder. ¿Qué demonios era aquello? El texto estaba escrito con tinta negra y letra irregular y estaba emborronado en puntos en los que el papel aparecía ligeramente arrugado, como si hubieran caído gotas de agua sobre la página.

¿Lágrimas, tal vez? Meg pensó en todas las lágrimas que ella misma había derramado mientras escribía ciertos fragmentos de su diario y pudo imaginarse al autor de aquel otro diario en la misma situación.

Resultaba difícil saber si lo habían escrito recientemente o hacía años, incluso décadas. Y seguía sin aparecer ninguna prueba de la identidad del autor.

Una vez más, Meg pensó que debería cerrar el cuaderno, dejarlo en el banco de la ventana y marcharse. Debería hacerlo. Pero, sin embargo, se sentía obligada a continuar leyendo, pese a las advertencias del autor. Estaba totalmente

atrapada.

No obstante, no debía hacerlo, y ella lo sabía. Aquellos eran los pensamientos privados de alguien, y cuando lees los pensamientos privados de otros…, bueno, las consecuencias podían ser horribles. Meg pensó en lo que Minnie, T.J., o incluso Jessica Lawrence, pensarían si leyeran lo que había anotado en su diario. Igual que en su propia vida, había muchas cosas que era mejor que permanecieran ocultas.

Esa era precisamente la razón por la que tenía un diario.

Y, sin embargo, en cierto modo, su diario era la cosa más concreta que

había en su vida. Era totalmente real y auténtico, el único lugar en el que siempre podía mostrarse como era en realidad, donde siempre podía decir exactamente lo que quería, cuando quería. Nunca se mordía la lengua, nunca le vencía la timidez, nunca se sentía insegura.

Debería haber dejado a un lado aquel diario.

En vez de eso, pasó la página.

VEINTE

¡ESTOY TAN EMOCIONADA!

Hoy ha sido el primer día en el nuevo instituto y creo que va a ser genial. Puedo sentirlo.

Mamá está de buen humor. La mudanza ha ido bien. Le encanta la nueva casa y ahora a Bob le queda más cerca el trabajo y todos podemos cenar juntos como una verdadera familia. Ojalá mamá siga así.

El doctor Levine dice que el cambio de residencia también será bueno para mí. Casa nueva, instituto nuevo, amigos nuevos. Creo que tiene razón. Ya me siento mejor. Y esperanzada.

Estoy empezando de cero. Reinventándome. Nadie sabe lo que yo era antes de venir aquí. Todo va a ser diferente.

Meg contuvo la respiración. Podría haber estado leyendo su propio diario. Recordaba con todo detalle cuando ella era la chica nueva del instituto cuando sus padres decidieron que se iríán de Nueva York y se mudarían a una zona residencial de Seattle justo antes de empezar séptimo. Recordaba el entusiasmo y el temor. Igual que la autora de aquel diario. «Estoy empezando de cero. Reinventándome». ¿Cuántas veces había escrito ella casi exactamente lo mismo? Esa era una de las razones por las que había decidido irse a una universidad en otro estado.

He conocido a alguna gente, pero no demasiada. Hay un chico realmente guapo en mi clase de español. ¡Ni siquiera puedo creerme que ya esté pensando en chicos! El doctor Levine dice que primero debería concentrarme en hacer amigos. Solo amigos. Pero no podía evitarlo. Ese chico no paraba de contar chistes en clase, y cuando me reí de uno, me sonrió. No con una de esas sonrisas burlonas, sino una verdadera sonrisa. Se percató de mi presencia, en el buen sentido.

Vaya. ¿Estaban ella y la autora de aquel diario viviendo vidas paralelas? Meg recordó el primer día en el que había tenido una auténtica conversación con T.J., algo más que un simple «¿Qué

tal?» en una fiesta o en el pasillo del instituto. Les había tocado hacer juntos un trabajo sobre *Las uvas de la ira* y quedaron en una cafetería después del entrenamiento de fútbol para trazar un esquema.

En aquel entonces eran prácticamente desconocidos. Esto era lo que Meg sabía de T.J.: a) es jugador de fútbol, b) mi mejor amiga está enamorada de él. Y esto lo que T.J. sabía de Meg: a) saca buenas notas, b) su mejor amiga está enamorada de mí. Fue un encuentro tenso e incómodo.

Pero T.J. soltó una broma estúpida y Meg replicó con una de sus agudas

respuestas. T.J. se quedó callado, y la miró. La había mirado de verdad, quizá por primera vez. Después sonrió, con aquella sonrisa tan perfecta, mostrando sus hoyuelos.

Y Meg se había derretido.

No lo quiso admitir ni para sí misma. Día tras día, escribía en su diario que los dos eran «solo amigos», más para autoconvencerse que para otra cosa. Sabía que se estaba enamorando de él y se sentía como si fuera una mala amiga por hacerlo. Minnie llevaba un montón de tiempo enamorada de T.J., y Meg era la única a la que se lo había contado. Incluso si ocurriera algo entre

Meg y T.J., ¿cómo iba a decírselo a Minnie? No se le ocurría mayor traición posible.

Y, aun así, Meg había continuado saltándose sus propias normas para verlo. Pasaban más tiempo del que era estrictamente necesario realizando aquel trabajo juntos. Pero Meg no podía evitarlo. T.J. era más que un chico guapo: era inteligente, ingenioso, bromista. Tenía sustancia, algo que le hacía más profundo y real que los otros chicos con los que solía estar. Meg era diferente a las otras chicas con las que él solía estar —ella había sido capaz de ver que él era algo más que un jugador

estrella del equipo de fútbol— y deseaba desesperadamente que él se diera cuenta de lo perfectos que eran el uno para el otro.

Hasta que lo hizo.

> La práctica en el coro ha sido la mejor parte del día. Todos hicimos la audición, y el director parecía realmente impresionado por mi actuación. Creo que ninguna de las otras sopranos ha cantado tan bien como yo, excepto una, quizá. Pero es una chica muy agradable. Me ayudó a buscar una carpeta y me dijo que me sentase con ella. Ha sido estupendo encontrar una amiga, ¿sabes? Pero me voy a sentir mal cuando sea yo la que obtenga el puesto de solista para el próximo concierto.

Jeje. ¿Te puedes creer lo que acabo de escribir? ¿Lo ves? ¡Ya soy diferente! Tom dijo que sería así. ¡¡¡Me siento como si fuera capaz de cualquier cosa!!!

Meg sonrió. No podía evitar sentir una especie de conexión con aquella chica, quienquiera que fuera. ¡Su voz mostraba tanta esperanza, tanta alegría! Casi podía verla sentada en la cama, con una enorme sonrisa en su cara, escribiendo aquellas palabras.

También sentía algo de culpa. Lo cierto era que no debería estar leyendo aquello. Estaba claro que no se trataba de un diario escrito hacía veinte años, ni cien. Tenía que ser relativamente

reciente. Se sentía una hipócrita. Si alguien encontrase su diario, en el que ni siquiera había aquella agresiva advertencia al principio, Meg se moriría de vergüenza con que leyeran una sola página. Pero ahí estaba ella, sin parar de leer. Necesitaba saber qué sucedía con el chico de la clase de español. Le recordaba muchísimo a la manera en que T.J. y ella se habían conocido… Necesitaba saber si en el caso de esta chica había habido un final feliz.

Pasó a la siguiente página.

No puedo creerme que haya pasado una semana desde la última vez que escribí. Bueno, sí puedo, ¡porque ha sido una semana de locos!

Me he unido… espera y verás… ¡al equipo de debate!

Lo sé. Te avisé que era algo de locos. Pero el doctor Levine me dijo que podría venirme bien hacer algunas actividades en grupo, algo así como obligarme a conocer gente.

Estoy dispuesta a intentarlo, ¿sabes? Así que me apunté al coro y luego, el viernes, la chica que se sienta a mi lado en historia le estaba contando a todo el mundo que el equipo de debate viaja por toda la región y que ella conoce a gente de todos los institutos del estado y pensé: Eso es exactamente a lo que se refería el doctor Levine.

Así que lo hice. Me apunté al equipo. ¡La primera reunión es mañana, después de clase!

La gente de este instituto es bastante maja, aunque hay un chico rubio en educación física que me pone nerviosa. Ayer estaba bromeando con sus amigos en la pista y creo que me estaba

señalando. Pero voy a ignorarlo, como me dijo Tom que hiciera. Estoy segura de que no es nada.

También ayer probamos la canción para la solista en el concierto de primavera. Es TAN bonita… Cuando la canto, casi puedo sentirla dentro de mí. A mi amiga también le encanta, y también va a presentarse a la audición. Hoy hemos estado hablando durante la comida (¿ves? ¡¡¡ya tengo amigas con las que sentarme a comer!!!) y me ha dicho que al director del coro le encanta que sus solistas añadan algo de su propia cosecha. Que jueguen un poco con la música. Cree que eso demuestra la musicalidad de los solistas. Así que voy a practicar y ver adónde me lleva la música, para intentar impresionarle.

Las audiciones son dentro de dos semanas. Sé que puedo conseguir el papel, y luego, cuando El Chico me oiga cantarla, se

enamorará completamente de mí. ☺

A Meg se le encogió el corazón. ¿Estaba haciendo todo aquello por un chico? Eso no podía terminar bien.

El Chico se fija en mí algunas veces, pero no tanto como me gustaría. En clase lo observo un montón, esperando que me vea y me sonría. Es TAN guapo cuando sonríe… Ni siquiera sabría por dónde empezar a describirlo. Pero sé que si pudiera ver, verme de verdad…

Así que quiero conseguir el papel de solista del coro.

Tengo que conseguirlo.

Meg sintió miedo. La chica estaba basando todas sus esperanzas en lograr

aquel papel de solista y, según la experiencia de Meg, siempre que deseabas algo con tanto afán —por ejemplo, que el chico del que estás enamorada te pida que vayas con él a la fiesta de bienvenida— las cosas se tuercen y el resultado es malísimo. Le daba la impresión de estar viendo cómo un tren descarrilaba a cámara lenta. Quería dejar de leer, pero no podía.

La siguiente página no traía ninguna sorpresa:

¿Cómo ha podido? ¿Cómo ha podido darle el papel solista a ELLA?

La lista de solistas estaba colgada en la puerta del coro después de clase. Le ha dado el

papel a mi amiga. Ella cantó exactamente lo que había en la hoja. Palabra por palabra. Resultó rígida y aburrida y no demostró que entendiera la música EN ABSOLUTO. Y yo interpreté de verdad la música. Como si el compositor y yo estuviéramos colaborando para crear algo nuevo y sorprendente.

¡Y ahora todo se ha echado a perder! El Chico nunca se fijará en mí. ¿Qué voy a hacer?

Tom cree que debería ir a hablar con el director en el ensayo de mañana, y preguntarle qué hice mal, para poder mejorar de cara a la próxima audición, pero yo siento que todo ha acabado.

Debería acabar con todo ahora.

VEINTIUNO

«Debería acabar con todo ahora».

¿No era eso lo que Lori había escrito en su nota de suicidio? ¿Palabra por palabra?

Meg dejó caer el diario. De repente, le parecía peligroso. Fuera de lugar. Igual que todo lo demás que había en aquella casa.

Tal vez fuera solo una coincidencia. «Acabar con todo» debe de ser un sentimiento común en las notas de suicidio, y aunque la autora del diario no parecía que estuviera a punto de

suicidarse, estaba claro que se intuía un cierto trastorno en ella. Así que sí, podía ser una simple coincidencia. ¿Verdad?

Meg sacudió la cabeza. Eran demasiadas coincidencias en un mismo fin de semana. ¿Cómo había ido a parar aquel diario a su habitación? ¿Otra coincidencia? ¿Como la de que la canción que sonaba en el DVD fuera la misma que aparecía en la hoja que Lori había utilizado para escribir su nota? ¿Y la barandilla rota?

No. No creía que lo fueran. Y T.J. también pensaba que había algo más que una mera serie de accidentes, o no le

habría pedido que no le contara a nadie lo de la barandilla. Le preocupaba que todos sospechasen que ocurría algo raro y que se dejaran llevar por el pánico. Meg quería enseñarle el diario cuanto antes, pero no tenía ni idea de dónde se había metido. Mierda.

Necesitaba que él viera lo que ella estaba viendo. En algún lugar en lo más profundo de su mente, se había encendido una luz. Aquellos sucesos estaban relacionados. Tenían que estarlo. Y ella necesitaba saber por qué.

Volvió a abrir el diario y pasó a la siguiente entrada:

Está volviendo a pasar.

Me habían dicho que las cosas serían diferentes esta vez. Que podría empezar de cero. Tom me prometió que todo sería diferente.

Meg sintió que se le secaba la boca. Promesas que no se podían cumplir. De nuevo, lo que ponía el diario le resultaba muy familiar.

Sé que no he escrito nada en un mes, pero, arg, ha sido terrible. He tenido que salirme del coro. Fui a hablar con el director, como Tom me había aconsejado. Me dijo que tengo una voz realmente bonita, pero que espera que sus solistas canten lo que está escrito. Y mi interpretación de la canción fue demasiado libre.

Sentí como si alguien me hubiera dado una patada en el estómago. Mi «amiga». Sí, vaya amiga. Fue ella la que me dijo que improvisase, que me saliera de lo que marcaba el texto. Me mintió para que no consiguiera el papel. Pensaba que era mi amiga.

Intenté explicarle al director que había sido un malentendido, pero en lugar de escucharme, se puso furioso. Muy furioso. Delante de todos los miembros del coro. Me dijo que si yo tenía algún problema con su decisión, era libre para marcharme.

Todos me miraban. Quería que me tragase la tierra. Y ¿cómo podía quedarme en el coro después de eso? Ahora nunca cantaré y El Chico nunca me amará. Todo por culpa de ella.

Fui a plantarle cara durante el almuerzo, pero ni siquiera se dignó a mirarme. Como si no me viera allí, delante de ella. Simplemente me ignoró. En ese momento, ya no pude

evitarlo. Empecé a llorar allí mismo, en la cafetería. Ese capullo de educación física estaba sentado en la mesa detrás de mí y comenzó a hacer como si estuviera llorando, «Buah, buah, buah. Pobrecito bebé». Cuando lo miré me gritó: «¡A la hoguera, friki!», y él y todos sus amigos se echaron a reír. Fue una pesadilla.

Pero intentaré olvidarme de todo ello. Aún tengo el equipo de debate, así que voy a concentrarme en eso.

Quizá entonces El Chico se fije en mí.

Primero el coro, luego el equipo de debate. Parecía completamente desesperada por sentirse querida y parte de un grupo. Un sentimiento que Meg podía comprender de sobra.

En séptimo, cuando Meg era la chica recién llegada, siempre acababa diciendo algo equivocado en el momento más inoportuno. Nadie entendía sus bromas. Los chicos de su colegio de Nueva York sí las entendían, pero en Seattle, de repente se había convertido en un bicho raro. No se vestía de la forma adecuada ni caminaba como los demás. Había conocido a Minnie en clase de educación física y a través de ella había más o menos contactado con el grupo de amigas de Jessica Lawrence. Un día, Jessica había dibujado una línea en la arena: Meg era un bicho raro, y Minnie tenía que

escoger entre ellas o Meg.

En una decisión que a día de hoy todavía le sorprendía, Minnie la eligió a ella.

Meg cerró con fuerza los ojos, en un intento de relegar aquellos dolorosos recuerdos a lo más profundo de su mente. Era una deuda que nunca podría pagar. Minnie había sido su única amiga en un momento en el que necesitaba desesperadamente tener al menos una, y por eso había rechazado a T.J.

Todo aquel asunto le revolvía el estómago. Los Ángeles. Se iba a Los Ángeles para comenzar de nuevo. Al menos ella tenía esa opción, no como la

autora de aquel diario, atrapada en un instituto sin amigos ni aliados.

Meg pasó la página.

¡Me ama! No me lo puedo creer.

Estaba en el comedor y un chaval de mi clase de álgebra se me acercó. No me había dado cuenta, pero es el mejor amigo de El Chico. Me preguntó qué iba a hacer después de clase, porque El Chico quería invitarme a tomar un café.

¡OH, DIOS MÍO! Me puse a temblar por el entusiasmo y los nervios.

El Chico sabe quién soy. ¡Se ha fijado en mí!

Así que nos vimos para tomar café y resulta que es SUPERDULCE y SUPERSIMPÁTICO. Me dijo que se había fijado en mí en clase de español, pero que era un poco tímido.

Hablamos del instituto y de las clases y admitió que está teniendo problemas con el álgebra, yo me ofrecí a darle clases particulares. ¡Pareció tan sorprendido y feliz! Así que ahora quedaremos después de clase todos los días…

Suspiro de felicidad. Yo sabía que él me amaba. Lo sabía. Puedo hacerle feliz. Puedo hacerle mejor de lo que es. Todas esas chicas que siempre revolotean a su alrededor en realidad no lo conocen. Pero yo sí. Ellas no significan nada para él. Y nosotros tenemos una conexión que nadie más puede entender.

Meg se ruborizó. Recordaba haber escrito durante el verano en su diario lo que pasó una noche que desearía poder olvidar. Minnie se abalanzó sobre T.J. en una fiesta y, a medida que la noche

avanzaba y todos estaban cada vez más borrachos, la actitud de Minnie pareció dar frutos. Lo siguiente que Meg supo fue que todos comentaban que T.J. y Minnie se habían ido juntos a una de las habitaciones de arriba.

Recordó el pánico que sintió al saber que el chico a quien amaba estaba arriba enrollándose con su mejor amiga. Nunca había creído que T.J. se liaría con Minnie. Pensaba que lo conocía lo suficiente.

Pero al parecer no era así.

Nunca le preguntó a Minnie qué había ocurrido y esta nunca le contó los detalles. Solo le dio algunas pistas. Pero

no podía olvidar el dolor, siempre recordaría lo que sintió esa noche mientras vertía su alma en su diario. Tenía que protegerse a sí misma contra aquel dolor, para no volver a sentirlo nunca. Y quizá por ese motivo rechazaba a T.J. una y otra vez…

Le enfurecía que T.J. se mostrase tan cercano a ella y que, a la vez, fuese incapaz de verla tal y como ella quería. Lo mismo que le sucedía a la autora del diario, aunque para ella, al menos, las cosas parecían funcionar con El Chico.

No sé qué ha pasado.

Iba bien. Todo iba bien. Le estaba dando clases casi todos los días. Me estaba

esforzando de verdad en el grupo de debate. Empezaba a sentirme bien otra vez después de lo del coro. Confiada. Y de pronto todo se derrumbó.

La presidenta del equipo de debate se me acercó el lunes, el día antes de nuestra reunión más importante del semestre, y me dijo que todos habían votado y que pensaban que debía dejar el equipo.

¿DEJAR EL EQUIPO? Le respondí que no era justo, pero me soltó que tenía que pensar en el bien común, porque el equipo sería mucho más fuerte sin mí.

Le dije que no quería dejarlo, que era lo único con lo que disfrutaba en el instituto. Entonces cambió de actitud. Me dijo que si no dejaba el equipo «lo lamentaría» y que era capaz de hacerme la vida imposible.

Se lo conté a El Chico mientras le daba clase de álgebra. Me dijo que no me

preocupase. Que lo tenía a él, así que ¿a quién le importaba el equipo de debate? Tiene razón. Tendría que contentarme con lo que tengo. Pero me daba rabia esa puñalada trapera… Arg. No importa. Estoy intentando superarlo.

Sin embargo, hay otra cosa que me preocupa. El Chico me ha pedido que haga algo. Me ha dicho que si de verdad lo quiero, le ayudaré, porque si no lo hago será como si le disparase en el corazón.

Quiero hacerlo, pero… No sé. Me parece que no está bien si…

Meg pasó a la siguiente página, ansiosa por saber qué era lo que El Chico quería que hiciera, pero descubrió que faltaban varias páginas, como si las hubieran arrancado. La

página siguiente comenzaba a mitad de una frase:

> … viene este fin de semana. Lo prometió. Él sabrá qué hacer. Cuida de mí, y siempre me siento mejor cuando está aquí.

Justo debajo de ese texto había una fotografía. Era en color, impresa con poca calidad y en papel normal, y estaba pegada a la página del diario. Era una chica con el pelo largo y negro, recogido con una pinza que llevaba un adorno de flores. Estaba sonriendo, aunque no se trataba de una sonrisa resplandeciente y amplia. Era más bien

una sonrisa forzada. Pero, definitivamente, era una sonrisa de felicidad, y sus ojos azules formaban unas pequeñas arrugas en sus extremos. Llevaba puesto un abrigo de invierno, y se veía una mano enguantada sobre su hombro, como si alguien estuviera de pie a su lado. Pero habían cortado la cara de esa otra persona junto con la esquina de la página a la que estaba pegada la foto.

Debajo de la imagen, escrita en letras mayúsculas de reducido tamaño que no parecían cuadrar con el resto del diario, había una especie de cita:

PARA EL MOMENTO EN QUE SUS PIES RESBALEN.

Extraño. Y totalmente aleatorio. No tenía ningún sentido.

¿O sí lo tenía? Había algo familiar en todo aquello, en lo que se relataba en el diario, en esa cita aparentemente arbitraria y en la chica. Especialmente en la chica, pero Meg no conseguía reconocerla. Sin embargo, la conocía de algo, ¿verdad? ¿O la confundía con otra a la que se parecía? Había algo muy diferente en ella. ¿La sonrisa? ¿Los ojos? ¿El pelo?

El pelo. Los ojos de Meg se

abrieron como platos. Imaginó aquel mismo rostro con el pelo sucio y descuidado cayéndole por delante, y de repente supo quién era. Claire Hicks.

Cerró el libro con un golpe seco. Mierda.

Estaba leyendo el diario de Claire Hicks.

VEINTIDÓS

Meg se sintió mareada. Había estado leyendo el diario de una compañera de clase que había muerto. Había notado algo familiar en el texto, algo que no podía identificar del todo, pero en ningún momento se le había ocurrido que perteneciera a alguien que ella conocía. Y no a cualquiera, sino a Claire Hicks.

El diario de Claire. La foto de Claire en su habitación. ¿Por qué? ¿Cuál era la conexión?

Se estaba poniendo el sol y la luz se

retiraba rápidamente. ¿Cuánto tiempo llevaba leyendo? No era capaz de decir si habían sido dos minutos o dos horas. Tenía la impresión de que el tiempo se había detenido. El diario la había absorbido y aislado del resto del mundo.

Miró fijamente la cubierta negra y arrugada del cuaderno. No debería haber pasado de la primera página. Se sentía como si hubiera llevado a cabo un sacrilegio, casi como si hubiera traicionado a Claire de algún modo. ¡Y resultaba tan triste, tan infinitamente triste que Claire no hubiera tenido a nadie! Debía haber estado escribiendo sobre el instituto al que había ido antes

de pasarse al Kamiak. Quizá precisamente todo aquel drama fuera la razón por la que se había cambiado al instituto de Meg.

Se sintió identificada con Claire. También ella había sido nueva en el instituto. La chica nueva que no le caía bien a nadie. A nadie excepto a Minnie. Le había resultado muy difícil hacer amigas, siempre que abría la boca era como estuviera ofendiendo a alguien. Había aprendido a mantener la boca cerrada.

Pero al menos tenía a Minnie. Claire no había tenido a nadie.

Claire Hicks. Tanto su fotografía

como su diario habían acabado en la habitación de Meg. No era una coincidencia. ¿Había alguna relación entre Claire y lo que estaba ocurriendo en White Rock House?

Meg se puso en pie. Tenía que encontrar a T.J. Ahora. Tenía que contarle lo del diario y ver si a él se le ocurría alguna teoría sobre lo que estaba pasando. Dio un paso hacia el pasillo, pero se detuvo en seco.

Había visto algo con el rabillo del ojo.

Solo un movimiento, una mancha de oscuridad a través de las ventanas empañadas por la lluvia. Acto seguido

oyó el sonido amortiguado de las pisadas de alguien que subía la escalera del patio, y luego la puerta chirrió al abrirse y se cerró de golpe.

Oh, Dios mío. Seguro que se trataba de Nathan o de Kenny, que habían vuelto de la casa de los Taylor. Habían encontrado a alguien y habían avisado a la Policía. ¡Por fin!

Corrió hacia la cocina. Esperaba ver a alguno de los dos entrando desde el patio, empapado por la tormenta. Pero allí no había nadie.

—¿Nathan? —llamó.

Se produjo un instante de silencio agónico, y luego Meg oyó unas fuertes

pisadas que corrían por el lateral de la casa.

—¿Kenny?

Salió a toda prisa al patio. A la derecha estaba la puerta que daba a la parte trasera. A la izquierda, el patio daba a la cocina y al salón y luego giraba en ángulo recto hacia el otro extremo de la casa. El ruido de las pisadas se alejaba, y Meg podía sentir las vibraciones que producían en las tablas de madera del suelo.

—¿Chicos? —Corrió por el patio y dobló la esquina justo a tiempo para ver que una puerta se cerraba a lo lejos.

¿Qué estaba pasando? ¿Había otra

entrada a la casa? ¿Por qué no habían entrado directamente por la cocina? Avanzó por el patio hacia aquella puerta y vio una chaqueta oscura tirada en el suelo, empapada y manchada de barro, parecía que quien se la hubiera quitado la había tirado de cualquier manera antes de salir corriendo. Un poco más adelante, un par de botas de agua, también tiradas por quien hubiera pasado por allí.

Meg se paró bruscamente.

¿Qué estaba pasando? Era obvio que alguien estaba corriendo de un lado a otro de la casa, pero ¿por qué? Meg pensó en las pintadas rojas y en la

barandilla. ¿Y si estaba en lo cierto? ¿Y si ambas cosas eran intencionadas?

Eso significaría que alguien de los que estaban en la casa no era exactamente quien pretendía o lo que pretendía ser. Pero ¿quién?

No pudo contestar a su propia pregunta, pues un grito ahogado perforó el silencio de la tarde.

Echó a correr. Los gritos continuaban en el interior. Tiró de la puerta para abrirla, sin saber adónde llevaba ni qué podría encontrar al otro lado.

El estudio. El patio rodeaba toda la casa y conectaba con el estudio, situado

junto a la escalera principal. Al atravesar la estancia, Meg apenas fijó los ojos en el gran bulto que formaba el cadáver de Lori, envuelto en las sábanas detrás de la mesa. Los gritos procedían del vestíbulo. Cruzó la puerta y salió trastabillando al pasillo, desde donde vio a Minnie, en mitad del vestíbulo, señalando con un dedo a la pared.

Una tercera barra.

Meg la agarró por los hombros y la obligó a volverse de espaldas a la pared.

—¿Qué ha pasado?

—No… no podía dormir —dijo su amiga. Tenía los ojos rojos e hinchados

—. Así que bajé y… no sé. Quería asomarme afuera y ver si los chicos estaban de vuelta y entonces vi…, vi…

—¿Viste a alguien? —le preguntó Meg—. ¿Ha entrado alguien por aquí?

Minnie la miró, confundida.

—No, aquí no hay nadie. —Miró por encima del hombro de Meg, hacia el estudio—. ¿De dónde…?

—Pero alguien tiene que haber pasado por el pasillo —dijo Meg. Registró con su mirada el pasillo y el vestíbulo. No había ningún lugar donde esconderse. No había armarios, ni sitios en los que alguien pudiera agazaparse. Nada.

—Joder —dijo Gunner. Kumiko y él aparecieron en el pasillo.

—Si significa lo que las dos primeras significaban —dijo Kumiko—, entonces…

T.J. bajó corriendo las escaleras.

—¿Quién falta?

Meg miró a su alrededor, hizo un recuento, pero se interrumpió al sentir el abrupto cambio en la respiración de Minnie. Oh, Dios. Era Ben.

—¡NO! —gritó Minnie. Apartó de un empujón a T.J. y subió las escaleras a la carrera.

T.J. la siguió, y tras él fueron Kumiko y Gunner. Meg se quedó la

última. Ella no corrió con la misma sensación de urgencia que los demás. Lo cierto era que le daba miedo lo que fueran a encontrar. Otro cuerpo, esta vez el nuevo amor de Minnie.

Se detuvo en el rellano que daba a la habitación de Ben. Los otros estaban dentro, pero ella esperó fuera, aterrorizada ante la perspectiva de lo que podría ver allí. En el ya frágil estado mental de Minnie, Meg no creía que pudiese soportar lo que iba a encontrar en aquella habitación. Una parte de ella quería que T.J. o Gunner se encargasen de lidiar con el inminente ataque de nervios de su amiga. Quería

darse la vuelta y salir de aquella casa para no volver nunca.

—¡NOOOOOO! —gritó Minnie.

Mierda.

El sollozo de Minnie llenaba la estancia cuando Meg cruzó lentamente la puerta. Se sintió como una rea condenada avanzando hacia su sentencia. Kumiko se apoyaba en Gunner, con la cara hundida en sus brazos fornidos, y T.J. estaba junto a la cama, aferrando la columna del cabezal con tanta fuerza que sus nudillos se habían vuelto blancos.

—¿Quién ha hecho esto? —gritó Minnie—. ¿Quién ha sido?

Minnie estaba arrodillada en el suelo, en el lado opuesto de la cama, y acunaba la cabeza de Ben sobre su regazo. Estaba tumbado boca abajo, y lo único que Meg alcanzaba a ver era su pelo rubio despeinado. Tenía el brazo izquierdo extendido hacia su mochila, que estaba en el suelo, cerca de la ventana, como si hubiera intentado alcanzarla.

Minnie balanceaba su cuerpo hacia delante y hacia atrás.

—No es justo. No es justo.

Meg se agachó a su lado y le pasó un brazo por encima de los hombros. Minnie se estremeció.

—Esto no ha sido un accidente —dijo. Sonaba a acusación.

A pesar del pánico que se abría paso en su interior, Meg se esforzó por mantener la calma.

—Yo no he dicho que lo fuera.

—Alguien ha hecho esto. Alguien lo ha hecho a propósito.

T.J. se aclaró la garganta.

—¿Está…? Quiero decir…

—¿Muerto? —gritó Minnie, con los ojos húmedos—. ¿Asesinado?

Meg sintió un escalofrío al oír aquella palabra.

—Minnie, quizá haya sido… No sé.

—¿Un error? ¿Un accidente? —

Minnie se apartó de ella—. ¿Tres muertes seguidas? ¿De verdad crees que puedes explicarlo?

No. No podía. Pero tampoco podía admitirlo ante Minnie, que estaba al borde de un ataque total. Su amiga agachó la cabeza y apoyó la frente sobre el pelo rubio de Ben. Meg pudo oír su llanto.

—Meg —dijo T.J., con la voz convertida en poco más que un susurro. Le indicó con un gesto que rodease la cama—. Ven y mira esto.

Se arrodilló al lado de la mesita de noche. Cerca de Ben había una botella de plástico tirada, cuyo contenido se

había derramado por el suelo. T.J. se inclinó hacia delante y examinó el líquido.

—¿Ves lo que yo veo? —preguntó.

Meg se puso de rodillas para ver mejor el charco que se había formado. La luz que penetraba por la ventana era escasa, pero daba la impresión de que había pequeños trozos sólidos flotando en el líquido. Meg olisqueó el agua.

—Oh, Dios mío —dijo, echando la cabeza hacia atrás—. Huele a…

—Tarta de nueces —dijo T.J.

Meg se sentó sobre sus talones. Alguien, deliberadamente, había puesto nueces en el agua de Ben, del mismo

modo que alguien debía haber añadido almendras a la ensalada a propósito. Si había dudado en creer que las muertes que estaban teniendo lugar en la isla no tenían que ser necesariamente accidentes, esa duda se evaporó en un instante.

Había estado todo el día intentado negar la evidencia. Quizá desde el mismo momento en que había llegado a la isla. Algo iba mal. Algo no cuadraba. Debería haber confiado en su intuición, haber hecho caso a su voz interior. Y ahora solo existía una explicación lógica.

Asesinato.

El pánico la invadió. Habían mentido a sus padres acerca de adónde iban. Dios santo, nadie sabía dónde estaban. Podían morir en aquella isla y nadie los encontraría jamás.

Miró a T.J. Tenía el ceño fruncido, como si le doliera algo. Había intentado mantenerse fuerte, asumir el papel de líder e intentar que se mantuviera la calma. Por eso quería que Meg no dijese nada sobre lo de la barandilla de la pasarela, para que los demás siguieran pensando que se trataba de una coincidencia. Pero ¿lo pensaba? Meg no estaba segura. Lo único que sabía es que ahora T.J. estaba asustado. Igual que

todos.

T.J. se incorporó bruscamente, la agarró por los hombros y la obligó a ponerse en pie.

—No pasa nada, Meg. Lo prometo. Estoy seguro de que existe una explicación lógica para todo esto.

Más promesas. Más coincidencias. Esta vez no. Tenían la verdad delante de ellos.

—No, no la hay. —Le temblaba la voz, pero estaba convencida de lo que decía. Agarró a T.J. de la mano y tiró de él hacia fuera—. Tenemos que hablar.

VEINTITRÉS

Gunner se sentó en las escaleras, con Kumiko sobre sus rodillas.

—Nosotros no lo hemos hecho —dijo Gunner inmediatamente.

—¿Hecho? —preguntó T.J.

—Matarlo. K y yo no lo hemos hecho.

T.J. hizo un gesto con las manos para mostrar su incomprensión:

—Espera. Nadie ha dicho nada de…

—Ha sido un asesinato —le cortó Meg, sorprendiéndose a sí misma por lo calmada que sonaba su voz.

T.J. la miró de soslayo.

—¿Estás segura?

—Completamente —asintió Meg.

—¿Lo ves? —dijo Kumiko.

T.J. siguió mirándola, no parecía convencido.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—¿Cómo puedes tú no estar seguro? —le soltó Kumiko.

T.J. tardó un momento en contestar, y luego hizo un gesto afirmativo con la cabeza, aceptando al fin el hecho de que las tres muertes ocurridas en la isla habían sido intencionadas.

—Exacto —dijo Kumiko—. Hay un asesino en la casa. Tenemos que

largarnos de aquí.

Gunner le acarició el brazo.

—Estoy seguro de que los chicos encontrarán un teléfono.

—¿En serio? —dijo Kumiko, volviéndose hacia él—. Y ¿si uno de ellos es el asesino? Y ¿si lo son los dos?

—Espera —le dijo T.J.—. Podemos averiguar quién es. Lo único que necesitamos es pensar.

Tenía razón. Tres muertes. Si aceptaban que cada una de ellas era en realidad un crimen, deberían ser capaces de descubrir quién era el asesino.

—Cualquiera de nosotros podría

haber matado a Lori —dijo Meg. Ni siquiera ella misma podía creer que aquellas palabras hubieran salido de su propia boca.

T.J. asintió.

—Cierto.

Gunner, sin embargó, negó con la cabeza:

—K estaba conmigo.

—Bien —dijo Meg—, quería decir «teóricamente». —No se sentía preparada para señalar a nadie. Conocía a Gunner desde el primer curso de instituto y le resultaba difícil verlo como un asesino que mata a sangre fría.

—¿Qué sacamos en limpio de eso?

—dijo Kumiko—. Cualquiera podría haber matado a Vivian, también.

T.J. extendió su brazo para tocar a Meg.

—Meg y yo estábamos juntos. Podemos responder el uno por el otro.

Meg estaba a punto de contarles a Kumiko y a Gunner lo de la barandilla de la pasarela cuando la chica se echó hacia atrás y empezó a reírse.

—¿Qué? —le preguntó T.J.

—¿De verdad os creéis que eso va a colar?

Meg se enfureció. Era la primera vez en su vida que la acusaban de haber cometido un crimen. Y no le sentó nada

bien.

—Es la verdad —repuso T.J.

—Tal vez —prosiguió Kumiko—. Pero ¿acaso no os defenderíais mutuamente? Igual que Gunner y yo. Podríamos estar los dos en el ajo.

—¡Eh! —exclamó Gunner—. ¿Qué dices?

—No estoy diciendo que seamos culpables —explicó Kumiko—. Solo estoy señalando algo evidente.

T.J. frunció los labios.

—Y ¿qué es?

—Eso, ¿qué es? —repitió Gunner,

—¿Qué es? —dijo Kumiko, con tono de sorpresa—. ¡Venga, ya! —Ladeó la

cabeza y le lanzó a Gunner una mirada que decía «¿De verdad no lo pillas?»—. No podemos confiar en nadie.

—Y ¿si no es ninguno de nosotros? —intervino Meg.

—¿Qué quieres decir? —T.J. se giró hacia ella.

—Me refiero a que existe otra posibilidad.

—¿Quieres decir que crees que hay alguien más en la casa? —preguntó T.J.

—Eso no estaría mal, ¿no? —resopló Kumiko.

—He visto a alguien —dijo Meg— entrando en la casa por el patio trasero, justo antes de que Minnie encontrase la

tercera raya en la pared.

—¿De verdad? —preguntó Gunner —. ¿Quién era?

Meg sacudió la cabeza.

—No sabría decir. Lo seguí por la puerta lateral que da al estudio y entonces…

—Eso es perfecto, ¿no? —la cortó Kumiko.

—¡Oye! —respondió Meg, cansada de que la señalaran con el dedo, harta de las acusaciones—. He visto a alguien.

Kumiko entrecerró los ojos y dijo:

—Seguro. Y luego, ¿como por casualidad, estabas en el vestíbulo cuando Minnie se puso a gritar?

—Para —le dijo T.J.—. No podemos empezar a acusarnos los unos a los otros.

—Me he leído *El señor de las moscas* —dijo Gunner. A Meg le sorprendió que hubiera llegado a terminar el libro—. No acaba bien.

Kumiko se levantó del regazo de Gunner.

—Tengo noticias para vosotros: ya estamos a mitad de nuestro particular señor de las moscas, chicos. Tenemos cadáveres amontonados, y no sé vosotros, pero a mí no me apetece ser la siguiente.

—¿Qué sugieres que hagamos? —le

preguntó T.J. Meg percibió un tono de crispación en su voz. Apenas podía contenerse—. ¿Que nos metamos cada uno en una habitación y esperemos a que alguien venga a buscarnos?

Meg hizo un gesto en dirección a la habitación de Ben.

—Sí, porque eso siempre da buen resultado.

—¡No tiene ninguna gracia! —gritó Minnie. Estaba en el umbral del dormitorio, con una mano apoyada firmemente contra el marco de la puerta, como para sostenerse en pie, y la otra aferrando el pomo. Con un movimiento rápido de la muñeca, cerró dando un

portazo y se fue directa hacia Meg—: Nada de esto me parece divertido.

—Por supuesto que no —dijo Meg —. Nadie piensa que lo sea.

Veía cómo los ojos de Minnie recorrían el hueco de la escalera e iban de ella a T.J., de T.J. a Gunner y de Gunner a Kumiko, y luego de nuevo a ella para después subir hacia la torre, al punto donde habían encontrado el cuerpo de Lori, y una vez más a Meg. Era una bomba de relojería. Su nuevo amor estaba muerto. Su exnovio iba de la mano de otra chica. Y estaba convencida de que a su antiguo amor le interesaba su mejor amiga. Había

empezado Chernóbil.

—Tenemos que descubrir quién ha hecho esto —dijo Minnie—. Quién de vosotros lo ha hecho.

—¡Eh! —Meg estaba harta de verse incluida en la lista de sospechosos. Y aunque podía entender que alguien como Kumiko, que no la conocía mejor de lo que podía conocer a Charles Manson, podría no confiar en su inocencia, al menos sí esperaba que Minnie la creyese. ¿Era mucho pedir?

—Todo el mundo es sospechoso —dijo Minnie con una mueca.

Parecía claro que no estaba dispuesta a creerla.

—Mirad —terció T.J.—. Estoy seguro de que tiene que haber otra explicación.

—¿Como cuál? —quiso saber Kumiko. No hizo caso a la muda petición de Gunner para que volviera a sentarse sobre sus rodillas, apartó su mano y se apoyó contra la pared.

—Bueno… —T.J. miró a Meg. Parecía confuso, como si se hubiera quedado en blanco y esperase que Meg pudiera ayudarle a llenar los huecos vacíos. Minnie vio su gesto y emitió un sonido a medio camino entre un gruñido y un suspiro, para darles luego la espalda a ambos.

—Pues… —dijo Meg. Su mente comenzó a funcionar a toda velocidad —: Bien, para empezar, ¿y si Lori o Vivian mataron a Ben?

Vio que Minnie echaba la cabeza hacia atrás, pero no se volvió a mirarla.

—¿Cómo? —preguntó Kumiko.

—Las nueces estaban en su botella de agua —dijo Meg, encogiéndose de hombros—. Cualquiera podría haberlas puesto allí en cualquier momento. Quiero decir, todos presenciamos el incidente de anoche en la cena.

—¿Pero no crees que fue la misma persona? —preguntó T.J.—. ¿Que empezó con los frutos secos en la

ensalada y luego tuvo que ponérselos en el agua?

—Tal vez —aceptó Meg. No estaba del todo segura de que su argumentación fuese convincente, pero ambas opciones cobraban sentido en cuanto a la motivación—. Las dos teorías son posibles.

Kumiko seguía sin dejarse convencer.

—Y ¿qué pasa con las otras?

—Ehh… —De acuerdo, Meg, piensa —. Si Lori intentó matar a Ben, ¿pudo suicidarse por los remordimientos?

T.J. cruzó los brazos sobre el pecho.

—Y ¿Vivian?

—Podría haber sido realmente un accidente —mintió Meg. Notó que T.J. ladeaba la cabeza hacia ella, pero no dijo nada para corregirla.

—Mmm —asintió Gunner—. Tiene sentido.

—Apenas —dijo Kumiko.

—O fue Nathan, o Kenny —siguió Meg.

—Mierda —soltó Gunner, aparentemente desilusionado—. Si uno de ellos es un asesino, está claro que no van a avisar a la Policía.

T.J. dio un respingo:

—¡Gunner, tienes razón!

—¿La tengo? —Gunner se apartó el

pelo de la cara y mostró una sonrisa de confusión.

—Totalmente —aseguró T.J., echando un vistazo a su reloj—. Se fueron hace casi tres horas. Ya deberían estar de vuelta.

Eso hizo que Minnie se volviese hacia ellos.

—¿Crees que les ha pasado algo? —preguntó, con los ojos muy abiertos.

T.J. intercambió una mirada con Meg antes de responder:

—Bueno, tal vez no. —Luego añadió, con una risa forzada—: Puede que solo estén dándose un buen banquete y se hayan olvidado de nosotros.

Meg recordó la cara de Kenny al descubir el cuerpo de Lori por la mañana. Dudaba mucho que ese chico estuviera disfrutando lo más mínimo aquel fin de semana.

—Solo hay un modo de saberlo.

¡Venga! ¿De verdad esas palabras habían salido de su boca? ¿Realmente estaba sugiriendo que cruzaran el istmo con aquel temporal?

—Ni hablar —dijo Kumiko, tan optimista como siempre—. Nunca lo conseguiríamos.

—Sí podríamos —repuso T.J. con convicción—. La tormenta ha amainado. Podríamos hacerlo.

Minnie retrocedió unos pasos para apartarse del grupo.

—Yo me quedo aquí. No me fío de nadie, de ninguno de vosotros.

—¡Minnie! —A Meg le resultó imposible disimular el dolor que sentía—. ¿De qué estás hablando?

—Sois unos mentirosos. Todos vosotros.

Meg la agarró por el brazo.

—Minnie, piensa lo que dices.

—Por favor. —Minnie se soltó de su mano y la miró con expresión severa—. Tú escondes más mentiras que cualquiera de nosotros.

—Vaya —musitó Kumiko. Se había

colocado de nuevo al lado de Gunner, que ahora le acariciaba con la mano la cara interior del muslo—. ¿Cuánto tiempo saliste con ella?

Minnie tomó aire con fuerza.

—¿Qué has dicho?

T.J. se interpuso, para intentar que todos se mantuvieran concentrados.

—Deberíamos ir todos. Juntos. Si vamos en grupo estaremos más seguros.

—No, ni hablar —dijo Minnie, retrocediendo hasta la puerta del dormitorio de Ben—. Yo no voy a ninguna parte.

—¡Oh, venga! —exclamó Meg. Aquella escena se estaba haciendo

insoportable, incluso para los parámetros a los que Minnie la tenía acostumbrada.

—¡He dicho que NO! —gritó su amiga. Se dio la vuelta, entró en la habitación y cerró con un portazo.

Kumiko meditó un instante, la mirada fija en la puerta del dormitorio y la confusión claramente visible en su rostro.

—Por mucho que odie admitirlo —dijo con suma lentitud—, creo que estoy de acuerdo con ella. Creo que deberíamos quedarnos aquí.

—Yo también —se apresuró a decir Gunner. Meg no tuvo claro si realmente

estaba de acuerdo con Kumiko o no, y probablemente ni él mismo lo sabía.

—¿Estás seguro? —le preguntó T.J.

Gunner miró a Kumiko, que le dirigió un gesto de asentimiento.

—Sí —dijo Gunner—, lo estoy.

T.J. se encogió de hombros.

—Supongo que quedamos solo tú y yo, Meg.

VEINTICUATRO

Finalmente, la madre naturaleza se apiadó de ellos.

La lluvia había amainado cuando Meg y T.J. comenzaron a bajar las escaleras de piedra de White Rock House. La feroz tormenta había quedado reducida a una ligera, pero persistente, llovizna que empapó la coleta de Meg en cuestión de minutos, aunque eso era mucho mejor que el martilleo incesante y brutal que les había caído encima las últimas dos veces que habían salido de la casa, así que Meg agradeció la tregua.

No se produjo ninguna apertura mística entre las nubes por la que pudiera colarse la luz del sol. No tuvieron esa suerte. Un grueso manto de nubes seguía cubriendo la isla, a lo que había que sumar que se estaba yendo el sol y apenas había luz suficiente para ver el camino.

También el viento se había calmado. En lugar de vendavales, que podrían alcanzar la intensidad de los tornados, ahora era más una brisa juguetona que le revolvía el pelo a Meg. Las olas que habían barrido el istmo y arrancado el puente apenas rompían tranquilamente en la costa oeste de la isla, y aunque la

franja de arena estaba prácticamente inundada y cubierta de maderos rotos y restos de la tormenta, al menos Meg y T.J. pudieron cruzar sin miedo de que el agua los arrastrara mar adentro.

Algunos pájaros revoloteaban entre la arena en busca de su cena y en lo alto varias gaviotas planeaban en círculos; acababan de salir de los refugios que habían encontrado para guarecerse de la tormenta. Había vuelto la vida a la isla, lo cual hizo que también Meg volviera a sonreír, aunque sin muchas ganas. También había regresado una cierta hermosura al mundo gris y empapado que la rodeaba. El aire, fresco y

vigorizante, le llenaba los pulmones. Era un placer, al igual que el crujido de la arena y los guijarros bajo sus pies. Podía entender por qué gente como los Taylor y los Lawrence se habían construido casas en mitad de la naturaleza. Tras la tormenta, había vuelto una paz en cierto modo indómita, con la que la naturaleza recordaba que era ella quien estaba al mando y que solo ella podía patearte el trasero siempre que quisiera.

En otras circunstancias, Meg podría haber disfrutado de todo aquello.

Quería hablar con T.J., contarle lo del diario de Claire y de cómo ella

podría estar de algún modo relacionada con White Rock House, pero él se mostraba distante, encerrado en sus propios pensamientos. Apenas la miró mientras avanzaban entre troncos de pinos que el temporal había empujado a la orilla. Así que optó por esperar. Tal vez encontrasen a Nathan y a Kenny en la casa, aguardando pacientemente a que llegase la Policía, entonces Meg podría entregarle el diario a las autoridades y olvidarse de él.

Caminaban por la zona más elevada del terreno, en el centro del istmo. Avanzaban despacio, aunque Meg se alegraba de estar ocupada, en lugar de

esperar sentada que sucediese algo. Era un cambio; la idea de quedarse en White Rock House con los cadáveres, y los cambios de ánimo de Minnie, y las acusaciones de Kumiko… Cualquier cosa se le antojaba mejor que eso.

Mientras le ayudaba a superar un grupo de maderos cubiertos de algas que los hacían muy resbaladizos, T.J. se aclaró la garganta y le preguntó:

—¿Siempre es así?

—¿Quién?

Meg estaba tan ensimismada en sus pensamientos que necesitó un momento para comprender que T.J. no se refería a la madre naturaleza.

—Minnie.

—Oh, bueno…

—Quiero decir, Gunner me dijo que podía ser un tanto… cambiante. Pero me ha parecido hasta un poco psicótica.

Meg se enfureció. Por muy cierto que fuese, no le gustaba que nadie se refiriese a su amiga como a una «loca». Además, no era culpa de Minnie ser bipolar. Uno no escoge ser así. Y aunque su madre intentaba ignorar el hecho de que algo no iba bien con su hija, su padre en cambio se había asegurado de que la viera un terapeuta y le recetase los medicamentos adecuados. Incluso había mantenido una conversación

privada con Meg sobre ello, en la que le había pedido que la vigilase y se cerciorase de que tomaba sus pastillas.

Nadie más lo sabía. Solo Meg. Y ella estaba dispuesta a proteger por todos los medios el secreto de Minnie.

—No es culpa suya —dijo, con tono firme.

T.J. se paró en seco y se volvió hacia ella:

—¿No es culpa suya que te trate como escoria? ¿Como si fueras su sirvienta o algo así?

Meg torció el gesto. T.J. había dado en el clavo, pero parecía no haberse dado cuenta porque no desistió en su

interrogatorio:

—¿No es culpa suya el hecho de que no muestre ningún respeto hacia ti? ¿El hecho de que solo piense en sí misma?

Meg dejó escapar un suspiro.

—No siempre es así.

—Eso no es excusa. Ni para ti ni para ella.

—Tú no lo entiendes.

—Entiendo que Minnie no te respeta. Que espera que tú siempre estés a su lado, pero que no piensa devolverte el favor. Lo que no entiendo es por qué lo toleras.

—Mira, no puedo… —Meg se sonrojó. No podía decírselo. Le daba

muchísima vergüenza. Había pensado que ella era la única que se había percatado del modo en que la trataba Minnie últimamente. Pero, al parecer, no era así.

—¿No puedes qué? —le preguntó T.J.

Meg abrió la boca para protestar, pero se contuvo. T.J. tenía razón, al menos hasta cierto punto. No es que Minnie fuese una mala amiga, solo que en muchas ocasiones era incapaz de ver más allá de su propio dolor y sus propias necesidades. Y eso, en parte, era culpa de Meg, porque se lo había consentido durante tanto tiempo que ya

no sabía qué otro tipo de relación podría tener con ella.

—Tú mereces… —T.J. dio un paso hacia ella— algo mejor.

Meg levantó la vista para mirarlo directamente a los ojos. Solo vio en ellos tristeza.

T.J. sentía lástima por ella. Semejante idea le encogió el estómago. Era patético. Ella era patética.

—Tú no lo entiendes —repitió. Eso era cierto en muchos niveles distintos.

—Entonces, explícamelo.

Meg se apretó los ojos con las palmas de las manos. La presión le hizo sentir bien, le produjo una sensación de

alivio frente al punzante dolor que comenzaba a formarse en sus sienes. Quería explicarle la enfermedad de Minnie y su lucha con los medicamentos y el tratamiento, y cómo eso la había cambiado desde el año anterior. Quería contarle cómo se había visto empujada a aquella función de cuidadora de Minnie, cómo los padres de la propia Minnie confiaban en ella para que vigilase a su hija, y que era precisamente para huir de ese círculo vicioso por lo que había decidido marcharse a la universidad lejos de allí.

—¿Qué? —dijo T.J., con tono cortante—. Venga. Explícame lo que no

entiendo.

Meg bajó la mirada. Era un secreto de otra persona, no podía contarlo.

—No puedo.

—¡Maldita sea! —gritó él. Se apartó de ella y pateó una piedra del tamaño de una pelota de béisbol, que rodó por el sendero embarrado hasta impactar contra un leño—. ¿Por qué siempre la estás protegiendo?

Meg se puso firme.

—Eso no es asunto tuyo. —No le debía ninguna explicación. No le debía nada.

—Me preocupo por ti. Y eso hace que sea asunto mío.

Ahora era el turno de Meg de enfadarse. Y, por una vez, las palabras no quedaron atrapadas en su cabeza:

—¿Te preocupas por mí? ¿De verdad? Entonces, ¿cómo es que no he sabido nada de ti durante meses? ¿Cómo es que nunca te habías dado cuenta del modo en que me trata Minnie? ¿Cómo es que lo único que he sabido de ti es que has estado saliendo con todas las animadoras de aquí hasta la frontera con Canadá?

Ni ella misma podía creer que las palabras le hubieran salido con tanta facilidad. El miedo y el cansancio se estaban apoderando de ella.

T.J. le dio la espalda.

—Estaba cabreado.

—Sí, lo sé. Lo siento, ¿de acuerdo? Siento haber cancelado nuestra cita de aquella noche.

—¿Lo sientes?

—¡Claro que sí!

T.J. se giró y le asaltó con preguntas:

—Entonces, ¿por qué lo hiciste? ¿Por qué no saliste conmigo?

—Porque Minnie… —Meg se interrumpió.

Los músculos de la mandíbula de T.J. se hincharon.

—Minnie. ¿En serio? ¿Otra vez? ¿Qué diablos tiene esto que ver con

ella?

—Ella está enamorada de ti —le soltó Meg. Uff. En vez de arreglarlo, lo estaba empeorando todo.

Esperaba que T.J. se escandalizara o se sorprendiese. Pero lo que hizo fue reírse.

—¿Qué es lo que te parece tan divertido?

—La única persona de la que Minnie está enamorada —dijo, calmándose— es de sí misma.

Meg estaba tan acostumbrada a defender a Minnie que no pudo controlarse:

—No hables así de ella.

—Ni siquiera sabe lo que es el amor, Meg. Para ella solo es un juego. Una forma de llamar la atención.

—¿Acaso tú sabes mucho del amor? ¿Tú y tus cuarenta exnovias?

Toda la tristeza y la simpatía de T.J. desaparecieron de su rostro y fueron sustituidas por una máscara de ira. Lo había hecho otra vez. Maldita sea, ¿qué era lo que le pasaba? Siempre que decía exactamente lo que pensaba, alguien terminaba enfadado.

—Será mejor que nos demos prisa —dijo T.J., sin expresión alguna en su voz—. Está oscureciendo.

—Sí —asintió Meg, apartándose de

él—, es verdad.

Continuaron su camino en silencio.

La casa de vacaciones de los Taylor estaba construida sobre una base elevada de madera en un claro, al otro lado del istmo. Su arquitectura era completamente diferente a la de White Rock House. Un hogar moderno con una hilera de ventanas que daban al océano y que la noche anterior, cuando Meg la había visto desde la playa, brillaba y relucía llena de luces. Menos de veinticuatro horas antes había vida en aquella casa. Una luz encendida en cada ventana. Música atronando desde el interior. Ecos de risas y tintineo de

cristales arrastrados por la brisa. Ahora, todo parecía completamente…

—Muerto —murmuró T.J., deteniéndose a los pies de la escalera de madera que llevaba a la puerta principal —. Este sitio parece que está muerto.

—Alucinante tu elección de vocabulario.

Pese a la tirantez existente entre ellos, T.J. se rio, pero fue una risa breve.

—Perdón.

—Puede que estén en la parte de atrás —dijo Meg, intentando mantener la esperanza. Tenía que haber alguien en la casa; de lo contrario, Nathan y Kenny

habrían regresado ya.

T.J. hizo un esfuerzo por sonreír.

—Vamos a verlo. —Subió las escaleras y llamó al timbre.

El timbre sonó en el interior. Buenas noticias: fuera cual fuera el estado de la electricidad en la casa, algo sí funcionaba.

Malas noticias: esperaron lo que pareció una eternidad y la única respuesta a su llamada fue el silencio.

Manteniendo su optimismo habitual, T.J. volvió a pulsar el timbre. Al otro lado de la puerta, Meg pudo oír el eco electrónico retumbando dentro de la casa.

Notó que se le formaba un nudo en el estómago. Nada. Ni una voz, ni un grito, ni siquiera el ruido de pasos caminando por la casa. El único sonido que oía era el de los latidos de su propio corazón. Aquello no podía ser nada bueno.

T.J. puso su mano en el pomo de la puerta y presionó sobre el cerrojo.

La puerta emitió un ruido metálico y cedió. Esperó unos segundos y dijo:

—¿Hola?

No hubo respuesta.

Sin mirarse, Meg y T.J. se dieron la mano. La rabia y el rencor que había sentido hacia él momentos antes se desvanecieron en un instante. Había algo

raro en la casa, fuera lo que fuese lo que iban a encontrar, lo descubrirían juntos. Respiraron hondo y entraron.

La casa estaba sumida en un silencio sepulcral. Y a oscuras. Aparte de la luz del sol, que estaba a punto de desaparecer, no había ningún tipo de iluminación. No solo eso, además hedía a humedad y a cerrado, como un almacén abandonado y viejo. Meg se estremeció. Aquella casa era aún más fría que White Rock House. No parecía que allí se hubiese celebrado una gran fiesta la noche anterior. Era más bien un mausoleo.

Cruzaron de puntillas el vestíbulo

hacia la sala de estar, y Meg comprendió enseguida por qué el edificio estaba tan frío. Todas las ventanas estaban abiertas. Las cortinas, empapadas, ondeaban empujadas por la brisa. Bajo sus pies, la moqueta estaba encharcada y todos los muebles que había cerca de las ventanas estaban totalmente mojados.

—¿Qué pasa aquí? —susurró Meg. No sabía muy bien por qué había bajado la voz, pues no parecía que nadie pudiera oírla.

T.J. le apretó la mano más fuerte y respondió también en un susurro:

—No lo entiendo. ¿Dónde está todo el mundo?

De pronto, hubo un destello y se oyeron ruidos y movimiento. La estancia entera cobró vida. Todas las luces de la sala se encendieron: las que colgaban del techo, las lámparas de pie, los candelabros de pared. Incluso unas luces que simulaban un fuego en la chimenea. La habitación se llenó de una luz amarilla y cálida. Los ventiladores del techo se pusieron en marcha, girando a una velocidad tan endiablada que podían llegar a desprenderse de sus sujeciones y salir volando.

Los altavoces empezaron a sonar a todo volumen con una vibración que estuvo a punto de dejar a Meg sin

aliento. Gritó, pero apenas pudo oír su propia voz con todo aquel estruendo. El volumen estaba al máximo, con los graves subidos, y Meg podía sentir que la música atravesaba todo su cuerpo. Parecía haber dos canciones sonando al mismo tiempo: una la tocaba una banda de jazz, con fondo de tambores y una estridente sección de metal que casi les reventaba los tímpanos; la otra parecía música de fiesta enlatada y acompañada de una conversación ininteligible y de cristales entrechocando. Una mujer se reía, con unas carcajadas enormes y molestas. Pretendía ser un sonido alegre, pero en aquella habitación sin vida

provocó que un escalofrío recorriera a Meg de arriba abajo.

Quiso salir corriendo, pero sus pies permanecían clavados a la moqueta inundada.

T.J. soltó su mano y se cubrió los oídos mientras recorría la habitación con la mirada. Un instante después, se abalanzó hacia el aparato de música, situado en el otro extremo de la estancia, y bajó el volumen.

Inmediatamente, la música y el sonido ambiente de la fiesta se disiparon.

—¿Qué coño era eso? —resolló. Le faltaba el aliento, como si acabase de

correr un kilómetro.

Meg temblaba de la cabeza a los pies.

—No…, no lo sé… —Ni siquiera era capaz de pensar con lógica, y mucho menos articular una idea razonable.

T.J. echó un vistazo a su reloj:

—Son exactamente las cinco en punto.

—¿Exactamente?

—Exactamente.

Meg sintió que su cabeza se aclaraba a medida que iba entendiendo lo que sucedía. Las luces, la música, la fiesta. Era todo falso. Todo.

—Oh, Dios mío. —Notó que el

calor abandonaba su cuerpo—. Está programado.

—Eso significa… —empezó a decir T.J., haciendo una pausa para mirarla a los ojos, mostrando en los suyos el terror que se abría paso en su interior—. Significa que aquí no hay nadie.

VEINTICINCO

La habitación empezó a dar vueltas. Cuando aquella horrible revelación caló en su cerebro, Meg buscó el apoyo de la pared para no caerse.

La casa estaba muerta.

Aunque algo distante, la idea de que hubiese otra casa en la que se celebraba también una fiesta justo al otro lado del istmo que la separaba de White Rock House había producido una cierta sensación de tranquilidad el día anterior. La casa era una especie de carabina en la distancia, que estaba ahí por si acaso

sucedía algo realmente malo. El problema era que, aparentemente, todo había sido una farsa. La fiesta, la gente, la sensación de calidez y seguridad. Todo ello había desaparecido en un instante. Había sido una mera ilusión.

—¿Qué pasa con Kenny y Nathan? —preguntó Meg. Su voz sonaba tensa y las palabras que salieron de su boca estuvieron a punto de quebrarse. Le costaba respirar y le temblaba todo el cuerpo—. ¿Crees…?

—Espera —dijo T.J. La calma con la que hablaba resultaba balsámica—. Lo primero es lo primero.

Se puso en cuclillas y tiró del

aparato multimedia para apartarlo de la pared. La pantalla plana de televisión se tambaleó y cayó al suelo, pero ninguno de ellos se inmutó. Daba igual.

—Hay un temporizador con dos enchufes múltiples. Parece que todos los aparatos eléctricos que hay en la habitación están conectados aquí. —T.J. se pasó una mano por el pelo—. Puede que solo sea un sistema de alarma.

—¿Para espantar a los ladrones que merodean por Henry Island? —dijo Meg—. ¿Con todas las ventanas abiertas y la puerta sin cerrar con llave? No me lo creo.

—De acuerdo —repuso T.J.—.

Entonces tiene que haber otra razón.

La verdad era horrible:

—Para engañarnos. Solo para hacer que nos sintiésemos a gusto.

—Lo cual significa que quienquiera que hizo esto…

—Mató a Lori, a Vivian y a Ben.

T.J. asintió.

—Y probablemente…

—Para. —Meg sabía lo que iba a decir. «Y probablemente a Nathan y a Kenny»—. No quiero oírlo.

—Vale —dijo T.J., con calma—. Pero hay otra opción.

La voz de Meg tembló al contestar:

—Uno de ellos es el asesino o los

dos.

—Sí. —T.J. inspeccionó lo que había detrás de la sala de estar—. La escalera está cerca de la cocina —dijo. Le dio la mano, con extrema delicadeza, como si tuviera miedo de que se rompiera—. Deberíamos ir juntos.

Ella no quería. Quería marcharse de allí, salir corriendo y no detenerse nunca. Pero sabía que T.J. tenía razón: era necesario que registrasen la casa para comprobar si Nathan y Kenny seguían allí. Tenían que cerciorarse.

Uno al lado del otro, atravesaron lentamente la estancia. Las cortinas se hincharon y se agitaron hacia ella, Meg

se encogió buscando refugio en el brazo de T.J. Era como si las cortinas quisieran envolverla, retenerla en aquella casa para siempre. Todo parecía estar contaminado, no quería tocar nada. No existía suficiente jabón en el mundo para hacer desaparecer la sensación que impregnaba aquella casa.

La sala quedaba separada de una enorme cocina por una escalera; junto a ella, en la pared, había un teléfono. Meg contuvo la respiración mientras T.J. levantaba el auricular y pulsaba el botón de llamada. Había electricidad en la casa, así que quizá, solo quizá…

La luz de encendido emitió un brillo

verde que les supo a gloria. Meg esperó, sin atreverse siquiera a respirar, desesperada por oír el monótono sonido que indicaba que había línea.

Silencio.

T.J. pulsó el botón de encendido varias veces, pero no ocurrió nada.

—Tiene batería, pero no hay línea.

—No, tiene que haber línea. Tiene que haberla. —Meg le arrebató el teléfono de la mano y empezó a pulsar frenéticamente todos los botones—. Hay electricidad, así que el teléfono tiene que funcionar.

—Meg —dijo T.J., poniendo su mano sobre la de ella—. Meg, no da

tono.

Meg no podía mirarlo. Sus ojos se llenaron de lágrimas, lágrimas gruesas que no le dejaban ver. Lo único que podía hacer era mirar fijamente el auricular mientras la mano de T.J. ascendía por su brazo y rodeaba sus hombros. Estaban muy cerca de conseguir ayuda. Había dado por hecho que aquel estúpido teléfono inalámbrico podría haber sido su salvación, su conexión con el mundo exterior. El teléfono estaba cargado, encendido, devolviéndole la mirada como indignado, mostrándole el último número al que se había llamado desde

allí…

Lawrence, John y Jean 360-468-2920

Meg se puso rígida.

—¿Cómo se llaman los padres de Jessica?

—¿Qué?

—Sus padres. ¿Cómo se llaman?

—Ehh… —T.J. sacudió la cabeza, intentando captar el sentido de lo que Meg le estaba preguntando—. Su padre se llama John. Y su madre…

—¿Jean?

—Sí, creo que sí —dijo, apartando su brazo—. ¿Cómo lo sabes?

Meg le lanzó el teléfono.

—Mira.

T.J. miró fijamente la pantalla digital durante un instante, y luego revisó el resto de llamadas que se habían hecho.

—Creo que este es el número de White Rock House —dijo—. Y parece que llamaron desde aquí… —se interrumpió, frunciendo el ceño en una expresión de máxima confusión.

—¿Qué?

Sus miradas coincidieron.

—Parece que llamaron a White Rock House ayer por la tarde.

El corazón de Meg retumbó en su pecho.

—¡Eso quiere decir que hay alguien

aquí! —gritó—. Tiene que haber alguien en la casa. ¡Alguien que esté vivo!

Giró sobre sus talones varias veces, como si esperase encontrar a los Taylor preparando la cena en la cocina.

T.J. sacudió la cabeza:

—Meg, no creo…

—¡No! —repuso ella—. Hay alguien aquí. Solo tenemos que encontrarlo. —Su mirada se dirigió hacia la escalera. ¡Por supuesto! Debían de estar arriba, durmiendo o algo. Sin pensárselo dos veces, salió disparada escalera arriba.

—¡Meg, espera!

Pero ella no lo escuchaba. Subió los escalones de dos en dos, ansiosa por

llegar a lo alto. Sabía que allí había alguien. Alguien que podría ayudarles. Tenía que haberlo. Tenía que haber alguien. Tenía que haber…

Meg no llegó siquiera a ver con qué tropezaba. Al alcanzar el rellano de la segunda planta, su pie dio contra algo grande y duro que había en el suelo. Perdió el equilibrio y cayó de bruces sobre el objeto. Aterrizó con medio cuerpo sobre él y el otro medio contra el suelo, y se golpeó la frente con la alfombra.

—Meg, ¿estás bien? —preguntó T.J., a solo unos escalones de distancia—. ¿Qué ha pasado?

Rodó sobre sí misma, frotándose la frente.

—Estoy bien. Solo he tropezado con… —Miró hacia atrás para ver sobre qué había caído.

Era un cuerpo. Un cuerpo enorme.

Kenny.

La cara de Meg estaba a escasos centímetros de la de Kenny. Muy cerca. El chico tenía los ojos cerrados, y la expresión de su rostro era pacífica. No estaba rígido y frío como lo había estado Lori, lo cual evidenciaba que no llevaba allí mucho tiempo. Y aunque Meg deseó poder creer que Kenny solo estaba descansando en el suelo, su

cuerpo estaba totalmente quieto, inmóvil, no respiraba y tenía varias marcas rojas en la frente y las mejillas que brotaban desde su cráneo.

Meg se arrastró para apartarse del cuerpo, como si estuviera cubierto de serpientes venenosas. Muerto. Muerto. Kenny estaba muerto. Arañó sus ropas intentando desprenderse de cualquier rastro de muerte. Era demasiado. Todo aquello era ya demasiado.

—¡Meg! —T.J. la rodeó enseguida con sus brazos y le ayudó a incorporarse.

—No puedo soportarlo —sollozó—. No puedo soportarlo más.

T.J. le acarició el pelo.

—Lo sé, cariño. Lo sé.

Meg hundió el rostro en el hombro de T.J.

—Cuando he visto la llamada en el teléfono he pensado… he pensado…

—Lo sé —dijo él, en voz baja—. Pero, Meg, esa fue la llamada que contesté yo. La que se suponía que era del señor Lawrence.

Meg echó la cabeza hacia atrás.

—¿Qué?

—Sí. El registro de llamadas indica que esa llamada se realizó en el momento exacto en que recibimos la del padre de Jessica. O de alguien que

pretendía ser el padre de Jessica, supongo. La conexión era bastante mala.

Meg se limpió las lágrimas de las mejillas.

—Fue el asesino.

—Sí.

Ambos miraron fijamente el cadáver de Kenny. Ninguno se inclinó para comprobar si tenía pulso. Ninguno tenía la menor intención de tocarlo.

Tenía el pelo de la nuca mojado. Al lado del cuerpo había un mazo negro, y Meg distinguió un mechón del pelo negro y rizado de Kenny pegado al metal. Alguien le había golpeado por la espalda. Probablemente, Kenny ni

siquiera había visto quién le había atacado. Tal vez eso fuese algo bueno, el no ver cómo se aproxima la muerte. ¿Quizá así fuese más fácil? O, al menos, menos doloroso.

Un ruido repentino devolvió a Meg al terrorífico presente. Tanto T.J. como ella se quedaron petrificados. Se oía una especie de crujido, como el movimiento de una tela, procedente de una puerta entreabierta que había a su izquierda.

Meg contuvo la respiración. Nathan. Tenía que ser Nathan. Él había tenido la oportunidad de matar a Lori y a Vivian, y fácilmente podría haber puesto las nueces en la botella de agua de Ben. Y

ahora Kenny. Todos ellos iban al Mariner; Nathan los estaba matando uno a uno.

Agarró a T.J. de la chaqueta.

—Nathan —dijo, sin atreverse casi a respirar. Intentó tirar de él hacia la planta baja—. Nathan es el asesino.

T.J. tenía algo distinto en mente. Se llevó el dedo a los labios y luego alcanzó con sigilo un gran candelabro de hierro que estaba en un aparador del pasillo. Lo levantó por encima de su cabeza mientras caminaba de puntillas hacia la puerta.

Meg fue tras él. No tenía claro por qué, pero sentía que debía estar allí,

apoyarle en caso de que Nathan le atacase. Juntos, podrían detenerlo antes de que matase a nadie más.

T.J. la miró y Meg contempló cómo sus labios comenzaban a contar en silencio:

Uno.

Dos.

Tres.

VEINTISÉIS

T.J. se lanzó contra la puerta y los dos entraron en tropel. Meg esperaba que Nathan se lanzara a por ella, con una mirada salvaje en los ojos y blandiendo un hacha. Pero nadie les hizo frente. De hecho, nada en la habitación se movía a excepción de unas cortinas de seda de damasco que, al igual que las que había en la planta baja, ondeaban hinchadas por el viento que entraba por las ventanas abiertas.

De Nathan, ni rastro.

Aunque ser atacados por un asesino

demente podría haber sido mejor que lo que encontraron.

Los ojos de Meg pasaron de las cortinas a la cama, situada en el centro de lo que parecía ser el dormitorio principal. Dos personas yacían juntas, acurrucadas. El hombre era algo mayor: rondaría los sesenta años, a juzgar por los escasos mechones de pelo gris. Su brazo estaba apoyado sobre el cuerpo de la mujer, más o menos de la misma edad y con el pelo castaño con mechas.

Como Kenny, parecía que solo estaban dormidos, y Meg deseó con todo su corazón poder creer que era así realmente. Pero sus rasgos faciales

estaban distorsionados de modo antinatural, y su piel había adquirido una palidez grisácea. Flotaba en el aire un olor pútrido y nauseabundo. Meg tiró de la manga de su sudadera y se tapó con ella la boca y la nariz.

Muertos. Igual que Kenny.

T.J. también se tapó la nariz y la boca, a la vez que rodeaba la cama. Utilizó el candelabro para apartar las cortinas de la ventana y asegurarse de que no había nadie detrás. Luego comprobó si había alguien en el armario.

Meg se dio la vuelta. Sabía que no había nadie con vida en aquella casa, lo

sabía. Estaba cansada de tanta muerte, harta de sentir su peso sobre ella. Quería con toda su alma marcharse de aquella casa, de la isla, estar lejos de todo aquello.

Se disponía a salir de la habitación cuando algo atrajo su atención. La puerta del cuarto de baño estaba abierta de par en par. El interior estaba a oscuras, pero Meg distinguió algo en el espejo. Parecía que habían escrito algo.

Sin pensar, tanteó la pared hasta dar con el interruptor de la luz.

—¿Qué haces? —le preguntó T.J.

Meg lo miró por encima del hombro mientras entraba en el cuarto:

—Mira, hay algo…

Se quedó como congelada. Devolviéndole la mirada desde el espejo estaba Nathan.

Pero en lugar de ser la cara de un asesino enloquecido a punto de abalanzarse sobre ella, el rostro de Nathan era una máscara sin vida, una máscara de miedo y dolor. Tenía la boca abierta en un grito inacabado y mudo, y su cuerpo estaba ensartado a la puerta con una flecha que le atravesaba el corazón.

Era demasiado. Meg se tambaleó hacia atrás y se tapó la boca para contener las ganas de vomitar. Luego,

giró sobre sus talones y echó a correr.

Se inclinó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas, intentando recuperar el aliento. Sus pulmones parecían no querer colaborar. Jadeaba entre frenéticos sollozos en busca de aire. La cabeza le daba tantas vueltas que creía que podría desmayarse en cualquier momento, mientras el suelo lleno de barro frente a la casa de los Taylor se volvía borroso con cada nuevo latido de su corazón.

No oyó cómo alguien se acercaba por su espalda.

—Eh.

Meg gritó. Trató de correr, pero un brazo la retuvo. Se sintió dominada por el pánico. Había un asesino suelto. Ella podría ser su próxima víctima. Tenía que escapar de la isla. Tenía que huir con Minnie de aquella isla maldita. Pateó con todas sus fuerzas, intentando liberarse de quien la sujetaba por la cintura. Pero no pudo.

—Está bien —dijo una voz familiar —. Estás a salvo, estás a salvo. Soy yo.

T.J.

Meg se dejó caer en sus brazos.

—No es justo, no es justo —repitió. Un torrente de lágrimas ardientes se

derramó por sus mejillas.

—Lo sé, cariño —dijo T.J., apretándola contra sí. Antes de que Meg se diera cuenta, tenía el rostro hundido en el pecho de T.J., que la abrazaba con sus brazos musculosos mientras ella lloraba de forma incontrolable.

—¿Por qué está pasando esto? ¿Qué hemos hecho? ¿Por qué nosotros?

T.J. agarró su rostro entre sus manos. Le limpió suavemente las lágrimas con el pulgar, y Meg contempló cómo sus ojos la examinaban desde la frente a la barbilla. Entonces, sin avisar, se inclinó hacia ella y la besó.

Meg había fantaseado un millón de

veces con besar a T.J. Pensaba en ello en los momentos más insospechados: mientras esperaba el autobús al salir del instituto, cuando estaba sentada delante de él en clase, cuando veía su sonrisa y sus hoyuelos desde lejos en la cafetería, y, de modo aún más intenso, al despertar por la mañana, tumbada en la cama, aún medio dormida, antes de que sonase la alarma del despertador y la arrojase de vuelta al mundo de los vivos. Esos eran los instantes más deliciosos. Imaginaba los labios de T.J. contra los suyos, una mano en su espalda y la otra soltando la goma de su coleta antes de enredar los dedos entre sus rizos.

Y por muy alucinantes que fuesen esos momentos, no eran nada comparados con la realidad.

No fue un beso romántico. No fue como en *Orgullo y prejuicio*, cuando Mr Darcy besa a Elizabeth en el carruaje tras la boda. Fue un beso desesperado, incluso frenético. T.J. la apretó contra él de modo que Meg podía sentir perfectamente su cuerpo, incluso a pesar del chubasquero. Su mano se deslizó por debajo del abrigo de ella, aferrándola como si temiese que fuera a desaparecer en ese momento.

Meg se sorprendió a sí misma al emular la intensidad con la que él la

besaba. Lo besó como si lo hubiera estado haciendo toda su vida. Un beso fuerte y feroz. Le desabrochó el chubasquero e introdujo su mano bajo su sudadera antes siquiera de percatarse de lo que hacía. T.J. tenía la piel caliente y suave, y Meg quería recorrer cada centímetro, allí y ahora, sin pensar para nada en lo que estaba sucediendo a su alrededor. ¿O quizá era precisamente por eso? Meg no podía saberlo. Solo pensaba en T.J. y en lo mucho que lo quería. No le importaba nada más, ni los asesinatos, ni estar atrapada en la isla, ni el texto escrito en el espejo del baño, que le resultaba extrañamente familiar…

—Espera. —Fue su propia voz, no la de él. Aunque sus bocas estaban tan pegadas que ni siquiera podía estar segura de quién había hablado.

T.J. le puso la mano en la mejilla al tiempo que separaba sus labios de los de ella.

—¿Qué?

—Espera.

—¿Por qué?

—Necesitamos volver. —Ni ella misma podía creer lo que estaba diciendo.

T.J. se quedó quieto un momento, y luego la agarró de la mano y tiró de ella hacia el istmo para regresar a White

Rock House.

—De acuerdo, tienes razón. Estaremos más seguros allí.

—No —dijo ella, reteniéndolo—. Tenemos que volver a entrar en la casa de los Taylor.

Los ojos de T.J. se abrieron como platos.

—Ni hablar.

—Lo sé —dijo Meg. Recordó los cuatro cadáveres que había en el interior y enseguida volvió a sentir náuseas, pero había algo que necesitaba ver. El texto escrito en el espejo. La manera en la que Nathan había sido asesinado. Todo ello se le antojaba de algún modo

familiar—. Necesito que veas algo.

—Ya, pues no. He visto todo lo que tenía que ver en esa casa, vámonos.

—Mira, sé que te estoy pidiendo mucho, pero…

T.J. tiró de Meg hacia él y la abrazó. Allí, entre sus fuertes brazos, Meg se sintió a salvo y quiso permanecer así para siempre.

—Pero ¿qué?

Meg suspiró. Le costaba creer sus propias palabras:

—Algo no cuadra.

—¿Algo no cuadra? ¿Te refieres a algo más aparte de que Kenny haya sido golpeado hasta la muerte, que los Taylor

hayan muerto mientras dormían, y que Nathan tenga una flecha clavada en el pecho? ¿Puede haber algo peor que todo eso?

—Luego te lo explico. Ahora, lo que necesito es entrar otra vez ahí y ver algo y…

T.J. le apartó un mechón de pelo de los ojos.

—Y no quieres entrar sola.

Meg asintió. No estaba segura de ser lo suficientemente fuerte para entrar en aquella casa sin él.

—No confío en nadie más, y necesitamos averiguar qué es lo que está pasando antes de…

Una vez más, fue él quien finalizó su frase:

—Antes de que uno de nosotros sea el próximo.

—Sí.

Meg miró hacia la casa de los Taylor. Desde el exterior, resultaba atractiva y acogedora, seguía totalmente iluminada, igual que hacía veinticuatro horas, cuando la había visto desde la playa. Pero ahora había algo siniestro en ella, algo que parecía acosarlos. ¿Podría escapar? Por mucho que echase a correr hacia el extremo opuesto de la isla, ¿sería realmente capaz de escapar de quien andaba tras ellos?

No, tenía que volver a entrar. Tenía que averiguar si tenían alguna oportunidad de salir de ahí con vida. Notó el peso del diario en el bolsillo de su abrigo. Aquella era la llave del misterio. Tenía que serlo. Estaba muy cerca de averiguarlo. Tenía que reunir el valor necesario. Y para ello le hacía falta la ayuda de T.J.

T.J. apoyó su frente contra la de ella. Meg vio cómo llenaba sus pulmones de aire y luego lo soltaba lentamente.

—Bien. Vamos allá.

Al entrar en la casa de los Taylor, Meg

se sintió como una sonámbula. Lo vio todo con claridad y bien definido, la televisión volcada, las cortinas ondeando al viento, las luces brillando en los brazos de los candelabros. Pero se sentía como si ella no estuviera allí, como si lo estuviese viendo en una pantalla. Sabía lo que le aguardaba en la segunda planta y, sin embargo, esa certeza de algún modo mantenía bajo control la oleada de pánico que crecía en su interior. Una vez que había tomado la decisión de volver adentro, se sentía extrañamente calmada. T.J. parecía tener la misma disposición. Caminaba a su lado, fuerte y confiado. Casi indiferente

al horror que los rodeaba.

¿Se sentiría así también el asesino? Después del primer o del segundo crimen, quizá todo le resultaba más sencillo, de manera que para cuando golpeó a Kenny y disparó a Nathan con la flecha, igual se comportaba con una actitud de total indiferencia.

Meg no pudo creerse que estuviera comparándose a sí misma y a T.J. con un asesino. ¿Qué demonios le pasaba?

Pasaron por encima del cuerpo de Kenny y fueron directos al dormitorio principal. Se movían con rapidez, pues no querían estar en la casa ni un segundo más de lo necesario.

La luz del baño continuaba encendida y Meg se dirigió inmediatamente hacia el espejo, tratando de mantener los ojos fijos en el texto escrito, sin mirar a Nathan.

Apenas había visto brevemente las palabras antes de que su mirada se desviase hacia el cadáver y saliera huyendo de la habitación. Pero aquellas palabras le resultaban conocidas, estaban escritas con pintura roja, igual que las barras en la pared de White Rock House.

«Pues la hora de su desgracia está cerca». Las frases comenzaban a cobrar sentido. La del vídeo, la que había

detrás de la foto de Claire, la del diario, y ahora esta otra.

—Es extraño —dijo T.J. Meg vio su rostro reflejado en el espejo. No estaba mirando la frase escrita en el cristal; estaba mirando fijamente el cuerpo inerte de Nathan.

—¿Qué?

T.J. se hizo a un lado para esquivarla y fue hacia el costado de Nathan, para examinar la herida producida por la flecha. Meg se giró y miró directamente el cadáver por primera vez. Nathan colgaba de la puerta, con su corazón atravesado por una flecha. Su cuerpo se doblaba hacia delante, con los brazos

colgando, la cabeza caída hacia un lado con la boca abierta en un grito mudo de horror.

T.J. tiró de la puerta para apartarla de la pared, haciendo al mismo tiempo que el cadáver se balancease más cerca de Meg, que retrocedió torpemente hasta darse con el lavabo. Su estómago empezó a darle vueltas y se tapó la boca con la mano, luchando por mantener la compostura.

—Lo siento —dijo T.J.

Meg tragó saliva.

—¿Qué estás haciendo?

T.J. tiró del hombro de Nathan y apartó el cuerpo unos pocos centímetros

de la puerta. Luego se apartó y sacudió la cabeza.

—Mira. —Señaló el pecho de Nathan, del que sobresalía el delgado metal de la flecha. Resultaba sorprendente pensar que algo tan pequeño pudiera destruir una vida humana—. ¿Ves dónde está la flecha? Y la sangre… —Ahora T.J. señaló el círculo rojo visible en la camisa de Nathan, que se había ido extendiendo desde el punto en el que la flecha le había atravesado—. Sale de la herida, ¿verdad? Pero, entonces, ¿qué es esto?

Deslizó su dedo por el estómago de Nathan e, inmediatamente, Meg vio a lo

que se refería. Más cerca del abdomen había otra mancha de sangre.

Se dejó llevar por su curiosidad. Meg se acercó al cadáver, poniendo su nariz a escasos centímetros para examinar la mancha que indicaba T.J. No solo había un segundo círculo de sangre, sino que también parecía haber cierto destrozo en la tela de la sudadera, casi como si…

A pesar de la repulsión que sentía, Meg se apresuró a desabrochar la sudadera con capucha de Nathan.

—¿Qué haces? —se sorprendió T.J.

Meg no se paró a explicárselo. Tenía que comprobar si su teoría era cierta.

Abrió la sudadera, y allí, justo encima del estómago de Nathan, en el centro de aquel segundo círculo de sangre, había un agujero en la camisa. Una segunda herida de flecha.

—Le dispararon dos veces —dijo, sin aliento.

—Dios —murmuró T.J., echándose hacia atrás.

—Por la forma en que la tela de su camisa y de su sudadera parece que se aparta de su cuerpo —dijo Meg, sintiéndose cada vez más segura de su descubrimiento—, da la impresión de que primero le dispararon por la espalda.

T.J. miró hacia la puerta del dormitorio.

—El asesino estaba detrás de ellos. En las escaleras. Golpeó a Kenny, y luego siguió a Nathan a la habitación y le disparó por la espalda.

Meg asintió.

—Sí. Sí, eso tiene sentido.

—Y mira.

T.J. movió la puerta para que Meg pudiera tener una perspectiva lateral. Había dos ganchos metálicos para toallas en la parte superior. El cuerpo de Nathan se balanceó ligeramente cuando T.J. detuvo el movimiento de la puerta y Meg pudo ver con claridad a lo que se

refería. Habían colgado a Nathan de los ganchos. Su sudadera estaba enganchada en el toallero.

—El primer disparo debió matarlo —continuó T.J.—. Luego lo colgaron aquí y le dispararon de nuevo, puede que con la misma flecha, a quemarropa, en el corazón.

El corazón. Aquello era lo que había estado palpitando en la mente de Meg. Un disparo en el corazón.

—Oh, Dios mío.

—¿Qué?

El texto. Las muertes. Una nota de suicidio escrita en el dorso de una partitura musical. La imagen de un mazo

de juez igual que el que se emplea en el equipo de debate. Problemas matemáticos deslizándose por la pantalla. «La venganza es mía».

El coro. El equipo de debate. Un chico al que la autora del diario le daba clases de álgebra y su estúpido amigo.

Meg se llevó una mano temblorosa al bolsillo y tocó el diario. Dios, ¿podría ser? Lori, Vivian, Nathan, Kenny, ¿podría ser que todas las víctimas hubieran aparecido en el diario de Claire?

Era una locura, y, sin embargo, todo tenía sentido. Lori, Vivian y Nathan estaban relacionados con Claire. No

podía ser una coincidencia, no con todas aquellas evidencias delante de sus narices. Nathan era la prueba final.

Se rio en una repentina liberación de su miedo y su frustración.

T.J. la agarró por los hombros.

—¿Meg?

Tenía la respuesta. Tenía la clave para explicar los crímenes. Se giró sobre sus talones, contemplando el diámetro completo de la habitación.

—¿Qué te pasa?

—Tú no lo entiendes —dijo, intentando controlar su risa histérica.

—Tienes razón, no lo entiendo.

Meg respiró hondo.

—Sé qué significa el poema.

T.J. inclinó su cabeza hacia ella.

—¿Qué poema?

Meg señaló hacia el espejo.

—Esa frase. Es parte de un poema. Lo hemos estado recibiendo por fragmentos, así que no lo reconocí inmediatamente.

—¿Recibiéndolo por fragmentos?

Mía es la venganza y la retribución.

A su debido tiempo, su pie resbalará.

Pues la hora de su desgracia está cerca.

Y el día de su perdición se aproxima.

Los ojos de T.J. fueron del espejo a Meg.

—¿De qué estás hablando?

Meg lo miró directamente a los ojos. Sacó el diario de su bolsillo y se lo mostró.

—Sé quién es el asesino.

VEINTISIETE

T.J. quería que Meg le diera una explicación sobre el diario allí y de inmediato… en la habitación de una casa llena de cadáveres. Afortunadamente, el cerebro de Meg volvía a estar a pleno funcionamiento y había recuperado la sensatez. Era gracioso: de repente se sentía despejada, su mente iba a mil por hora cuando poco antes había estado a punto de encogerse sobre sí misma en posición fetal, cerrar los ojos con fuerza para no aceptar la realidad de lo que estaba

ocurriendo y rezar por despertar de aquella horrible pesadilla.

Dicho eso, ni por asomo iba a sentarse tranquilamente a la mesa de la cocina de la Casa Llena de Gente Muerta y empezar a diseccionar el diario de un asesino mientras seguía rodeada de sus víctimas. Ni pensarlo.

A pesar de su ansia por saber de qué estaba hablando Meg, T.J. aceptó que tenía razón en querer salir de la casa tan rápido como fuera posible. Así que, después de una pequeña incursión en la cocina para buscar y encontrar una linterna y unas pilas, Meg y T.J. pusieron tierra de por medio y abandonaron la

casa de los Taylor todo lo rápido que les permitió el clima y la penumbra del anochecer.

Tras cruzar el istmo traicionero, T.J. comenzó a ascender la escalinata hacia White Rock House, pero Meg lo detuvo.

—¿Qué? —preguntó él, alumbrándole el rostro con la linterna. Meg pudo ver las gotas de lluvia atravesando el haz de luz.

—No podemos volver —dijo, entrecerrando los ojos ante la luz—. Todavía no.

T.J. soltó un sonoro suspiro.

—¿Por qué?

—Porque —respondió, dirigiendo

una mirada cargada de significado hacia la casa— el asesino… podría estar ahí. —Estuvo a punto de utilizar el presente: «está ahí», pero decidió no hacerlo para evitar la sensación de pánico que esa frase produciría, especialmente en su propio ánimo. Tenía miedo de las consecuencias de su descubrimiento y necesitaba conocer la opinión de T.J. al respecto antes de llegar a ninguna conclusión.

T.J. pareció comprenderla.

—Vale —dijo, con tono calmado—. Vamos a la caseta del embarcadero.

Tomaron la ruta corta que iba por la playa y entre los árboles hasta la caseta.

Con el sol ya desaparecido por completo, más allá del horizonte, había vuelto el frío gélido y, aunque la caseta ofrecía un cierto alivio contra la incesante llovizna, Meg seguía temblando cuando T.J. y ella se acurrucaron con la linterna.

—Suéltalo —le dijo T.J., sin rodeos.

Meg percibió la tensión en su voz.

—Esta mañana he encontrado esto. —Se llevó la mano al bolsillo y sacó el diario.

—¿Dónde?

—En mi habitación. Creía que era el mío, pero… no lo es. —Abrió el cuaderno por la primera página y lo

sostuvo ante la luz.

—¿Este cuaderno es tuyo? —leyó T.J., en voz alta—: ¿No? «Entonces deja de leerlo. Ahora». —Levantó la mirada hacia ella y, a pesar del agotamiento y el estrés, le dirigió una media sonrisa—. Seguro que seguiste leyendo.

—Muy gracioso —repuso Meg. El hecho de que él pudiera aún tener ánimos de decir algo divertido en la situación en la que se encontraban reforzó su valor—. Pero la cosa se vuelve todavía más extraña. —Pasó dos páginas y le mostró el punto en que la cita aparecía copiada en el centro de la hoja.

—Y el día de su perdición se aproxima. —T.J. la miró de nuevo—. El poema que recitaste en la casa de los Taylor, ¿verdad? ¿Cómo encaja con todo lo demás?

—Es una cita de la Biblia que comienza con: «Mía es la venganza».

Aunque estaban en penumbra, Meg pudo ver que los ojos de T.J. se abrían como platos.

—El vídeo.

—Sí.

—Mierda.

—Lo sé.

—Entonces, quienquiera que esté detrás de nosotros, ¿escribió esto?

Meg se mordió el labio.

—Ehh…

—¿Qué?

Resultaba demasiado imposible, demasiado estrafalario para creerlo. No había opción de que Claire fuera la asesina, puesto que llevaba tres meses muerta. Y, sin embargo, todo apuntaba en esa dirección. Uff. Meg no podía confiar en su propio instinto. Necesitaba la opinión imparcial de T.J.

—Léelo tú mismo.

—Bien. —T.J. abrió el cuaderno en sus manos. Lo acercó a la luz para examinar las tapas y luego lo abrió por la primera anotación. Meg permaneció

sentada en silencio a su lado, mientras él leía las primeras páginas. Lo detuvo en el punto en el que algunas hojas habían sido arrancadas, cubriendo la foto de Claire con su mano y arrebatándole el diario. No quería que la viera. Todavía no.

—De acuerdo —dijo T.J.—. Esta chica tenía varios problemas que necesitaba resolver. ¿Qué tiene eso que ver con nosotros?

—¿No lo ves? —le preguntó—. Es como una lista de víctimas. La cantante. La traidora con dos caras. El chico rompecorazones.

—Mira —le cortó el otro—. Sé que

antes estábamos hablando teóricamente, pero la muerte de Vivian tuvo que ser un accidente. Tú casi te caíste justo en el mismo lugar.

—¡T.J.! —Meg perdió la paciencia—. Los dos vimos que la barandilla estaba cortada. No fue un accidente.

T.J. no se quedó convencido:

—Podría haberlo sido.

—Pero no lo fue —insistió Meg, con la boca seca—. Escucha, Lori era cantante.

—Sí.

Meg miró fijamente la oscuridad que los envolvía.

—Y, definitivamente, Vivian era un

mal bicho, e incluso Lori llegó a decir que sería capaz de matar a su propia madre si así conseguía la mejor nota o ganaba alguna competición. Y ¿no te acuerdas de lo que dijo Nathan durante la cena? ¿Aquello de haber engañado a una pobre chica para que le ayudase a aprobar álgebra?

—¿Y? —Estaba claro que T.J. no había llegado a las mismas conclusiones que ella.

—¿No lo entiendes? —dijo Meg. ¿Por qué se mostraba tan obtuso?—. Lori era cantante. El diario habla de una cantante que le arrebató el papel de solista a la autora.

—Vale —aceptó T.J. de mala gana.

—Y a Lori la estrangularon. Con un nudo corredizo que le rompió las cuerdas vocales.

—Eso solo es una coincidencia.

—¿Sí? ¿Fue una coincidencia que su nota de suicidio estuviera escrita en la partitura de su canción en su último concierto?

—Ehh… —T.J. se mordió el labio —. ¿Qué más?

—Luego Vivian —continuó Meg, a toda prisa, como si temiera olvidarse de lo que quería decir antes de llegar al final—. Un auténtico fastidio y completamente egoísta.

—Ey —sonrió T.J.—. No te cortes.

Meg frunció el ceño.

—¿Has acabado?

—Puede.

—No es el momento más oportuno para sarcasmos.

—Estás guapísima cuando te enfadas.

Meg puso los ojos en blanco.

—¡Venga! Esto es importante.

T.J. se echó hacia atrás y cruzó las piernas.

—Vale, vale. Sigue.

—El diario habla de alguien que le dio a la autora una puñalada trapera y la echó del equipo de debate. ¿Y

casualmente a Vivian la empalaron por la espalda? —No esperó a que T.J. respondiera—. Después, Nathan. El rompecorazones. La autora del diario dijo que esperaba que el chico que le había roto el corazón sufriera el mismo destino. Y a Nathan le han disparado en el corazón.

T.J. negó con la cabeza.

—Pero en el diario la autora y El Chico son muy felices. No se menciona para nada que él sea un rompecorazones.

Eso era cierto, Meg no podía negarlo. Pero si «El Chico» y Nathan eran la misma persona, el diario relataría la misma historia que Nathan

había contado en la cena, la de que había engañado a una pobre chica para que le ayudase a copiar en el examen de álgebra haciéndole creer que estaba enamorado de ella.

Solo había una forma de averiguarlo. Meg fue a la siguiente anotación y comenzó a leer en voz alta:

Esto no puede estar pasando. Ha sido ella, sé que ha sido ella. La zorra que me apuñaló por la espalda debe haberle dicho algo.

Ayer tuvimos el gran examen, el examen que tanto habíamos preparado. Hice algo que no debería haber hecho, pero solo quería que él aprobase, ¿entiendes? Anoche le envié un mensaje de texto preguntándole cómo creía que le había salido. No respondió, así que lo

llamé y no respondió al teléfono. Después de eso, hoy no lo he visto por ninguna parte, pero me he encontrado a su mejor amigo y le he dicho que quería hablar con él y que si El Chico podría venir cuando terminasen las clases al sitio de siempre. Su amigo hizo un gesto con la cabeza como para decir que sí, pero ni siquiera me miró a la cara. Y después de clase… El Chico no apareció.

Meg tragó saliva, tratando de controlar la emoción que dominaba su voz. Podía sentir el dolor que emanaba de aquella página. El tono de aquellas palabras era desesperado. La caligrafía era cada vez más y más errática a medida que el texto avanzaba, de manera que en la última línea las palabras se

juntaban unas con otras y las letras resultaban casi ininteligibles. Daba la impresión de que aquel fragmento había sido escrito durante un ataque de auténtica desesperanza.

Se me está rompiendo el corazón. ¡¡¡Siento como si me lo hubieran arrebatado todo!!! Apuesto a que su mejor amigo no le dijo que le estaba esperando. Idiota. Alguien debería darle bien fuerte en la cabeza. Tiene que ser eso lo que ha pasado. Él no me habría dejado tirada.

Él no lo haría si supiera el daño que me estaba haciendo. ¿Sabe cómo me siento? ¿Sabe lo que se siente cuando te arrancan el corazón del pecho? Ojalá alguien le hiciese ver cómo duele.

VEINTIOCHO

T.J. estiró el cuello cuando Meg terminó la lectura:

—¿Darle en la cabeza? ¿Y un corazón arrancado?

—Sí.

T.J. se quedó con la boca abierta.

—¿Estás diciendo que todos han sido asesinados de un modo predeterminado?

Por fin.

—Eso es exactamente lo que estoy diciendo.

—Mmm… —T.J. se rascó la pierna

a través de los vaqueros y luego negó con la cabeza—: No cuadra. Quiero decir, ¿qué hizo el asesino: convencer a Lori para que se colgase ella misma y luego tener la suerte de que Vivian cayera sobre el trozo de madera que se le clavó en la espalda?

¿Se mostraba tan corto adrede?

—T.J., eres tú quien me ha dicho hace un rato que parecía que a Nathan le habían disparado primero en el estómago y que luego le habían atravesado el corazón.

—Sí, para asegurarse de que estaba muerto.

—O para seguir un patrón. Y la

muerte de Vivian podría ser lo mismo. Nosotros no somos la Policía. No sabemos cómo murió realmente. Puede que se rompiese el cuello al caer y que luego el asesino colocase el cadáver de acuerdo con su plan.

Sonó plausible, no solo porque Meg había visto demasiados episodios de *Dexter*. Y mientras observaba cómo T.J. absorbía toda aquella información, lo vio intentando resistirse a aceptar la idea de que ella tenía razón.

—Todos los que iban al Mariner están muertos. Pero ¿cómo encajamos el resto de nosotros?

Meg sostuvo en alto el diario.

—Puede que… Puede que aparezcamos todos aquí.

T.J. la miró a los ojos. Ya fuera por la tensión o por la escasa iluminación, parecía haber envejecido veinte años. Su frente se había poblado de arrugas de preocupación, alrededor de su boca y su nariz se habían formado profundas marcas en forma de arcos y sus labios carnosos se habían convertido en una delgada línea.

—Dijiste que sabías quién era el asesino. En la casa.

—Creo… —Meg se mordió el labio. Iba a parecer una loca si le decía a T.J. lo que realmente pensaba—. Creo

que el asesino conocía este diario.

—Y ¿lo está utilizando para vengarse o algo?

—Sí.

—Pero ¿quién es?

De nuevo, Meg se plantó antes de pronunciar la respuesta. Todo le parecía demasiado irreal. Claire Hicks no podía ser la asesina. Pero, entonces, ¿quién estaba dándoles caza?

—Tal vez deberíamos leerlo juntos —dijo.

—De acuerdo —asintió T.J.—. Pero tenemos que leerlo rápido. Nos están esperando.

—Bien.

Lee rápido. Sin presión, se dijo Meg.

Abrió el diario por la siguiente anotación, inclinó la cabeza cerca de la de T.J. y comenzaron a leer.

Primer día en el nuevo instituto.

Ajá.

Nuevo instituto. Debía referirse al Kamiak. Claire había empezado a ir en otoño, Meg recordaba los rumores que decían que ya había estado en cinco o seis institutos diferentes. Al parecer, habían sido dos. Había estado en el Mariner antes de cambiarse al Kamiak. Pero ¿y antes? Seguía siendo un

misterio.

Tres institutos en dos años. Eso tiene que ser algún récord en el Libro Guinness de los Bichos Raros. Mi madre y Bob cada vez creen que, de verdad, todo será diferente. Yo también lo creí. Pero ahora no. Ahora sé la verdad. Ni siquiera tiene sentido volver a intentarlo.

Y estoy bastante segura de que el pasado me persigue. Ayer vi a alguien de segundo. Eso fue hace dos institutos, pero parece que ha pasado una vida entera. Y ella ni siquiera me reconoció. O, al menos, fingió no hacerlo.

¿Por qué habría de hacerlo? Yo no significaba nada para ella. Solo un chivo expiatorio para que pudiese conseguir su sobresaliente en física. Apuesto a que no esperaba volver a verme desde que me pasé al Mariner.

Ella no es la única que me persigue. Hoy he

visto a aquel idiota de la clase de educación física. No tengo ni idea de qué estaba haciendo aquí, aparte de intentar arruinarme la vida en otro instituto. Nunca llegué a entender por qué me convirtió en el centro de todas sus bromas. Recuerdo cada una de sus gracias. Se me han quedado grabadas en la memoria para siempre.

«Eh, monstruo, ¿qué tal el circo?».

«¿Qué tal es el menú en el manicomio?».

«Cuando vas al zoo, ¿te tienen miedo los animales?».

Quiero que se trague esas palabras. Él y su estúpido pelo rubio teñido. ¿En serio? ¿Yo soy el bicho raro?

Meg jadeó. Tragarse las palabras…

—¿Qué? —preguntó T.J.

—El chico rubio.

—¿Ben?

—Sí.

T.J. sacudió la cabeza.

—Estaba pensando lo mismo —dijo.

¿Qué probabilidades hay de que los vea a los dos en cuestión de dos días? Es como una broma pesada. A él puedo ignorarlo, pero tenía ganas de abalanzarme sobre ella y abofetearla. O sea, no fue culpa mía que me tocara de pareja para trabajar en el laboratorio de física. Yo no la habría escogido a ella, eso por descontado. Pero nos emparejaron y se suponía que teníamos que colaborar. Trabajar en equipo. No que una tomara las decisiones y la otra se limitara a asentir. Que es lo que ella quería.

Hasta que todo salió mal. Le dije que tal y como había colocado los circuitos no funcionarían, pero ¿me prestó atención? No. Al parecer, ella fue la única que se sorprendió

cuando la bombilla no se encendió y suspendimos el proyecto.

Fue a hablar con el profesor y me echó todas las culpas. Consiguió rehacer su experimento. Y lo aprobó. Yo me quedé con el suspenso.

¿Cómo pudieron creerla? El profesor ni siquiera se molestó en preguntarme. ¿Cómo puede ser eso justo? Tom dijo que era una conspiración, pero sea lo que sea, da asco.

—Mierda —soltó T.J., y pasó a la página siguiente—. ¿Una conspiración en una clase de física en el instituto?

—La única conspiración es que nos obliguen a estudiar física.

—Genial —dijo T.J. con una breve sonrisa—. ¿Tienes idea de a quién se

refiere?

Meg negó con un gesto.

—Sigamos leyendo.

Es él. Lo sé.

Aquí todo el mundo hace como si no me viese, pero él es diferente. A veces me sonríe. Me ve. Creo que le gustaría hablar conmigo pero que sus amigos no lo verían bien.

Solo necesito encontrármelo a solas, sin sus amigos, y quizá entonces no tendría miedo. Quizá entonces podríamos hablar.

Meg volvía a sentir empatía por aquella chica. La recordó con su pelo sucio, su tristeza y su dolor. Le costaba creer que alguno de los chicos del instituto hubiera mostrado interés por

ella, pero daba la impresión de que la chica pensaba realmente que sí había ocurrido. Tal vez fuese lo mismo que había sucedido con Nathan. Meg se preguntó de cuál de los chicos del Kamiak estaba hablando.

T.J. pasó la página.

Todo es siempre igual. Nada cambia.

Le ha pedido a otra que vaya con él a la fiesta de bienvenida. Llevo días intentando pillarlo a solas. Le he esperado frente a los vestuarios de los chicos después del entrenamiento. Me he sentado al lado de su coche después de un partido. Pero él siempre estaba con alguien.

Hoy me he escondido en la copistería a esperar. Siempre va los jueves, a tercera hora.

Pero, como siempre, iba con alguien. Ese estúpido amigo suyo. No me vieron pero oí lo que decían:

—Tengo una cita para la fiesta.

Su amigo se rio.

—¿Ese bicho raro con el pelo asqueroso que siempre te está siguiendo? Colega, esa chica no está bien de la cabeza.

—No, no lo está.

—Bueno. Preferiría pegarme un tiro antes que tener que llevar a esa tía a la fiesta.

¿Bicho raro con el pelo asqueroso? Esa soy yo. ¡Era de mí de quien estaba hablando su amigo! Saboteándome. Ahora él nunca dejará de pensar en mí como la loca que le sigue por todas partes. ¡¡¡NO ES JUSTO!!!

Ahora tengo que hacerles frente. Probablemente irán después del baile a alguna de las hogueras de la playa. Los encontraré y les plantaré cara.

T.J. emitió un gemido.

—Oh, Dios mío.

—¿Qué?

T.J. le dio la mano.

—Dijiste que sabías quién era el asesino.

—Sí.

—¿Crees que es la misma persona que escribió este diario?

Meg se mordió el labio.

—O alguien que sabe lo que pone en el diario.

—Meg. —T.J. tiró de su mano para acercársela al pecho—. Meg, yo sé quién escribió esto.

Meg no se había esperado aquello.

No le había hablado de la fotografía.

—¿Cómo lo sabes?

—La copistería. Ese era yo. Voy todos los jueves antes de que empiece la clase de tercera hora para fotocopiar las actividades de la clase de liderazgo. La semana de la fiesta, Gunner me acompañó. Le conté que te había pedido que vinieras conmigo.

—Oh, mierda.

—Ella debía de estar allí. Es decir, la había visto rondando mi coche y todo eso, pero después de lo que les pasó a Bobby y a Tiffany era más seguro mantenerse bien lejos de ella, ¿sabes?

—Oh, Dios. —La revelación hizo

mella en Meg. Si T.J. era el chico del que hablaba la autora del diario, eso significaba que la chica a la que iba a hacerle frente, la chica de la que iba a vengarse… era ella.

—Pero es imposible —dijo T.J., pasándose una mano por la cabeza—. No puede ser ella…

—Porque está muerta —dijo Meg.

T.J. levantó la cabeza.

—¿Sabes quién es?

Meg asintió. Pasó varias páginas hacia atrás hasta llegar a la foto:

—Claire Hicks.

VEINTINUEVE

T.J. se incorporó de un salto.

—Si Claire está en la isla, tenemos que volver a la casa para avisar a los demás.

—Para, no nos volvamos locos —dijo Meg, esforzándose por dominar su miedo—. No puede ser Claire.

—¿Por qué no?

—¡Vamos! ¿Qué crees, que su fantasma ha regresado desde la tumba o algo así?

—No, claro —repuso T.J.—. Pero ¿cómo sabemos que está realmente

muerta?

—Esquela. Funeral. Vamos, lo normal.

—Todo eso es circunstancial. ¿Fuiste al funeral? ¿Viste su cadáver?

Meg lo miró de soslayo.

—Crees que fingió su muerte.

—Solo digo que es posible.

Meg entrecerró los ojos para ver mejor en la oscuridad e intentar leer los pensamientos de T.J. ¿Le estaba tomando el pelo? Sugerir que Claire Hicks había fingido de algún modo su suicidio y ahora se vengaba de la gente que le había causado algún mal en su vida era pasarse de la raya incluso para una

escritora. Pero al ver cómo se frotaba la frente con el dedo índice mientras contemplaba el diario, se convenció de que T.J. realmente creía que Claire podría estar detrás de todo aquello.

¿Y ella? No, ella no llegaba tan lejos.

—Bien —dijo—. Vamos a suponer por un momento que es Claire.

—Bien.

—Lori, Vivian, Nathan y Kenny la conocían del instituto Mariner. Los cuatro. Y ella estaba, obviamente, enamorada de ti, así que entiendo por qué podría odiarme a mí, pero… No sé. ¿Por qué querría vengarse de ti? ¿O de

Minnie y de Gunner?

T.J. se pasó la mano por la boca, pero no dijo nada.

—¿Apareció aquel día, como dijo que iba a hacer? ¿Se presentó en la fiesta?

T.J. desvió la mirada.

—Algo así.

—¿Algo así? —La fiesta de bienvenida. Todo el mundo estaba siempre hablando de lo que había ocurrido esa noche, y Meg siempre hacía oídos sordos porque el solo recuerdo le hacía sentirse mal. Pero, de pronto, no había otra cosa que quisiera más que saber lo que había sucedido.

Todavía quedaba una anotación del diario por leer. Puede que en ella estuvieran las respuestas. Meg abrió el cuaderno y fue hasta la última entrada.

—¿Qué haces? —le preguntó T.J. Parecía preocupado.

—Hay más —contestó Meg, colocando la página bajo la luz—. Necesito saber qué pasó.

—Meg… —empezó a decir T.J.

—¿Sí?

Los ojos de T.J. se encontraron por un instante con los suyos. Tenía la cara descompuesta, casi como si sintiera un dolor insoportable.

—¿Qué ocurre?

—Nada —dijo él. Se pasó el dorso de la mano por la frente—. Léelo en voz alta.

Esto es el fin.

Y ahora estoy preparada.

Puedo soportar sus burlas, su esnobismo, sus grupitos. Puedo soportar ser una paria. Nunca he querido su amistad. Solo me presenté en la hoguera para reclamar mis derechos sobre T.J. Meg Pritchard tiene que entenderlo.

No llegué a verla allí. Debía de estar escondida, porque lanzó a su pitbull contra mí. Esa bruja rubia. Me humilló delante de él y…

Meg pasó la página, pero no había nada más. Ni una palabra. Solo un trozo dentado de papel.

Habían arrancado la última hoja del diario.

—¡Mierda! —exclamó Meg.

T.J. dejó caer la cabeza entre las manos.

—No nos hace falta. Puedo contarte exactamente lo que pasó.

A Meg le temblaban las manos cuando pasó la hoja hacia atrás y releyó la última línea. Esa bruja rubia. Solo podía ser una persona.

—Se refiere a Minnie, ¿no es cierto?

T.J. asintió.

—Para entonces, ya se había bebido seis cervezas ella sola. Y ya sabes cómo se pone cuando bebe.

—Desde luego.

—Pero… —T.J. se puso de repente en pie. Comenzó a caminar de un lado a otro delante de las latas de gasolina—. Mira, no es culpa de Minnie. Todos estábamos muy borrachos, Minnie, Gunner y yo. Yo estaba enfadado de verdad, intentando apartarte de mi cabeza. Y Minnie, después de las primeras tres o cuatro cervezas, se puso a tirarme los tejos otra vez. En las mismísimas narices de Gunner.

Meg hizo una mueca de desagrado. No estaba segura de por quién sentía más lástima, si por Minnie o por Gunner.

—Y yo la rechacé. La aparté de la

gente para que nadie pudiera oírnos, pero le dije que nunca iba a salir con ella y que fuese lo que fuese lo que ella creía que había entre nosotros era imaginación suya.

—¿Le dijiste eso?

—Sí. —T.J. se quedó quieto—. Pero creo que eso no hizo más que empeorar las cosas.

Meg podía imaginarse perfectamente la cara de Minnie mientras T.J. le dejaba claro que nunca estarían juntos. Una mezcla de incredulidad y desafío.

—Fue entonces cuando apareció Claire. Cruzó la playa directamente hacia mí y todo pareció quedarse en

silencio. Parecía un fantasma o algo así, con su melena negra ondeando al viento. Creo que ni siquiera vio que Minnie estaba a mi lado. Llegó hasta mí y me soltó: «Quiero que sepas que te quiero y creo que tú sientes lo mismo por mí».

Meg refunfuñó. Sabía lo que venía ahora. Cuando Minnie se sentía dolida arremetía contra todo y contra todos los que estuvieran a su alcance.

—Y Minnie la tomó con ella.

—Como los leones del zoo a la hora de la comida. Fue brutal. Minnie se echó a reír y le dijo a Claire que era una friki y que nadie la querría nunca en la vida. Gunner y yo intentamos llevárnosla,

pero ya era demasiado tarde. Y todo el mundo estaba viendo lo que pasaba. Creo que estaba la mitad del instituto. Claire se puso roja. Yo iba a decir algo, intentar tranquilizarla, pero se dio la vuelta y salió corriendo. —T.J. tragó saliva—. A la mañana siguiente estaba muerta.

—Mierda.

—Pero, Meg —T.J. se arrodilló delante de ella—, yo soy quien tiene la culpa. Debería haberla detenido. O haber ido tras ella. Pero no lo hice. Me quedé allí mirando, igual que los demás. —Hundió la cabeza en el pecho—. Así que esto, todo esto, es culpa mía.

—No lo es —dijo Meg, extendiendo su brazo para acariciarle la mejilla—. No es culpa tuya —repitió—. Claire estaba deprimida, y lo que le había pasado para que estuviese así empezó mucho antes de que te conociera. Este diario lo prueba. Si no hubieses sido tú, habría sido cualquier otro.

—¿Tú crees?

—Primero se enamoró de Nathan. Solo por eso puedo poner en duda su cordura.

T.J. se rio y le estrechó la mano.

—No, quiero decir: ¿crees que podría haber sido cualquiera?

—Sí. Ocurrió porque fuiste amable

con ella. Te fijaste en ella. Eso es… —hizo una pausa, buscando la palabra adecuada— humano. Tú no sabías que ella iba a idealizarte como a un príncipe azul.

—Supongo que no. —T.J. se quedó en silencio por un momento, y luego respiró profundamente—. No puedo creer que sea uno de nosotros.

—Lo sé. —Meg había estado dándole vueltas en su cabeza a la lista de supervivientes. Cinco personas, a cuatro de las cuales las conocía desde hacía años. Simplemente, no le parecía posible.

—Quiero decir —prosiguió T.J.—

que no me habría sorprendido si hubiese sido Nathan. Sé que se supone que no se debe hablar mal de un muerto, pero ese tío era un capullo.

Contra su voluntad, Meg se rio.

—Kenny tenía un lado oscuro.

Meg asintió.

—Y Vivian era fría como un témpano.

—Pero todos ellos están…

—Muertos.

—Sí. —T.J. la miró a los ojos—. Así que supongo que lo único que sabemos de verdad es que nosotros somos inocentes. Hemos estado juntos casi todo el tiempo.

Meg sonrió, pero algo se revolvió en su interior. No habían estado juntos todo el tiempo. Después de que Nathan y Kenny se marchasen, no lo había visto hasta que Minnie había gritado.

T.J. le apretó la mano y le devolvió la sonrisa. Si había una persona en la que pudiese confiar, era él.

Se sentaron en el suelo de la caseta, con las manos entrelazadas, contemplando el diario bajo la luz menguante de la linterna. Meg quería decir algo, una frase de consuelo o esperanza, pero no se le ocurría ninguna. En lugar de eso, se recostó contra él. T.J. le rodeó la cintura con sus brazos y

la atrajo hacia sí. Meg podía oír los latidos de su corazón, fuertes y acompasados, algo normal, algo que estaba vivo. T.J. descansó su cabeza sobre la de ella y se quedaron así, abrazándose el uno al otro.

Meg cerró los ojos y se hizo a la idea de que estaban en otro sitio. En una playa. En su dormitorio. Tumbados en la línea de cincuenta yardas en el campo del instituto Kamiak. En cualquier sitio excepto en la caseta del embarcadero de White Rock House. Casi podía olvidarlo todo. Solo casi.

—Nos estarán esperando —dijo.

T.J. respiró hondo.

—Lo sé.

—¿Se lo contamos?

—Tenemos que hacerlo.

—Y ¿después?

T.J. se apartó de ella.

—No lo sé. De verdad que no lo sé. Pero, pase lo que pase, no voy a alejarme de ti, ¿de acuerdo? Voy a pegarme a ti hasta que llegue el *ferry* mañana.

—¿Lo prometes? —preguntó Meg, utilizando una de las frases favoritas de Minnie.

T.J. sonrió.

—Tendrás que dispararme para librarte de mí.

—Tienes suerte de que no tenga una pistola —dijo Meg y se rio.

—Ya te digo.

Meg recogió el diario y le tendió la linterna; las pilas ya estaban casi agotadas.

—Bien, príncipe azul. Después de ti.

TREINTA

—Tal y como yo lo veo… —empezó a decir T.J., pero se interrumpió para tragar saliva y apretó con fuerza la mano de Meg por debajo de la mesa—. Tal y como nosotros lo vemos, la persona que escribió el diario está detrás… ehh… detrás de todo.

Durante el camino de vuelta a la casa habían decidido no mencionar que el diario podría haber pertenecido a una muerta. A Meg le preocupaba que esa información le provocara un ataque de nervios a Minnie, pero, al final, tampoco

era tan importante.

Lo que tenían que hacer era idear la forma de sobrevivir hasta que llegase la mañana.

Nadie reaccionó, se limitaron a quedarse mirando fijamente el diario, colocado en el centro de la mesa. Parecía que las muertes habían tenido el efecto de adormecer sus sentidos y ralentizar sus reacciones. Meg lo experimentó en su propio cuerpo. Cuando T.J. y ella entraron en la casa, las dos nuevas barras rojas en la pared ya no resultaban tan terroríficas como lo habían sido a primera hora del día. Meg recordaba perfectamente haberlas

examinado, maravillándose ante la quinta de ellas con auténtica concentración, como si fuese una obra de Picasso cuyo significado tuviera que interpretar. Esa barra cortaba de manera perfecta las otras cuatro en diagonal, la habían pintado bien centrada y sin una sola gota de pintura roja que echase a perder su simetría. Había sido hecha con sumo cuidado. Con precisión. Quienquiera que la hubiese pintado no parecía preocupado por la posibilidad de ser descubierto. Se había tomado su tiempo.

T.J. llamó a Gunner, a Minnie y a Kumiko para que bajasen al vestíbulo y

todos reaccionaron más o menos igual. Sin histerias. Sin pánico. Meg vio que todos tenían la misma mirada embotada. De resignación.

La muerte se había convertido en algo normal.

Kumiko fue la primera en romper el silencio:

—¿En serio? —Cruzó los brazos sobre el pecho y entrecerró los ojos—. ¿No es acaso la explicación más lógica que uno de nosotros sea el asesino?

Meg se estremeció. Por supuesto que era la explicación más lógica. El primer pensamiento que había surgido en la mente de todos. Pero viendo a las cinco

personas que en aquel momento estaban reunidas alrededor de la mesa del comedor, iluminada únicamente con una linterna a pilas y media docena de velas, la idea parecía absurda.

T.J. mantuvo la calma:

—Eso ya lo hemos hablado.

—Que lo hayamos hablado no significa que no sea cierto.

—Y, entonces, ¿quién? —preguntó T.J.—. ¿Mi mejor amigo? ¿La mejor amiga de Meg? ¿Tú?

Kumiko no respondió.

—Conozco a Gunner desde que tenía diez años. Meg, ¿cuándo os conocisteis tú y Minnie?

—En séptimo —respondió Meg, con una sonrisa dirigida hacia Minnie, pero ella no estaba mirando.

Kumiko frunció los labios. Estaba claro que no aceptaba la teoría de T.J.

—Por hacer la gracia, quiero demostrar que cualquiera de nosotros podría haber cometido estos asesinatos —dijo, paseando la mirada por toda la mesa y deteniéndose en cada uno de ellos—. Cualquiera de nosotros, insisto.

—Pero yo estaba contigo —dijo Gunner—. En el momento en que se cometieron casi todos, creo…

Meg vio cómo Kumiko ponía los ojos en blanco.

—Sí, pero hablando con lógica, nadie aparte de nosotros puede confirmar eso.

—Bueno, Meg y yo estábamos juntos cuando Vivian fue asesinada —dijo T.J., acariciando la rodilla de Meg por debajo de la mesa—. Puede que no nos creáis, pero yo sé que nosotros no somos culpables.

Meg abrió la boca para apoyarle, pero se contuvo. Sí, habían estado juntos la mayor parte de aquella mañana. Durante el peligroso descenso hasta la caseta en medio de la mayor tormenta del siglo y todo eso. Pero había habido un momento en el que no lo habían

estado. Solo unos minutos, cuando T.J. había vuelto a la casa a buscar las linternas. Habría sido tiempo suficiente…

T.J. se dio cuenta de que Meg lo estaba mirando fijamente. Sus ojos resultaban tan dulces y dignos de confianza que ella olvidó sus dudas. Estaba siendo ridícula. La tensión de todo el día la había vuelto paranoica.

—La cuestión es —dijo T.J., mirando aún a Meg— que todos confiamos en los demás.

—Habla por ti.

Meg necesitó unos segundos para caer en la cuenta de que quien había

hablado no era Kumiko.

Era Minnie.

Gunner fue el primero en reaccionar:

—¿Cómo?

—Me has oído, Gun —le soltó Minnie, con la voz cortante como una cuchilla—. No confío en ti para nada. Y lo mismo va también por todos los demás. —Echó la silla hacia atrás y se puso en pie.

—¡Minnie! —exclamó Meg.

—¿Qué? —se rio Minnie, con una risa fría y estridente—. ¿Crees que confío en ti?

Meg se irguió.

—Sí, por supuesto que sí.

A Minnie no pareció convencerle la respuesta.

—¿Por qué?

Buff, no lo sé. ¿Quizá porque soy la única que conoce tus secretos?

—Soy tu mejor amiga.

—¿De verdad? ¿Tú eres mi mejor amiga?

—Por supuesto.

Minnie se inclinó hacia delante sobre la mesa.

—Entonces, ¿por qué has estado intentando robarme a mi novio?

¿Había perdido la cabeza?

Kumiko se reclinó sobre Gunner.

—¿También le gustas a ella? —

murmuró.

Gunner le pasó el brazo por la espalda.

—Ehh… pues… Espera, ¿es eso cierto?

—No —respondió Meg. Puede que ya no estuviese segura de muchos aspectos de su vida, pero su desinterés por Gunner no entraba en el lote—. No, no me gustas.

—No me refiero a ese novio —dijo Minnie. Señaló a T.J. sin mirarlo—. Sino a ese.

Meg sintió que su cara se quedaba lívida. Pensó en los besos que se habían dado T.J. y ella y sintió una punzada de

culpa. Sabía desde hacía años que Minnie estaba enamorada de él. Por eso había intentando apartarlo de su mente. Sin suerte.

—¿Novio? —preguntó T.J.

—Sí —dijo Minnie.

—Minnie, nunca he sido tu novio.

Minnie rodeó la mesa y le acarició el hombro con la punta de los dedos.

—Deberías haberlo sido.

T.J. se estremeció y se apartó de ella.

—Minnie, yo nunca podría ser tu novio. —Su voz sonó áspera—. Jamás.

—¿Lo ves? —dijo ella—. Estás enfadado. Eso significa que te importo.

—Le puso la mano en el pecho.

—Apártate de mí —dijo T.J., quitándole el brazo—. Tú estás loca de atar.

—No está loca —dijo Meg, en un acto reflejo. Estaba tan acostumbrada a defender a Minnie que ni siquiera cayó en la cuenta de que había vuelto a hacerlo.

—¡No la defiendas! —estalló T.J.—. ¿Por qué siempre la defiendes? Ella no hace otra cosa que tratarte como escoria.

—No es culpa suya, ¿vale? —Ahí estaba otra vez, poniéndose del lado de Minnie. ¿Por qué nunca pasaba al revés?

T.J. se levantó enfurecido.

—¡Por Dios santo! —Se recostó contra la pared y cruzó los brazos.

Minnie lo imitó, y cruzó también los brazos sobre su pecho.

—Solo era agradable conmigo para poder liarse contigo. Me ha saboteado.

T.J. soltó una carcajada:

—Esa es la cosa más estúpida que he oído en mi vida.

—¿Ah, sí? —le soltó Minnie, con voz chillona y tensa—. Entonces, ¿por qué difundió el rumor de que le habías pedido que fuese contigo al baile de bienvenida?

—¡Eh! —exclamó Meg—. Yo no difundí ningún rumor.

T.J. miró fijamente a Minnie:

—¿Tal vez porque le pedí que viniera conmigo al baile?

Minnie abrió los ojos como platos. Giró sobre sus talones y miró a Meg.

—Lo sabía. Sabía que me estabas mintiendo. Me dijiste que no te lo había pedido.

Ahora la sangre regresó a la cara de Meg, que se puso roja como un tomate. Rechazar a T.J. había sido una de las cosas más difíciles que había tenido que hacer, pero Minnie nunca la habría perdonado.

—En realidad, lo que te dije fue que no iba a ir con él. Y no lo hice.

—Meg canceló nuestra cita ese mismo día por la mañana —dijo T.J.

—Sí, pero ella no quería cancelarla —continuó Minnie, sin apartar la mirada de Meg—. Ella quería ir contigo. Estuvo llorando por no poder ir contigo.

T.J. se volvió hacia Meg:

—¿Lloraste?

—¿Cómo lo sab…? —Meg se quedó petrificada. Eso no se lo había contado a Minnie. No se lo había contado a nadie. Solo lo había escrito en su…— Oh, no.

Sintió como si alguien le hubiera dado un puñetazo en el estómago. Experimentó una sensación de vértigo al comprender lo ocurrido.

—Minnie, no me lo puedo creer.

TREINTA Y UNO

Minnie levantó la barbilla con gesto de prepotencia.

—Y ¿qué? si lo hice…

—¿Hacer qué? —preguntó T.J.

Meg explotó:

—¿¿¿HAS LEÍDO MI DIARIO???

—Oh, mierda —susurró Kumiko.

Meg había empleado varios años de su vida en cuidar a Minnie. La había protegido. Se había sacrificado por ella. La escritura era la única vía de escape que tenía, lo único que hacía para sí misma. Minnie sabía perfectamente lo

que el diario significaba para Meg.

—¿Cómo has podido, Minnie? ¿Cómo has podido?

Una expresión de vergüenza y arrepentimiento cruzó el rostro de Minnie y, por un momento, sus ojos vacilaron. Pero entonces vio que T.J. se colocaba justo detrás de Meg y volvió a endurecer su semblante.

—Siempre has tenido celos de mí —dijo, escupiendo cada palabra con rapidez—. Siempre. Chicos, ropa, siempre querías tener lo que era mío.

T.J. levantó los brazos.

—¡Yo nunca fui tuyo!

—Y tratabas de hundirme, de minar

mi confianza. Estaba bien antes de conocerte. No estaba deprimida. No tenía que estar tomándome todas esas pastillas. —Era como si hubiera tomado impulso. Sonrió para sí misma, parecía que le gustara el sonido de su propia voz —. Fuiste tú. Fue todo culpa tuya. Tú me hiciste esto. Pero no pudiste conmigo, Meg Pritchard. Nunca podrás conmigo.

—Estás loca. —Meg no podía dar crédito a lo que estaba escuchando. Las palabras de Minnie tenían el mismo tono que algunas de las anotaciones de Claire en su diario. De hecho, se parecían tanto que daba miedo.

—¿Estoy loca? —gritó Minnie—.

¿Estoy loca? ¿Quién es la que tiene que cantar canciones de Pink delante del espejo solo para reunir ánimos antes de ir a un baile? ¿Quién es la que copia en su diario fragmentos de poemas y se los dedica a chicos con los que ni siquiera tiene el valor de hablar? Es patético.

Meg se ruborizó. Sus más íntimos secretos, los sentimientos, los miedos y los deseos que no había compartido con nadie estaban a la vista de todos. Quería decirle a Minnie que la odiaba, pero las palabras se atascaron en su garganta. Lo único que podía sentir eran las lágrimas inundando sus ojos. Deseó con todas sus fuerzas que nadie se diese cuenta.

Al menos, Minnie no lo hizo:

—Todo lo que haces es recordarme que me tome mis pastillas. «Mins, ¿te has tomado las medicinas? ¿Te has acordado de tus pastillas? Tienes que tomártelas todos los días, ¿recuerdas?». Sí. Lo recuerdo. Recuerdo que era feliz antes de conocerte. Era normal. Era popular. Las pastillas me hacían creer que estaba loca. Tú me hacías creer que no era normal cuando en realidad solo estaba siendo…

—Para ya, Minnie —intervino T.J., colocándose entre ambas—. Para. Necesitas tranquilizarte, ¿de acuerdo?

Meg hundió su cabeza contra la

espalda de T.J. e intentó tomar aire como si alguien la estuviera ahogando.

—¿Tranquilizarme? —repuso Minnie, con voz quebradiza—. ¿Tranquilizarme? Esto es estar tranquila, Thomas Jefferson Fletcher. ¡ESTOY TRANQUILA!

Meg sintió cómo T.J. se estremecía.

—Mira, solo quería decir…

—Creo que he estado totalmente tranquila mientras ella trataba de alejarte de mí. —Minnie se dio la vuelta y retrocedió unos pasos—. Creo que he estado perfectamente tranquila mientras mi mejor amiga intentaba robarme el novio.

—¡YO NO SOY TU NOVIO!

El grito de T.J. retumbó por toda la habitación y pilló a los demás desprevenidos, a juzgar por los jadeos de Gunner y Kumiko. Lentamente, Meg se apartó de T.J., que cogió a Minnie por los hombros y la sacudió.

Minnie echó la cabeza hacia atrás en un gesto de desafío.

—¿No eres mi novio? —dijo—. Entonces, ¿cómo llamas a la noche en la que nos enrollamos?

—Una ilusión. —T.J. le dio un empujón, con visible desagrado—. Sé lo que has estado diciendo. He oído los cotilleos. No sé qué diablos piensas que

ocurrió en aquella fiesta, pero no me acosté contigo. —Se giró y le dio la espalda—. Estaba borracho, pero no tan borracho.

—¿Qué estás di…? —A Minnie, las palabras se le quedaron pegadas a la lengua, al tiempo que su rostro se enrojecía. Empezó a tartamudear, pero T.J. la ignoró. Se volvió hacia Meg y le agarró las manos:

—¿Por eso no querías salir conmigo? ¿Por eso me dabas largas? ¿Por qué creías que me había acostado con Minnie?

Meg bajó la mirada al suelo.

Él le apretó las manos con más

fuerza.

—Lo juro por Dios, Meg. Juro por Dios que nunca me he acostado con ella. Ni con nadie desde hace meses. No he podido pensar en otra cosa que no fueses tú. Traté de olvidarte, pero no pude. Siempre has sido tú. Solo tú.

—¡Mentiroso! —aulló Minnie, abalanzándose y tirando de él para que soltase las manos de Meg—. Está mintiendo. Nos enrollamos en esa fiesta. —Minnie miró a Gunner—. Tú me viste después. Lo sabes.

Gunner miró primero a T.J., luego a Kumiko, y terminó por encogerse de hombros:

—No…, no me acuerdo.

Minnie le dedicó un gesto de desdén y a continuación se volvió hacia Meg:

—Tú lo sabes —le dijo—. Tú me crees.

Meg sintió cómo se le contraían todos los músculos de la cara. Sus cejas se unieron, sus mejillas se encendieron, sus labios dibujaron una mueca tensa. El recuerdo de aquella fiesta era borroso, había sido la primera vez en su vida que se había emborrachado hasta perder el control. Recordaba a Minnie rodeando a T.J. con sus brazos en la escalera. Recordaba que, de repente, los dos desaparecieron. Y recordaba la

sensación de vértigo y vacío ante la idea de que T.J. estuviese acostándose con su mejor amiga en el piso de arriba. Pero no les había llegado a ver entrar juntos en la habitación, y el whisky que se había bebido hizo que no recordase nada más que pequeños fragmentos de la noche.

Meg miró alternativamente a Minnie y a T.J. Ambos le suplicaban con la mirada. Fuera lo que fuera lo que había ocurrido en aquella fiesta, los dos creían que estaban diciendo la verdad.

—Yo… tampoco me acuerdo —balbuceó.

—¡Mentirosos! —Minnie se dejó

caer otra vez en su silla y cruzó los brazos—. Sois todos unos mentirosos.

—No lo hice, Meg —dijo T.J. en voz baja, acariciándole el brazo con sus dedos—. Te juro que no lo hice.

—Te creo —susurró ella. Después de varios meses conviviendo con su propia versión de los hechos, no estaba ahora segura de que lo que decía T.J. fuese la verdad, pero quería que lo fuera.

—Vaya, ¿a que es perfecto? —soltó Minnie, con un suspiro dramático—. Siempre pensando en ti misma, Meg. Nunca en mí.

Meg ya había tenido bastante.

—¿En serio? ¿En serio, Mins? ¿Estamos en el mismo planeta? No hago otra cosa que pensar en tus sentimientos. Todo el tiempo.

Minnie se echó a reír.

—Chorradas.

—No lo son.

—Eso no es lo que escribiste en tu diario.

Meg se preguntó cuánto habría leído.

—Se suponía que no tenías que leerlo.

—¿Ah, sí? Entonces, ¿por qué lo dejaste en mi cama?

—¿Qué?

—Lo dejaste abierto sobre mi cama.

Cuando subí hace un rato a la habitación. Querías que lo encontrase y lo leyese. Igual que querías que encontrase la foto de esa psicópata de Claire Hicks.

Kumiko se estremeció al oír el nombre:

—¿Quién?

—Un bicho raro que iba a nuestro instituto —contestó Minnie, apartándose un mechón de pelo de la cara—. Meg dejó una foto suya en nuestro cuarto para asustarme.

Meg abrió los brazos en un gesto de desesperación y se derrumbó en su silla.

—¡Yo no he hecho nada!

Kumiko seguía interesada:

—¿Has dicho que se llamaba Claire?

—Sí.

—¿Claire Hicks?

Minnie ladeó la cabeza hacia ella:

—¿La conocías?

Meg y T.J. se miraron. ¿Cómo encajaba Kumiko en todo aquello?

—Sí —dijo Kumiko, con un susurro —. Sí, la conocía. Iba conmigo al Roosevelt. —Meg percibió el temblor de su voz.

—Espera. O sea, ¿que también fue a clase contigo? —Había una conexión. Tres institutos, tal y como se decía en el

diario. El Roosevelt, el Mariner y el Kamiak. Con eso quedaban incluidos todos los invitados a la isla.

Kumiko asintió.

—Estaba en mi clase de física en segundo. Fuimos pareja de laboratorio en el examen de electricidad. Ella echó a perder nuestro proyecto y estuve a punto de suspender. Tuve que ir a hablar con el profesor y suplicarle que me dejase volver a hacerlo sola.

T.J. agarró a Meg del brazo.

—¿Has dicho electricidad?

—Sí, ¿por qué?

Meg estiró el brazo y arrastró el diario para acercárselo. En realidad no

quería leerle aquel fragmento a Kumiko, sería como leer una sentencia de muerte a un criminal convicto. Miró a T.J. en busca de su apoyo y le dirigió una sonrisa forzada.

A ver… Tragó saliva y leyó la penúltima anotación en voz alta.

Cuando volvió a alzar la vista, Kumiko estaba temblando.

—Pero…, pero eso es imposible. Nadie más podría saber…

—Exacto —dijo T.J.—. Todas las anotaciones son así.

—Espera —dijo Minnie—. ¿Crees que Claire escribió ese diario?

—¡Pero si está muerta! —exclamó

Gunner, como si esa afirmación eliminase cualquiera otra opción.

—¿Estás seguro de eso? —le preguntó T.J.

Gunner arqueó las cejas.

—Pero… se celebró un funeral.

—¿Estás diciendo que esa friki no está muerta de verdad? —preguntó Minnie.

—Es una posibilidad —dijo T.J., sentándose al lado de Meg—. O alguna otra persona que haya leído el diario lo está utilizando para darnos caza.

Minnie abrió los brazos.

—Pero ¿por qué? Yo nunca le hice nada.

Gunner y T.J. se miraron y luego los dos miraron a Minnie.

—¿No te acuerdas? —inquirió Gunner.

—¿Acordarme de qué?

—Mira —repuso T.J. con firmeza—. No importa. Lo que sí importa es que tenemos dos opciones.

—¿Tantas? —dijo Kumiko.

T.J. ignoró su comentario.

—O bien uno de nosotros es el asesino, o bien hay alguien más en esta casa.

Minnie contuvo el aliento.

—¿Alguien más?

Kumiko soltó un bufido:

—Obviamente.

—Así que, o bien nos encerramos en una habitación y rezamos por sobrevivir hasta que amanezca, cuando se supone que volverá el *ferry*…

—¿O?

—O registramos la casa y descubrimos si de verdad estamos solos.

De nuevo se hizo el silencio. Pero esta vez la atmósfera estaba menos cargada de agresividad. Algo en la argumentación de T.J. había dado en el clavo, aunque era precisamente la parte que no había dicho en voz alta. Podían registrar la casa, y si no encontraban a nadie, al menos sabrían la verdad: uno

de ellos era el asesino.

—¿Estamos todos de acuerdo? ¿Registramos la casa?

Nadie habló, pero cuatro cabezas asintieron a la vez lentamente.

—Muy bien. —T.J. echó su silla hacia atrás—. Deberíamos separarnos. Así iremos más rápido.

—Sí, claro, lo de separarse siempre da un resultado estupendo —dijo Kumiko.

—Yo creo que deberíamos permanecer juntos —corroboró Meg.

T.J. se volvió y la miró.

—¿Sí?

Meg se encogió de hombros.

—Juntos estaremos más seguros.

—De acuerdo —aceptó T.J.—. Empecemos por abajo y luego vamos subiendo.

TREINTA Y DOS

Meg estaba asustada, aterrorizada hasta un punto en el que ya no era capaz de procesar su miedo, y sentía que todos los aspectos de su vida, las relaciones por las cuales se definía a sí misma, iban cayendo uno tras otro.

Los cinco tenían el ánimo por los suelos al registrar la planta baja. T.J. y Gunner dieron una vuelta rápida con la linterna por el patio cubierto. El resplandor azulado del haz de luz bailaba a través de las ventanas del comedor mientras los chicos registraban

el patio. Meg oyó el sonido de ventosa de la nevera al abrirse y cerrarse, y a continuación la luz volvió hacia la puerta.

—Limpio —dijo Gunner.

Nadie dijo nada.

Avanzaron por la cocina, registraron de un vistazo rápido la despensa y el armario donde se guardaban los artículos de limpieza antes de pasar a la sala de estar. Meg y Kumiko llevaban los candelabros de la mesa del comedor. Solo quedaban dos velas encendidas y su llama temblorosa y parpadeante no tenía fuerza suficiente para iluminar toda la habitación, apenas alcanzaba un radio

de dos metros. Mientras examinaban lentamente las estanterías y el aparato de música, se movían todos a una, como si estuvieran haciendo una pantomima de un corredor con diez piernas. Registraron todos los rincones y, aunque no había lugar donde esconderse en aquella habitación en forma de «L», miraron debajo de las mesas y detrás de los sofás, por si acaso.

Las chicas esperaron en el pasillo mientras T.J. y Gunner echaban un vistazo al estudio. Resultaba tremendamente tenebroso estar en aquella casa enorme alumbrándose únicamente con un par de velas. Meg

podía ver las paredes y el suelo, pero los techos eran muy altos y permanecían invisibles detrás de un velo de oscuridad. Cualquiera podría estar allí al acecho y no lo vería. Una imagen repentina apareció ante sus ojos. Claire Hicks, con su pelo negro mal cuidado colgando delante de su cara, y aquellos ojos negros que te miraban fijamente, retándote a que te atrevieses a acercarte a ella.

Sí, tal vez la escasa visibilidad tuviera su parte positiva. Si viese a una chica muerta agazapada en un rincón del vestíbulo probablemente se moriría de miedo. Con un cadáver envuelto en

sábanas a pocos metros de ellos y las paredes, antes inmaculadas, del recibidor ahora pintadas con cinco barras rojas, lo cierto es que a Meg no le apetecía en absoluto que nada semejante ocurriese.

—Todo limpio —dijo Gunner, al salir del estudio con T.J. La linterna iluminó una porción más del pasillo, pero de todos modos Meg no quiso mirar en dirección al vestíbulo de la casa.

—Solo faltan los pisos de arriba —informó T.J. Fue hasta los pies de la escalera y levantó la mirada hacia el oscuro abismo de la torre.

Mientras los cinco contemplaban la negrura inmóvil, Meg casi lamentó su decisión de registrar la casa. Quería meterse en una habitación, atrancar la puerta y no salir hasta que se hiciese de día. Al menos con la luz del día podría ver qué se le venía encima, prefería eso antes que la penumbra que ahora envolvía aquella casa extraña y aislada.

En el rellano de la segunda planta, T.J. se dio la vuelta para mirar a los demás:

—Quizá deberíamos empezar por la buhardilla. Solo nos llevará un minuto y luego podremos concentrarnos más tiempo en el segundo piso.

Kumiko frunció los labios.

—Pero si alguien está escondido en el segundo piso, tendrá la oportunidad de escaparse.

—Que alguien se quede en las escaleras —sugirió T.J.—. Para vigilar.

—De acuerdo.

—Yo me quedaré —dijo Minnie, y le quitó la linterna de la mano a T.J.—. No quiero subir ahí arriba.

Meg y T.J. se miraron. ¿Realmente era Minnie la mejor opción para vigilar?

—Eh, Gun —dijo T.J., y le dio un codazo a su amigo—. Quédate aquí con ella, ¿vale?

Gunner miró a Kumiko en busca de

su aprobación y la chica le hizo un pequeño gesto de asentimiento.

—Bien —dijo él.

Resultaba llamativo cómo habían cambiado las sensaciones que aquella habitación despertaba en Meg en solo veinticuatro horas. Cuando T.J. las había llevado a Minnie y a ella por primera vez, había experimentado un estremecimiento de entusiasmo. Era un lugar sacado de un libro de cuentos, la habitación de la torre para la princesa, una historia romántica con cortinas blancas de gasa. Ahora, solo pensar en subir le provocó náuseas; con una única escalera de acceso, la buhardilla le

pareció más una prisión que una vía de escape.

La habitación estaba tal y como Meg la recordaba. Si Minnie había pasado realmente algún tiempo «durmiendo» allí, desde luego no se había molestado en colocar en su sitio los colchones. Su ropa y sus efectos personales seguían tirados por todas partes, cubrían la estancia como confeti gigante. Pero sus ojos cayeron inmediatamente sobre dos cosas que estaban completamente fuera de lugar. En el sillón del rincón estaba su diario, y ella sabía con toda seguridad que no se encontraba allí la última vez que había estado en la

habitación. Sobre el tocador, la fotografía de Claire estaba de pie en su marco, no tumbada boca abajo como ella la había dejado.

—¿Qué demonios ha pasado aquí? —dijo Kumiko, que fue la última en asomarse por el hueco de la puerta.

Meg bajó la voz.

—Minnie estaba buscando algo.

—¿Forma parte de su personalidad?

Meg se enfureció.

—¡Eh! Es amiga mía.

Incluso a la luz de las velas, Meg pudo ver cómo Kumiko ponía los ojos en blanco.

—Quién lo diría.

Los comentarios sarcásticos de Kumiko estaban poniendo a Meg de los nervios.

—No es por defenderla, pero Minnie no suele ser así, ¿vale? Puedes preguntárselo a tu nuevo novio. Él estaba enamorado de ella, por si lo has olvidado.

—Lo que tú digas. Esa chica no está en su sano juicio.

—Tú tampoco lo estarías si alguien te hubiese robado las medicinas que tienes que tomarte.

T.J. abrió la puerta del armario y luego miró detrás del espejo de pie.

—Escuchad, todos estamos bajo una

gran cantidad de estrés, ¿de acuerdo? Ahora mismo nadie está en su mejor momento. —Se acercó a una de las camas y miró debajo—. Concentrémonos en terminar el registro.

Meg y Kumiko esperaron en silencio mientras él miraba también debajo de la otra cama. No encontraron nada y volvieron a bajar lentamente las escaleras.

—¿Todo bien? —preguntó Gunner. Estaba tan apartado de Minnie como se lo permitía el reducido espacio del rellano.

—Sí —respondió T.J., mientras bajaba. Al pasar al lado de Minnie, le

quitó la linterna de las manos—. Nos falta solo el segundo piso.

Era como estar dentro de uno de esos libros de «elige tu propia aventura». Seis puertas se abrían hacia el rellano: cinco dormitorios y un aseo. A la izquierda estaba el dormitorio principal, que ocupaba toda una esquina de la planta. De las siguientes tres puertas, dos eran dormitorios que daban al sur, uno de ellos con el cadáver de Ben en su interior y el otro el que habían compartido Nathan y Kenny, y entre ambos estaba el cuarto de baño. Al fondo del pasillo había dos habitaciones más que miraban al oeste y al norte,

respectivamente.

—¿Cómo lo hacemos? —preguntó Meg.

—Igual que arriba —contestó T.J.—. Dos comprueban las habitaciones, los demás esperan en las escaleras. ¿Os parece bien?

Todos dijeron que sí en un murmullo.

—Bien —asintió T.J., y se dirigió al dormitorio principal—. ¿Por qué no empiezo…?

—Yo registraré la habitación de Ben —le interrumpió Minnie, y, sin mirar a Meg a los ojos, le quitó la vela y entró en el cuarto.

—Supongo que empezamos por aquí

—dijo Kumiko.

Meg se quedó un instante paralizada al comprender que Minnie se estaba ofreciendo voluntaria para entrar en la habitación donde su último ligue yacía muerto, y enseguida corrió tras ella.

—Minnie, espera.

Minnie estaba al otro lado de la cama, donde habían dejado el cuerpo de Ben. Los ojos de Meg se dirigieron hacia el suelo y vio los pies de Ben, en el lugar en el que llevaba ya horas. Imaginó cómo se sentiría ella si fuese T.J. el que estuviese allí tirado, y sintió un escalofrío.

—Aquí no hay nadie —dijo Minnie,

sin esperar a que nadie le preguntase.

Meg se agachó para mirar debajo de la cama.

—¿Has mirado…?

—¡Ya lo he hecho! —le soltó Minnie.

—Perdona, solo pensé…

—Yo también puedo pensar, ¿sabes? No siempre tienes que ser tú la chica lista.

—Vale, vale. —Meg volvió a levantarse. Cálmate de una vez, Mins—. ¿Y el armario?

—Adelante.

Minnie permaneció inmóvil mientras Meg se dirigía al armario. Abrió

lentamente la puerta, sin estar segura de lo que esperaba ver dentro. Pero lo único que encontró fue la bolsa de lona de Ben en el fondo. Por lo demás, estaba vacío.

Minnie la agarró por el brazo antes de que pudiera siquiera cerrar la puerta:

—Vámonos de aquí.

Kumiko y Gunner salieron del aseo.

—¿Todo limpio? —preguntó Gunner.

—Sí —contestó Meg. Excepto por el cadáver tirado en el suelo, obviamente.

Volvieron a agruparse en el pasillo.

—Bien —dijo T.J., y le cambió a Gunner la linterna por la vela—. Meg y yo comprobaremos el dormitorio

principal, Kumiko y Minnie pueden registrar los otros dos, y Gun, tú vigilas las escaleras. —Esta vez no esperó a que los demás estuviesen de acuerdo, sino que le dio la mano libre a Meg y la guio hacia donde estaba la habitación principal.

—¿De quién es este dormitorio? —preguntó ella.

T.J. cruzó la estancia hacia el tocador.

—De Vivian.

—Qué sorpresa. —Era de esperar que Vivian hubiese exigido la habitación más grande y acogedora de la casa, seguramente convencida de que se la

merecía. Tonta de remate sabelotodo.

Meg contuvo la respiración. Vivian estaba muerta. Había dormido en aquella cama la noche anterior y ahora yacía bajo una lona en una playa de rocas con una rama sobresaliendo de su pecho. Y Meg podía ser la siguiente. O Minnie. O T.J. El pánico volvió a apoderarse de ella. Tenían que salir de allí. Tenían que hacerlo.

—¿Estás bien? —le preguntó T.J.

Meg se estremeció.

—Sí. Sí, estoy bien.

—¿Seguro? ¿Has oído lo que he dicho?

—Ehh… No.

T.J. se giró hacia el tocador y de repente la habitación quedó bañada por una luz naranja.

—Más velas —dijo. Levantó un pequeño candelabro de tres brazos y se lo tendió, dedicándole su sonrisa con hoyuelos—. Por lo menos ahora podemos ver.

Si White Rock House no hubiera contenido tanto horror, a Meg podría haberle gustado aquel dormitorio. Tenía un aire cálido y acogedor. En dos de las paredes había grandes ventanas cubiertas con cortinas de damasco, recogidas con gruesas borlas trenzadas. La cama era probablemente la más

grande que Meg había visto en su vida, con un dosel de cortinas y una cabecera acolchada.

Una enorme chimenea, con dos sillones llenos de cojines a ambos lados, ocupaba casi toda la pared norte. Meg se imaginó a sí misma hecha un ovillo delante del fuego, con un libro entre las manos, mientras la tormenta azotaba los cristales de las ventanas. Meg intentó concentrarse en esa imagen encantadora para intentar olvidar las cinco barras rojas en la pared del piso de abajo y los cinco cadáveres correspondientes.

T.J. se dedicó a abrir los armarios

situados en el otro extremo de la habitación, y Meg se dirigió al cuarto de baño, que conectaba con el dormitorio a través de una puerta de doble hoja. Al verlo, pensó que era más grande que su propia habitación. En el centro había una bañera enorme, rodeada de escalones. La ducha era una jaula de cristal, del tamaño suficiente para que se duchase a la vez toda una familia. Y había dos lavabos de mármol, uno a cada lado.

—¿Algo? —preguntó T.J. desde el dormitorio.

Meg balanceó el candelabro hacia los lados.

—No. —En aquel lugar diáfano no había donde esconderse.

Acababa de girarse para salir cuando sus ojos se posaron en algo que brillaba.

En circunstancias normales, no se habría fijado en un objeto brillante y metálico en un cuarto de baño, pero se fijó porque estaba en la papelera. Una cesta pequeña de plástico con papeles arrugados en su interior, entre los que algo había emitido un destello a la luz de las velas cuando Meg se acercó. Dejó el candelabro en la encimera, se agachó y apartó los papeles.

Debajo de ellos había un llavero.

Con los papeles en una mano, Meg sacó con cuidado las llaves de entre lo demás. De inmediato, reconoció el emblema del llavero. Hacía juego con el que había visto en el timón. Eran las llaves de un barco de pesca.

Por primera vez desde hacía varias horas, Meg sintió que se encendía una llama de esperanza. Tenían un modo de salir de la isla.

El asesino debía de haber escondido las llaves donde creía que nadie las iba a encontrar: en la papelera de la habitación de una muerta. Estaban entre la basura, y si no hubiera sido porque Meg llevaba unas velas cuya luz

parpadeaba y se balanceaba con sus pasos, quizá nunca las habría visto entre todas aquellas hojas de papeles arrugados.

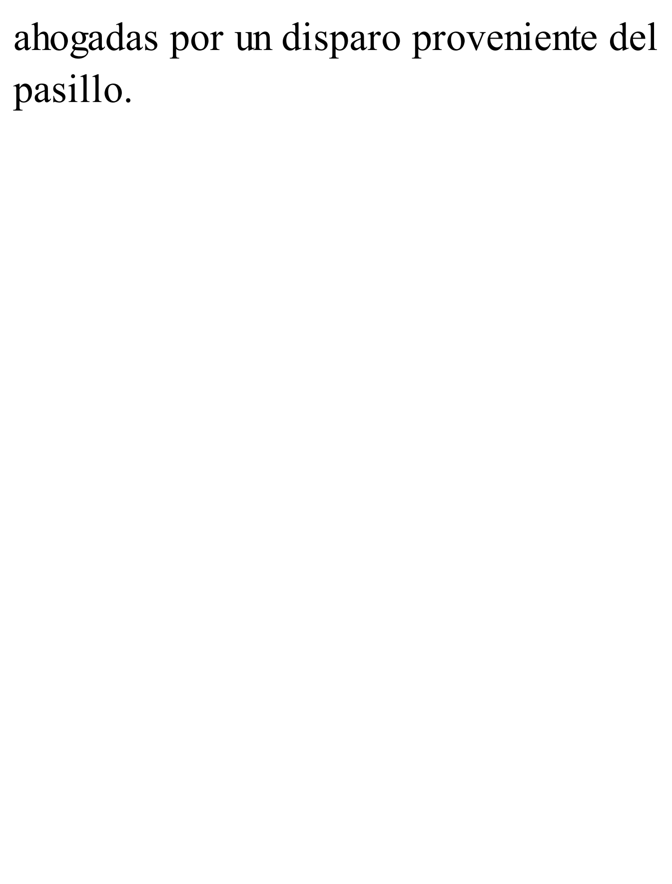
Papel. No se trataba de papel higiénico, sino de hojas gruesas, cuartillas.

Meg tardó un momento en darse cuenta de lo que era. Alisó cuidadosamente una hoja y enseguida vio la letra, que ya le era familiar.

La hoja que faltaba en el diario de Claire.

—¡T.J.! —gritó—. ¡T.J., he encontrado…!

Pero sus palabras quedaron



ahogadas por un disparo proveniente del pasillo.

TREINTA Y TRES

Meg se guardó las llaves y la página del diario en el bolsillo y corrió al dormitorio. T.J. bloqueaba la puerta.

—Oh, Dios mío —dijo.

—¿Qué? —Le apartó el brazo y acto seguido hundió los dedos en su sudadera al ver el cuerpo desplomado en el suelo. Gunner. Tenía los ojos completamente abiertos y una herida de bala en la frente de la que manaba un espeso reguero de sangre que se arqueaba sobre su nariz.

—¡Dios mío! —la voz de Meg fue poco más que un susurro.

—¡Gunner! —Kumiko apareció corriendo por el pasillo y cayó de rodillas junto al cuerpo. Tuvo la fuerza de voluntad de buscarle el pulso, pero, a juzgar por sus sollozos, Meg supuso que ya estaba muerto.

Desvió la mirada en una búsqueda desesperada de Minnie. Había un asesino en la casa, alguien que estaba dándoles caza, y Meg necesitaba proteger a su amiga.

Estaba al fondo del pasillo. Sostenía su vela debajo mismo de su rostro y Meg pudo ver su expresión con bastante claridad. No era de dolor, ni de miedo. No mostraba expresión alguna.

¿Lo había hecho ella? ¿Había matado a Gunner?

Meg movió la cabeza a un lado y a otro para deshacerse de aquella idea. Conocía a Minnie desde que tenían trece años. Con o sin sus pastillas, no era una asesina. A Meg no le podía entrar en la cabeza semejante idea.

Miró a T.J., pero tenía la cabeza baja y los ojos cerrados, como si intentase captar el sentido de algo. Meg siguió su mirada y vio lo que él estaba viendo. Una forma oscura. Y familiar.

Contuvo el aliento.

—La pistola.

Kumiko alzó la cabeza hacia Meg y

la miró a los ojos.

—Has sido tú.

—¿Yo?

La mirada de Kumiko fue de Meg a T.J., y luego a Minnie.

—Uno de vosotros.

—No —dijo Meg. No podía creer que uno de ellos fuese el asesino—. Hay alguien más en la casa. Tiene que haberlo.

—Aquí no hay nadie más —dijo Kumiko—. ¿No lo entiendes? Es uno de nosotros.

Meg se fue hacia atrás.

—No. No, no puedo creerlo.

Los ojos de Kumiko se posaron

alternativamente en los otros tres.

—Cualquiera de vosotros podría haberle disparado y después tirar la pistola al pasillo.

T.J. dio un paso hacia ella.

—Cualquiera de nosotros.

Kumiko sollozó y pasó una mano por la cara de Gunner para cerrarle los ojos.

—Bien —aceptó, hablando muy despacio—, cualquiera de nosotros.

Sin previo aviso, Kumiko se lanzó hacia la pistola, y antes de que T.J. pudiera impedírselo, la chica estaba en pie, apuntándole a él directamente.

—Cualquiera de nosotros podría haberlo hecho. Solo que yo sé que no he

sido yo. —Apuntó ahora a Minnie y luego volvió a apuntar a T.J. mientras retrocedía paso a paso hacia las escaleras—. No hay nadie más en esta planta, así que tiene que haber sido uno de vosotros.

Meg estaba ligeramente detrás de T.J., con una mano en su bolsillo, aferrando las llaves del barco.

—¿Por qué habríamos de creerte? —preguntó T.J.

Kumiko se echó a reír.

—Me importa una mierda si me creéis o no. Pero sé que yo no he sido, así que me largo de aquí antes de convertirme en la siguiente barra en la

pared.

—Es peligroso salir ahí fuera —le dijo T.J., avanzando hacia las escaleras mientras Kumiko las bajaba de espaldas.

—Es peligroso estar aquí dentro.

T.J. dio un par de pasos más.

—Está oscuro y la tormenta podría empezar otra vez en cualquier momento.

—Asumiré mis riesgos con la madre naturaleza, pero no con vosotros.

Minnie estaba algo más atrás, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Te encontrarán, y lo sabes. La Policía. No podrás escapar.

—¿Escapar? —Kumiko llegó al rellano. Echó un vistazo hacia el

vestíbulo y luego a T.J. y a Meg, que la seguían por las escaleras—. ¿Crees que lo he hecho yo? Estáis todos locos. Me largo de aquí. —Se dio la vuelta y salió corriendo hacia la puerta principal.

Meg corrió escaleras abajo.

—¡Kumiko, espera!

T.J. la agarró por el brazo.

—Deja que se vaya.

Minnie se puso a su lado.

—¡Vete con viento fresco!

—Pero el asesino sigue estando por ahí. Podría haber entrado escalando por la ventana de uno de los dormitorios. Kumiko no está a salvo.

T.J. se encogió de hombros.

—Es ella la que tiene la pistola.

—Y ¿cómo sabemos que no es ella la asesina? —añadió Minnie.

—El asesino podría seguir dentro —dijo Meg. Continuaba creyendo en su teoría de que el asesino no era uno de ellos, sino que se escondía en algún lugar secreto de la casa—. Mirad, no creo… —empezó a decir, pero enseguida se interrumpió.

—¿Qué? —le preguntó T.J.

Meg se giró hacia el vestíbulo. Había esperado oír el ruido de la puerta al abrirse y cerrarse otra vez de golpe cuando Kumiko había echado a correr. Lo había esperado, pero no lo había

oído.

—¿Habéis oído la puerta?

T.J. inclinó la cabeza a un lado.

—No. No la he oído. —Levantó la linterna y Meg caminó a su lado por el pasillo hacia el vestíbulo.

Meg fue la primera en oírlo. Un sonido que parecía la mezcla de un castañeteo de dientes y un cepillo eléctrico. Y luego, al entrar en el vestíbulo, el olor le impactó en la nariz. Cabello chamuscado, como el de un pelo que queda atrapado en el secador. Un hedor fuerte y penetrante que le provocó una arcada.

Cuando el haz de la linterna inundó

la estancia, Meg vio a Kumiko junto a la puerta. Su mano estaba en el pomo, la pistola caída en el suelo, pero la chica parecía congelada. Y su cuerpo rígido y en tensión.

Y estaba temblando.

—¿Kumiko? —dijo Meg.

Intentó echar a correr hacia ella, pero T.J. la sujetó por el hombro:

—No lo hagas. —La echó hacia atrás y se lanzó hacia el estudio.

—¿Qué pasa? —quiso saber Minnie. La vela que llevaba se había consumido prácticamente por completo.

—No… no lo sé —respondió Meg.

T.J. volvió corriendo y le dio la

linterna a Meg al pasar a su lado, llevaba en la mano el palo de madera de una escoba. Se dirigió hacia Kumiko. Meg sostuvo la luz en alto y contempló con horror cómo T.J. lo empleaba para apartar la mano de Kumiko del pomo de la puerta. Tardó unos segundos en conseguirlo y, cuando el contacto se interrumpió, el cuerpo de la chica se desmoronó al suelo. En ese momento, el fuerte hedor a pelo chamuscado dio paso a un olor aún más desagradable: el de la carne quemada.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Minnie.

—Electrocutada —jadeó T.J. Dejó

caer la escoba y se arrodilló al lado del cuerpo de Kumiko—. Cre…, creo que no ha sobrevivido.

Meg no se sorprendió al ver el humo que salía literalmente del cuerpo en el frío de la casa.

—Es igual que en el diario —dijo Minnie, con la voz quebrada—. Es verdad. Nos están dando caza. Como tú dijiste.

—¿Cómo? —dijo Meg—. Tan solo ha agarrado el pomo de la puerta.

T.J. se quitó la sudadera y se envolvió la mano con ella para tocar con cuidado el pomo, una vez, dos veces. Luego lo hizo girar con cautela y le dio

un tirón. La puerta se abrió hasta la mitad y rebotó como si estuviera atada a algo por el otro lado y no pudiese abrirse del todo.

Meg se acercó lentamente, sosteniendo ante ella la menguante luz de la linterna con una mano temblorosa. En el porche había una enorme caja negra colocada sobre un carro de color naranja provisto de ruedas para su fácil manejo. Se agitaba y zumbaba como un motor. Un cable del mismo color que el carro unía la máquina y el pomo de la puerta, punto en el que había sido pelado y los cables más finos que lo componían separados los unos de los

otros y fijados al metal con alguna clase de grapa de acero.

—Un generador —dijo T.J.—. Conectado a la puerta. Se ha debido electrocutar nada más tocar el pomo.

Meg comenzó a temblar. ¿La casa estaba llena de trampas? Perfecto. ¿Qué era lo siguiente? ¿Qué era lo que les esperaba? Tenían que salir de allí. Tenían que escapar de la isla.

Sacó las llaves de su bolsillo.

—He encontrado antes esto, arriba.

A T.J. se le iluminaron los ojos.

—¿Las llaves del barco?

—¿Qué has dicho? —inquirió Minnie.

Meg supuso que no sabía nada del barco, pero ahora no había tiempo para darle explicaciones. Tenían que ponerse en marcha.

—¿Eres capaz de llevarlo? —le preguntó a T.J.—. ¿Puedes sacarnos de aquí?

—Puedo intentarlo. Cualquier cosa mejor que quedarnos esperando a ver cuál de nosotros es el siguiente.

—«Y él no titubeó» —dijo Minnie—. «La empujó a un lado y vino corriendo hacia mí. No quería a Meg, no quería a Minnie. Me quería a mí».

Meg se dio lentamente la vuelta. Minnie estaba detrás de ella, con la

página perdida del diario en su mano.

—¿Qué has dicho? —le preguntó Meg.

—«Me dijo que me fuese a casa» —continuó su amiga—. «Me dijo que me llamaría. Que se reuniría conmigo esta noche. Debería llegar en cualquier momento. Tom me quiere. Y juntos les haremos pagar a todos».

—¿Qué estás leyendo? —le soltó T.J.—. ¿Dónde la has encontrado?

—En el suelo —respondió Minnie—. Se le ha caído a Meg del bolsillo.

La hoja que faltaba en el diario de Claire. Pero la historia no coincidía con la que T.J. le había contado antes en la

caseta del embarcadero.

Tom. Ella lo llamaba Tom.

Una horrible certeza iba tomando forma en la mente de Meg.

T.J. había sido quien había hablado con el señor Lawrence por teléfono. Podría haber estado mintiendo.

T.J. le había sugerido que fuesen a la caseta y había desaparecido durante diez minutos, que coincidían con la hora en la que Vivian había muerto.

T.J. había estado antes en la casa. La conocía mejor que nadie.

T.J., que sabía lo suficiente sobre barcos como para haber robado la radio.

No sabía dónde había estado T.J. en

el momento en que Nathan y Kenny habían sido asesinados. Era lo suficientemente fuerte para matarlos a ambos, y lo suficientemente atlético para llegar hasta allí y volver sin que nadie lo notase.

T.J. había sido quien había llevado el bol de ensalada a la mesa. Y, convenientemente, había dormido en el sofá. Había sido él quien había sugerido que registrasen la casa y se había asegurado de separarse de Meg cuando Gunner había recibido el disparo.

T.J. Fletcher. Thomas Jefferson Fletcher, tal y como Minnie había mencionado antes.

—Tom —dijo Meg en voz alta.

T.J. se giró hacia ella:

—¿Eh?

—Thomas Jefferson —dijo Meg, retrocediendo para apartarse de él—. Ese es tu nombre completo, ¿no es cierto?

—Sí, pero nadie me ha llamado Tom desde que tenía seis años.

—Oh, Dios mío.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —Frunció tanto el ceño que sus cejas llegaron a tocarse. Parecía totalmente confundido—. ¿Qué está leyendo Minnie?

—Meg —dijo Minnie, casi sin aire —. ¿Qué es esto?

—La página que faltaba en el diario de Claire. —Meg dio unos pasos hacia el cuerpo todavía humeante de Kumiko, mirando a T.J. y manteniendo la pistola en su campo visual—. Fuiste tú —dijo, y la voz sonó como un martillo en su pecho—. Has sido tú todo el tiempo.

T.J. abrió los brazos.

—Meg, no tengo ni idea de qué estás hablando.

Ella tragó saliva e intentó recobrar la calma. Iba a necesitar todo su ingenio si quería salir de aquella situación. Tenía las llaves en su mano: un medio para escapar. Todo lo que Minnie y ella tenían que hacer era llegar a la caseta y

ya se las arreglaría para poner en marcha la embarcación. Podrían llegar a Roche Harbor, sabía que podían hacerlo. Solo necesitaba alcanzar la pistola…

—¿Meg? —T.J. parecía realmente confuso.

—Me mentiste sobre lo que sucedió aquella noche —dijo Meg—. Esa es la página arrancada del diario de Claire. La encontré arriba, en la basura, junto con las llaves. En el sitio donde tú las pusiste.

—Meg —repuso T.J., negando con la cabeza—. Yo no lo he hecho. Juro por Dios que no he hecho nada.

—Mentiste.

—Meg, escúchame. Me conoces. Sabes que yo no lo he hecho.

Meg lo ignoró.

—Arrancaste la última página del diario para que nadie supiese la verdad. Quizá también la mataste a ella.

Los ojos de Meg estaban clavados en los de T.J. Vio cómo la confusión cruzaba su rostro momentáneamente, como si no pudiese comprender del todo lo que ella sugería con sus palabras. Entonces, sus ojos se movieron. Solo por un instante. Una ligera variación en la posición de sus pupilas, apartándose de la cara de Meg. Pero ella supo

enseguida lo que estaba mirando.

La pistola.

Meg estaba más cerca. Soltó la linterna, dejando que rebotase sobre las baldosas del suelo. Luego giró sobre sus talones y recogió la pistola. Extendió el brazo con el arma aferrada en su mano, apuntando directamente a T.J.

Él había dado unos pasos hacia ella, pero se quedó inmóvil en cuanto Meg le apuntó.

—Meg —dijo—. No lo hagas. Tienes que confiar en mí.

—Oh, oh —dijo Meg, arrastrando los pies hacia Minnie—. Seguro.

—¿Qué estás haciendo? —gritó

Minnie—. Meg, ¿qué haces?

Meg apretó la mandíbula. Se sentía herida, traicionada. T.J. había estado jugando con ella todo el tiempo.

—Es él, Minnie. ¿No lo entiendes? Ha sido él desde el principio.

—¿T.J.?

—No, el tío que está detrás de él. —¿Realmente no lo entendía?

—Eso no es posible —dijo Minnie.

Los ojos de T.J. lanzaban una mirada de súplica.

—Minnie, díselo. Cuéntale lo que pasó la noche de la fiesta de bienvenida.

—Yo… —Minnie se interrumpió—. No me acuerdo.

—¡Maldita sea, Meg! —estalló T.J. —. Esa página es falsa. Te juro que lo que te conté es verdad.

Meg no estaba dispuesta a creerlo. La había estado engañando desde el primer momento.

—¿Te parezco una estúpida?

—No tienes ni pizca de estúpida.

Meg le hizo un gesto con la cabeza a Minnie.

—Mins, recoge la linterna.

—Pero…

—¡Hazlo! —Estaba cansada de las quejas de su amiga. Aquel no era el momento. Minnie obedeció y cruzó el vestíbulo para recoger la linterna—.

Bien, ahora ponte detrás de mí.

—Meg —dijo T.J.—, me conoces. Me conoces mejor que nadie. —Dio un paso más hacia las chicas.

—¡No te muevas! —bramó Meg, sujetando la empuñadura de la pistola con las dos manos.

Estaba temblando. Vamos, Meg, se dijo. Necesitaba concentrarse en mantener las manos firmes. T.J. era más fuerte y más rápido que ellas dos juntas, pero ella tenía el arma. ¿Podría utilizarla?

Aquel no era el T.J. que ella conocía o que pensaba que conocía. Había asesinado a nueve personas, puede que a

más. Y las mataría a Minnie y a ella, si no conseguía impedirlo. Meg haría cualquier cosa para protegerse a sí misma y proteger a su amiga. En lo más hondo de su ser, sabía lo que eso significaba.

T.J. sacudió la cabeza.

—Alguien nos está manipulando. Creo que tenías razón. Hay alguien más en la casa.

—No te creo.

—Piénsalo —dijo—. ¿Por qué iba yo a matar a nadie? No tengo ninguna conexión con Claire. Nada de nada.

Meg comenzó a retroceder por el pasillo.

—Minnie, ve hacia la cocina y quédate detrás de mí.

—Yo también aparezco en el diario, ¿recuerdas? ¿Por qué iba a estar en él si soy el culpable de todo esto?

—Podrías haberlo hecho a propósito. Quizá lo hayas escrito tú mismo para engañarnos.

—Eso no tiene sentido.

—Entonces, ¿quién, T.J.? —Meg no podía pensar con lucidez. En lo único que podía pensar era en salvar a Minnie y en salvarse a sí misma—. Kumiko tenía razón. No hay nadie más en la casa.

—¡Meg! —se sobresaltó Minnie.

Estaba justo al lado de su hombro.

—¿Qué?

—Meg, tengo que decirte algo.

La voz de Minnie sonaba demasiado tranquila, demasiado seria. No era habitual ese tono de voz en ella. Meg la miró, apartando los ojos de T.J. por un segundo.

Solo por un segundo, pero este aprovechó la oportunidad para abalanzarse hacia la pistola.

Minnie gritó.

Meg oyó su grito por encima del sonido del disparo.

TREINTA Y CUATRO

T.J. se giró. Su cuerpo pareció pivotar por voluntad propia, como si la fuerza de la bala que le había impactado en el pecho le hiciese dar una vuelta completa. Se tambaleó alejándose de Meg, dándole la espalda con unos pasos torpes. Le oyó gruñir, luego se derrumbó, primero de rodillas y después de bruces contra el suelo de baldosas blancas.

Meg se quedó inmóvil. Seguía

sosteniendo la pistola con ambas manos y con los brazos extendidos. La tensión dominaba todo su cuerpo, como si cada uno de sus músculos estuviera conectado con los demás. Los chillidos de Minnie parecían provenir de muy lejos, ahogados y sordos. Lo único que podía oír era el martilleo de su propio corazón.

Le había disparado. Había disparado al chico del que llevaba enamorada toda la vida.

Tenías que hacerlo, se dijo a sí misma. Él había asesinado a todos. También te habría matado a ti.

Se obligó a creer aquellas palabras.

No tenía opción.

—Tú… —jadeó Minnie—. Le has disparado.

—Sí.

—¿Por qué lo has hecho?

—Tenía que hacerlo. —Tenía que hacerlo, ¿o no? Estaba protegiendo a Minnie, y a sí misma. Tenía que disparar a T.J. No tenía alternativa, ¿verdad?

—Pero… —Minnie dejó caer al suelo la linterna—. Pero… —Dio varios pasos hacia el cuerpo inmóvil de T.J. antes de que Meg la detuviese.

—Tenemos que salir de aquí.

Los ojos de Minnie no se apartaron de T.J.

—¿Por qué le has disparado?

—¡Minnie! —Meg la agarró por los hombros y tiró de ella para alejarla de T.J.—. Tenemos que largarnos de la isla. ¡Ahora!

Minnie tenía los ojos totalmente abiertos, con una mirada de incredulidad en ellos.

—Lo has matado. Has matado a T.J.

Meg echó un vistazo al cuerpo de T.J. Había cerrado los ojos en el momento de apretar el gatillo y no tenía ni idea de dónde le había dado. Si estaba muerto, no tenían de qué preocuparse. Si no lo estaba y solo fingía estarlo, necesitaban llegar a la

caseta tan rápido como les fuera posible. Fuera lo que fuese lo que le pasaba a Minnie, podía esperar hasta que estuviesen a salvo lejos de la isla.

—Vamos. —Meg recogió la linterna del suelo y se la puso a Minnie en las manos—. Tenemos que salir de aquí. Ahora.

—Pero…

Meg no esperó a oír lo que su amiga quería decir, se limitó a agarrarle la mano y tirar de ella para sacarla del vestíbulo. Luego cruzó corriendo la sala de estar y la cocina hasta llegar a la puerta trasera. No iba a arriesgarse a convertirse en carne de barbacoa como

Kumiko, así que lanzó una patada contra la puerta, como había visto en televisión, hasta que el envejecido marco se astilló y la puerta se abrió.

Una vez fuera, la noche parecía aún más oscura. En la negra arboleda detrás de White Rock House no había ninguna pared blanca en la que la frágil luz de la linterna pudiera rebotar. Meg se sintió pequeña y sola. Y paranoica. Cualquier ruido le provocaba una oleada de pánico. Una rama que se rompía, las hojas mecidas por el viento… Estaba segura de que alguien las estaba siguiendo.

Luchó por deshacerse de aquella

sensación de pánico. T.J. no iba a seguirlas y no había nadie más en la isla. Solo tenía que llegar al barco y averiguar cómo poner en marcha el motor. Ya se las ingeniaría para pilotarlo más tarde. Incluso la posibilidad de quedarse a la deriva en el canal era mejor que seguir atrapadas en la isla.

Por lo menos, la lluvia había cesado. Cuando el número de árboles fue reduciéndose al llegar a las faldas de la colina, Meg distinguió una docena de estrellas en el cielo en los huecos que se habían formado entre el manto de nubes. Era la primera vez que veía una luz en el

cielo desde antes de subirse al *ferry*. Aquellas luces le dieron esperanzas.

Las plataformas de madera que llevaban a la caseta seguían empapadas, pero la peligrosa y resbaladiza pátina de agua que las había cubierto antes había desaparecido. A pesar de la oscuridad, Meg se sintió más confiada. Con una mano tiraba de Minnie, en la otra llevaba las llaves. Iban a conseguirlo. Iban a sobrevivir.

No paraba de intentar eliminar las imágenes de T.J. que surgían en su cabeza. Sus hoyuelos cuando le sonreía. Su entusiasmo cuando le dijo que los dos habían elegido una universidad de

Los Ángeles. La sensación de sus manos encallecidas en las de ella, su fornido brazo rodeándola y apretándola contra él, sus labios gruesos y suaves presionando desesperadamente contra los de ella.

—¡PARA! —exclamó Meg en voz alta.

Minnie se detuvo.

—¿Qué?

—Na…, nada —respondió Meg, volviendo a tirar de ella—. Ya casi estamos.

Lo último que quería hacer en aquel preciso momento era pensar en lo estúpida que había sido. ¿Que T.J.

Fletcher estaba enamorado de ella? Claro que no. Solo había estado utilizándola, y ella había sido tan ridícula que se lo había creído porque él le había dicho exactamente lo que ella quería oír. Ahora era su cómplice. T.J. había aprovechado sus sentimientos para llevar a cabo sus planes de asesinato.

Sus planes. ¿Qué planes eran exactamente? Meg se estremeció. T.J. había dicho la verdad: esa era la única parte que no tenía sentido. ¿Por qué? ¿Por qué había matado a toda esa gente? ¿Había existido alguna relación entre él y Claire que nadie hubiera conocido? Le costaba creerlo, pero, sin embargo, tenía

que tratarse de algo personal. Los asesinatos y el modo en que se habían cometido eran cien por cien algo personal.

Sintió que las lágrimas inundaban sus ojos. Ella lo había amado y él solo había estado utilizándola.

De nuevo, se obligó a sí misma a concentrarse en lo que estaba haciendo. De alguna manera, todo tenía que tener sentido, lo único que pasaba es que había algo que se le escapaba. Tampoco es que tuviese importancia. En lo único que tenía que pensar ahora era en salir con Minnie de la maldita isla.

Con la excepción de la lona que

cubría ahora el cadáver de Vivian, la caseta estaba tal y como ella la había dejado. La linterna alumbraba todavía lo suficiente para comprobar que el barco continuaba allí y que estaba intacto. Era una buena señal, puesto que T.J. se las había ingeniado para sabotear todo lo demás. La puerta seguía abierta, y Meg saltó a bordo y luego alcanzó la linterna que le tendía Minnie y la ayudó a subir a cubierta.

—Bien —dijo—. Por aquí. —Entró en la cabina de mando y dejó la linterna y la pistola en el panel de control, al lado del timón—. Solo necesitamos averiguar dónde está el encendido y

estaremos de camino a casa.

Minnie permaneció en silencio en el umbral, con los brazos entrelazados firmemente alrededor de su cuerpo: uno a la altura del hombro y el otro en la cintura. Meg no podría decir si estaba aterida de frío o en estado de *shock*.

—No te preocupes, Mins —dijo. Intentaba que su voz resultase convincente—. Ya casi estamos a salvo. —Sacó las llaves de su bolsillo, produciendo un tintineo metálico, al tiempo que registraba con la mirada el panel en busca de cualquier cosa que se asemejase al contacto. Siguió hablando, más por calmar sus propios nervios que

los de Minnie, pero cualquier cosa se le antojaba preferible al espantoso silencio —. Estaremos de vuelta en casa antes de darnos cuenta. Y la Policía se encargará de todo. Vamos a lograrlo, Mins. Vamos a…

—Él dijo que eras tú.

Meg levantó la mirada del panel de control. Minnie continuaba en la puerta de la cabina, pero ahora sostenía la pistola con las dos manos, apuntándola directamente. Temblaba visiblemente y, a pesar de la escasez de luz, Meg vio que estaba sudando a chorros.

—Él dijo que eras tú —repitió—. Que tú los habías matado a todos.

—¿T.J.?

—Dijo que tenías celos de mí. Que por eso fingías ser mi amiga. Que por eso ibas a dejarme para marcharte a Los Ángeles.

Meg estaba exasperada. Aquel no era en absoluto el momento adecuado para mantener esa conversación.

—Minnie, ya hemos hablado de esto.

—Él dijo que intentarías matarme.

—¡Minnie! —Meg no tenía claro si la adrenalina provocada por disparar un arma se le había subido a la cabeza o no, pero de repente su rabia triunfó sobre la pistola que apuntada directamente a su pecho—. Minnie,

¿cuándo he hecho algo que no fuese ayudarte? Siempre. Siempre he estado a tu lado. Y, por lo general, he sido la única.

Minnie no la escuchaba.

—Entonces me dio tu diario para que lo leyera. Y vi… —Su voz quedó ahogada por un sollozo.

—Viste lo de T.J. —dijo Meg, terminando su frase—. Lo sé. Debería haberte contado la verdad, pero no quería hacerte daño.

—Tú lo querías —sentenció Minnie.

—Sí.

—Y le has disparado.

El dolor de esa realidad impactó a

Meg. Su cuerpo se puso tenso y sintió que su corazón se encogía.

—Sí.

Minnie respiró con dificultad.

—Lo siento mucho —gimió—. Lo siento mucho.

Un escalofrío mezcla de miedo e incredulidad recorrió la nuca de Meg.

—¿Sientes mucho estar a punto de dispararme?

—Todo esto es culpa mía. No debería haberme empeñado en que viniésemos aquí. Y no debería haberle hecho caso.

—Mins, está bien. T.J. nos ha engañado a todos.

Minnie bajó el arma.

—No me refiero a T.J.

Meg sintió la boca seca. ¿No estaba hablando de T.J.?

—Minnie, ¿de qué diablos estás hablando?

—No fue T.J. —dijo Minnie, con la voz calmada y firme—. El asesino es…

Se oyó un clic, seguido de una especie de zumbido. Luego un crujido, como el de un cuchillo que atraviesa un hueso, un destello de metal seguido por una salpicadura de sangre. Algo había cortado la pálida piel de la garganta de Minnie.

Sus ojos se hincharon. Dejó caer la

pistola y se llevó las dos manos a la garganta, aferrando el objeto que sobresalía de su cuello.

—¡Mins!

Meg podía verlo con total claridad, brillando húmedo y letal en la penumbra. Era una flecha metálica como la que había matado a Nathan. Los ojos de Minnie encontraron los de Meg, que pudo distinguir la incredulidad que había en la mirada de su amiga. Minnie abrió la boca para gritar, pero no salió de ella ningún sonido, solo un torrente de sangre que se desbordó entre sus labios y le cayó por la barbilla.

Se tambaleó hacia Meg hasta que sus

piernas se vencieron y perdió el equilibrio, desplomándose en sus brazos. Meg intentó dejarla con suavidad en el suelo mientras el cuerpo de Minnie se estremecía y una expresión de miedo y terror aparecía en sus ojos.

—¡Mins, Dios mío! Estarás bien. Todo saldrá bien. —¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Sacarle la flecha? ¿Hacerle el boca a boca?

Minnie farfulló y se atragantó, escupiendo sangre al intentar formar palabras. Sus brazos tiraban de Meg. Sus ojos le suplicaban ayuda.

—¿Minnie? ¿Minnie? —¡Dios! ¿Qué podía hacer? No había nadie a quien

pudiese llamar, nadie que pudiera salvarlas. ¡Estaban tan cerca de la salvación! Demasiado cerca para que ahora todo terminase—. ¡Mins, no me dejes!

Entonces, el cuerpo de Minnie se agarrotó por completo. Emitió un sonido de borboteo, como si sus pulmones se estuvieran llenando de sangre. Los ojos se le pusieron en blanco y la sangre manó de su boca. Sus extremidades se quedaron rígidas y su cuerpo se convulsionó tan violentamente que Meg apenas pudo mantener sus manos en los hombros de su amiga. Minnie pateó y se arqueó hacia delante, y a continuación se

estremeció una vez más y cayó inerte en los brazos de Meg, que ni tan siquiera tuvo tiempo de asimilar el hecho de que su mejor amiga estaba muerta.

—Un triste modo de morir —dijo una voz—. Ahogarte en tu propia sangre no debe ser agradable.

Meg se incorporó. Conocía aquella voz. Pero era imposible. No podía ser.

Se giró y vio una cabeza rubio platino, sonriéndole.

Ben.

TREINTA Y CINCO

—¿Tú?

Ben sonrió.

—Yo.

—Es imposible. Estás…

—¿Muerto?

Meg asintió, notando la garganta totalmente seca.

—Sí, pero no tanto.

Se mostraba relajado, natural, como si le estuviese contando la última película que había ido a ver, o recordando una partida de videojuego de la noche anterior. Estaba de pie sobre

la plataforma de madera de la caseta, vestido todo de negro: camisa de manga larga, guantes, vaqueros ajustados y botas. Tenía una ballesta sujeta con la mano izquierda y apoyada en su antebrazo, y a la luz débil de la linterna, Meg vio el destello de algo metálico en su mano derecha. Otra flecha. Estaba rearmando la ballesta.

—Eras tú, todo el tiempo eras tú —dijo Meg.

—¡Vaya, me has descubierto! —murmuró Ben, encogiéndose de hombros.

Las piezas comenzaron a encajar. Había fingido su propia muerte.

Después, había tenido la oportunidad de matarlos a todos sin ser descubierto. Había quitado la radio y la pintura del *Némesis*. Había saboteado la barandilla de la pasarela e incluso había convencido a Vivian para que los siguiera al embarcadero. Había sido a él a quien Meg había oído en el patio. Era el plan perfecto.

Su cara debió reflejar su asombro.

—Alucinante, ¿verdad? —dijo Ben, con una sonrisa.

Meg estaba horrorizada. Ben parecía realmente orgulloso.

—Eres más inteligente de lo que había creído. Estuviste a punto de

descubrirme dos veces. Una con tu pequeña hazaña con Internet. Había cortado los teléfonos, pero me olvidé de ese detalle. Era obvio que una escritora trajera consigo un ordenador portátil. Tuve que decirle a Minnie que tenía que ir urgentemente al baño, y luego me descolgué por la ventana del dormitorio de Lori para cortar el cable de Internet. Justo a tiempo, por lo visto.

Si Ben no hubiese estado en la buhardilla con Minnie cuando Meg había ido a por su portátil, quizá nadie más hubiese muerto. Esa idea le provocó náuseas.

—Después, cuando ya había matado

a Nathan y a Kenny —prosiguió Ben—, por poco me pillas volviendo a la casa. Me colé en el estudio justo a tiempo. Me escondí debajo del cuerpo de Lori, lo cual no resultó nada agradable, no me avergüenza reconocerlo. Luego, mientras Minnie gritaba, me escabullí otra vez afuera y escalé desde el patio hasta la ventana de mi habitación. —La apuntó con un dedo y añadió—: No ha sido fácil, por culpa tuya. Sin embargo —dijo con una sonrisa—, he ganado.

El tono de su voz le puso a Meg la piel de gallina.

Ben se colocó la ballesta en el hombro y descansó la otra mano en la

cadera.

—Pero me siento decepcionado. Estaba deseando que tuviese lugar un asesinato. Tú acabando con Minnie, o Minnie acabando contigo. Cualquiera de las dos opciones. —Sus ojos fueron a posarse en el cadáver de Minnie—. Al final resultó estar algo más cercana a ti de lo que yo había previsto, incluso con sus celos y la falta de medicación.

Meg contuvo el aliento.

—Tú se las robaste.

Ben ladeó la cabeza.

—¡Por supuesto que lo hice! Esperaba que sufriese un ataque de nervios de los buenos, así que le robé

las medicinas hace una semana. Me colé en su casa mientras Minnie y sus padres estaban en misa y se las cambié por unas pastillas de azúcar, para que cuando viniese aquí se hubiese convertido en un tren a punto de descarrilar. Lo de robarle el bote del equipaje fue solo para causar efecto. Y, ya sabes, para poder echarte a ti la culpa —dijo, y se dio unos golpecitos en la cabeza con el dedo índice—. ¿Lo ves? Soy un genio.

Meg apretó los dientes. Pobre Minnie. No era de extrañar que hubiese estado tan desquiciada, tan incontrolable e impaciente durante toda la semana.

—Contemplar su caída en picado

hacia la paranoia ha sido uno de mis entretenimientos favoritos durante el fin de semana. Y quiero que sepas —continuó, de nuevo con aquel tono de sarcasmo— que eso de dispararle a tu amiguito allí arriba ha compensado totalmente el hecho de no poder presenciar cómo Minnie te mataba a ti y luego se suicidaba. Ha sido épico.

Meg sintió que la invadía una oleada de gélido pánico. T.J. era inocente y ella lo había matado. Pensó en la mirada que había visto en su rostro mientras le apuntaba con la pistola. Le estaba suplicando, pidiéndole que confiase en él. Pero ella había estado segura de que

era culpable, y también muy asustada.

Ben lo había preparado todo.

El pánico dio paso a la cólera. Quería saltar sobre él, arrancarle los ojos, estrangularle con sus propias manos. Agarró la barandilla con tanta fuerza que creyó que podría partir el metal en dos, pero se quedó donde estaba. Incapaz de moverse, incapaz de actuar. Como siempre.

Ben se echó a reír.

—Quieres hacer algo, pero no puedes. Nunca puedes. Tú eres la pensadora, pero en cuanto a lo de hacer, eso ya no es lo tuyo. Eso se lo dejas a los demás.

Meg trató de mantener bajo control el sonrojo que sabía que ascendía en aquel momento por su cuello hasta su cara. No quería que Ben supiese que estaba en lo cierto.

—¿Lo ves? —se rio él.

Mierda.

La frialdad con la que hablaba hizo que a Meg se le helase la sangre en las venas. Ben había estado todo el tiempo manipulándolos. ¿Qué iba a hacer ahora? Meg necesitaba pensar. Tenía que adelantarse. Era su única alternativa.

—Lo cual me lleva de vuelta al primer punto: me alegro mucho de que tú seas la Número Nueve —dijo Ben.

Meg necesitaba controlar su voz. ¿Ben quería hablar, quería mostrar su ingenio enfermizo? Bien. Mientras él continuase hablando, ella seguiría viva. Y lo que deseaba por encima de todo era permanecer con vida. Como si se lo debiese a Minnie y a T.J. y a todos los demás. Tenía que ganar la partida.

Tenía que hacerlo.

Ben no podía salir indemne.

—¿Por…, por qué? —preguntó, atropellándose al hablar—. ¿Por qué nosotros?

—Bueno, la idea, quiero decir, cuando fantaseaba sobre lo que sucedería este fin de semana, tú y

Minnie erais la Ocho y la Nueve. Tú habrías averiguado lo que pasaba gracias a las pistas que yo te había ido dejando…

Pistas. Meg notó que le faltaba el aire. El diario.

—Sí, el diario de Claire. Esperaba que se pareciese bastante al tuyo. Eso fue cuestión de suerte.

—Lo pusiste entre mis cosas.

Ben esbozó una sonrisa burlona.

—Y falseaste la última página para que yo creyera… creyera…

—¿Para que creyeras que tu novio era el asesino? Brillante, ¿a que sí?

—Estás enfermo.

—Te sientes más cómoda pensando eso de mí, ¿no es cierto? Que tengo que estar loco para hacer todo esto. No es verdad. Estoy más cuerdo que esa amiga tuya que está ahí tirada.

Los ojos de Meg se posaron en el rostro contorsionado, sangriento y sin vida de Minnie.

—Tenía una escena genial en mi cabeza —prosiguió Ben—, en la que tú averiguabas que era yo el que estaba eliminándolos a todos y tratabas de decírselo a Minnie, pero ella estaría ya para entonces tan paranoica y desquiciada que te mataría de todos modos, y luego se suicidaría. —Suspiró

y sacudió la cabeza—. Dejándome a mí, el Número Diez, el ganador. Eso hubiera sido alucinante. Casi la había convencido de que tú eras la asesina. Hasta el final, creo. Aunque no llegó a producirse ese asesinato-suicidio, me ha divertido ver cómo te apuntaba con la pistola.

Meg sintió náuseas ante la idea de que Ben hubiera estado fantaseando con todas aquellas muertes durante solo Dios sabía cuánto tiempo. Se le revolvió el estómago y tuvo que contener las ganas de vomitar.

—Como ya he dicho, me has sorprendido. Pero, al final, no lo has

averiguado todo, ¿verdad que no?

—He averiguado lo suficiente. —Haz que siga hablando, Meg. Que siga hablando el tiempo necesario para que se me ocurra una forma de escapar—. He averiguado que todos los que estábamos aquí teníamos alguna conexión con Claire Hicks. Y que nos estabas matando del mismo modo en el que pensabas que nosotros nos habíamos portado con ella.

—¿Pensaba que os habíais portado mal con ella? ¿Pensaba? —rugió Ben. Su ferocidad se despertó de repente, y obligó a Meg a dar un paso atrás—. Vosotros nueve la matasteis. Todos sois

asesinos.

—Mira quién fue a hablar.

Las oscuras cejas de Ben descendieron sobre sus ojos.

—Yo no soy un asesino. Soy un vigilante. Estoy haciendo caer sobre vosotros la veloz espada de la justicia.

—¿Justicia? —Meg no podía dar crédito a lo que estaba oyendo—. ¿En serio? ¿Justicia porque Kumiko le echó la culpa a Claire de un experimento fallido de ciencias y Lori consiguió el puesto de solista en el coro?

—Kumiko fue a hablar con el profesor y le pidió autorización para volver a hacer el experimento sin

compañera. Sacó un sobresaliente y Claire se quedó con su suspenso. El semestre siguiente tuvo que quedarse en clase de repaso, junto con un puñado de bichos raros y capullos. Y Lori no le ganó a Claire en nada. Lo que hizo fue mentir a mi herm…

Ben se interrumpió, pero ya era demasiado tarde. Meg había oído lo que había comenzado a decir:

—Hermana. Oh, Dios mío.

Ben no dijo ni una palabra, pero no era necesario que lo hiciera. Meg sintió que su mente se ponía en funcionamiento. Lo miró directamente a los ojos: aquellos ojos de un azul

brillante, la piel pálida, aquella mandíbula puntiaguda. Claro… ¿Cómo no lo había visto antes? El pelo le había despistado, pero si a Ben le cambiabas el pelo rubio platino por un pelo de color oscuro, prácticamente negro… era igual que Claire.

—Tú eres Tom —dijo. No era una pregunta—. Eres el hermano de Claire.

Él se estremeció.

—Fuiste tú quien causó los accidentes en el instituto, el de los frenos de Bobby y la infección de Tiffany. —Otra certeza empezó a calar en su cerebro—. Pero… el verdadero Ben. El chico rubio que aparece en el

diario. ¿Quién era…?

—Ella me envió el diario la noche que se suicidó. —Su voz había perdido su falso tono de ligereza. Ahora hablaba con voz más baja, áspera y firme—. Entonces comprendí que debía vengarla. Ella no era así. Ella era feliz. Solo quería encajar en el Mariner y luego en el Kamiak. Era dulce y amable, pero vosotros le quitasteis eso.

—Y tú mataste a Ben. —Meg recordó las mofas de Ben en el diario de Claire. «¡A la hoguera, friki!». El chico de los vestuarios en el Mariner. Quemado—. Lo mataste y te hiciste pasar por él.

—No te preocupes, me aseguré de que sufriese como merecía, igual que el resto de vosotros.

—¿Cómo puedes creer que esto es merecido?

Tom se encogió de hombros.

—Claire me envió su diario con una nota: «Encárgate de que comprendan lo que han hecho, Tom. Todos ellos». Y eso es lo que estoy haciendo. Hacer que lo comprendáis.

—No es culpa nuestra que ella se suicidase.

—¡VOSOTROS LA MATASTEIS! —rugió él—. Entiéndelo. Vosotros matasteis a mi hermana. Ella era

especial, sensible y confiada, y vosotros la matasteis. Todos vosotros.

—No puedes creer eso de verdad.

—Lo sé. —Su voz temblaba. La emoción se estaba adueñando de él. Al menos, Meg había dado en el clavo con algo de lo que había dicho—. Ella era mejor que todos vosotros y nunca fuisteis capaces de entenderla.

—¡Yo ni siquiera la conocí! —Los ojos de Meg recorrieron a toda prisa el barco, buscando una forma de huir. Vio la pistola, que Minnie había soltado al recibir el impacto de la flecha y estaba en medio de un charco de sangre cerca de la escalera que llevaban a los

camarotes. Cerró los ojos con fuerza para retener las lágrimas. Minnie había muerto por nada y Meg era la única que quedaba para contarle a las autoridades lo que realmente había ocurrido en Henry Island. Abrió de nuevo los ojos y volvió a mirar la pistola. Si pudiera alcanzarla…

—No te muevas —gruñó Tom. Colocó la ballesta en posición y la apuntó con ella—. No pienses ni por un momento en intentar alcanzar esa pistola.

Meg sintió que cualquier esperanza abandonaba definitivamente su cuerpo. Ya no podía más. Aquello era el fin.

Pero no iba a darle la satisfacción de que pudiera percibir su miedo.

Levantó la barbilla con un gesto de desafío.

—No quedarás impune —dijo.

—Meg —respondió él—, ya he ganado.

TREINTA Y SEIS

Meg no era vidente. No tenía ningún poder sobrenatural. Pero de algún modo pudo prever la intención de Tom, lo vio en su mirada, en sus gestos. Cuando el dedo de Tom iba a disparar la ballesta, el cuerpo de Meg se adelantó. No había tiempo para pensar, ni para diseñar un plan lógico de acción. Se lanzó hacia la derecha, metiéndose en la cámara del timonel. Llegó a sentir la potencia de la flecha, que le pasó a escasos centímetros de la cabeza. Mientras giraba sobre sí misma, oyó que se

clavaba en el marco de madera de la puerta.

Afortunadamente, Tom había pretendido matarla a la primera. Si no le hubiese apuntado a la cabeza, Meg podría estar ahora herida.

Tom soltó un exabrupto.

Meg oyó que tiraba la ballesta al suelo. Debía de haberse quedado sin flechas. Bueno, eso ya era algo. Hora de moverse.

Se incorporó y corrió a la silla del capitán. Las llaves seguían estando en el arranque y mientras intentaba frenéticamente poner el motor en marcha, hizo en silencio la promesa de

ir con su madre a la iglesia todos los días del resto de su vida si el maldito motor arrancaba.

—Cuanto más difícil me lo pongas —dijo Tom—, más te haré sufrir, lo prometo. Sal y deja que te dispare.

Meg percibió cómo el barco se balanceaba.

Mierda. Estaba subiendo a bordo.

Se giró, buscando desesperadamente un lugar en el que esconderse justo cuando se escuchó un disparo. Guiándose por el instinto, Meg se tiró al suelo en el momento en que la ventana estallaba en pedazos. Los cristales rotos saltaron por toda la cabina. Mierda. Se

había olvidado de la pistola.

Se acurrucó detrás de la silla del capitán y se obligó a razonar. Olvídate del maníaco demente que está intentando matarte. Sus ojos fueron hacia la oscura silueta de Minnie, tirada sin vida en la cubierta justo a la entrada de la cabina. Quería rendirse. Darse por vencida.

¡No! Movió la cabeza a uno y otro lado, intentando desesperadamente aclarar sus ideas. Concéntrate, Meg.

Tenía dos opciones. Estaba la escalera que llevaba al interior del barco. Era la vía de escape más rápida y más segura, pero también probablemente la que Tom seguiría. Y una vez que la

tuviese bajo cubierta y a oscuras, estaría atrapada. La segunda opción era la puerta situada a estribor de la cabina. Si no recordaba mal, daba a una terraza que se extendía por toda la proa del barco. Quizá, si Tom iba a la cubierta inferior, ella podría descolgarse hasta la principal y abandonar el barco antes incluso de que él se diera cuenta. Merecía la pena intentarlo.

Se encogió de miedo solo de pensarlo.

Tan rápida y silenciosamente como pudo, se arrastró por el suelo de la cabina. Tuvo que morderse los labios para no gritar cuando los trozos de

cristal le cortaban la piel de las rodillas y de las palmas de las manos y se le clavaban en la carne. El metro de distancia que la separaba de la puerta le pareció un kilómetro, y para cuando llegó a la puerta sus extremidades estaban cubiertas de sangre. Quitó el pestillo con sigilo y abrió la puerta apenas unos centímetros. Por suerte, las bisagras giraron sin hacer ruido. Sin pensárselo dos veces, Meg se deslizó a la terraza y luego volvió a cerrar la puerta con extremo cuidado.

Justo a tiempo. Nada más cerrar la puerta oyó un crujido. Botas sobre cristales rotos.

Casi no se atrevía ni a respirar. Se puso de cuclillas al otro lado de la puerta, sin quitar la mano del pomo. ¿La había visto? ¿Había visto cómo se cerraba la puerta? Su corazón retumbaba con tanta fuerza en sus oídos que estaba segura de que él podía oírlo. Aguardó, esperando que una bala hiciera estallar la ventana que había encima de ella, o que la puerta en la que se apoyaba se abriese de pronto, empujada desde dentro por Tom. Le ardían las piernas. Las palmas de las manos le picaban al mezclarse su sudor con la sangre de los cortes.

Crunh, crunch, crunch. Luego las

pisadas sonaron algo más huecas. Pom, pom, pom.

Estaba bajando a la cubierta inferior.

¡Sí!

En cuanto los pasos amortiguados de Tom dejaron de oírse, Meg se levantó.

Rodeó de puntillas la cabina, encorvada e intentando mantener la cabeza por debajo de las ventanas. Si alcanzaba el lado del yate que daba al muelle, estaba bastante segura de que podría saltar al suelo de la caseta. Y entonces echaría a correr. Y seguiría corriendo. A eso se reducía su plan.

Ya había rodeado la cabina cuando escuchó unos disparos en la oscuridad.

La ventana que tenía justo encima se rompió en mil pedazos. Meg gritó y se tiró al suelo, cubriéndose la cabeza con los brazos mientras los cristales caían sobre ella. No estaba segura de cuántos disparos había hecho, pero el siguiente sonido que oyó fue un clic.

No le quedaban balas.

Por fin. Por fin algo se ponía de su parte.

—Mierda —se lamentó Tom desde algún punto cerca de la popa. Estaba en algún lugar entre ella y la seguridad de la caseta en penumbra.

Meg escaló la barandilla de la cabina y descendió a la cubierta. En la

popa del barco había una pequeña lancha neumática colocada boca abajo sobre una rejilla. Se arrastró debajo de ella, y luego se encogió detrás del cabrestante que hacía bajar el ancla, justo en el extremo puntiagudo de la proa. Era un escondite demasiado obvio y Tom no tardaría mucho en encontrarla. Necesitaba pensar.

Tanteó a su alrededor. ¿Había algo que pudiera utilizar como arma? Una cuerda, la tensa cadena del ancla, un salvavidas que colgara del baluarte. Así que, a no ser que pretendiese participar en un rodeo o tirarse por la borda, su suerte se había acabado. Perfecto.

Pero en lugar de oír pisadas aproximándose, notó que el barco volvía a balancearse. Tom estaba bajando.

Oyó un golpeteo y un gruñido antes de que empezara a hablar:

—Lo que he dicho antes iba en serio, Meg. —Parecía que le faltaba el aire—. Voy a hacerte sufrir. Después de tu amiguita de ahí, tú eres la que más se lo merece.

Meg sacó la cabeza por un lado de la lancha y aguzó la vista para tratar de distinguirlo en la oscuridad. ¿Qué estaba haciendo?

—¿Por qué motivo?

—Tú estabas allí. Lo sabes.

Meg oyó un chapoteo, como si Tom estuviese tirando agua sobre la cubierta. Pero enseguida detectó el olor. Gasolina.

Iba a quemarla viva.

Sintió que el pánico le formaba un nudo en la garganta y por un instante de locura casi deseó ser Minnie y estar muerta. No, no pienses eso. Tenía que mantener la calma. Podía idear una escapatoria. Solo tenía que pensar.

Y conseguir que Tom siguiera hablando.

—Mira, no sé a qué juegas —dijo, reuniendo tanta bravuconería como le fue posible—. Pero no tengo ni idea de

qué estás hablando.

Meg salió de su escondite. La linterna, que se había quedado en la cabina, daba suficiente luz para que pudiese ver más allá de la borda. El hueco entre la barandilla de estribor del barco y la pared lateral de la caseta era solo de unos centímetros, pero aumentaba de tamaño en el punto donde la proa se curvaba, especialmente cuando las olas levantaban la embarcación. Si calculaba bien el tiempo, probablemente podría saltar al agua sin quedar aplastada entre el barco y la pared, y quizá pudiese bucear por debajo de la caseta y alcanzar la costa.

Quizá.

Era la única posibilidad que tenía.

—Bien —dijo Tom, notablemente impaciente—. Déjame refrescarte la memoria. La fiesta de bienvenida.

La fiesta de bienvenida. Ahí estaba otra vez. ¿Sería todo aquello culpa suya, después de todo? Si hubiera ido al baile con T.J., tal vez Minnie no habría atacado a Claire. Y ahora todos estaban muertos: Claire, Minnie, T.J. y, con casi toda seguridad, también moriría ella. Todo porque había tenido miedo de plantarle cara a su mejor amiga.

Oyó cómo Tom encendía un mechero. Acto seguido, la caseta se

iluminó con una luz anaranjada. Meg se asomó por un lado de la lancha y lo vio de pie con una antorcha en la mano. Supuso que había atado su camisa a un remo y la había empapado en gasolina. Se le estaba acabando el tiempo.

—Estoy seguro de que para ti y para Minnie y para vuestras intelectualmente deficientes parejas de la fiesta, lo que hiciste esa noche apenas tuvo importancia, pero para mi hermana fue como una flecha que le atravesó el corazón. Perdona por el jueguecito de palabras.

—Eso no es un juego de palabras —dijo Meg. No pudo contenerse, las

palabras brotaron de su boca. Aunque estaba a punto de ser pasto de las llamas al más puro estilo Juana de Arco, estaba cansada de sentirse una víctima. Si iba a morir, moriría plantando batalla.

—¡CÁLLATE! —rugió Tom.

Así se hace, Meg. Pincha al león devora hombres con un palo, a ver qué pasa. Pero Tom seguía hablando, lo cual a ella le daba más tiempo para intentar calcular el balanceo del barco. Cuanto más lo entretuviese, más posibilidades tendría.

—No sé —dijo, intentando sonar poco impresionada—. Quiero decir, matar a un puñado de idiotas como

nosotros no debería ser tan difícil.

Tom se echó a reír.

—Difícil no, brillante. ¿Tienes idea de los meses de planificación que fueron necesarios? Preparar la casa, atraeros a todos aquí, encargarme de los Taylor… Todo por un poco de justicia.

—No para los Taylor —repuso Meg—. A menos que ellos también le hubieran quitado el papel de solista a Claire, claro.

—Daño colateral —dijo Tom.

—Estoy segura de que su familia no lo verá de ese modo.

—No quedó más remedio. Era la única forma de que el plan funcionase.

Tuve que prepararme para cada detalle, cada contingencia. ¿Quién se hizo pasar por el señor Lawrence al teléfono? Yo. Nadie sabía siquiera que había salido de la casa. Me descolgué por la ventana de mi cuarto y crucé el istmo en ambas direcciones en quince minutos. Y ¿quién se aseguró de que Jessica y todas sus amigas estuvieran invitadas a otra fiesta este fin de semana? Sí, también pensé en eso, así si alguno de vosotros le mencionaba algo de una fiesta, ella creería que os referíais a la otra fiesta. *Hackeé* la cuenta de Facebook de Jessica y también el móvil de Tara para invitar a Kumiko, puse droga en la

cerveza para que todos durmieseis mientras me cargaba a Lori.

—¿Qué?

—Lo has oído perfectamente. —Tom se rio—. ¿Brillante, verdad? —Lo era—. No podía permitir que alguno de vosotros se despertase mientras yo colgaba su cadáver de las vigas, ¿verdad? Pensé en todo.

Meg vio una fisura. Un hueco en la gruesa armadura de porquería de Tom.

—En todo no.

—¿Perdona?

—No pensaste en todo. Te olvidaste de una cosa muy, pero que muy importante.

—Imposible.

—No —se rio Meg—. Yo no estuve en la fiesta de bienvenida.

—Sí, sí que estuviste.

—No. Lo siento.

—Claire dijo que estabas. —Por primera vez, Tom no parecía del todo confiado—. Me dijo que iba a plantaros cara a ti y a T.J.

—Tal vez pretendía hacerlo, pero yo cancelé mi cita con T.J. esa mañana. Me quedé en casa. No estuve allí.

Silencio. Estaba claro que Tom no había contado con aquello. No obstante, no es que importase. No podía dejarla ir, y ya había demostrado con los Taylor

que estaba dispuesto a matar a gente inocente para vengar a su hermana. Meg se concentró en el movimiento del barco. Era ahora o nunca.

—Da igual —dijo Tom—. Eres culpable por asociación.

Una lógica genial y demencial. Meg pasó una pierna por encima de la barandilla. No estaba segura de que aquello fuese a funcionar, pero era preferible reventarse la cabeza contra el lateral de la embarcación que quemarse viva. Respiró hondo, tratando de prepararse para el contacto con el agua fría.

Tom se aclaró la garganta.

—Ya es suficiente. Meg Pritchard, es hora de decir adi…

Un rugido le interrumpió:

—¡Apártate de ella!

TREINTA Y SIETE

Meg corrió al lado de babor a tiempo para ver a T.J. abalanzándose sobre Tom, a quien golpeó de lleno en el estómago con el hombro, como un defensa deteniendo al *quarterback*.

A Tom le pilló por sorpresa la aparición de T.J., no contaba con que hubiese nadie más con vida en la isla. La fuerza del golpe lo dejó sin aliento. Al salir despedido, soltó la antorcha, y Meg oyó los gemidos de los dos chicos que chocaron contra la pila de latas de combustible.

T.J. rodó hacia un lado y fue a parar a un charco de gasolina. Se incorporó hasta ponerse de rodillas, utilizando un solo brazo. El otro lo tenía doblado en el pecho. Meg distinguió una gran mancha oscura en su sudadera, cerca del cuello, y se alegró de tener tan mala puntería. La bala le había dado en el hombro, hiriéndolo pero sin llegar a matarlo.

Tom se puso en pie y corrió hacia T.J. Meg apenas tuvo tiempo de reaccionar:

—¡Cuidado!

Pero T.J. debía estar débil a causa de su herida. Casi ni alzó la cabeza al

oír la advertencia de Meg, y Tom le lanzó una patada en la barriga con tanta fuerza que el cuerpo de T.J. salió volando por los aires.

—Sabía que tenía que haberte comprobado el pulso —gruñó.

T.J. se incorporó, tambaleándose.

—Me estaba haciendo el muerto —jadeó. Giró a un lado la cabeza y escupió—: Quería ver quién seguía con vida en la casa. Quería saber a quién le iba a patear el culo.

Lanzó un puñetazo, pero Tom lo evitó con facilidad. Toda la fuerza que T.J. había reunido para su ataque inicial ya se había agotado. Tuvo que hacer un

esfuerzo para mantener el equilibrio cuando su puño no acertó en la cara de Tom. Luego este contraatacó con un feroz golpe en la mandíbula de T.J., que se fue para atrás y cayó contra la pared de la caseta antes de derrumbarse de rodillas. Tom se abalanzó sobre él y le atestó en la cabeza. Un puñetazo y otro y otro…

—Ya no eres tan duro, ¿eh? Ya no eres el héroe…

T.J. trató de devolver los golpes, pero estaba sin fuerzas. Tom se irguió, y, bajo la parpadeante luz de la antorcha, Meg alcanzó a verlo sonreír:

—Ojalá mi hermana pudiese verte

ahora. Eres patético.

Levántate, deseó Meg con todo su corazón. Levántate, T.J., por favor.

Pero no lo hizo. Tom se metió la mano en el bolsillo y Meg oyó el clic del mechero. Tom sostuvo la llama delante de su cara.

—Adiós, Señor Futbolista.

Dicen que hay momentos en los que el tiempo parece ralentizarse. De repente puedes ver las cosas con claridad, un momento de lucidez total. Meg vio a Tom allí de pie, alzándose sobre T.J., con el mechero en la mano. Tom, que había matado a su mejor amiga delante de sus propios ojos, que había

destruido tantas vidas, que la había manipulado para que ella misma intentase matar al chico al que amaba. ¡Ya basta! Meg no iba a quedarse cruzada de brazos y dejar que ganara.

Algo se rompió en su interior.

Oyó un rugido, un grito animal y terrorífico. Debía haber salido de su propia garganta, aunque no estaba del todo segura. Después, puso el pie sobre el baluarte de proa, se impulsó con una fuerza que desconocía poseer y se tiró hacia Tom. Toda la furia y la cólera que burbujeaban debajo de la superficie habían entrado en erupción. Aterrizó de plano sobre la espalda de Tom y ambos

cayeron al suelo.

La mano de Meg se cerró como una tenaza en la muñeca de Tom. El mechero seguía encendido y en lo único que Meg podía concentrarse era en mantenerlo lejos de T.J. Rodaron por el muelle de madera y, mientras giraban, Meg consiguió que soltara el mechero. Salió volando y fue a caer en la cubierta del barco.

En solo medio segundo, la gasolina prendió y la embarcación quedó envuelta en llamas. El fuego se extendió por la pasarela de babor, subió la pequeña escalera hacia la cabina del piloto y devoró la proa.

Meg comenzó a incorporarse, pero Tom fue más rápido. Antes de que pudiera ponerse en pie, ya se había lanzado sobre ella y cerraba sus manos en torno a su cuello.

—Te dije que iba a hacerte sufrir. —Sus largos dedos se hundían en su garganta, dejándola sin aire.

Meg intentó zafarse, pero Tom era demasiado fuerte. Extendió los brazos, buscando cualquier cosa que pudiera servirle de arma. Le ardían los pulmones y sentía que Tom iba a arrancarle la cabeza mientras ella tanteaba a ciegas, rezando porque ocurriese un milagro.

Y entonces lo tocó. Algo frío y metálico. Una lata de combustible.

Con las fuerzas que le quedaban, Meg se deslizó hacia la derecha, asió la lata y, sin soltarla, lanzó su brazo contra la cabeza de Tom.

El asesino gruñó y la presión de sus manos en la garganta de Meg se aflojó lo suficiente como para que ella pudiera volver a respirar. Repitió el golpe, ahora con más fuerza, y Tom se agachó, apartando su cuerpo. Eso era lo que Meg necesitaba. Puso una rodilla entre su cuerpo y el de él y le propinó un puntapié en el estómago.

Tom se alejó de ella, tambaleándose

hacia el barco, que ya era por entero pasto de las llamas. El calor era intenso; el tejado de la caseta también había prendido. Algunas tejas se desprendían y caían ardiendo a la plataforma de madera en la que estaban, encendiendo a su vez los charcos y regueros de gasolina derramada, que prendían en un instante. Las llamas, en algo parecido a una danza, siguieron el sendero de combustible que Tom había hecho cuando roció de gasolina la embarcación. Antes de que Meg pudiera saber cómo, Tom estaba rodeado por el fuego, atrapado entre ella y el incendio del barco.

Meg retrocedió. Tom intentó atravesar corriendo el muro de llamas, pero sus ropas también debían estar impregnadas de gasolina. La manga de su camisa fue lo primero en prender, luego la pernera de sus vaqueros. Trató de apagar el fuego con su mano enguantada, pero lo único que consiguió fue que se extendiera con mayor rapidez.

En un momento de horror, los ojos de Tom se clavaron en los de Meg, que pudo ver en su rostro la certeza de un hombre que aceptaba que iba a morir. Pero no había miedo en ellos. De hecho, le sonrió y luego echó a andar con tranquilidad a través del muro de

llamas, con los brazos extendidos hacia ella.

Iba a arrastrarla consigo.

Cuando Meg se echó hacia atrás, desesperada por encontrar una salida, su pie chocó contra algo. El remo que Tom había transformado en antorcha. Lo recogió del suelo y corrió hacia Tom. Le dio un golpe brutal en el pecho al que siguió un jadeo; sus pulmones se habían quedado sin aire. Luego, con un último esfuerzo, lo empujó de vuelta a las llamas.

Tom se tambaleó, agitando los brazos mientras el fuego consumía su cuerpo. Después tropezó y cayó de

espaldas hacia el barco. Meg oyó un alarido, más de cólera que de dolor, justo antes de que Tom Hicks desapareciese envuelto en llamas.

Lo había conseguido. Había salvado a T.J. y también se había salvado a sí misma. Había ganado.

Mientras el fuego se tragaba la caseta entera, Meg levantó a T.J. del suelo y lo sacó fuera, hacia la noche, medio arrastrándolo, medio llevándolo a cuestas.

TREINTA Y OCHO

Meg empezó a tiritar, así que se cubrió con una manta hasta las orejas.

—¿Tienes frío? —le preguntó T.J.

—No —mintió, mirándolo, aunque apenas podía verle la cara—. Solo estoy cansada.

—Se te da muy mal mentir.

Era cierto, no hizo el menor intento de negarlo. Estaba muerta de frío y se esforzaba desesperadamente por disimularlo. Levantó la cabeza y miró el cielo nocturno. En aquel momento necesitaban mantener una actitud

positiva. Primer punto positivo: estaban vivos, aunque T.J. tenía una bala alojada en el hombro y había perdido mucha sangre. No, sé positiva, se dijo a sí misma. Bien. Todavía estaban vivos.

Segundo punto positivo: por fin había dejado de llover. Se sentaron en un muelle de madera empapado, con nada para protegerse del frío de la noche aparte de unas mantas muy finas, pero al menos no llovía. Bien.

Intentó concentrarse en esos dos aspectos positivos, en un vano intento de no pensar en el horror de lo que había ocurrido. Su mejor amiga había muerto. De forma violenta. Sin sentido. Meg no

había podido salvarla. Al final solo había sido capaz de salvar a T.J., e incluso eso lo había hecho por los pelos.

Estaban en las rocas cerca de la pira en la que se había convertido la caseta del embarcadero. Allí, al menos hacía calor, y además, ninguno de los dos había querido volver a la casa. Sin embargo, Meg tuvo que hacerlo. T.J. necesitaba mantenerse caliente si pretendía sobrevivir a la noche. Meg había vuelto a la casa, pero no permaneció ni un segundo más de lo estrictamente necesario; volvió con las mantas de la sala y un bote de ibuprofeno que había en la cocina.

Ah, y el cuchillo más grande y afilado que encontró. Había visto a Tom envuelto en llamas mientras la caseta se derrumbaba a su alrededor, pero eso no significaba que estuviese completamente segura de que hubiera muerto.

Luego, T.J. y ella se dirigieron lentamente al embarcadero. Él se debilitaba por momentos y apoyaba casi todo su peso en ella, de modo que para cuando llegaron, Meg prácticamente tenía que cargar con él.

T.J. recostó su cabeza en el regazo de Meg, que oyó cómo tomaba aire cada vez que se movía y el dolor le atravesaba el hombro.

—¿Cómo va el dolor? —le preguntó. No es que él fuese a decirle la verdad, ni tampoco que ella realmente quisiera oír la agonía que suponía para él cada respiración y cada movimiento.

—No va mal —respondió, con los dientes apretados. Meg se preguntó si el ibuprofeno habría surtido algún efecto.

—¿Quién es el que miente ahora?

Le acarició la frente con suavidad. T.J. se estremeció al sentir su tacto y ella se apresuró a retirar la mano. Pero estaba sudoroso y su cuerpo, demasiado caliente, como si tuviera fiebre. Aquello no podía ser bueno.

—Ahora solo tenemos que rezar

para que el *ferry* vuelva —dijo T.J.

—Que le den al *ferry* —repuso Meg, acariciándole la mejilla—. Supongo que nuestra pequeña fogata habrá sido como un faro de la guardia costera. Todo Roche Harbor tiene que haberlo visto. Apuesto a que los helicópteros despegarán en cuanto salga el sol. —En realidad, estaba rezando porque fuese así. Si la guardia costera se presentaba allí, T.J. recibiría atención médica inmediatamente.

—Bien —dio él, temblando.

Meg oteó el horizonte por enésima vez. ¿Se estaba iluminando el cielo? No estaba segura. Había estado

contemplando la oscuridad durante tanto tiempo que ya no sabía si veía de verdad un pequeño indicio de amanecer o solo se lo imaginaba verlo. Pero la negrura de la noche parecía tener un matiz púrpura. ¿Estaba llegando la noche a su fin?

—El sol está saliendo —dijo T.J., sin abrir los ojos—. Lo hemos conseguido.

Meg le puso una manta alrededor del hombro ileso, con cuidado de no tocar el que le había disparado. Ya no era una ilusión visual. El cielo púrpura dio paso a un azul oscuro poco antes de que unas vetas de amarillo pálido asomasen en el

horizonte.

—Pronto estaremos en casa —dijo. Se había pasado la mayor parte de la noche hablando de tonterías: lo que harían cuando estuvieran de vuelta, la universidad a partir del otoño, Los Ángeles y las playas y los famosos, cualquier cosa que mantuviera sus mentes apartadas de la realidad.

—Sí —dijo T.J., separando levemente los párpados—. Pero una parte de nosotros siempre se quedará aquí.

Meg no pudo evitar sonreír:

—¿Estás seguro de que no eres tú el escritor?

Eso provocó que sus hoyuelos hicieran acto de presencia, una ligera sonrisa apareció en su cara. Meg se inclinó y le besó suavemente en los labios.

—Me alegro de que todavía puedas sonreír —le dijo.

—Bueno, ya sabes, ¿por qué no iba a sonreír? Un grupo de amigos ha muerto y tú me has disparado.

El recuerdo de que Minnie estaba muerta le dio un vuelco en el estómago. Su mejor amiga había fallecido, asesinada delante de sus ojos. Las últimas horas que habían pasado juntas habían sido una pesadilla, y se habían

dejado demasiadas cosas sin decirse. Meg había hecho lo indecible para que las dos se salvaran, y ahora se sentía culpable por haber sobrevivido cuando Minnie no lo había hecho.

T.J. debía sentirse igual con respecto a Gunner. ¿Cómo podrían superar el sentimiento de culpa de los supervivientes? Por no mencionar el hecho de que Meg había disparado a T.J. ¿Sería capaz de perdonarla alguna vez? ¿Sería ella capaz de perdonarse a sí misma?

Meg podría haber intentado explicar sus actos, pero quería asegurarse de ponerlo todo sobre la mesa:

—Disparé a matar. Creía que eras el asesino.

—Todos éramos sospechosos.

—¿Sí? ¿Tú pensabas que era yo?

—No —se rio T.J., pero enseguida su risa se convirtió en una tos débil y seca que sacudió todo su cuerpo.

—¿Ves? Eso significa que soy la peor persona de todo el planeta.

—Meg, él te hizo que creyeras eso. Iba todo el tiempo por delante de nosotros.

—Supongo. —Meg no podía olvidar que había intentado matar a T.J. Aquello era un obstáculo insuperable—. Pero me lo creí. Y, en parte, fue por la rabia. No

podía creer que te gustase de verdad, especialmente después de lo que te hice. Quiero decir, llevas meses evitándome y fue muy fácil creer que solo estabas utilizando mis sentimientos para llevar a cabo todos los crímenes. Eso me hizo sentir… patética.

—Lo siento. Lo de haberte evitado. Al principio estaba muy enfadado. Dolido, ¿sabes? Ni siquiera podía mirarte.

Meg sintió que se le encogía el corazón. Había pensado que solo se había hecho daño a sí misma. Nunca se había dado cuenta de que le había herido a él también.

—Yo… no lo sabía.

—Ya ha terminado. Además… —T.J. estiró su brazo bueno y le dio un apretón en la mano—. Me has salvado la vida. Tom me habría matado. Y tú podrías haber escapado una vez que yo lo tuviera distraído. Podrías haberte salvado. Pero no lo hiciste. —Volvió a sonreír, y fue de nuevo el T.J. seductor de siempre—. Me parece que eso zanja de una vez con lo ocurrido el día de la fiesta de bienvenida.

—Y ¿qué pasa con la bala que tienes en el hombro?

T.J. sonrió.

—Estoy seguro de que se nos

ocurrirá alguna manera de que me compenses por eso.

Meg recordó el pánico que había sentido ante la idea de perder a T.J., primero cuando ella misma le había disparado, y luego cuando intentó salvarlo de Tom. Si hubiera confiado en él y en sus propios sentimientos, quizá ahora no estaría herido. Y quizá Minnie no estaría muerta.

Una lágrima enorme se derramó por su mejilla.

—Eh —dijo T.J, con voz fuerte y enérgica—. No seas tan dura contigo. —Ya estaba leyendo su mente otra vez—. Seguimos aquí. Lo hemos conseguido.

Meg bajó la mirada hacia aquellos brillantes ojos marrones y los hoyuelos de sus mejillas.

—Sí. Sí, lo hemos conseguido.

—Ahora da la impresión de que vas a tener que cargar conmigo.

Contra su voluntad, Meg sonrió.

—Y si no funciona, siempre puedo dispararte otra vez.

Los ojos de T.J. emitieron un destello.

—¿Lo ves? Oro.

Un sonido rompió la monotonía del agua contra las rocas y el borboteo de las olas. Algo rítmico. Algo hecho por el hombre. Parecía un ventilador

funcionando a la máxima potencia.

Meg y T.J. levantaron la mirada al mismo tiempo. En el cielo apareció un punto minúsculo, que aumentaba de tamaño segundo a segundo, de color naranja frente a la creciente luz del amanecer.

Los guardacostas.

—¿Podrás aguantarme? —preguntó T.J., y agarró con firmeza las manos de Meg—. ¿Puedes? Porque, después de todo esto, no puedo… no puedo imaginarme la vida sin ti.

Diez cuerpos. Diez vidas truncadas. Meg podía verlos a todos en su mente, desde el rostro púrpura de Lori hasta la

máscara de odio de Tom cuando las llamas consumían el barco. Diez personas que nunca vivirían sus vidas, nunca volverían a sentir amor, odio o miedo, o nada de nada. ¿Cuánto tiempo de su vida había malgastado viviendo con miedo? ¿Viviendo para otros? ¿Cuánta vida más dejaría que se le escapase sin disfrutar ni un solo momento?

Eso se acabó. Aquí y ahora.

—Te quiero, Thomas Jefferson Fletcher. —No pudo creer la facilidad con la que las palabras brotaron de su boca—. Te he querido desde que me alcanza la memoria.

El helicóptero estaba más cerca, sobrevolando en círculos las ardientes ruinas de la caseta del embarcadero. Entonces, alguien que iba a bordo los vio, y el aparato se les acercó tanto que la fuerza de sus aspas pareció absorber todo el aire que había a su alrededor.

—Cuando me enviaste el mensaje de texto el día de la fiesta… —murmuró T.J., con un hilo de voz—, pensé que en realidad no sentías nada por mí.

—Lo sé —respondió Meg. Quería con todas sus fuerzas que él comprendiese por qué lo había hecho—. Yo…

T.J. levantó la mano para

interrumpirla:

—Lo entiendo. Ahora lo entiendo. Minnie y tú… Era complicado. —El helicóptero se colocó justo encima de sus cabezas. Meg miró hacia arriba y vio que la puerta de uno de los lados estaba abierta y que una camilla se balanceaba de una especie de grúa—. ¡Meg! —gritó T.J., para hacerse oír ante el estruendo. Ella lo miró: estaba serio otra vez, ceñudo y agotado—. No dejes que se interponga otra vez entre nosotros, ¿de acuerdo? Ya ha acabado todo.

Acabado. La muerte ha puesto fin a todo. Pero por muy terrible que hubiese

sido aquel fin de semana, por muy horrible y doloroso, y por mucho que hubiese alterado su vida de un modo que ni siquiera años de terapia podrían curar, había tenido una consecuencia hermosa. Los había unido a T.J. y a ella.

Inclinó la cabeza hacia la de él y lo besó. Fuera lo que fuera de ellos después de un fin de semana en White Rock House, sería de los dos, juntos.

No había vuelta atrás.

AGRADECIMIENTOS

A mi editora, Kristin Daly Rens, mi inspiración en este libro. Más que editora, es una musa.

A mi agente, Ginger Clark. Sin ella me abría acurrucado en posición fetal debajo de la mesa de mi despacho durante mucho tiempo. Es una amiga y una luchadora, soy muy afortunada por tenerla a mi lado.

A mi fabuloso equipo en Blazer + Bray: Alessandra Balzer, Donna Bray y Sara Sargent, que han sido animadoras y estrellas del rock durante este tiempo. Y

a toda la familia de la editorial HarperCollins, en concreto a la editora Amy Vinchesi, a Kathryn Silsand del departamento de producción, y a Emile Polster y Stefanie Hoffman, del departamento de marketing, Caroline Sun y Olivia de León, en publicidad, y al fantástico diseñador de cubierta Ray Shappell.

A Holly Frederick y Dave Barbor de Curtis Brown Ltd., que una vez más han trabajado incansablemente en beneficio de este libro.

Para el mejor grupo de lectores del mundo: Carrie Harris, Jennifer Bosworth, Jennifer Donahue, Amy Bai,

Lisa y Laura Roecker, Christine Fonseca, Roy Firestone, Mark Uhlemann, Rachel Hunter, Abby McDonald, LynDee Walker, Nikki Katz y, especialmente, para Laurel Honor Jones.

A mi club de fans que me mantuvieron mentalmente sana con llamadas de teléfono, mensajes, chats, horas felices y días dedicados a la salud mental: Jessica Childress, Shannon Spencer, Amy Mckenzie, Amy Dachtler, Tara Campomenosi, Rachanee Srisavasdi, Amy Romero, Eileen Tsasi, Ellen Files, Bryn Greenwood, Leah Clifford, Jen Hailey, Jill Myles, Jessica

Morgan, Juliette Domínguez, David Eilenberg, Kirsten Roeters, Suzanne Keilly y Jake Gilchrist. Además de los habitantes del Purgatorio, los escalofriantes del Apocalipsis y los jóvenes rebeldes.

A Scott Tracey que, cuando escuchó el tono de la novela, insistió en que la escribiera.

A Alpheus Fletcher Underhill IV, por ser un experto y fuente de multitud de historias que siempre apreciaré.

A Yadira Taylor, una de mis mejores amigas, que siempre estará unida a este libro. Está dedicado a su madre, a la que echo tanto de menos.

A Roy Firestone, que me hizo llorar unas cuantas veces mientras lo escribía el libro. Gracias a ello soy mejor persona y amiga.

A mi madre, que hizo tanto por hacerme más sencilla la fecha de entrega, no puedo enumerarlo todo por temor a parecer una niña de doce años totalmente dependiente. Es la mejor madre del mundo.

Con todo mi cariño.



GRETCHEN MCNEIL. Es una escritora americana y cantante de ópera, quien además trabaja de manera ocasional con el circo Berzerk. Conocida principalmente por sus novelas para jóvenes adultos, McNeil ha sido nominada a premios como el *Romantic Times*. *Diez*, una novela de horror y

suspense que trata de diez adolescentes atrapados en una isla remota con un asesino en serie fue un publicada en 2012 siendo nominada al «*Best Young Adult Contemporary Novel*» por *Romantic Times*.

En 2014, Gretchen estrena su primera serie, *Don't Get Mad* sobre cuatro chicas muy diferentes que forman una sociedad secreta donde consiguen vengarse de los matones y chicas malas en la escuela preparatoria de élite. La serie *Don't Get Mad* comienza el otoño 2014 con *Get Even*, seguida de la secuela *Get dirty* en 2015.

Notas

[1] Gunner Shields se traduce como: «*El Artillero se pone a cubierto*». (*N. del T.*) <<